



ZAC

HUIDA DESESPERADA 3

Sabina Rogado

ZAC
(Huida desesperada 3)

Sabina Rogado

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier tipo de procedimiento, sea electrónico, mecánico, o fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Sabina Rogado

Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Rachel RP

Safe Creative: 2108208810341

Revisión: Laura Duque y Nani Mesa

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A ti, por ser como eres...
A ti, por llenar de luz cada uno de mis días...
A ti, porque siempre serás mi pequeño...
A ti, el ser que llegó para iluminar nuestras vidas...
A ti, hijo.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVII](#)

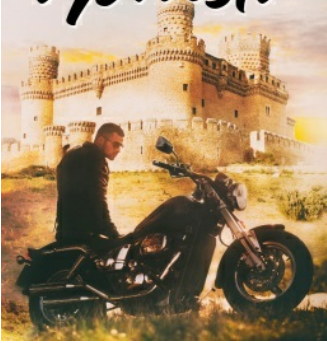
[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

Sabina Rogado

La apuesta



PRÓLOGO

Londres 1888

El club de dudosa reputación estaba repleto a esas horas intempestivas y las mesas de juego se erguían coronadas por nobles depravados, los cuales acostumbraban a ejercer el poder que les otorgaba el título heredado sin el menor remordimiento. Sabían lo que querían y buscaban alicientes acordes a su manera de ser y no a los convencionalismos de siempre, de ahí que naciera un tugurio que presumía en lo referente a la escasez de normas y de señoritingos estirados y aburridos.

En el interior de sus discretas paredes resultaba habitual respirar el aire viciado, mientras apostaban cantidades indecentes de libras, propiedades y lo que se terciara. La espesa neblina ocasionada por el tabaco cubría la mayor parte de la estancia y se mezclaba con los diferentes olores y sonidos; el toque dulzón venía a través del perfume de las damas de compañía, el alcohol corría de vaso en vaso como la pólvora y las voces de las personas allí congregadas se escuchaban demasiado elevadas. Sin duda alguna, cualquier caballero de honor, íntegro y de buenas formas, ni siquiera se dejaría caer por el barrio a riesgo de permanecer en boca de lenguas viperinas y malintencionadas durante semanas, convirtiéndose en un cotilleo escabroso y asegurando así los pecados inconfesables de almas corrompidas.

Lo que no se ve no se comenta y, por lo tanto, no existe.

Al fondo, un pianista, una cantante de suntuosas curvas y varias bailarinas con un vestuario indecente amenizaban la frenética noche, al tiempo que varias amantes se acomodaban sobre el regazo de sus respectivas compañías y alardeaban de la buena suerte que estaban dispuestas a brindarles.

El conjunto en general era el consecuente de arrastrar a los envalentonados socios a situaciones nefastas, terminando en más de una ocasión con una cita en Hyde Park; el famoso parque en el que se debatían los duelos entre caballeros al dejarse llevar por la impulsividad y la euforia incuestionable que les otorgaba el *whisky*, las trampas, y alguna que otra muchacha recién llegada y que levantaba el revuelo entre los más mujeriegos de inmediato.

En una de esas mesas, Zac ojeaba las cartas que sujetaba en su mano derecha y alzó la vista en busca de su compañero de juegos o, mejor dicho, de juergas. Últimamente, las escapadas nocturnas se acortaban entre unas y otras y, lo que era peor, cada vez ansiaba, con una necesidad acuciante, vivir a contracorriente para empaparse de las delicias que la vida podía ofrecerle tras dejar atrás el internado en el que cursó sus estudios, y en el que compartió habitación con su amigo Henry, para terminar, como era el caso, en una multitud ingente de lugares de dudosa reputación. Cada día le perdía el respeto a lo que podría sucederle, no terminaba de encajar en la ciudad londinense y se dejaba llevar.

Atrás quedó el chiquillo de dieciséis años que tuvo que armarse de valor, viéndose obligado a abandonar el rancho de sus padres fallecidos, en el oeste americano, con el único propósito de salvar a su hermana Zoe de las garras de un ser deleznable, el cual, de no huir a tiempo, habría desposado a su hermana a la fuerza y se hubiese quedado con la propiedad que no le correspondía. Por fortuna, los planes de huida jugaron a favor de los desprotegidos hermanos y, ese ser deleznable, terminó con el final que le correspondía al otro lado del océano. Eso sí,

debía reconocer que la aventura emprendida les pudo salir demasiado cara, no todo fue un camino de rosas, y de no ser por la providencial aparición de Nick, duque de Hackins, el destino de Zoe, y de él mismo, no se habría semejado ni una pizca con el actual, mas resultó que ese hombre se convirtió en la tabla de salvación para ambos.^[1]

De ese episodio habían transcurrido diez años, en la actualidad, Zac tenía veintiséis y contaba con una formación académica excelente; el que su cuñado fuese un noble tan poderoso le bastaba para acceder a un sinfín de oportunidades inalcanzables para cualquier otro individuo, quizá por ello, y a pesar de tener la edad perfecta para sentar la cabeza, ni por asomo pretendía dar por finalizada su etapa de bribón y mujeriego, ampliándola hasta límites demasiado peligrosos.

No, por supuesto que no dejaría ese tipo de vida. ¿Para qué con lo divertido que era?

Zac dejó atrás sus pensamientos, prestó atención al hombre situado frente a él, y una mueca socarrona salió de su boca al interpretar un movimiento sospechoso.

«Vaya, así que el fulano contra el que me juego toda la asignación del mes quiere hacer trampas, ¿eh?».

El aspecto del hombre en cuestión lo delataba por sí solo, y lo corroboró al percatarse de su mano dirigiéndose al corbatín en un intento de aflojarlo. La frente resplandecía perlada por el sudor y la mirada huidiza confería que la situación le vencía por momentos; con cada detalle dejaba entrever la incomodidad y la desesperanza de encontrarse en ese lugar, aunque claro, que lo hubiese pensado antes de quedarse sin ninguna libra y terminar apostándose la propiedad de campo que poseía a las afueras de la ciudad.

Estos nobles se creían impunes y a la vista estaba que nunca aprenderían. Él jamás hubiese sido capaz de apostar el rancho de sus padres, el bien más preciado que tanto su hermana como él poseían en Wyoming, y menos en una mísera partida de cartas.

No, jamás.

Y le dio exactamente igual el estado de desconcierto de su rival. La disposición a zanjar el asunto, en la mayor brevedad posible, era lo único que le importaba en esos instantes, pues de pronto, estar rodeado de gente como aquella consiguió que la repugnancia invadiera el vacío alojado en su interior cada vez que recordaba su pasado.

La nostalgia resurgió, el malestar de Zac se agrandó, y de ahí brotó la disposición a actuar con total impunidad. Una casa de campo le vendría demasiado ventajosa para retirarse durante un tiempo de la ciudad depravada, llena de formalismos y teatralidades por doquier. Quién sabe, puede que aquella oportunidad fuese la excusa perfecta para replantearse qué hacer con su vida, porque claro, lo que se dice claro, no lo tenía en absoluto, comenzando a aceptar que la vida de excesos que llevaba no le aportaba la felicidad que ansiaba, sino todo lo contrario.

Mientras, en la mente del otro sujeto, una lucha esclarecedora se debatía con fervor ante el clamor que le otorgaba una información primordial. Nadie de su condición era ajeno a las habladurías en torno al cuñado del duque de Hackins; los varones de la alta sociedad eran conocedores de la destreza magistral con cualquier tipo de arma, al igual que sabían que, gran parte de esa destreza surgió a consecuencia del tiempo en el que tanto su hermana como él convivieron entre una tribu india, cuando escapaban del destino que trataron de marcarle a la duquesa de Hackins a la fuerza (HUIDA DESESPERADA). Es por ello que debía de templar los nervios, recomponerse y practicar un intento desesperado para que el azar jugase a su favor, al menos por esta vez. Si el muchacho contra el que jugaba descubría las intenciones de hacer

trampas, y le retaba a duelo, las posibilidades de salir impune brillarían por su ausencia, en cambio, si seguía adelante, la baza de cartas que poseía entre sus manos con toda la probabilidad le dejaría sin una de sus propiedades. Solo de pensar en la humillación y la vergüenza que pasaría, primero ante la obligación de confesárselo a su esposa, y después siendo el tema de conversación de las malas lenguas, le provocaba espasmos y sudores fríos.

La determinante debilidad por el juego no entendía de límites y acechaba en su interior sin darle tregua alguna, pues la obviedad resultó tan grande que no le quedó otra alternativa que aceptar la delicada situación en la que se encontraba por su poca cabeza. Parecía predestinado a ser empujado hacia el abismo y, antes de caer, debía armarse de valor y coraje.

De bien sabidos era que eligiese la opción que eligiese él perdería.

¿Cómo diablos consintió en llegar hasta estos límites indecentes?

La reflexión llegaba tarde, demasiado tarde, de hecho.

—¿Quiere otra carta? —escuchó a Zac, sintiendo como si el corbatín tuviese vida propia y se empeñara en atazarle el cuello, impidiéndole respirar con normalidad.

El noble supo que si aceptaba, y por muy buena que fuera, no le serviría para su propósito, y eligió la opción que según él más se adecuaba a las nefastas circunstancias.

¿O no?

Pronto lo descubriría.

—No, mejor quiero otro *whisky* —desvió la atención, tratando de que su voz no lo delatara.

Sin más, se dejó llevar y, a la desesperada, procedió con la actuación estelar, lo que ocasionó a que alertara por unos segundos a las mesas próximas, al alzar una de las manos para avisar a la muchacha que servía las bebidas, mientras tiraba a propósito el vaso vacío contra el suelo.

—Vaya, qué inoportuno —lamentó, aprovechando de inmediato la situación que él mismo acababa de provocar.

Solo tendría una oportunidad para salir airoso de un aprieto tan grande, y sin lugar a dudas era ahora o nunca, por lo que su siguiente movimiento fue agacharse a recoger los cristales aparentando una normalidad absoluta.

Ni a Zac, ni a su amigo, le pudo pasar por alto el movimiento rápido de una de sus manos, observando cómo sacaba algo de la manga.

La rabia de Zac no tardó en aparecer y no perdió ni un segundo de su tiempo. Tiró los naipes sobre la mesa y siseó en un tono escalofriantemente calmado:

—Lo que acaba de hacer ha sido una temeridad, amigo.

—¿A qué se refiere? —le encaró con una gota de sudor cayéndole por la sien.

—Supongo que sabrá que las cartas están marcadas, ¿me equivoco? Nunca juego sin que sea así.

La palidez invadió la cara del noble y tragó con dificultad.

—¿Qué está insinuando? —dudó delatándose.

—¿De verdad tengo que aclarárselo, o mejor nos disponemos a arreglar el asunto como es debido? Le cedo la oportunidad de elegir día y hora, no quiero molestar a mis padrinos.

—Yo... —titubeó acorralado.

Con normalidad, cuando alguien retaba a duelo a otro en un local de esas características, el revuelo aparecía de inmediato y hacía partícipes a cada una de las mesas, no así en esta ocasión, y todo gracias a la templanza de Zac y al aturdimiento del tramposo.

—Por favor —suplicó de repente perdiendo la decencia—, salvo su amigo nadie se ha

dado cuenta de mis verdaderas intenciones, por tanto le suplico que tenga misericordia conmigo.

Lo que faltaba.

—Disculpe, ¿acaso pretende ablandarme? Porque en el caso de ser así pierde el tiempo.

—Por favor, acepte mis excusas y olvidemos este malentendido. He escuchado que es un hombre justo y le prometo que no volverá a verme en lugares así. He aprendido la lección y no puedo dejar viuda a mi esposa. Está enferma y...

—¡Basta! —exclamó levantando una mano—. Se equivoca conmigo, la gente como vos no levanta ninguna simpatía en mí y desprecio su falta de hombría. Además, si tan estima le tiene a su esposa, ¿qué hace aquí y no en su compañía?

El hombre perdió la palidez y un rojo intenso cubrió su rostro mostrando una vergüenza absoluta.

—Estas últimas semanas he perdido bastante dinero y no puedo hacer frente a los medicamentos tan caros que precisa —se excusó avergonzado—, es por ello que continúo buscando una buena racha y así enmendar mis actos indecorosos. Por mi poca cabeza he llegado tan lejos que me avergüenzo de mí mismo y la conciencia no me deja dormir por las noches.

Los ojos de Zac parecían escupir fuego, de la rabia contenida, tras dicha confesión.

Odiaba que gente sin escrúpulos le mintiera en su propio beneficio, aunque claudicó al pecatarse de que ese tipo bien podría estar diciendo la verdad. Cada uno de sus gestos lo delataba y parecía avergonzado, aunque, ¿qué diantres le importaba a él?

De seguido, maldijo por lo bajo y miró a su amigo en busca de una respuesta que no debería de admitir siquiera, pero sus correrías, borracheras y mala vida, al parecer no terminaban de bastar para aplacar al hombre frío e insensible que se empeñaba en mostrar ante los ojos de seres egoístas y carentes de sentimiento alguno.

Henry se limitó a asentir con la cabeza, dando credibilidad al testimonio, y a Zac le bastó. Su amigo conocía al dedillo cada chisme referente a las vidas de esos fulanos, pues desde bien pequeño aprendió la valía de saber cada punto débil de los ricachones en general, y así obtener una ventaja que siempre podría aprovechar en su propio beneficio.

Zac expulsó el aire con pesar y habló antes de arrepentirse.

—Largo de aquí, no quiero volver a verle.

—Oh, milord, gracias, gracias —repetía servil, levantándose del asiento sin todavía creerse el acto de buena fe de su contrincante.

—Por su bien espero que venda la propiedad que debería de ser mía y pague sus deudas, de no ser así se tendrá que atener a las consecuencias. No habrá más oportunidades.

—Lo haré, no le quepa la menor duda, buen hombre.

Inclinó la cabeza en una muestra de respeto y, sin tiempo que perder, anduvo hasta la entrada. Allí aguardó a que le llevaran la chistera y el bastón, e, inmediatamente después, se largó del local que ni loco volvería a pisar, y lo hizo con pasos apresurados y sin echar la mirada atrás en ningún momento.

Al salir, el aire chocó contra su rostro acalorado y pudo respirar con la normalidad debida, alzó el mentón y avistó el coche de caballos que le esperaba.

Subió con un alivio creciente y apoyó la espalda contra el respaldo.

La certeza de salir indemne, de una muerte segura, consiguió que recapitara de una vez por todas. Su lugar estaba al lado de Mary, y no le importaría echar por tierra su honor al vender la casa de campo que le salvaría de las cuantiosas deudas acumuladas en su haber.

Y le dio las gracias al muchacho que le acababa de dar una de las lecciones más

importantes de la vida. Gracias a él volvía a tener otra oportunidad y ni por asomo pensaba desaprovecharla.

No, ni hablar.

CAPÍTULO I

—No seas aguafiestas, salgamos y gastémonos unas cuantas libras, ¿qué te parece? —le animó un Henry despatarrado sobre el sillón con un vaso lleno de un exquisito licor en la mano.

Zac no acababa de decidirse, la última vez que jugaron a las cartas lo hicieron en un club de mala muerte, perdió una suma bastante considerable de dinero, y lo peor, por poco terminan involucrados en una pelea callejera.

De seguir así, sus andanzas llegarían a oídos de su hermana y le echaría otro sermón de los buenos. En el último le dejó claro que ni su esposo ni ella tolerarían ningún escándalo más, haciéndole partícipe de que no dudaría en posicionarse a favor del padre de sus hijas si consideraba oportuno echarle de patitas en la calle. La paciencia tenía un límite, y el duque de Hackins era un hombre de reputación y de honor, por lo tanto la obligación de velar por su familia apremiaba y, la primera regla de rigor en un mundo como aquel, pasaba por dejar de lado cualquier atisbo de habladerías en relación a un apellido de abolengo incuestionable, lo que quería decir que, en el caso de que Zac continuara perdiendo el tiempo con sus acciones, la posibilidad de quedar desamparado del ducado y de la protección del apellido Hackins existía de verdad.

Lo de seguir perdiéndose en las dudosas diversiones que Londres ofrecía a personas descarriladas, se acabó. Tanto Zoe, como Nick, eran concedores de la calaña con la que se rodeaba de manera asidua, desde el instante en el que salió del internado, aunque en un principio prefirieron no interferir y darle el beneficio de la duda. Al fin y al cabo, el vertiginoso cambio en el estilo de vida que el muchacho acostumbraba a ejercer, en Wyoming, poco o nada tenía que ver, y la evidencia gritaba que no debió de resultar nada fácil para él desde el momento en el que pisó Inglaterra por vez primera.

Pero de ahí a saltarse todas las reglas...

—¿Me estás escuchando, Zac? —alzó la voz Henry—. Pareces distraído.

—Lo estoy.

—¿Y eso a qué es debido? —se interesó alzando las cejas.

—Ni que no lo supieras —suspiró con lamentación.

Henry aprovechó que había terminado el exquisito licor para servirse otro. Estaba de visita en la mansión del duque y actuaba como era costumbre al estar solos.

El comportamiento se asemejaba al del amo y señor de la casa y Zac no parecía darle ninguna importancia. La amistad entre ellos bien podría asemejarse a la de un par de hermanos y le resultaba de una normalidad absoluta.

—Vamos, Zac. No te habrás creído que te echarán a patadas en cuanto te veas involucrado en otro escándalo, ¿verdad? Ambos te quieren demasiado para hacer algo así y lo sabes.

El joven no contestó, dio pasos hacia la cristalera y allí se quedó, ensimismado mientras observaba el cuidado jardín.

—Zac, ¿estás bien?

Henry dejó el vaso y olvidó lo de echarse otro trago. Le inquietaba la melancolía de su amigo y sabía lo que necesitaba.

—Vamos, amigo —le animó con un golpe suave sobre la espalda—, deja las lamentaciones y salgamos fuera. Tengo en mente algo diferente y es justo lo que precisas en

estos momentos.

—¿Algo diferente? —preguntó prestando atención y regresando de donde estuviera—. Que yo sepa hemos recorrido un sinfín de tugurios, locales y clubes. A estas alturas no nos queda nada diferente por vivir, ¿no crees?

—Te equivocas —contestó dando suspense a sus palabras.

Y lo consiguió.

—¿Qué estás tramando?

—Es una sorpresa, anda, ánimo y larguémonos.

Los ojos de Zac cobraron vida, debido a la intriga que su amigo le ofrecía, y sonrió de medio lado.

Sin lugar a dudas, Henry acababa de ayudarle a ahuyentar los fantasmas del pasado y decidió seguirle. La racha aventurera resurgió y con ella la ilusión que iba quedando a ratos en el camino, mal que le pesara.

—A saber qué tienes en mente.

Henry se encogió de hombros y a continuación se dirigió a la salida con aires de grandeza.

—Tú prepárate, esta noche será inolvidable.

—¿Me dirás al menos a dónde vamos?

—Por supuesto, tendremos que alquilar un coche de caballos, y mucho me temo que deberemos de abonar una propina extra para que nos lleve hasta allí.

La alerta no tardó en asaltar a Zac.

—¿Una propina extra? ¿Acaso el lugar al que vamos es peligroso?

—¿Y cuál no lo es? —Le quitó importancia—. Vamos a East End.

Es escucharlo, y a Zac le vino a la memoria la noticia narrada en la primera página del periódico de hoy.

—¿Y por qué a la zona este?

—Pues porque es donde se va a celebrar algo que muy pocos tienen la suerte de poder ver con sus propios ojos.

—Henry, dime con exactitud el lugar al que te estás refiriendo —exigió.

No sabía el por qué, pero tenía la premonición de que se trataba del mismo lugar al que se refería el periódico.

¿Estaría equivocado?

—A Whitechapel.

Zac dejó de seguir los pasos de su amigo y se plantó en mitad del vestíbulo. La impresión al escucharle se reflejaba con una claridad pasmosa en su atractivo rostro.

—No hablas en serio, ¿verdad?

Y, como no contestó, insistió:

—¿Henry?

—Me han dado un chivatazo de las subastas que se practican casi en secreto en esa zona de la ciudad. Ha sido una casualidad, y mira por dónde sé el lugar exacto en el que se celebrará esta misma noche. Por lo que he oído hay barcos que traen desde otros continentes especies de animales que jamás se han visto aquí y también se comercia con cualquier tipo de enser raro. Incluso se atreven a comercializar de vez en cuando con personas de diferente raza, ¿te lo puedes creer? Todo de manera clandestina e ilegal, claro, y es por ese motivo que casi nadie sabe de estos asuntos, es más, siempre supuse que se trataba de una simple leyenda.

—Henry, no estoy seguro de querer ir —dudó con vacilación.

—Por supuesto que quieres, Zac. No me dirás que los sucesos ocurridos en esa zona te asustan, ¿no?

—Claro que no, pero...

—Vamos, Zac, sé por el periódico lo mismo que tú. En Whitechapel han aparecido al menos cinco cadáveres de prostitutas que algún loco ha mutilado de idéntica manera, sé que el posible causante se dice llamar Jack el Destripador y que ha enviado a la policía y a la prensa alguna carta con burlas varias y firmadas con ese apodo, sé que sus calles son peligrosas y todo lo que quieras, pero, precisamente por ello, eligen esos lugares mugrientos y llenos de pobreza. ¿Te imaginas que dichos negocios tan turbios tuvieran lugar en algún barrio rico de la ciudad? Sería una indecencia y un escándalo.

—Lo sé, pero... —continuó dudando.

Nunca, ninguno de los dos, se permitió ser tan poco cuidadoso como para no tomar cierta distancia en cuanto se refería a los barrios más peligrosos de Londres. Cualquier hombre bien posicionado sabía de la importancia de cubrirse las espaldas, empezando por evitar ciertos lugares, y siempre que habían salido juntos lo hacían con unas mínimas garantías. Ahora, en cambio, Henry parecía dispuesto a dinamitar cualquier tipo de seguridad y, aunque entendía su aspecto aventurero, puesto que eran iguales, lo que le pedía esta vez sobrepasaba el límite de la coherencia y de la sensatez.

—Pero nada —zanjó Henry con rapidez y templanza—, no tendremos más oportunidades y no estoy dispuesto a perdérmelo, si no quieres acompañarme lo entenderé.

El convencimiento de Henry era palpable y le ayudó a decidirse. Total, si tenía algo claro era que no iba a consentir que su amigo se dirigiera a ese barrio tan inhóspito solo, así que cogió su capa, siguió sus pasos y salió al exterior.

Lo hizo con una expresión interesada y jovial, ante las nuevas correrías que le ofrecía en bandeja su querido amigo, y se olvidó de que, con toda seguridad, pudiera estar metiéndose en la boca del lobo.

Tal y como predijo Henry, únicamente, con una propina elevada, un reacio y necesitado cochero aceptó a llevarles cuando la noche empezaba a caer sobre la ciudad de Londres, al tiempo que en el interior del carruaje el nerviosismo se convertía en el protagonista absoluto por la disparidad de emociones que embargaba a unos jóvenes ávidos de experiencias nunca antes vividas.

Al llegar fueron recibidos por una multitud de calles mugrientas, la luz artificial brillaba por su ausencia y se limitaba a unas pocas lámparas de gas que no lograban iluminar la oscuridad reinante, además, y por si fuese poco, el olor nauseabundo empezó a introducirse en el carruaje a pesar de encontrarse la portezuela cerrada.

Ninguno se pronunció al respecto, decidiendo que podrían soportarlo a fin de descubrir lo que supusieron siempre como una leyenda y no como una realidad al alcance de sus manos.

¿Qué importaba la oscuridad y el olor?

De pronto, el coche de caballos paró y los dos bajaron con sendos pañuelos en la nariz, intentando hacer algo más llevadero el olor, pues era insoportable.

—¡Maldición! —se quejó Henry al pisar algo blando.

Se temía lo que era, no había que ser muy listo para saber que las aguas negras de las

residencias iban a parar a la calle, de ahí ese fétido olor que se extendía a lo largo y ancho de la calle en la que se encontraban.

Con razón era uno de los barrios más pobres, y casi que sintieron alivio ante la oscuridad creciente.

La mayoría de residentes en la zona eran extranjeros, estos trabajaban por horas en los muelles y el poco dinero que ganaban lo gastaban en los bares y burdeles, aunque lo que predominaba era la gente sin hogar ni empleo.

La poca visibilidad no impidió que se fijasen en la imagen de hombres tirados en el suelo, seguramente borrachos, y a Zac le espeluznó.

—¿Dónde está ese sitio? —La alarma en su voz denotó su estado de nerviosismo.

El espíritu aventurero del que se vanagloriaba había desaparecido, brillando por su ausencia, para dar paso al sentido común. O se ponían a salvo o podría sucederles cualquier cosa, y él solo quería evitar un escándalo que obraría en su contra.

Henry no lo sabía con exactitud, la escasa luz dificultaba el simple hecho de reconocer la fachada que buscaba.

—No logro saberlo —confesó alarmado.

En ese mismo instante, Zac escuchó un ruido a su espalda y un escalofrío surgió en todo su esplendor, haciéndole retroceder un par de pasos en cuanto se percató de que una prostituta maloliente, que ni siquiera sabía cómo había llegado hasta ahí, se empeñaba en invadir su espacio personal para pegarse a su cuerpo.

—¿Buscas compañía, hombretón? —Los signos de embriaguez y la escasez de aseo resultaban evidentes.

Tuvo que esforzarse para contener una arcada a la vez que la apartaba con la mano sin delicadeza alguna.

—No, gracias.

—¿No? Anda, pasemos un rato divertido —susurró mediante una insinuación que resultó patética—. Por tres peniques estoy a tu entera disposición.

—No insistas.

—Está bien, me conformaré con una lonja de pan viejo —suplicó a modo desesperado.

El joven sacó unas monedas y se las entregó a condición de que le dejara tranquilo, a lo que la prostituta obedeció sin rechistar y sin creerse la buena suerte que el buen samaritano le acababa de ofrecer.

Pero claro, los problemas no acabaron ahí, pues de pronto el peor escenario se magnificó debido a un ruido conocido que alertó a Zac, en cuanto se produjo, y que le provocó que los pelos se le erizaran.

Un nuevo escalofrío lo sacudió ante la vulnerabilidad en la que se encontraban.

—Henry, ¿sabes el lío en el que estamos metidos? —explotó con estupefacción al percatarse de que el carruaje en el que llegaron no cumplía con lo acordado y salía escopetado de allí—. ¡Maldición! ¿Cómo vamos a regresar ahora?

El aludido no contestó, o encontraban el local o mucho se temía que esta vez les costaría salir airosos de aquel barrio de mala muerte.

El problema era tan real, que pronto el asco se tornó en un pánico atroz e inquietante al corroborar lo que en verdad sucedía, y es que, a pesar de la mala iluminación, descubrieron a un grupo de mendigos y de prostitutas avanzando hacia ellos con la determinación de sacar unas monedas de la manera que fuese. Aquella gente carecía de integridad, escrúpulos o conciencia

alguna, pues la pobreza hacía mella en cada uno de ellos y se evidenciaba a través de la desnutrición que saltaba a la vista en las distancias cortas.

La escena se asemejaba a una pesadilla de terror y una única pregunta asaltó a los amigos en una situación tan comprometida.

¿Cómo demonios iban a solucionar un entuerto de semejante envergadura?

El peligro les acechaba como nunca antes y ni siquiera contaban con un arma con el que pudieran defenderse, así de ilusos llegaron a ser.

¿Y ahora qué?

La imagen de Zoe, y Nick, aparecieron de pronto en la cabeza de Zac y la culpa le engulló.

CAPÍTULO II

—Vaya, vaya, mirad lo que tenemos aquí —se escuchó la voz de un hombre desconocido.

De pronto, un grupo de cuatro vecinos harapientos dejó atrás la esquina y se internó en la calle principal. Todos ellos portaban un candil en la mano y un garrote de considerable envergadura en la otra, consiguiendo acaparar las miradas de los dos jóvenes que retrocedían temerosos, mientras los mendigos y prostitutas les acorralaban sin remordimientos de ningún tipo contra la pared.

—¿Has visto eso? —susurró Zac con un hilo de esperanza.

—Sí —contestó un Henry impactado al ver cómo la presión ejercida sobre ellos empezó a disolverse.

La intención era clara, dejar paso al grupo que se acercaba.

Zac y Henry estaban desamparados en mitad de la nada, quizá, por ello, el primero quiso interpretar que con un poco de suerte aquella gente intercedería a favor de la situación tan comprometida en la que se encontraban. La disponibilidad a entregarles todos los objetos de valor que se hallaban en su haber bien podría convertirse en la única salvación para un par de ingenuos como ellos, pues la obviedad de que el chivatazo que le dieron a Henry era una burda mentira clamaba al cielo.

De ser cierto habrían visto varios carruajes en las inmediaciones y desde luego no era el caso.

¿Puede que se tratara de una trampa tendida a mala fe?

—Vuestra presencia en este humilde barrio nos confunde y abrumba al mismo tiempo —se burló el que iba en cabeza, alzando el candil en busca de las facciones de esos dos con mayor claridad—, las vestimentas que llevan delatan el estatus al que pertenecen y dista mucho del lugar en el que están, ¿me equivoco? Porque a mi entender parecen perdidos entre unas calles a las que no debéis de estar muy acostumbrados.

—Ha sido un malentendido —se adelantó Henry tomando la palabra—, alguien nos ha hablado de este lugar y el cochero que nos ha traído no ha cumplido con lo acordado. Ha decidido abandonarnos a nuestra suerte.

—Interesante —intervino otro diferente, mostrando una encía sin dientes y analizándoles al detalle—. ¿Y a qué es debida tan grata visita? —se mofó, alardeando de la superioridad con la que contaban, para terminar acusándoles—, ¿acaso os aburríais tomando el té y por ese motivo venís a perpetuar otro asesinato como empieza a ser costumbre?

—¿Qué? —se enojó Zac entornando una ceja—, somos hombres respetables y nos confunden con la persona que aparece en los periódicos. Nunca seríamos capaces de cometer tal atrocidad.

El grupo en general se jactó de las palabras escuchadas y se adelantaron un paso con gesto amenazante.

—Así que respetables, ¿eh? —siseó el cabecilla—. No es la primera vez que gente de su calaña viene hasta aquí para satisfacer sus instintos más bajos, carecen de escrúpulos y toman lo que desean a la fuerza. Se creen con el derecho suficiente que les otorga su riqueza y les convierte en auténticos mezquinos, ahora bien, con su presencia aquí nos alientan a tomar medidas. La desesperanza ha caído sobre nosotros y no consentiremos que ninguna más de

nuestras mujeres termine como las anteriores. La policía no nos brinda ninguna ayuda y estamos dispuestos a aniquilar a cualquiera que tenga el atrevimiento de pisar estas calles, ¿queda claro?

Se quedaron helados. La desastrosa noche iba complicándose con una alarma creciente y la integridad de los dos corría un grave peligro. Los hombres que les rodeaban no tenían nada que perder y ese era el verdadero problema.

—¡Un momento! —pronunció Henry a modo desesperado.

O pensaba en algo con rapidez o acabarían a garrotazo limpio contra sus cabezas y, como no tenían otra opción, soltó de pronto:

—El hombre que me acompaña es familia de uno de los nobles más importantes de la ciudad, le tiene en gran estima y no dudará en pagar un elevado rescate.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó un Zac aturdido y perplejo.

—Calla, tú déjame a mí. Sé lo que hago —susurró para que solo él le escuchase.

Zac volvió la atención a los asaltantes y se dio cuenta de un cambio significativo.

Estaban dispuestos a escuchar a su amigo y ya era algo, lo que significaba que no todo estaba perdido.

Lo corroboró al escuchar la siguiente intervención:

—¿Y dice que es un hombre importante?

A lo que Henry aclaró:

—No, lo que digo es que es familia de un hombre muy poderoso.

La atención de los presentes se encaminó hacia una única persona.

Zac.

—Vamos, le concedemos una oportunidad para hablar, y si sois listo sabrá aprovecharla —le increpó amenazándole con el arma rústica sobre su cabeza, dispuesto a dejarlo caer sin remordimiento alguno.

La amenaza era real, acuciante y sórdida, solo que a Zac le bastó un segundo para darse cuenta de que no estaba dispuesto a involucrar a su familia en un escándalo de semejante magnitud. Sabía que había llegado demasiado lejos y que si estaba en esa tesitura tan comprometida era por su mala cabeza, así que decidió, bajo su cuenta y riesgo, optar por lo que era mejor para su cuñado y hermana; que era permanecer en silencio. Por una vez actuaría como un hombre de compromiso y dejaría a su familia al margen, al fin y al cabo sus correrías habían llegado demasiado lejos, tendría que aceptar las consecuencias y ni siquiera el que Henry pudiera acabar mal parado era suficiente para hacerle entrar en razón.

No y no.

Y se mantuvo firme con dos actitudes que bien podrían ir de la mano, la primera pasó por mantener la boca cerrada y, la segunda, la ejerció con una pose segura mientras sus ojos confirmaban la decisión que acababa de tomar.

El nerviosismo, acompañado de la ansiedad, se expandió entre los presentes y fue Henry el que se creyó con la obligación de intervenir, por lo que procedió a aclarar un asunto que era de vital importancia para sus vidas.

¿Qué importaba que no fuese él el que debía hacerlo? Conocía tan bien a su amigo que no hacía falta que le confirmase sus intenciones, y estas nunca pasarían por comprometer directamente a Nick.

Un detalle que a Henry le dio igual, dado el apuro que podía marcar sus vidas.

—¿Zac? —se dirigió a él dándole la oportunidad de explicarse.

No le sirvió de nada.

—No lo hagas, te lo suplico.

Henry soltó el aire, lo miró durante unos segundos y, a continuación, se volvió con la determinación de que no le quedaba otra opción.

—La duquesa de Hackins es la hermana de este hombre al que retenéis, ¿habéis escuchado alguna vez hablar de ella?

Y, al igual que le sucediera a la prostituta a la que Zac le dio varias monedas, los integrantes del grupo encargado de la vigilancia de las calles, desde que un tal Jack el Destripador se dedicara a asaltar a mujeres indefensas, se frotaron las manos al unísono ante la fortuna con la que divisaban el horizonte.

—Vaya, vaya, pues sí que somos afortunados, entonces.

No había nada más que conversar. El tipo que habló se acercó peligrosamente a Zac, alzó el brazo derecho, y lo dejó caer con fuerza.

El golpe lo dejó inconsciente al momento.

Zac despertó desorientado, solo, con un dolor de cabeza insoportable y sin tener una mínima idea del lugar en el que se encontraba.

Con dificultad se puso en pie, intentó apartar el insistente zumbido que no le permitía pensar con la claridad oportuna y se dedicó a analizar cualquier detalle que le sirviese para orientarse en mayor o menor medida. Era de vital importancia, y en parte lo consiguió gracias a un candil situado en el suelo.

Echó un vistazo general y se percató de que estaba en un espacio pequeño, carente de ventanas, pero no de una humedad que rezumaba por todo el largo y ancho de las cuatro paredes; además, y por si fuera poco, el olor que penetraba en sus fosas nasales era demasiado desagradable, lo que le hizo pensar que no estaba acostumbrado a ese tipo de ambientes empobrecidos y mohosos.

Por lo demás nada, ni siquiera algo de mobiliario. A simple vista, bien podría asemejarse a una celda cualquiera, aunque en esta no se habían molestado ni en poner un mísero catre para al menos poder descansar, ¿o estaba confundido?

La gravedad al descubrirse desamparado le obligó a recordar el por qué estaba en un sitio tan precario, solo así encontraría las respuestas que buscaba, pero...

Nada, por más que lo intentó no pudo.

Incrédulo por la situación a la que se enfrentaba determinó cerrar los ojos, dejó que su mente vagase en la dirección que desease y se relajó. Buscaba el encuentro que lo conectase a la persona que en realidad debía de ser y...

Nada, más de lo mismo.

El pobre hombre se quedó helado, una alarma interior saltó por los aires y soltó un exabrupto.

—¡Maldición!

Y es que ni siquiera recordaba su nombre. ¿Cómo era posible?

Instintivamente, por inercia, se palpó el chichón que sobresalía de su cuero cabelludo y ahí intuyó una realidad evidente.

¿Estaría acertado?

La posibilidad de que todos y cada uno de sus problemas, pudiesen surgir a raíz de la

agresión orquestada por alguien, resultaba más que evidente. Y ahora, en una situación que ni siquiera estaba al alcance de sus manos, se veía en la tesitura de esperar a que su mente recuperase la memoria en el menor espacio de tiempo posible. Solo así determinaría, a ciencia cierta, su manera de actuar y, ante todo, cuál sería la mejor opción a seguir.

La sensación de que corría un grave peligro lo acechaba, de forma inquebrantable, y odiaba sentirse en inferioridad de condiciones con respecto a...

¿A quién o quiénes?

—¡Diablos! —exclamó con gesto desesperanzado e impotente.

Un frío que al principio no advirtió le hizo temblar, palpó sus extremidades y se percató de que estaba en ropa interior. Ese detalle lo confundió del todo, y lo hizo hasta un extremo difícil de catalogar.

¿Por qué le habían dejado medio desnudo?

Divagó y divagó, sin servirle de nada, y procedió a sentarse sobre el suelo. El estómago lo tenía revuelto y estar de pie no le beneficiaba.

Al final terminó haciéndose un ovillo sobre sí mismo y, solo cuando se quedó dormido, logró encontrar algo de paz.

CAPÍTULO III

Zac perdió la noción del tiempo al poco de estar entre esas cuatro paredes. Permanecer sin ninguna luz natural dificultaba hasta lo indecible saber si era de día o de noche, ni siquiera era conocedor de las horas que podría llevar allí y la desesperación comenzó a lapidar su estado de ánimo.

Continuaba sin acordarse de nada en cuanto a su persona y, para colmo de males, el estómago le rugía de manera estrepitosa.

¿Acaso el que lo retenía lo iba a matar de hambre?

Pues no, no debería de contemplar esa posibilidad, y lo supo ante el ruido de unos pasos que le alertaron.

Alguien se acercaba y no sabía si debía alegrarse o no. ¿Con qué intenciones lo haría?

Esperó con el corazón bombeando demasiado rápido y trazó un plan. Las posibilidades eran escasas, pero ¿quién dijo que sería fácil? El convencimiento de que si lograba escapar y divisaba el exterior, le ayudaría a recuperar la memoria, era la única opción con la que podría contar y la disposición a llevarla a cabo no tenía dilación.

Con rapidez se acercó a la puerta, posicionándose en el lugar indicado y esperó.

No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo, al otro lado alguien metió la llave en la cerradura y abrió lo justo para dejar un cuenco humeante sobre el suelo, cometiendo la imprudencia de creer que seguía inconsciente.

Ahora o nunca.

Zac golpeó la puerta con fuerza, sorprendió al individuo y se cambiaron las tornas. El que terminó en el interior fue él y Zac emprendió una carrera tras quitarle la llave y dejarle en la misma situación en la que él estaba hace escasos segundos. Encerrado.

Salió fuera y casi que agradeció que estuviese anocheciendo, la poca luz del atardecer molestaba a sus ojos. Una vez que pudo acostumbrarse, fijó la vista en lo que lo rodeaba y la preocupación aumentó. Lo que parecía un barrio de mala muerte se avistaba frente a sí y no le ayudó a saber quién era en realidad.

¿Sería ese su hogar?

No era el momento de conjeturas ni por supuesto de llamar la atención, y dejarse ver medio desnudo obraría el efecto contrario al deseado. Algo que no le interesaba si quería salir bien parado.

Divisó ropa tendida en una de las casas aledañas y cogió lo que necesitaba, se lo puso a toda prisa y se caló una gorra todo lo que pudo. Buscaba pasar desapercibido de miradas indiscretas, y solo después comenzó a caminar sin rumbo fijo.

¿Cómo iba a hacerlo si no sabía qué dirección era la adecuada? En menuda odisea estaba inmerso.

Terminó en los muelles, muerto de hambre y con la sensación de que él no pertenecía a esa zona en concreto.

¿Tendría razón?

Y, como las tripas no paraban de rugir, decidió ofrecerse a la llamada de un hombre para descargar uno de los últimos barcos que acaban de llegar a puerto. A cambio le pagarían unos peniques y podría saciar el apetito que lo consumía.

Puede que con el estómago lleno su precaria memoria colaborara, ¿no?

Con lo que no contaba era con el arduo trabajo que terminó dejándole sin fuerzas. Definitivamente no pertenecía a ese mundo, y lo corroboró a través de un cuerpo exhausto y unas manos que dolían demasiado.

Sí, en efecto no estaba acostumbrado al trabajo duro y cabía la posibilidad de que él viviese en una zona acomodada, aunque la pregunta era, ¿dónde?

No se dio por vencido, continuó descargando al límite de sus fuerzas y recibió los peniques como compensación.

Le llegó para pagar un guiso de verduras y un poco de vino agudo que le supo a gloria. Al menos pudo llenar la barriga, aunque seguía sin tener el conocimiento que buscaba con ahínco.

La falta de techo le obligó a buscarse un sitio para poder pasar la noche, lo hizo sobre el duro suelo y no fue el único. Muchos otros, en la misma situación precaria, le acompañaron mientras compartían una botella de ron.

Puerto de Londres, al día siguiente

Un sobresalto despertó a Zac y la angustia se tornó insoportable. Parecía más perdido que el día anterior, y que le despertaran con una patada en el estómago no ayudó mucho, la verdad.

—Vamos, arriba gandul. Hay barcos esperando para descargar.

Como pudo se incorporó. Le dolía en extremo cada parte de su cuerpo y no sabía si soportaría el trabajo infrahumano que le ofrecían, solo que el hambre volvía a apretar y no tenía nada que echarse a la boca, ni tan siquiera un poco de pan duro.

Divisó en la cercanía un pilón de agua turbia y arrastró los pies hasta allí con la intención de que lo ayudara a despejarse. Introdujo la cabeza y el agua helada lo condujo hacia una imagen que surgió de pronto, recordando que durante la noche esa misma imagen se dejó vislumbrar entre sueños.

Se aferró con frenesí a ella para que no se desvaneciera y le abandonara, era de vital importancia.

¿De quién se trataría?

El rostro de una mujer pelirroja se intensificó, despertándole una ternura infinita, y tuvo la certeza de que se trataba de alguien muy importante y afín a su vida. Desde luego un gran avance tras las penurias pasadas.

Igual que vino se fue, dejándolo desamparado y con una tristeza que embargó su melancolía hasta darse por vencido. No podía recordar más, por consiguiente procedió a ganarse el pan y comenzó a cargar sobre sus hombros maltrechos el peso de los fardos que le iban dando.

Si quería seguir subsistiendo tendría que comer, algo a lo que estaba dispuesto con tal de volver a abrazar a la mujer pelirroja que apareció en sus sueños y, aunque todavía no era conocedor del parentesco que les unía, no le importó. El vínculo entre ellos era fortísimo, así lo indicaba su corazón, aunque el ansia por recobrar su vida anterior no le sirvió de mucho, todo había que decirlo.

Al parecer su mente no estaba dispuesta a colaborar, por el momento, y el enojo consigo mismo se multiplicó.

La bodega del barco estaba repleta de mercancías y, después de varias semanas atravesando el océano, por fin atracó a orillas del Támesis. El trayecto, en esta ocasión, se desarrolló con relativa calma y la carga llegaba al destino indicado según lo planeado. Nada de tormentas bruscas, nada de piratas o corsarios, y por lo tanto nada de abordajes no deseados.

A esas horas, el puerto rebosaba del característico ajetreo de todos los días y el febril movimiento era incesante. Hombres jóvenes, sudorosos y acostumbrados al trabajo duro, portaban sobre sus hombros un sinfín de bultos llegados desde cualquier otro continente. La imagen se repetía allá donde mirases, mientras decenas de peones se acercaban a la embarcación que requería sus servicios para proceder a la descarga.

En esa parte de la ciudad el trabajo físico imperaba y no todos estaban capacitados para el arduo esfuerzo, apenas pagado por unas míseras monedas. Eran las consecuencias de pertenecer a la clase pobre, el escalafón más bajo, viéndose obligados a buscarse la vida en una ciudad inmunda, repleta de peligros y en la que la decencia no existía. Allí las leyes brillaban por su ausencia, y allí mismo es donde un Zac desfallecido por el esfuerzo hacía lo imposible por integrarse al resto, y sin que estuviese preparado para lo que sucedería a continuación.

Echó otro saco sobre su espalda y, antes de girarse, la imagen del capitán bajando a empujones a una muchacha le llamó la atención.

—¿Qué demonios haces? No te detengas —le increpó a Zac el que iba detrás.

—¿Ves eso?

El aludido se fijó en lo que señalaba y bufó.

—Mira, no sé el tiempo que llevas aquí, pero te daré un consejo. Trabaja sin hacer preguntas y podrás llevarte algo de comer a la boca, de no hacerlo no durarás ni una semana.

—Pero...

—¿Acaso no has escuchado ni una sola de mis palabras? En este sitio nada importa salvo uno mismo.

Lo empujó para que se apartara y continuó a lo suyo.

Zac se quedó perplejo al observar a los demás, ninguno prestaba atención a lo que sucedía a escasos metros de donde se encontraban los primeros porteadores, continuando a lo suyo, y sin que al parecer les importara que el capitán del barco actuara con la impunidad necesaria para seguir maltratando a una muchacha asustada, temerosa y angustiada.

Los sollozos varios y palabras ininteligibles se escuchaban con una voz estremecedora.

—Vamos —gruñó el capitán empujándola de malos modos—, Sophie tendrá que adecentarte para sacar el máximo partido. Bienvenida a suelo londinense, *madame*.

Una sonrisa ladina cubrió el rostro del infame y no tuvo ninguna consideración hacia ella, llevándola casi a rastras, y haciendo cávalas de lo que ganaría gracias a la casualidad de encontrarla en el momento más oportuno en cuanto a él se refería.

Todavía se frotaba las manos debido al golpe de suerte.

Mientras, la asustada muchacha se limitó a apartar las lágrimas que caían por su rostro y a seguir sus pasos. ¿Qué otra alternativa le quedaba?

Al pasar junto a Zac, sus miradas se encontraron y...

¡Zas! Por arte de magia el rostro de su hermana apareció en su mente, dejándolo confundido y aturdido.

Y fue cuestión de segundos lo que tardó en que todo le viniese a la memoria.

¡Por fin!

Retó con la mirada al ser repugnante que se alejaba y la contención que tuvo que ejercer sobre sí mismo fue estrepitosa; por fortuna, el sentido común obró en su beneficio, optando por ser inteligente y así no intervenir.

En las condiciones en las que se encontraba hubiese afectado en su contra, lo que quería decir que, con toda probabilidad, su cuerpo habría desaparecido bajo las aguas del río Támesis por los restos de los restos.

Zac apretó la mandíbula con impotencia, a continuación centró la mirada demoníaca en la fuerza que ejercía esa mano sobre el brazo de la joven, y les vio subir a un carruaje que les esperaba.

Después nada, desaparecieron sin más, asemejando a que la imagen que se acababa de producir delante de sus propias narices fuese tan solo producto de su imaginación, y por lo tanto inexistente.

CAPÍTULO IV

—Esto no puede estar sucediéndome —se lamentó Zac, contemplando con impotencia cómo el carruaje emprendía la marcha y casi le pasaba por encima.

Lo intentó una, dos, tres y hasta cuatro veces, pero nada, todas con el mismo resultado. La cruda realidad le indicaba que no tenía nada que hacer y se vio obligado a desistir.

Ni uno solo de los cocheros consintió escuchar las súplicas de un andrajoso, tampoco seguir las indicaciones de un indigente cualquiera y, mucho menos, dieron credibilidad a las amenazas que terminaron saliendo por la boca de un hombre abrupto al borde de la desesperanza y la locura. Exacto, en las tres ocasiones hablamos de Zac, el protagonista indiscutible al que la actitud de todos ellos le sulfuró hasta límites insospechados.

Podía entender que fuesen reacios debido a su lamentable aspecto, pero tampoco es que pidiera algo descabellado y solo si le daban una oportunidad, y por consiguiente el beneficio de la duda, saldrían con varias libras en su haber.

¿Que qué es lo que pedía? Pues una acción demasiado simple a la que no estaban dispuestos. Zac, únicamente suplicaba que le llevaran a casa, pero los ropajes y su aspecto desaliñado lo hacían pasar por un loco perturbado. Tanto fue así que no le sirvió de nada ofrecerles un precio escandaloso si aceptaban creerle.

¡Maldición!

¿De qué servían sus intenciones si nadie se ponía en su pellejo en un momento tan importante?

Desde el mismo instante en el que recobró la identidad supo dar prioridad a la situación tan compleja, así que dejó de cargar como una mula y, con premura, se dedicó a tratar de resolver los contratiempos que derivaron en varias preguntas, sin ser conocedor de si contaba con el tiempo suficiente para solucionar lo que su torturada cabeza maquinaba a toda velocidad, y sin que le sirviera de mucho si aquellos cretinos no colaboraban.

¡Malditos infames!

El primer pensamiento que tuvo fue dirigido hacia su amigo Henry y lo hizo con dos interrogantes, ¿qué habían hecho con él? ¿Seguiría en el barrio en el que le retuvieron o por el contrario le dejaron libre para que fuese él el encargado de dar veracidad a lo que les sucedió?

El segundo pensamiento voló hacia su familia, comprendiendo la importancia de dar señales de vida en la mayor brevedad posible. Tanto su hermana, como Nick, debían de saber la buena fortuna de que estaba bien. La preocupación insufrible, si en efecto los hombres cumplieron lo dicho y osaron pedir un rescate a cambio de mantenerle con vida, les ocasionaría a ambos un disgusto demoledor en cuanto se refería al buen apellido que ostentaban, aunque de sobra conocía que el escándalo no les importaría ni un ápice en comparación con su integridad física. El amor que le procesaban era tan real que le dolían las entrañas por su falta de escrúpulos. Él solito era el culpable de dejarse llevar por el impulso irrefrenable de sus andanzas y terminó arrastrando a las personas más importantes que tenía.

¿Cuándo demonios aprendería?

Y, en tercer lugar...

En tercer lugar, el rostro, y ante todo los ojos asustados de la muchacha que se llevó el capitán consigo a la fuerza, le martilleaban el cerebro y no le permitían pensar con la claridad

que debería. No lograba quitarse de encima la imagen, y la impotencia amargaba la irrealidad de lo que vivía en primera persona.

La crispación en conjunto devastó su fortaleza, ya se veía emprendiendo el largo camino a pie cuando...

—Señor Evanson, ¿es usted?

Zac escuchó a alguien dirigirse a él, por su apellido, y su confusión en un principio propició a que entendiera que se trataba de una mera equivocación.

No fue así, y lo corroboró al escuchar de nuevo:

—¿Señor Evanson?

El aludido alzó el mentón con la sorpresa dibujada en sus facciones, y es entonces cuando se dio de bruces con un rostro que le resultaba conocido y que sobresalía por la portezuela de un coche de caballos de alquiler.

Le costó creer su buena ventura y sin pensarlo se acercó.

—Sí, soy yo.

—¿No me recuerda? —preguntó extrañado, mientras se dedicó a examinar con una incredulidad absoluta el vestuario poco acertado en un hombre de sus características.

—Discúlpeme, hoy no ha sido un buen día y estoy un tanto perdido.

—Ya me doy cuenta, ya.

El hombre abrió la portezuela un poco más y se dispuso a aclararle:

—Hace unas semanas me perdonó la vida y también una propiedad que debería de ser suya.

—Ah, sí. Claro que me acuerdo.

—Vamos, suba. Lo menos que puedo hacer por vos después de todo es ayudarle, porque doy por hecho que necesita ayuda, ¿no es así?

—No sabe cuánta, estoy en un verdadero aprieto.

—Algo he oído.

—¿Disculpe? —preguntó azorado.

—La noticia de su secuestro ha corrido como la pólvora. Lleva más de un día sin dar señales de vida y es la comidilla de todas las conversaciones.

—Vaya.

—Suba —le repitió servil—, ¿dónde quiere que le lleve?

Zac suspiró de alivio, por su buena suerte, y subió al carruaje con la certeza de que ese hombre bien mereció su perdón la noche en la que jugaron a las cartas. Cualquier otro hubiese pasado de largo y ni se habría molestado en brindarle el auxilio que tanto precisaba.

Una Zoe consumida por la angustia pasaba la tarde con su bordado en la biblioteca, ni siquiera tenía fuerzas para dedicarles a sus hijas y se excusó, refugiándose en la cercanía de su esposo, el cual bebía *whisky* con evidentes signos de cansancio.

—¿Estás seguro de que le dejarán en libertad si aceptas pagar el rescate?

Era la cuarta vez que lo preguntaba. El terror a perder a su hermano atenazaba un corazón que ya había sufrido lo indecible con la muerte de sus queridos padres. Nick lo sabía, y se dedicó a apartar a un lado sus propios pensamientos y temores, para en cambio levantarse del sillón con una única preocupación.

La mujer de su vida.

—Amada mía, me complacería decirte que sí, que en cuanto nos dispongamos a pagarles le dejen libre y volverá a casa, mas no puedo hacerlo.

La mano de Zoe tembló y su esposo la atrapó con cariño entre las suyas, la llevó hasta sus labios y la besó con ternura, arrodillándose a su lado.

—¿Y si no regresa, Nick?

—Shsss, no te hace bien tener pensamientos así, querida. No en tu estado.

Zoe apartó la costura a un lado y se dejó envolver entre unos brazos que la conocían tan bien, allí se acomodó y lloró sobre su pecho.

El rostro de Nick pareció consumirse por el dolor de su esposa. La incapacidad por impedirle ese sufrimiento lo volvía loco por momentos.

—Tranquila —susurró en un tono sosegado—, todo está dispuesto y es cuestión de horas. En cuanto nos digan el lugar en el que se efectuará el intercambio, Zac volverá a estar entre nosotros, no pretendo creer que esos desalmados se arriesguen a que le pueda suceder algo malo.

—¡Prométemelo! —exigió Zoe hecha un mar de lágrimas.

Nick dejó escapar un suspiro de lamentación y la acunó como solo él sabía.

A Zoe tuvo que bastarle, su amado esposo nunca le haría una promesa que no pudiese cumplir, y se agarró a sus fuertes hombros devastada.

A continuación, el sonido de la puerta acaparó la atención de ambos y se quedaron en vilo, esperando a que el mayordomo les indicara el nombre de la persona que se presentaba con la intención de hacerles una visita inesperada. Aun así no se movieron, permaneciendo juntos ante la adversidad.

El ruido de unos pasos acercándose, con demasiadas prisas, les hizo posicionarse en el peor escenario, dadas las circunstancias, y temieron por Zac.

Se equivocaron.

—Vaya, ¿a qué vienen esas caras? —escucharon al unísono la voz risueña que tan bien reconocían.

El rostro de Zoe cambió de manera drástica, dejó atrás la pena infinita y la cambió por una de entusiasmo, que la catapultó a dar un grito de alegría al ver a su hermano sano y salvo.

—Oh, Dios mío.

A pesar de su avanzado estado de gestación actuó con una celeridad asombrosa, dejando a Nick arrodillado en el suelo, mientras corría por la estancia y se abalanzaba a los brazos de Zac.

—Estoy bien, hermanita —susurró emocionado.

Se odió por causarle ese dolor, también por la parte que le tocaba a su cuñado y, ante todo, se odió por el recibimiento que bien sabía que no merecía.

—Zac Evanson, no te atrevas a darme este susto nunca más, ¿me oyes?

Zac la estrechó todo lo que pudo con miedo a hacerle daño en el abultado vientre.

—Lo lamento, Zoe.

Nick presenció la escena y fue benevolente con su esposa. Dejó que se mostraran el amor que se tenían, pero, pasados unos segundos, cuando al fin verificó que estaba bien, no pudo más.

—¿Ah, sí? —preguntó Nick, acercándose con una furia mal disimulada en los ojos tras escuchar que lo lamentaba.

Quería a ese muchacho más que a su vida, lo quiso incluso antes de casarse con su hermana y, ahora que por fin había regresado a la que era su casa sin ningún rasguño a la vista, era el momento de ajustar cuentas y su deber pasaba por ponerlo en su sitio de una buena vez.

La paciencia tenía un límite y la suya la había rebasado con creces. Desde luego que así era.

—¿Qué es lo que lamentas con exactitud? —El tono de Nick denotaba a las claras el enfado que corría por sus venas, dirigiéndose a él con un rictus helado y exigiendo cuentas, porque de lo que estaba seguro era que no toleraría ningún agravio más por parte del cabeza hueca de su cuñado—. A ver, déjame adivinar, ¿lamentas el sufrimiento que nos has causado, el que tu hermana se haya pasado la noche en vela llorando por si te había sucedido algún percance, o puede que lo que lamentes es que tus sobrinas hayan estado preguntando por ti desde que desapareciste y no sabíamos qué decirles? ¿Qué es lo que lamentas de todo lo que te he dicho con exactitud? Quizá si te dignas a aclarármelo logre entenderte, porque te juro que por más que lo intento no puedo —terminó con un deje socarrón.

Tras la reprimenda, Zac bajó el mentón avergonzado.

—Querido... —quiso intervenir Zoe, adoptando un papel pacificador entre ambos.

Su esposo no se lo permitió.

—No —negó levantando la mano para acallarla—, ha llegado demasiado lejos y no voy a consentirlo, Zoe. Este comportamiento es inaceptable.

—Pero...

—Zoe —intervino el azorado hermano con los ojos vidriosos—, tiene razón y lo sabes. Soy merecedor de todas y cada una de las palabras que tenga que decirme, lo asumo.

Y, en un acto de hombría, se acercó a su cuñado sin que le importase que viese las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Nick, lamento todo el daño causado, lamento haber perdido la cabeza y no haberos hecho caso, lamento ser un lastre para vosotros y...

—Anda, cállate —le interrumpió antes de flaquear.

Zac siempre fue su debilidad y él también ansiaba abrazarle, que fue lo que hizo, al tiempo que Zoe sentía su corazón henchido de orgullo por el hombre que les cambió la vida y con el que contrajo matrimonio.

—Apesta, ¿lo sabes? —bromeó Nick sin que le pareciera importar el fétido olor que desprendía.

El abrazo se alargó bastante.

—Ajá.

—Ve a darte un baño, aquí te espero —ordenó una vez que la emoción se tornó en calma—. Tenemos que hablar de lo sucedido.

—Nick.

—¿Sí?

—¿Sabes algo de Henry?

—Sí, conversaremos de ello cuando estés aseado.

—Está bien, no tardaré.

El crepitar de las llamas se escuchaba en la biblioteca y el calor procedente de la chimenea se extendía por la estancia, mezclándose con los últimos resquicios de los rayos de sol, los cuales iluminaban un escenario idílico y repleto de una paz que, un Zac aseado, quiso retener con nostalgia antes de cerrar la puerta tras de sí.

La sensación de encontrarse «casi en casa» le abrumó, pues no acostumbraba a que le sucediera con normalidad.

De ahí la obstinación por involucrarse en aventuras varias.

—¿Quieres un *whisky*? —ofreció a Nick, dirigiéndose al mueble de roble en el que se guardaban las mejores botellas de alcohol.

—No, con los nervios y el desconcierto ya he bebido suficiente por hoy.

Zac se sirvió un buen trago y encaminó sus pasos hacia el amo y señor de la mansión. Tomó asiento frente a él y se dispuso a contestar a alguno de los interrogantes que tenía, ahora que estaban los dos a solas, ya que Zoe se había retirado a sus aposentos después de la disparidad de emociones.

—¿Qué sabes? —Zac evitó cualquier derrotero que pudiese distraerles y fue directo al grano.

—Todo.

—¿Todo? —preguntó confuso.

—Sí, todo. Henry me contó vuestra escapada temeraria a Whitechapel, el abordaje de los hombres que te secuestraron y el rescate que exigían a cambio de tu libertad.

Meditó las palabras dichas por Nick, antes de decir:

—Así que debo interpretar que Henry no fue retenido a la fuerza, ¿no?

—No, no lo fue... según su versión —dejó caer como si nada, sembrando la duda en un hombre aturdido que no entendía el cariz de la conversación.

—¿Puedes ser más explícito, por favor?

El duque de Hackins asintió.

—Él mismo fue el que se presentó delante de mi puerta a unas horas intempestivas hace dos noches.

El suspiro de Zac tensionó el ambiente.

—No lo entiendo.

—¿El qué no entiendes?

—Si Henry dijo el lugar en el que estaba secuestrado, ¿por qué no avisaste a la Policía?

—Porque él no era conocedor de esa información.

Zac enarcó una ceja, bebió el contenido del vaso de un trago, y lo dejó sobre la mesa meditando la respuesta que le acababa de ofrecer.

—Nick, ¿qué me ocultas? —y ahí iba Zac, otra vez directo al grano.

La camaradería entre ellos le permitió dejarse de cualquier formalismo que no venía al caso.

—Te molestarás si te lo digo, y no deseo que te enojés después de las penurias por las que debes de haber pasado. No sé, puede que esto sea precipitado y que lo mejor es esperar a mañana para hablarlo. Te hará bien descansar —afirmó mostrando una sinceridad absoluta.

El tiempo compartido a lo largo de los años, y el cariño mutuo, facilitó la relación especial que sembraron entre ambos. Se conocían a la perfección y ninguno estaba capacitado para engañar al otro a propósito.

Eso era seguro.

—Nick, si consideras que hay algo que debo de saber, adelante, cuanto antes lo hagas mejor para los dos, ¿no crees?

—Está bien.

Reconsideró lo de tomarse otra copa y sirvió una para cada uno.

—Procederé a decirte lo que pienso y no quiero que me interrumpas, ¿estamos?

La seriedad en su rostro denotaba la importancia de lo que allí se iba a producir, a lo que Zac dio el visto bueno.

—No lo haré. Comienza, por favor.

Nick lo hizo, y le bastaron ocho simples palabras para aclarar una realidad que a Zac le enervó por dentro y por fuera en cuanto llegaron a sus oídos.

—Henry no me inspira ningún tipo de confianza.

—¿Qué? —Saltó como un resorte, olvidándose lo de no interrumpir.

Imposible.

—He dicho que no me interrumpas, te mostraré lo que ronda en mi cabeza y después seré yo el que te escuche a ti.

—Disculpa —aceptó a regañadientes.

Y para darse fuerzas volvió a beber de un trago el contenido de la copa.

—Desde que saliste del internado, y nos lo presentaste, mi desconfianza hacia él existió. No sé explicarte los motivos, pero a mi parecer se ha aprovechado de ti desde el primer día en el que os conocisteis. Se ha ido ganando tu confianza hasta formar parte de tu círculo más íntimo y no me gusta, al contrario, me disgusta. Henry se ha encargado de llenarte la cabeza de pájaros y tú has seguido cada una de sus locuras sin pararte a pensar en las consecuencias. Pues bien, llegados hasta aquí, quiero decirte que nunca me hubiese atrevido a indagar en su vida de no ser por las reticencias que han ido surgiendo a lo largo de todos estos años, y sobre todo con esta última tropelía, y solo te pido que seas capaz de ponerte en mi lugar por un momento.

La alarma saltó en un Zac sorprendido e incrédulo.

—¿Qué tratas de decirme, Nick? ¿A qué te has atrevido? Tus insinuaciones llegan a desconcertarme.

Nick le mantuvo la mirada y contestó a sus preguntas. Debía de ser honesto y estaba dispuesto a llevarlo a cabo.

—Después de que me informara de tu secuestro, y se marchara a propagar por medio Londres lo que te había sucedido, me vi en la obligación de hacer alguna que otra averiguación, es por ello que hice una visita a uno de esos clubs que frecuentabais y...

—¿Qué? —preguntó con perplejidad—. Dime que no has tenido el atrevimiento de indagar en los asuntos privados de mi amigo a mis espaldas.

Silencio.

—Vamos, ¡dímelo! —insistió sulfurado, temiendo lo peor.

—Lo lamento, Zac, no puedo hacerlo, y debes saber...

—No. Me niego a seguir escuchándote —gritó con rabia.

Zac estaba defraudado, se negó a seguir oyendo y, con la decisión reflejada en su cara, avanzó hacia la puerta con un único pensamiento.

Largarse de allí.

—Zac, Zac —alzó la voz el duque tratando de que entrase en razón.

Nada, él ni caso, y continuó andando hacia la salida.

Nick corrió en su busca a la desesperada. Sabía que podía llegar a ser tan tozudo como su hermana y su deber era pararle los pies antes de que cometiera cualquier otra estupidez.

—Zac, ¿quieres hacer el favor de escucharme? No he terminado de hablar.

—Pues yo sí de escucharte. Has extralimitado tus funciones, no eres nadie para inmiscuirte en mis asuntos y soy lo suficientemente mayorcito para saber lo que me conviene o no.

Por él ya estaba todo dicho. Abrió la puerta y, cuando comenzó a avanzar decidido, se encontró con la sorpresa de que Nick la cerró con ímpetu y no le permitió que se marchase.

O lo intentó.

—Escucharás lo que tengo que decirte quieras o no, Zac. —El aviso se asemejó a una orden clara y directa.

Lo que no supo aceptar es que esa actitud autoritaria obraría en su contra.

—¿Qué? —escupió con indignación—, ¿quién te crees que eres? ¿Mi padre? Tú no puedes imponer lo que debo hacer o no.

«Por Dios bendito, ¿acaso la testarudez de ese muchacho le impedía darse cuenta de sus verdaderas intenciones?».

Así parecía.

—Sí, claro que puedo, no olvides que vives bajo mi techo —bramó golpeando el marco con los nudillos—. Eres parte de esta familia y velaré por ti y por tus intereses siempre, no lo dudes.

Zac no se dejó amilanar, el tinte de lo que pareció un reproche cuestionó su orgullo y se enfrentó a él de malas formas.

El error que cometió, entonces, pasó por olvidarse de la parte fundamental del tema que estaban tratando. De repente parecía que había dejado de importar y que estuviesen a años luz en cuanto a distancia se refería.

Y soltó con mal intencionalidad:

—Pues desde este instante dejo de vivir bajo su techo, milord, no lo necesito, por consiguiente dejaré de velar por mí y por mis intereses a partir de ahora.

Las palabras y el formalismo empleado escocieron como ningún otro, confirmando un profuso dolor en el corazón de Nick, aunque, lo peor de todo, es que no sabía cómo impedirle que se marchara.

—Zac, te lo suplico, escúchame —aseveró con impotencia, abriéndose en canal y mostrando las emociones que le embargaban.

Haría cuanto estuviese en sus manos para detenerle.

Lo que fuera.

—No.

Zac no desistió, su obcecación se empeñó en batallar con ahínco, y continuó con aquella locura.

La otra parte, por el contrario, ya no supo a qué más recurrir, estaba al borde de la desesperación y se mesó el pelo con nerviosismo.

Y encontró la última baza que puede que obrase a su favor para convencerle. ¿Le serviría?

—Hazlo por tu hermana —dijo a la desesperada, chantajeándole a través de la única opción disponible.

Las emociones.

—Por ahí sí que no —negó con estupor.

Zac terminó perdiendo los papeles, cargó contra él y le empujó con saña. Después se marchó sin darle la oportunidad de explicarle lo que había descubierto en lo referente a su amigo.

Nick contempló con estupor cómo se alejaba, aun así, no cometió más equivocaciones y le dejó marchar.

Obligarle a regresar con violencia dinamitaría la paz de su hogar, y prefirió tener que enfrentarse a su esposa a la mañana siguiente tras analizar los pros y los contras.

Nick era un hombre maduro, y por tanto aceptó el grado de insensatez que empleó. De ninguna de las maneras consentiría la posibilidad de que su fuerza bruta afectase a la relación tan extraordinaria que mantenían, sin lugar a dudas habría actuado en su contra y, cabizbajo, se dirigió a su alcoba con el semblante abatido.

Subió las escaleras y se empeñó en tranquilizarse a sí mismo.

«Seguro que el berrinche le dura unas horas y antes de que se dé cuenta regresará con las orejas gachas. Zac es una persona sensata, justa y cariñosa, y solo ha actuado guiado por el orgullo y la testarudez».

Aún le quedaba por madurar y ahí estaba la prueba fehaciente.

En fin.

Poco a poco fue quitándose las prendas de vestir, y solo cuando se acostó en la cama, y abrazó a su esposa dormida, es cuando logró encontrar algo de serenidad. Algo acuciante, pues la impresión de no haber obrado tal y como debería se aposentó de manera fehaciente, y ya no se encontraba en sus manos el poder enmendarlo. Ahora lo que tocaba era esperar a que el sentido común de Zac pusiera de su parte.

Cerró los ojos. El cansancio acumulado durante la desaparición de su cuñado comenzaba a hacer mella en su torturado cuerpo y obró el esperado milagro.

No tardó en quedarse dormido. Lo hizo acurrucado contra el cuerpo al que amaba con locura y se aferró a él de manera desesperada.

CAPÍTULO V

Zac llegó a la mansión de su amigo con el propósito firme de efectuar alguna que otra pregunta. El trayecto lo hizo a pie ante la necesidad de despejar la mente, y caminar le ayudó a aclarar las ideas sin importarle un ápice la hora intempestiva e inadecuada; tampoco que no era el momento propicio para practicar ningún tipo de visita a nadie.

Le dio igual, y procedió a plantarse delante del umbral que buscaba con la decisión de enfrentarse a la cruda realidad. Exigiría respuestas. No acostumbraba a ser ningún estúpido, y si Nick desconfiaba de Henry sus razones tendría, aunque prefirió ser conocedor de las noticias en primera persona e indagar por sí mismo. Henry se había convertido en más que una simple amistad, los años en el internado así lo corroboraron, y la premonición de que nunca le vendería al mejor postor le otorgaba la ventaja suficiente como para requerir una información fehaciente y veraz.

Le demostraría a su cuñado que él solito se bastaba para hacer las averiguaciones pertinentes y que las reticencias hacia su amigo eran meras equivocaciones. La premura de acallarle propició a que, una vez que llegó a su destino, se dispusiera a dejarse llevar por el ímpetu hasta terminar aporreando la puerta con saña.

Si era preciso despertaría a toda la casa, vaya que sí.

Los segundos que tardó en abrirse los empleó en fijarse en la fachada; esta precisaba de una buena mano de pintura y se extrañó por ser tan puntilloso.

¿Desde cuándo le interesaban a él según qué tipo de detalles?

Un Henry ojeroso y desaliñado apareció al otro lado, irrumpiendo de lleno en los pensamientos de Zac. Su aspecto desentonaba por completo. No era ni de lejos al que acostumbraba y la definición era, simplemente, lamentable.

—¿Zac?

Su amigo se frotó los ojos con incredulidad, asemejaba no creerse lo que tenía ante sí, e incluso en un primer momento supuso que se trataba de una simple alucinación.

—¿De verdad eres tú?

Una sonrisa brotó de oreja a oreja antes de que lo estrujara contra su pecho.

—Dios mío, he temido por tu vida desde que esos insensatos te atraparon.

Dieron fin al abrazo con cierta vergüenza, no era costumbre entre los hombres demostrar ese afecto, y Henry lo apartó un poco con la intención de observar su figura de arriba abajo.

—Ven, entremos y tomemos una copa —ofreció en tono jovial.

Zac siguió sus pasos, al hacerlo el repiqueteo de sus botas contra el suelo de mármol se escuchó a lo largo del vestíbulo, y la extrañeza lo envolvió.

La soledad que les rodeó era inaudita, e indagó con una mirada rápida todo cuanto abarcaban sus ojos.

Nada. Ni el ruido ensordecedor provocado tras golpear la puerta con saña, ni el eco de sus pisadas, parecían suficientes como para que el servicio acudiera raudo y veloz; tal y como debería de suceder, y el hecho en sí catapultó a Zac hacia una premonición que le dio mala espina.

En casa de su amigo estaba sucediendo algo grave y temió no equivocarse.

—Henry.

—¿Sí?

—¿Dónde están el mayordomo o el ama de llaves?

Evitó contestar y se acercó a la licorera una vez que entraron en el salón. Sirvió dos raciones generosas de *whisky* y le tendió uno de los vasos.

Zac fijó su mirada en la chaqueta colgada sobre una silla y dilucidó que su amigo, o bien acababa de llegar, o por el contrario tenía la intención de salir en breve.

¿Estaría equivocado?

—Henry, ¿ibas a salir a estas horas o estás de regreso?

Tampoco contestó, se limitó a beber el contenido del vaso de un trago y se sirvió otro igual de generoso.

—Parece que te cuesta contestar a mis preguntas —afirmó escrutándole con firmeza.

Lo conocía tan bien que supo interpretar lo nervioso que llegaba a estar y no era un buen augurio. No, no señor.

—Supones bien —terminó confesando, a la par que se desabrochó el botón superior de la camisa. Le costaba respirar con normalidad y se empleó a fondo para enmendarlo.

Con su reacción Zac se puso alerta e, igual que ya le sucediera con su cuñado, fue directo al grano.

—Henry, necesito que seas honesto conmigo. ¿Te inventaste lo de la subasta en Whitechapel para propiciar mi secuestro?

Y tan directo al grano.

—¿Qué?

El estupor se abrió paso a través de un gesto desolado, que a Zac no le importó demasiado, e insistió:

—Por favor, si estás involucrado en este turbio asunto exijo una explicación. Me la debes.

De otro trago Henry terminó el *whisky*, dejó que la quemazón atravesase su garganta y de seguido se desplomó sobre una de las sillas.

No dio crédito a lo que acababa de escuchar, o a menos es lo que cada poro de su piel gritó a los cuatro vientos, y se llevó las manos a la cabeza en un gesto que denotó su disgusto.

—¿En verdad crees que soy el culpable de lo sucedido? —arremetió dolido.

—No lo sé —dudó un Zac que comenzó a pasearse sobre la alfombra sin descanso—, por eso estoy aquí, he venido en busca de respuestas, pues lo cierto es que las de Nick no me sirven.

—¿Nick? ¿Qué tiene que ver Nick en todo esto?

Zac se detuvo y procedió a explicarlo.

—A raíz de lo sucedido, hace dos noches, visitó uno de los clubs que frecuentamos; sospechaba de ti y decidió actuar bajo su cuenta sin que le importara el riesgo a una confrontación conmigo. Al parecer no iba muy desencaminado, ¿no?

La palidez en el rostro de Henry habló por sí sola, o es lo que pareció en un principio.

—¿Qué te ha dicho? —pronunció el que a día de hoy continuaba siendo su amigo entonando la pregunta con un deje de vergüenza mal disimulada.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —mostró su incredulidad—. No te entiendo, Zac, acabas de decir...

—Lo he dejado con la palabra en la boca —le cortó alzando la voz—, en cuanto fui consciente de lo que ha sido capaz ni siquiera le di la oportunidad de terminar, Henry. Acabo de comportarme como un auténtico necio con una de las personas más importantes en mi vida y todo te lo debo a ti. Espero no tener que arrepentirme.

El reproche era incuestionable, Henry lo encajó como pudo y terminó lanzando una pregunta trascendental:

—¿Por qué lo has hecho?

Tras el interrogante Zac enarcó una ceja evidenciando su malhumor.

—¿Y tú me lo preguntas? —gritó perdiendo los nervios—. Hasta donde yo sé, y corrígeme si me equivoco, nuestra relación no se limita a compartir juergas por doquier, a beber o a jugar a las cartas, y son razones más que suficientes como para venir a esta casa. Mi deseo es que seas tú, y no Nick, el encargado de contarme tus problemas. Solo espero que seas sincero, que no menosprecies la oportunidad que te estoy dando, y lo que es más importante, que me cuentes de una vez por todas qué diablos sucede en torno a tu vida.

Henry resopló con pesar ante la envergadura de la situación. Si pudiera retroceder en el tiempo...

—Está bien —confirió al fin.

En silencio se incorporó con la intención de llenarse el vaso otra vez, pues iba a necesitar el alcohol para infundirse de unas fuerzas que brillaban por su ausencia y, cuando estuvo preparado comenzó a hablar. La temida confesión se produjo en el interior de la estancia en la que estaban y Zac permaneció expectante.

Unos minutos bastaron para saber la índole del problema, al parecer Henry estaba endeudado hasta el cuello, precisó de la ayuda de ciertos prestamistas de dudosa reputación y estos le dieron un ultimátum para que pagase lo que debía. Los intereses desorbitados incitaron a que la cantidad casi se duplicase y, a consecuencia de ello, se le presentó la oportunidad de asistir a una de esas subastas. De ahí el empeño por presentarse en aquel barrio de mala muerte. Su intención era localizar cualquier elemento raro que pudiera vender al mejor postor. El dinero le urgía y nunca sería capaz de aprovecharse de la amistad que le unía al cuñado del duque de Hackins.

No, nunca.

Lo que por aquel entonces no sabía era que el chivatazo fue una burda mentira. Alguien le orquestó una trampa o, simplemente, se rieron a su costa.

Zac ató cabos de inmediato.

—No tienes servicio, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Las deudas me están asfixiando, no les podía pagar la mensualidad y han terminado marchándose. Estoy en la ruina, amigo, y si no pago lo que debo acabaré muy mal parado.

Zac se pasó la mano por el pelo inquieto, el problema resultaba demasiado grave y tenían que hallar una solución antes de que fuera demasiado tarde. Los prestamistas a los que se refería carecían de escrúpulos y él estaba dispuesto a ayudarle a costa de lo que fuese.

Sí, de lo que fuera.

¿Para qué están los amigos si no?

—Pensemos en una solución, Henry.

—No. Este es un problema mío y de ningún modo te expondré a un peligro real.

—Si no te importa eso lo decidiré yo, no tú.

Zac volvió a prestar atención a la chaqueta que continuaba en la silla y aprovechó para saber:

—Y ahora, dime, ¿acabas de llegar o ibas a algún lugar?

Henry apretó la mandíbula antes de ceder.

—Tengo que salir, pero te aviso, lo haré solo.

—¿Y piensas hacerlo de esa guisa? Anda, cámbiate, te espero aquí —sentenció sin contemplaciones.

—No vendrás conmigo.

—Eso ya lo veremos.

Henry lo dejó por imposible, de momento, y desapareció mientras Zac dio buena cuenta del *whisky*.

Una hora después, y tras una discusión sin precedentes, los dos amigos se subieron a un carruaje de caballos. Según palabras de Henry, un nuevo chivatazo había llegado a sus oídos, descubriendo el lugar en el que se efectuaría una de las subastas dichosas. La diferencia, esta vez, fue que corroboró con diversas fuentes la veracidad de la dirección, negándose en rotundo a sumergirse en un peligro innecesario tras la nefasta experiencia que pasaron hace apenas un par de días.

Bastante tenía él encima...

Y reconoció el valor de Zac, el cual estaba dispuesto a no dejarle solo ni a sol ni a sombra, demostrándole con ese gesto el tipo de hombre que era. Un hombre que no dudó en dejar apartada la terrible experiencia que sufrió, para en cambio ofrecerse a acompañarle quisiera o no lo quisiera. La testarudez de Zac agotó a Henry y al final no le quedó otra que ceder, aceptando su compañía.

Ojalá no tuviera que arrepentirse, porque lo que es él nunca se lo podría perdonar después de ser consciente del grado de amistad que les unía.

A medida que el carruaje avanzaba por la calle empedrada, los nervios de Henry fueron sustituidos durante unos segundos por una emoción que le embargó.

Sin ninguna duda era un hombre muy afortunado.

CAPÍTULO VI

Un sobresalto la despertó. Ojeó temerosa a su alrededor y la piel se le erizó al recordar la nefasta situación en la que estaba inmersa. Tenía el cuerpo entumecido y ya ni siquiera era consciente del tiempo que llevaba encerrada en aquel cuchitril de mala muerte, el lugar en el que la arrojó sin miramientos el hombre que la raptó a la fuerza, ni tampoco de la suerte que correría a partir de ahora, o al menos es lo que quería creer.

Qué ilusa, ¿a quién trataba de engañar?

La verdad hablaba por sí sola y, aunque su deseo era mantener los malos presagios que se cernían sin contención sobre su persona, apartados, la fuerza mental comenzaba a dar signos evidentes de flaqueza. Encontrarse sola, desamparada y lo que era peor, en manos de gente sin escrúpulos dispuestos a cualquier mezquindad, propiciaba a dilapidar los meros objetivos que se marcó desde el instante en el que comenzó a alejarse de tierra firme; aprovechar cualquier oportunidad que tuviese para escapar y no perder la esperanza a riesgo de enloquecer. Más que nunca debía de ser fuerte. La evidencia del infierno al que parecía predestinada se revelaba con una claridad bochornosa ante sí y las pruebas fehacientes se mostraban sin pudor a través de varios escenarios.

El que hablaba era su lamentable aspecto desaliñado, seguido por el mal olor que desprendían sus ropajes, para continuar con las míseras porciones de comida que le daban; estas consistían en mendrugos de pan duro que tenía que ablandar en cuencos de agua, y ni tan siquiera contaba con una palancana con la que asearse; aunque faltaba lo que a su parecer era lo más indignante de todo, viéndose obligada a hacer sus necesidades en un cubo. Sin duda cada detalle era una prueba inequívoca que ayudaba a intuir lo que podría ser su futuro inmediato, y el empeño de refugiarse dentro de una coraza por su salud mental cada vez le resultaba más difícil de llevar a cabo, dando paso a una pregunta que arremetía contra la flaqueza que se resquebrajaba por momentos.

¿Osarían mercadear con ella?

Dios no lo quisiera, aunque de sobra era conocedora de que la maldita codicia despertaba los peores instintos en los seres humanos, intercediendo de por medio sin tener en cuenta los intereses de una muchacha alicaída y sin voz ni voto en cuanto a su situación se refería.

El desamparo total se había convertido en su seña de identidad. Así de simple y triste.

Con el corazón encogido se levantó y estiró las piernas atezada por un dolor acuciante. El conjunto de su cuerpo clamaba por descansar sobre un catre y no sobre una manta raída a ras de suelo. Su captor ni siquiera se dignó en tener algo de misericordia con ella en lo que duró la travesía en barco, y ahora se extendía a la mujer despreciable que le llevaba la comida. Poco o nada le importaba tratarla como si fuese un animal cualquiera, ya que no expresaba ninguna empatía hacia ella.

Bajó el mentón y se limitó a rezar en su interior. El abatimiento en la muchacha se dejaba ver a través de sus ojos, estos carecían de luz y la ilusión brillaba por su ausencia. Cada vez era más consciente de su situación y mucho se temía que no tardando mucho añoraría las paredes mohosas que la rodeaban.

A menos allí su integridad física estaba salvaguardada, pues la pregunta que rondaba por su cabeza y prefería ni nombrar se limitaba a una sola.

¿Hasta cuándo su cuerpo permanecería sin mancillar?

Esa pregunta atormentaba su mente de principio a fin, recordando que en el transcurso del viaje, a través del río, el capitán hizo especial hincapié, preocupándose en persona de que nadie la pudiese tocar o lastimar. Ningún tripulante varón tenía permitido acercarse a ella, y no había que ser muy lista para averiguar los verdaderos motivos.

Las intenciones de ese demente clamaban al cielo y la intuición le decía, o más bien le gritaba, que la venderían al mejor postor, añadiendo el aliciente de su virginidad intacta.

¿Estaría equivocada?

Ojalá.

—Vamos, arriba.

La muchacha tumbada sobre la manta raída, en posición fetal, despertó asustada y con el corazón bombeando demasiado rápido.

Era la primera vez que aquella mujer se dignaba a dirigirle la palabra.

—Ha llegado tu gran día —pronunció en tono mordaz, acercándose con algo que sujetaba entre las manos.

No le dio tiempo a reaccionar, cuando lo hizo el sonido de un *click* se escuchó acompañado de algo metálico.

La confusión la paralizó y no dio crédito a lo que sucedía. Ese ser acababa de ponerle en el cuello un grillete, de él salía una cadena de hierro, que la otra parte sostenía con ímpetu, y para corroborar que no se encontraban en igualdad de condiciones la muy bruja tiró a traición.

La joven terminó en el suelo, a cuatro patas, y con un dolor tremendo en el cuello.

—¿Qué va a hacer conmigo? —tuvo el valor de preguntar.

—Fácil, adecentarte. He de ponerte guapa para esta noche —informó a mala fe.

Trató de resistirse cuando volvió a tirar, solo que la debilidad por la falta de alimento no se lo permitió, obedeciendo y tragándose la humillación a la que era sometida por su verdugo.

No le quedó otra que ponerse en pie, para seguirla, y así es como salió del cuchitril al que ya empezó a echar de menos debido a lo que podría estar esperándola ahí fuera.

El temor se extendió por cada poro de su piel. La hora de la verdad se acercaba y las intenciones de esos dos, si nadie lo impedía, se cumplirían a lo largo del día.

Anduvo por un pasillo oscuro hasta llegar a otra habitación. En ella una tina de agua humeante la esperaba.

—Vamos, desnúdate.

La debilidad propició a la lentitud en cada uno de sus movimientos, provocando en la mujer que esperaba un enfado mayúsculo, aunque no replicó, las órdenes del capitán fueron claras y no podía maltratarla físicamente.

Cuando la secuestrada estuvo lista se sumergió en el interior y cerró los ojos con deleite, permitiéndose, al menos, disfrutar de un baño relajante que se merecía con creces.

Se dejó hacer, no le quedaba otra alternativa, y presencié cómo la enjabonaba sin ninguna delicadeza para después lavarle el enmarañado pelo a conciencia.

—Lista, ahora te sentarás aquí. He de desenredarte los cabellos.

El calvario que le supuso los tirones ocasionados por el peine se llevó consigo el estado de letargo que le dejó el baño, dejando atrás cualquier resquicio placentero para enfrentarse, una vez

más, a la cruda realidad.

—Lista —afirmó dando un paso hacia atrás para contemplar su trabajo.

Debió de gustarle, pues una sonrisa sincera salió de su boca.

—¡Vaya! Sin mugre, aseada y peinada eres una auténtica belleza. El capitán sabía lo que hacía, sacaremos una verdadera fortuna por ti, niña.

Dicho lo cual sujetó la cadena a una argolla que sobresalía en la pared.

Su trabajo estaba hecho y ya no tenía más que hacer allí.

—Ese vestido es el que te pondrás, más tarde te traeré un caldo caliente y una infusión relajante. La vas a necesitar, querida.

Sin añadir ninguna palabra más la dejó en ese cuarto y se marchó.

El cerrojo al salir se escuchó con claridad, a continuación los pasos repiqueteando sobre el suelo, alejándose, y después nada. Un silencio acuciante que asustó a una muchacha atenazada por el terror y los nervios a esas alturas.

¿Y ahora qué?

El escenario era por completo diferente al de la vez anterior. El barrio en el que se celebraría la subasta también era pobre, en esta ocasión se trataba de Spitalfields, pero el condicionante para saber que la información era fidedigna pasaba por varios carruajes apostados en una misma calle aguardando a los amos y señores, los cuales se encontraban en el interior compartiendo bebidas, puros, partidas de naipes y truculentos negocios o vicios.

Henry y Zac entraron en el establecimiento y una neblina causada por el tabaco les dificultó la visión.

—Vamos, sentémonos y tomemos algo —habló Henry en primer lugar.

Se dirigieron a una mesa que quedaba vacía y desde allí contemplaron el sitio, reconociendo a varias caras conocidas. Entre ellos se encontraba la misma gente poderosa, rica, y con pocos escrúpulos con los que acostumbraban a tratar en los clubs de dudosa reputación que solían frecuentar con normalidad, lo que propició a ser dos más entre tantos y, con sendos *whiskies*, se dispusieron a presenciar algo inaudito y casi único.

Henry precisaba de algo de suerte para enmendar su mala situación económica y las habladurías en torno a esas subastas bien podrían subsanarla, así que con una copa entre las manos y los nervios descontrolados, empezaron a echar cuenta de lo que podría ocurrir en lo alto de lo que parecía una especie de escenario improvisado.

El tiempo transcurrió entre copa y copa y lo esperado no llegó. Ni de lejos era lo que ansiaban, limitándose a contemplar transacciones ridículas de especias, plantas, vajillas y algún que otro animal sin importancia. Según decían los hombres sentados en la mesa de al lado, esa noche no merecía la pena, era de las peores subastas a las que asistieron y pronto algún que otro caballero comenzó a dispersarse en busca de nuevos menesteres más apasionantes.

El aburrimiento no iba con ellos.

—Aquí perdemos el tiempo, Henry, ¿y si nos vamos?

—Tienes razón —asintió afligido.

—Oye, ¿se puede saber quién te dio el chivatazo para acabar en este tugurio? —quiso saber intrigado.

A lo que Henry contestó:

—Los prestamistas a los que les debo el dinero.

—¡Qué raro! ¿Por qué enviarte si es un verdadero fiasco? —preguntó en voz alta sin apenas darse cuenta.

—Lo desconozco. Anda, marchémonos de aquí.

Cogieron sus chisteras y se dispusieron a salir con el semblante abatido. Henry por no poder hacer un negocio rentable y Zac por verse incapacitado a prestar ayuda a su querido amigo.

En fin.

Anduvieron con paso desganado y, justo cuando iban a abrir la puerta, un murmullo general, precedido por un atronador silencio después, llamó la atención de los dos jóvenes antes de salir.

La curiosidad pudo con ellos y giraron la cabeza al mismo tiempo, a la vez que un rostro conocido irrumpió de lleno en la memoria de Zac.

No podía ser.

¿O sí?

Y es que allí, sobre el escenario improvisado, vislumbró la figura de la misma mujer que el capitán del barco bajó a la fuerza, mientras un hombre tiraba de la cadena que la mantenía atada al cuello regodeándose del botín que portaba.

—¡Es ella! —exclamó un Zac incrédulo sin apartar la mirada de la muchacha.

—¿Qué? —se extrañó Henry ante el cambio obrado en su amigo.

—A esa mujer la conozco.

Henry no dio crédito a sus palabras.

—¿Cómo que la conoces?

Procedió a resumirle la vivencia del puerto en unas simples frases para que lo entendiera, de seguido permaneció atento a las palabras del malnacido aquel, el cual seguía tirando de la cadena, sin ningún tipo de miramiento, hasta que la tuvo en el lugar exacto desde el que todos los invitados podían contemplar la exquisitez que allí se hallaba.

Zac montó en cólera, se quedó anclado sobre el suelo y cerró los puños con una rabia inusitada. Hasta la fecha habían llegado todo tipo de curiosidades a sus oídos, también lo que ocurría delante de sus narices pero, una cosa era intuirlo y otra muy diferente presenciarlo.

«¿De qué iban esos ricachones sin moral?», se preguntó con un malhumor que no sabía muy bien cómo canalizar.

El espectáculo en sí era bochornoso y no entendía los gritos de júbilo ante una pobre muchacha que yacía sobre el suelo tras un tirón del demente aquel; y no lo entendía porque perfectamente podría ser la hija de alguno de los que permanecían sentados en cuanto a edad se refería.

Al parecer un pequeño detalle que no les debía de importar ya que, tras un barrido general, no tardó en percatarse de la lujuria que muchos de ellos mostraban sin pudor, comiéndose con los ojos a la pobre chiquilla con un futuro más que dudoso y nada prometedor.

¡Maldición!

—Bueno, bueno —gritó el portador del trofeo a subastar. Los vítores en general seguían escuchándose a lo largo y ancho de la estancia, dando señales inequívocas del dineral que estaban dispuestos a ofrecer por una dama tan joven y de la que se podría sacar bastante provecho—, por lo que percibo hay bastante interés por esta damisela tan bella, así que, ¿qué les parece si damos comienzo por...?

—Ofrezco cincuenta peniques —interrumpió alguien saltándose las normas.

Pocas veces sucedía, solo que el rostro angelical, sumado al cuerpo con unas curvas naturales por falta de corsé, lo hicieron hasta normal.

—Vaya, vaya, el interés en la sala me abruma —sonrió el fulano complacido—. Pues bien, en compensación les daré una información que a muchos de ustedes les agradará en demasía.

Se quedó callado, agrandando el suspense en torno a esa jovencita durante un tiempo determinado, y soltó una pregunta al aire que destaparía las pasiones de los más degenerados.

Estuvo convencido de ello.

—¿Y si les digo que este cuerpo no ha sido tocado por ningún varón? —alardeó el hombre con suficiencia, alzando la barbilla de la chica para que todos contemplaran las facciones perfectas—. Esta muchachita que tienen esperándoles es virgen. ¿Quién da más?

—Tres libras —se escuchó de inmediato.

Un silbido general acompasó las risas de los presentes ante un precio tan desorbitado.

—Cinco.

—Ocho.

Zac escuchó con estupor cómo se la disputaban los que peor reputación tenían en cuanto a mujeres. Conocía a cada uno de los que pujaba y el propósito de todos ellos era el mismo; desvirgarla a la fuerza y convertirla en su nueva amante hasta que se cansara. Los rumores en torno a esos míseros hombres paseaban de boca en boca, pues no solo les bastaba con dañar a mujeres indefensas, sino que, además, lo contaban como si se tratase de una auténtica proeza.

En esos instantes Zac tomó una decisión, o eso creyó, pues era desconocedor de un detalle superfluo e irrelevante. La decisión estaba tomada desde el instante en el que presenció la escena en el puerto. Él era un hombre de principios y ayudaría a una dama en apuros rodeada por una jauría de lobos dispuestos a comérsela, tal y como ya le sucediera a su hermana hace tantos años, cuando la providencial presencia de Nick les salvó la vida.

La realidad imperiosa hablaba por sí sola, debía de actuar sin dilación, aunque la pregunta principal y más difícil de contestar era:

¿Cómo?

CAPÍTULO VII

—Ofrezco quince libras.

Los vítores cesaron de inmediato al escuchar la cantidad desproporcionada, y los pujadores desviaron la atención hacia el hombre dispuesto a pagar una indecencia de billetes por una simple furcia.

Se sorprendieron al percatarse de quién se trataba.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? —siseó Zac con estupor, antes de que el semblante le cambiara a otro por completo diferente.

Y sopesó, esperanzado, que su amigo había dado en el clavo con la solución providencial que a él se le escapó en un principio.

A menos es lo que intuyó, hasta que se dio cuenta de lo equivocado que estaba.

—Salvar mi pescuezo, amigo. Para ello necesitaré tu ayuda —se posicionó Henry ante la oportunidad que se le ofrecía en bandeja.

—¿Qué? —No daba crédito a lo escuchado, y es que por un segundo llegó a pensar que su amigo lo que quería era interceder, al igual que él, por esa pobre muchacha.

Nada más lejos de la realidad.

—Si me ayudas con el tema del pago podré manejar mi deuda —le informó de sopetón—, sé de un par de tipos que me pagarán el doble por ella.

—No puedes estar hablando en serio.

Un Zac atónito le miró con estupefacción. La situación era rocambolesca, bochornosa y tétrica.

¿Acaso su amigo se había vuelto loco?

No todo valía para «salvarse el cuello», como él decía.

—Zac, no tengo otro remedio —aseveró apurado—. ¿Acaso no te das cuenta de que el chivatazo ha sido orquestado con una única intención? Si me hago con la chica los problemas se esfumarán. Los prestamistas sabían lo que se cocería aquí esta noche y me han brindado una oportunidad de oro que no puedo dejar escapar.

Cada palabra que añadía a Zac le chirriaba más y más. Tanto era así que terminó por interceder, con tal de que recapacitara, para que se diese cuenta de la barbaridad tan grande que parecía dispuesto a llevar a cabo.

—Henry.

—¿Sí?

Zac se posicionó frente a su amigo y le dijo con el corazón en la mano:

—Haz el favor de mirar a esa pobre muchacha a los ojos y dime que lo que quieres llevar a cabo es verdad.

—Vamos, Zac —protestó con ímpetu.

—¡Hazlo! —exigió de golpe.

Henry enmudeció, mejor que nadie era conocedor de las escasas discrepancias entre ellos a lo largo de todos estos años, se podían contar con los dedos de una mano y la actitud de él dejaba a las claras que esta era una de ellas.

Se vio acorralado. De pronto los derroteros no eran los esperados y puso todo su ingenio para sopesar los pros y los contras, tomando una decisión que con toda seguridad sería la

acertada.

¿Qué importaba si para ello tenía que interpretar un papel estelar?

Lo conocía a la perfección y no dudaría en mostrarle su lado melodramático; con el tacto suficiente cedería, así que emprendió el camino que le convenía a sabiendas de que su amistad estaría por encima de cualquier fulana de tres al cuarto.

—Zac, no tengo otra alternativa y la obviedad me dice que no puedo hacerlo sin ti — suplicó dispuesto a conmovérselo—. El plazo para pagar se ha agotado y si no abono cada penique vendrán a por mí. ¿Sabes de lo que serán capaces? Ni siquiera sé si me dejarán con vida.

En efecto. El camino que le convenía no era otro que dar lástima, solo que la moral de Zac estaba por encima de un acto a su entender inhumano, egoísta e inmaduro.

Dejó escapar el aire, sopesó su alegato y cedió durante unos segundos... hasta que sus ojos volvieron a la chiquilla aterrorizada que permanecía cabizbaja en una posición de sumisión total.

El estómago se le revolvió con la imagen y fue consciente de que su moral no podría cargar con una penitencia así, y menos por la poca cabeza de su amigo.

No y no.

Aun así, la encrucijada en la que le había metido tampoco le permitía dejarle en la estacada.

¿Qué hacer?

—Henry, te haré una pregunta y quiero que seas sincero.

El aludido asintió.

—Si saldas la deuda, ¿significará que has aprendido la lección y dejarás de jugar para siempre?

Según la respuesta que le diera podría dilucidar el cómo ayudarlo sin verse en la obligación de vender su alma al mismo diablo. El convencimiento de que Henry era una buena persona no tardaría en evidenciarse; entendía su desesperación, solo que a no tardar hallarían la solución adecuada para...

—Ni en broma —contestó con una sonrisa socarrona de forma apresurada—, ¿te estás oyendo?, ¿acaso quieres que acabemos con nuestras correrías y nos convirtamos en hombres sosos y aburridos? Vamos, Zac, ¿a qué viene una pregunta así?

Por segunda vez, en lo que iba de noche, Zac volvió a enmudecer y sus ojos evidenciaron la decepción tan grande que se acababa de llevar.

Henry reculó al percatarse de ello.

—Aunque puedo intentarlo, si es lo que me estás pidiendo.

Mentía, y lo hacía muy mal, por cierto.

—Lo siento, Henry, no cuentas conmigo —dijo en un estado de abatimiento desolador.

—¿Qué?

La cara de incredulidad de Henry dio de lleno contra sus sentimientos encontrados, sintiéndose la peor persona del mundo, al tiempo que su moral gritaba que le estaba fallando a su querido amigo, que no estaba a la altura y que muy posiblemente se estuviese equivocando, pero él era lo que era, y por tanto no podía cambiar ni sus creencias, ni la forma en la que le educaron, ni por supuesto podría olvidar nunca que la muchacha que seguía a merced de esa gente indeseable bien podría tratarse de su hermana en otra época no muy lejana.

Suficiente como para que su convicción no decayera.

—Lo que has oído —se pronunció soportando el peso de la culpa sobre sus hombros—, jamás consentiría en participar en un acto tan deleznable, y por supuesto no consentiré en dejarte

ni un solo penique si ni siquiera eres capaz de anteponer la virtud de una señorita a tu irresponsable manera de actuar.

—¿Señorita? —se jactó de malos modos—. Zac, ¿cómo puedes salir en defensa de una cualquiera y ponerte en contra de tu amigo de siempre? De veras, no te reconozco.

—No, el que no te reconozco soy yo a ti. ¿Qué diablos te pasa?

Henry estalló:

—¿Y tú me lo preguntas? Trato de salvar el pellejo, nada más.

—¿A costa de una inocente?

—A costa de lo que sea —sentenció con unos ojos demoníacos.

Zac arrugó el entrecejo. La confusión generada con sus palabras le llevó de lleno a un escenario que prefería obviar. Dolía demasiado ante la posibilidad de que en verdad fuese acertado.

¡Qué estupidez! La tensión acumulada durante los últimos días eran los culpables de encontrarse en esa encrucijada, ¿desde cuándo se le ocurría desconfiar de su querido amigo?

«Sí, una estupidez de las grandes», pensó animándose a sí mismo y reconsiderando ser justo; para ello le daría la oportunidad de reflexionar acerca de su planteamiento. Con total seguridad la desesperación era la consecuente de que actuara como un ser egoísta, un ser que desde luego no reconocía y en cambio ahí estaba, tendiéndole una mano que le ofrecería una y mil veces.

Así era él.

—Henry, hazlo por mí y recapacita. Eres un hombre de bien y nunca podrías perdonarte si llevaras a cabo un plan tan demencial. Encontraremos la forma de solucionar tu error, sabes que me tienes aquí para lo que necesites, y así continuará por el resto de nuestras vidas.

Henry lo dejó helado con su contestación.

—Pues demuéstremelo, Zac, si estás dispuesto a ofrecerme la ayuda que preciso empieza por hablar con tu querido cuñado. Su fortuna tiene la solución, debe prestarte el dinero y no es difícil, ¿no? Entonces hazlo y terminemos con este asunto de una vez por todas —clarificó con una soberbia inusitada.

Henry tuvo el atrevimiento de retarle, de ordenarle lo que tenía que hacer, también se permitió el lujo de nombrar a su cuñado de manera peyorativa y, si no parecía ser suficiente, terminó dándole una orden clara y directa, lo que propició a que a la otra parte se le empezase a caer la venda de los ojos ante el grado maquiavélico del plan orquestado. Ni siquiera consentía en culparse por lo sucedido, lo que propició a que él solito se bastara y sobrara para desenmascararse.

No lo reconocía, parecía un auténtico desconocido, y un profundo dolor atravesó el pecho de un muchacho que se negaba a dar por sentado que la aspiración del que «creía su amigo» pasaba únicamente por aprovecharse de él y de su familia.

No.

Imposible.

Para terminar de rematar la escena, tan rocambolesca, de fondo se escuchó una voz que sentenció:

—A la de una, a la de dos y a la de tres. Vendida por quince libras.

Los dos giraron sus cabezas hacia el escenario y lo hicieron con disparidad de opiniones; Henry encantado por salvaguardar su cuello a costa de lo que fuese, y Zac horrorizado por cuanto presenciaba sin dar crédito a cuanto tenía a su alrededor.

Seguía perplejo por las palabras que Henry soltó, aún sonaban en su cabeza y le martirizaban en extremo.

Y tomó la única decisión posible.

Acostumbraba a ser un hombre razonable, leal y justo, y por mucho que le costara enfrentarse a su amigo lo haría. Es más, por su culpa las condiciones en las que estaba diferían muchísimo de las acostumbradas y así se lo hizo ver.

—Henry, me he marchado de casa de Nick de muy malas formas por defenderte, y no volveré así como así después de herirle como un ruin. Me avergüenzo de mí mismo, y lo que es peor, me avergüenzo de no haberle dejado hablar, ahora me doy cuenta de que tenía razón. Tan solo quería protegerme y no quise escucharle. Ahora bien, quiero que te quede claro algo; no sé cómo, pero conseguiré ese dinero en el menor espacio de tiempo posible, después vendré a por ella —dijo a las claras sin quitar los ojos del que creía su amigo del alma—, y por supuesto no cejaré en mi empeño hasta que regrese al lugar del que la secuestraron a la fuerza. Yo en persona me preocuparé de que así sea.

—¿Qué? —Los ojos de la otra parte escupían fuego y ni se molestaban en seguir fingiendo. Es más, el trato hacia su persona le repugnaba hasta límites insospechados ante el atrevimiento de salir en defensa de la persona equivocada—. ¿Estás bromeando?

—¿Me ves cara de estar bromeando? Esa pobre muchacha no pagará con su cuerpo tu comportamiento egoísta. No, si puedo evitarlo.

El crudo enfrentamiento se agrandaba a pasos agigantados y no parecía tener fin.

—¿Estás dispuesto a efectuar ese disparate a riesgo de perder nuestra amistad? Piénsalo bien, Zac, no tendrás otra oportunidad.

La pregunta era directa, su ego también, y no había ningún inequívoco que a Zac le hiciese dudar.

No tras lo dicho.

—Un amigo de verdad nunca me haría elegir entre ser un caballero o posicionarme de su lado a sabiendas de la falta de escrúpulos que te gastas. Con tu actitud estás mostrándome el tipo de persona que eres y difiere mucho de la relación que hemos tenido hasta ahora, puedes estar seguro.

Henry dejó escapar un exabrupto de su boca, se pasó la mano por el pelo nervioso y comprendió que tenía todas las de perder.

¡Maldición!

—Nunca tendríamos que haber llegado hasta aquí, ¡nunca! —exclamó perdiendo el poco sentido común que le quedaba. Tanto fue así que explotó, llegando a cometer la peor insensatez en cuanto a él mismo se refería a esas alturas—, y lo peor de todo es que tú eres el único responsable.

—¿Yo? —preguntó negando con la cabeza. Henry parecía ido, jamás le había visto en ese estado enajenado y temió por él—. ¿Qué tratas de decirme?

El que fue su amigo fue incapaz de morderse la lengua. Quería la verdad, ¿no? Pues la tendría.

Y se quitó la careta, mostrando la maquinación orquestada al completo.

—Pues trato de decirte que, si te hubieses quedado quietecito, ahora tendría en mi poder el rescate que pedí, por tanto mis problemas se habrían esfumado y todos tan contentos, así de sencillo.

—¿¿Qué??

El estupor, y la sorpresa, provocaron en Zac que diese un paso hacia atrás herido de muerte.

¿Acaso lo que sucedió en el barrio de Whitechapel no fue una mera casualidad?

No tuvo ni que preguntarlo.

—Siento decirte esto, pero no vi otra salida para hacerme con un dinero que precisaba de manera urgente, tu cuñado disponía de él y tú eras mi única solución.

Un sudor frío envolvió a Zac.

No, su querido amigo nunca se atrevería a hacer algo así, negándose en rotundo a dar veracidad a la locura que acababa de soltar por la boca.

—No te creo, solo tratas de sacarme de mis casillas y la prueba fehaciente es que quisieras venir aquí solo esta noche cuando apenas si puedes costear el alquiler del coche de caballos. ¿A qué juegas, Henry?

La carcajada de la otra parte lo dejó estupefacto.

—¿Todavía no eres capaz de ver la realidad, amigo? Está bien, te ayudaré a que lo comprendas, pues tú y yo ya no somos nada desde el preciso instante en el que has decidido posicionarte en mi contra. —Hizo una pausa, buscó las palabras justas y sentenció—: En cuanto los inútiles a los que contraté, se dieron cuenta de tu fuga, ¿a quién crees que se lo dijeron en primer lugar?

La cara de estupor contestó por Zac.

—Ay, Zac, Zac, por fin lo ves. Esta noche te estaba esperando para venir aquí. Eras mi última baza y no me equivoqué cuando te vi delante de mi puerta. Todo estaba planeado desde el principio, y ahora me pones en la tesitura de cerrarte el pico para que no me delates. ¿Te das cuenta de lo que esa maldita furcia ha conseguido? Tú y yo podríamos seguir siendo amigos toda la vida, en cambio aquí estamos por tus estúpidos códigos de honor y moralidad.

El puñetazo dio de lleno contra la mandíbula de Henry, cayendo al suelo de manera estrepitosa tras no verlo venir.

Y de pronto:

—¡Redada! —se escuchó el grito de alguien, avisando de lo que sucedía en el exterior.

Una única palabra puso en jaque al local entero, al tiempo que los nobles allí congregados echaban a correr hacia la puerta trasera de manera fulminante.

CAPÍTULO VIII

El caos se apoderó de todos exceptuando a tres personas en concreto, estos eran Zac, Henry, y la muchacha abandonada en mitad del escenario improvisado, y es que, mientras todos corrían de un lado hacia otro con la intención de escapar de un escándalo asegurado, los que habían dejado de ser amigos se empecinaban en compartir puñetazos e improperios a diestro y siniestro entre un revoltijo de cuerpos sobre el suelo atestado de suciedad, siendo ajenos a cuanto ocurría a su alrededor, a la vez que la joven luchaba al borde de sus fuerzas por liberarse del grillete que aprisionaba su cuello. Algo que no consiguió, cambiando de estrategia sobre la marcha.

Su intención pasaba por esconderse en un lugar seguro, no se fiaba de nadie y comenzó a andar todo lo rápido que sus piernas se lo permitieron, aunque tampoco fue suficiente. Después de cinco ridículos pasos no pudo continuar. La cadena se lo impidió al tensarse de sopetón, dándose de bruces con la cruda realidad ante el daño extremo que se causó.

El malnacido que la subastó no había tardado en echar a correr, buscando la salida fácil a riesgo de que lo atrapasen, pero antes se aseguró de anclar la cadena a la argolla que sobresalía de la pared; lo que significaba que se encontraba a merced del que quisiera aprovecharse de su persona.

¿O puede que existiese la posibilidad de que algún buen samaritano intercediera por ella tras las penurias pasadas?

Mejor no tentar a la suerte, es por ello que echó un vistazo general y optó por alejarse hacia el lado derecho. Por fortuna la cadena le permitió parapetarse detrás de unos sacos y dejó de estar visible para cualquier mirada indiscreta. Su empeño era claro y ni siquiera correría el riesgo de confiar en la policía, menos tras percibir con sus propios ojos cómo el capitán que la arrastró hasta allí pagó a varios de ellos en el puerto comprando así su silencio, dejando entrever que era un mero objeto de transacción en esas tierras y aprendiendo la lección muy a su pesar.

Tendría que salvaguardar su honor sin ayuda, o al menos debía intentarlo.

Los golpes y gruñidos a escasos pasos desviaron su atención. La pelea se recrudecía y no parecía tener fin, lo que propició a que la curiosidad obrara por sí sola, ocasionando a que alzase la cabeza durante un instante que le sirvió para apreciar el cambio significativo desde la posición en la que terminó refugiándose. La situación se vislumbró delante de sus ojos color azabache y analizó cada detalle.

Aparte de los dos hombres que peleaban con ímpetu no reparó en nadie más, molestándose consigo misma ante la incapacidad de huir. El maldito artilugio que la mantenía anclada acababa de dar al traste con la oportunidad de ponerse a salvo antes de que los policías entrasen. Las voces y los pitidos de los silbatos se escuchaban cada vez más cerca, anunciando que no tardarían en llegar, y ella se veía sin alternativas de ningún tipo.

La duda asomó a sus ojos, reconsideró la posibilidad de pedirles ayuda y...

De pronto un grito pugnó por salir de su garganta y tuvo la necesidad de ahogarlo. La urgencia de preservar su escondite resultó primordial, viéndose obligada a actuar con una fuerza inusitada tras la atrocidad que acabó presenciando por su inapropiado fisgoneo. Fue entonces cuando se llevó las manos a la boca y perdió el color de la cara, debido a la maldad de uno de los cobardes que se dignó a pujar por su persona, en tanto presenciaba como la sangre fría del varón aquel le ayudaba al cometido de practicar un daño quizá irreparable, sacando una daga de entre

los ropajes con una intencionalidad devastadora y siniestra.

Lo consiguió, clavándose al otro en la zona del costado, para después salir huyendo por el mismo lugar que lo hicieron los demás, aunque antes se preocupó por recuperar su talismán de la suerte.

Ella.

Afortunadamente la muchacha se agazapó a su debido tiempo y no pudo localizarla, provocando que la amargura calara en el interior de un Henry perturbado por su mala fortuna al no disponer del tiempo que precisaba para buscarla.

¿Dónde estaría escondida?

Terminó abandonando el lugar y lo hizo a marchas forzadas. La sensación de que su sentencia de muerte acababa de escribirse sobrevolaba sobre su alma podrida y la intranquilidad se apoderó de él.

Cada plan que estableció, fruto de la desesperación, fue de mal en peor y las oportunidades para salir indemne de la delicada tesitura en la que él solito se metió se esfumaron a una velocidad vertiginosa, la misma en la que Zac se estaría desangrando a esas alturas.

Los remordimientos acuciaron a su conciencia y se odió por permitirlos.

—Sargento, este hombre está malherido —se pronunció el primer policía que reparó en el hombre que tenía una puñalada con mal aspecto en el costado.

El oficial al cargo de la operación divisó el panorama, ojeó la herida que sangraba sin control y se pronunció sin inmutarse:

—Olvidaos de él y buscad la salida por la que han escapado estos degenerados, después, si sigue con vida, lo arrestaremos. Sus ropajes son inconfundibles y le delatan por sí solos.

—A la orden.

La patrulla al completo siguió las instrucciones del rango superior y se olvidaron de Zac, el cual notaba la debilidad acuciante en todos y cada uno de sus músculos, a la par que perdía una cantidad de sangre más que considerable.

De seguir así no sabía cuánto más aguantaría y una pregunta atravesó su mente perturbada.

¿De verdad su final estaba predestinado y daría fin a su vida en un tugurio de esas características?

Trató de hacerse el fuerte, se lo debía a su hermana y por nada del mundo se rendiría. Zoe no soportaría un desenlace así para su hermano pequeño y comprendió, demasiado tarde, que su orgullo era el consecuente del sufrimiento que podría acarrear a las personas equivocadas. El empecinamiento de no estar dispuesto a escuchar a Nick puede que se convirtiese en su sentencia de muerte y se afligió por ellos.

No se lo merecían.

Una lágrima cayó, después otra y otra, evidenciando su parte de culpa, a la vez que el cansancio se apoderaba a marchas forzadas de él sin que pudiese hacer nada por impedirlo.

¿O sí?

Esperó a quedarse solo y tiró del amor propio que aún conservaba para levantarse. Lo logró y poco a poco se acercó hacia el lugar en el que vio por última vez a la pobre muchacha encadenada a la pared.

Sí, en efecto, estaba al corriente de que seguía allí y ni siquiera la pelea con Henry

consiguió que se olvidara de ella por completo, es más, llegó a advertir la lucha encarnizada que empleó por liberarse de la cadena que la apresaba, y esa mínima distracción fue la que aprovechó el contrincante para asestarle una puñalada a traición, siendo la causante de que dejara un reguero de sangre tras sus pasos.

La fortaleza empezó a flaquear, cerró los ojos y casi se dio por vencido.

Casi.

«¿Acaso se iba a rendir tan fácilmente?», se preguntó recurriendo al tope de su vehemencia.

La respuesta no tardó en ser contestada.

«Por supuesto que no», se negó en rotundo.

Los remordimientos se aliaron entre sí e iniciaron una batalla sin tregua, haciendo mella en un corazón herido a través de una imagen de suma importancia que se materializó en su mente: la familia Hackins al completo. Una imagen que le bastó para infundirse de un ímpetu atronador al comprender la importancia de luchar con uñas y dientes con tal de regresar al hogar al que pertenecía. Era de vital importancia y le urgía excusarse por un comportamiento egoísta, prepotente y desconsiderado.

Tal cual.

Apretó la herida con su mano derecha y subió los dos peldaños que lo separaban del lugar en el que se produjeron las ventas de aquella trágica noche, a continuación se aproximó a la argolla que sobresalía en la pared y empleó la rabia contenida para tirar todo lo fuerte que pudo.

Consiguió el propósito de liberarla y anduvo hacia el lugar en el que la pobre muchacha debía de hallarse muerta de miedo.

No se equivocó. La encontró echa un ovillo tras los sacos y se limitó a decir al límite de su energía:

—Tranquila, no le haré ningún daño.

El simple hecho de pronunciar seis palabras a Zac le costó una verdadera proeza. La delicadeza de su estado hablaba por sí sola y se apoyó contra la pared, de no hacerlo bien podría terminar desplomado contra el suelo.

Cada segundo que pasaba obraba en su contra y no sabía cuánto aguantaría en pie.

No. No lo sabía.

Y sopesó que las tornas acababan de cambiar, de manera inesperada, debido a su estado tan lamentable. Ahora el que requería de auxilio era él, qué curioso, ¿verdad?

Así se lo hizo saber.

—Preciso de su ayuda para salir de aquí, señorita. ¿Sería tan amable de brindármela?

Unos minutos antes

Amara aguardó con espanto, oculta entre unos sacos a los que nadie prestó atención. El corazón le palpaba descontrolado y llegó a suponer que algún policía escucharía el sonido estridente de los latidos que no cesaban. Por fortuna no ocurrió, y continuó con el afán de retirar el grillete del cuello sin darse por vencida.

Nada, por mucho empeño que puso no lo consiguió. La falta de comida y de descanso adecuado continuó haciendo de las suyas, obrando en su contra, y los ojos se le llenaron de

lágrimas de impotencia. También de rabia.

De pronto un sonido la alertó. Lo que pareció un crujido en uno de los peldaños que la separaban del resto de la estancia se magnificó y llegó a sus oídos, agrandando el temor y la inseguridad de una pobre muchacha indefensa a merced de cualquier infame.

Además, y para más *inri*, fuera el que fuese el que se acercaba lo hacía con una lentitud estremecedora que le erizó la piel con pavor.

¿Acaso su pretensión era jugar con ella?

La premonición de que su destino estaba sellado le llegó a través de otro sonido, esta vez de la argolla a la que seguía atada, y tuvo el convencimiento de que no tardarían en tirar de la cadena para hacerse con el preciado tesoro que se hallaba allí escondido.

Bueno, al menos no se lo pondría fácil.

Y, en un acto de valentía, se hizo un ovillo sobre sí misma y empezó a rezar una plegaria interna hasta que:

—Tranquila, no le haré ningún daño.

La voz masculina no la pilló por sorpresa, de hecho la esperaba, pero no se movió ni un ápice a la espera de que existiese la posibilidad de que el sujeto en cuestión se olvidara de ella.

No sucedió y, tras el intento de apaciguarla, salieron otras palabras a través de la boca del desconocido que resultaron bastante significativas y que extrañaron a una Amara confusa e incrédula.

Estas fueron:

—Preciso de su ayuda para salir de aquí, señorita. ¿Sería tan amable de brindármela?

La obriedad de que al hombre le costaba un grave esfuerzo conversar resultó evidente y, una vez más, su vena fisgona actuó sin contemplaciones.

Alzó el rostro con cautela, de seguido palideció de horror y por poco se desvanece por su mala fortuna; y es que ni de lejos pudo intuir la persona con la que se toparía, tratándose del otro ser que bajo su apreciación quiso comprarla, tal cual animal, junto al que le acababa de apuñalar delante de sus narices.

Y reculó sobre el suelo cuanto le permitió la maldita cadena.

—No es mi intención herirla, de veras —se pronunció con honestidad.

Amara divisó la gran mancha de sangre que se extendía por su camisa, de ahí a que la tez de su cara fuese de un pálido estremecedor y la apreciación de que le costara hablar con algo de normalidad.

—Tome, es libre —anunció tendiéndole la cadena que sostenía entre una de sus manos.

Una Amara temblorosa se puso en pie y alargó los brazos esperanzada.

¿De veras la dejaría libre?

—No debe temerme, si así lo desea puedo quitarle lo que le aprisiona el cuello —se ofreció manteniendo la mano sobre el costado.

—¿Haría eso por mí?

Zac quitó hierro al asunto y se esforzó por sonreír, aunque lo que salió de sus labios se asemejó más a una mueca un tanto contradictoria.

—Por supuesto, he considerado no alarmarla acercándome, y quiero que entienda que mis intenciones son honestas.

El interrogante en los ojos oscuros de la dama se apreció de manera palpable.

—No trate de ser cortés conmigo —siseó con valentía una vez recuperada de la impresión. La ventaja de saberse libre, acompañada por la evidente herida que no cesaba de sangrar, ponía

al ingrato aquel en inferioridad de condiciones con respecto a ella y la aprovechó para ponerlo en su sitio—. Después de su comportamiento deleznable ha dejado claro que la vida de una mujer no significa nada para usted.

—Se equivoca...

—No, no lo hago —le cortó sin contemplaciones ni miramientos—. Usted y su amigo han pujado por mí y después se han peleado por el botín, por consiguiente, si le digo que siento el estado en el que está, mentiría. Y ahora, si me disculpa, no puedo perder un tiempo primordial en banalidades cuando mi integridad física está en juego, ¿no le parece?

La joven se volvió y dio unos pasos con la cadena en sus manos, dispuesta a abandonarle a su suerte, cuando se paró en seco al escuchar tras de sí:

—¿Y a dónde va a ir? Piénselo bien, si sale por esa puerta terminará en manos de cualquier desalmado. El barrio en el que nos encontramos es uno de los más pobres de Londres y aquí las mujeres bellas como vos solo tienen una salida. Créame, estoy en disposición de ayudarla y es lo que trataba de hacer cuando el que consideré mi amigo pujó por usted.

La joven enfureció a consecuencia de su alegato.

—¿Acaso me cree una estúpida? —Levantó el tono a medida que se giraba. Precisó del valor necesario para enfrentarse cara a cara a ese mentecato, y alzó el mentón en una posición firme—. Si su pretensión es amedrentarme no le servirá de nada.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Lo que ha oído —se reafirmó—. La policía no tardará en regresar y en el caso de precisarlos me socorrerán, así que déjese de engaños y argucias. En lo que a mí respecta no le creo ni una sola palabra.

Zac comenzó a notar que la vista se le nublabá, aun así no desistió.

La palabra rendición no iba con él.

—La policía está tan corrompida como el tugurio en el que estamos —susurró al límite—, si se queda conmigo le prometo que haré cuanto esté en mis manos para posicionarla en un lugar seguro, de no hacerlo se verá sola y créame, en esta ciudad despiadada nadie intercederá por una muchacha como vos. Bien sé de lo que hablo.

Amara sopesó la información muy a su pesar, lo que propició a que las dudas se incrementaran dejándola en una posición de vulnerabilidad apabullante.

Zac lo leyó en su rostro y aprovechó la oportunidad para convencerla. Mejor que nadie entendía los miedos que la atenazaban y supo con exactitud la acción a seguir.

—Tengo una hermana a la que adoro, se llama Zoe y es mi vida entera junto a la familia tan hermosa que ha creado. Le digo esto porque ella nunca podría perdonarme si a sus oídos llega la noticia de que no me he comportado como un caballero con una dama en apuros, aunque, a decir verdad, el que nunca podría perdonarse sería yo mismo. —La intensidad de su confesión le obligó a hacer una pausa, el agotamiento obraba en su contra y respiró con dificultad, por lo que convino finalizar con una pregunta clara y directa—: Señorita, ¿qué le parece si dejamos de perder un tiempo demasiado valioso y empleamos nuestras fuerzas para salvarnos mutuamente?

Algo en el interior de Amara se resquebrajó, agrandando sus dudas, pero siendo consecuente no solo con lo que acababa de escuchar, sino con lo que era más importante: la sinceridad que reflejaba el hombre cuya mancha en la camisa no dejaba de crecer y crecer.

¿Y si decía la verdad y su resquemor hacia él era inapropiado?

Ella tampoco se podría perdonar que debido a su tozudez permitiera que la otra parte terminara desangrándose, y la obviedad gritaba que de seguir así es lo que sucedería a no tardar.

Antes de consentir agarrarse a una pequeña esperanza se emperró en descifrar lo que ese rostro daba a entender con un ímpetu inquebrantable.

¿Y si su único empeño era engañarla?

No sabía qué hacer. La trágica situación en la que estaba inmersa era la consecuente de mermar sus facultades, tanto fue así que sin llegar a comprenderlo se quedó parapetada ante el poder de una mirada sincera, cauta y limpia, de un auténtico desconocido a la que no debería de prestar un mínimo de atención, y en cambio allí seguía cuando tenía la oportunidad de marcharse.

Más recelos, miedos, inseguridades...

¡Se acabó! Tomó una decisión firme y supo cómo procedería a partir de ahora, mientras una pregunta sin respuesta acaparó su torturada mente.

¿Acaso existía la posibilidad de que hubiese enloquecido de repente?

Ya se vería, y se limitó a seguir su instinto, no sin antes rezar para que no se estuviese equivocando de manera estrepitosa.

CAPÍTULO IX

Las indicaciones de Zac fueron claras y concisas. Presentía que sus cinco sentidos no tardarían en abandonarle, e informó a la muchacha de que en el bolsillo interior de su chaqueta llevaba dinero suficiente para ponerles a salvo. Después precisó de su amparo para caminar y Amara se lo brindó, olvidándose de su propio decaimiento.

Con bastante desventura consiguieron salir al exterior, el lugar en el que un nuevo escollo les esperaba a ambos.

La pretensión de subirse a uno de los coches de caballos quedó anulada. La redada los había espantado y brillaban por su ausencia. Ese inconveniente hizo trizas los planes marcados y añadió otra eventualidad difícil de sortear; se hallaban solos, en mitad de la nada, y como única compañía compartían la espeluznante oscuridad que asustaría al más valiente.

La cruda realidad se abrió paso y Zac barajó la única posibilidad a la que aferrarse. La policía no tardaría en regresar y su temor no era que le apresaran, oh, no, ni de lejos. En cambio, la que sí se acababa de convertir en su principal preocupación, no era otra que desconocer las intenciones que podrían disponer hacia la joven en la que se apoyaba a pesar de lo extenuada que estaba.

El asunto a tratar requería de un cuidado extremo, confiriéndole un cariz esquivo y desconfiado hacia cualquier persona que no fuese él mismo.

¿Qué hacer?

Lo supo de inmediato y las vacilaciones se disiparon.

—No tenemos ninguna posibilidad de escapar —sentenció con pesar. De seguido se alejó de ella y se sostuvo contra la pared. Su pretensión era liberarla del peso de su cuerpo e interponer una distancia necesaria con el objetivo de encararla—. Señorita, deberá dejarme aquí y tratar de esconderse usted sola.

Aquella petición a Amara la desconcertó de principio a fin.

—¿Qué? —preguntó histérica al verse envuelta en esa tenebrosidad y mutismo absoluto.

Por nada del mundo se separaría de él. Era su única compañía y se negó en rotundo a razonar esa petición, menos tras lo que le costó decidirse a acompañarle.

No, ni hablar.

Zac supo lo que pensaba con solo mirarla. El miedo impregnado en su rostro hablaba por ella, y se exigió a sí mismo quitar importancia a sus temores, por muy fundados que estuviesen, con el único condicionante de salvarla al precio que fuese.

Para conseguirlo continuó con el propósito marcado.

—No puedo seguir, míreme, he perdido mucha sangre y no consentiré ser un lastre para vos. Haga el favor de coger el dinero que guardo en el bolsillo y trate de esconderse, cuando empiece a amanecer intente llegar a la dirección que voy a darle. Es de vital importancia.

—No.

—Señorita, no tiene otra opción y debe sosegar. Mi hermana se hará cargo de cualquier eventualidad con respecto a vos, le doy mi palabra de caballero y en cuanto la conozca se dará cuenta de la veracidad en cada una de mis palabras.

Cada vez que nombraba a su hermana a Amara le bastaba para saber que el amor y el orgullo hacia ella en ningún caso podía ser fingido.

Les envidió.

—No pienso marcharme sola —susurró acongojada.

—Por supuesto que lo hará —replicó el malherido con vehemencia—. El tiempo se agota y la decisión está tomada.

Amara no estuvo de acuerdo con su apreciación y de ahí a que le ignorase, dispuesta a prestar atención a todo cuanto la rodeaba, hasta el punto de apreciar entre las casas una edificación un tanto destartada.

Y ahora fue ella la que elaboró un plan.

—Vamos —le alentó, acercándose al cuerpo masculino para coger su cintura—, debemos seguir caminando.

—¿Qué dice? —preguntó con incredulidad.

—Confíe en mí —se limitó a decir.

—¿Qué?

Amara alzó el mentón y se enfrentó a su mirada.

—He dicho que confíe en mí, me lo debe después de todo, ¿no cree?

A Zac lo dejó sin argumentos.

—Está bien —asintió.

Pasó el brazo sobre los delicados hombros y anduvieron hasta lo que parecía un granero en ruinas. Entraron y Amara fijó la atención en la planta de arriba, a la cual se podía acceder mediante una escalera de madera situada en el suelo.

Ni lo pensó.

—Sé el lugar en el que no nos encontrarán, ¡vamos!

Con una entereza digna de admirar posicionó la escalera en el lugar adecuado, no sin esfuerzo, y regresó a por el hombre que la miraba con estupor al entender lo que se disponía a llevar a cabo.

E hizo la última intención para que entrara en razón.

—Se lo suplico, olvídense de mí y póngase a salvo. No podré subir ahí arriba en mi estado, ¿es que no lo comprende?

—Podrá —sentenció Amara.

El optimismo de ella era loable pese a que no serviría de nada.

—¿Se ha vuelto loca? —no pudo por menos de preguntar.

La contestación que recibió de vuelta fue un interrogante directo:

—¿Va a colaborar o por el contrario su tardanza obrará a favor de que nos encuentren?

Está en sus manos.

¡Vaya!

La tozudez de la muchacha le ayudó a retroceder en el tiempo, recordándole a la testadura de Zoe, y sonrió.

¡Diablos!

Y no le quedó otro remedio que darse por vencido a la par que obedecía.

Ante una mujer con esa determinación no había nada que él pudiese hacer, y empleó sus últimas energías en ascender por unas escaleras casi podridas, carcomidas o a saber qué.

Primero uno, y después el otro, se afianzaron en la planta de arriba, inmediatamente después quitaron la escalera y la dejaron a buen recaudo.

El agotamiento, sumado a la pérdida de sangre, provocó que Zac se desvaneciera justo en el instante en el que la parte de abajo era asaltada por varios policías.

Cuatro días después

Zac abrió los ojos con dificultad. No entendía el motivo, pero se encontraba fatigado, sin apenas fuerzas y dolorido.

Muy dolorido.

Echó un vistazo a su alrededor y se extrañó.

¿Dónde estaba?

Al ir a incorporarse una mano menuda se lo impidió, posicionándose sobre su pecho.

Zac se dio cuenta de lo que sucedía y frunció el ceño con una curiosidad apremiante.

—No debe hacer esfuerzos, todavía está muy débil.

Esa voz...

¿De qué le sonaba?

La recordó entre sueños diversos y...

La inquietud se apoderó de él y trató de moverse de nuevo al recordar, también, unas pesadillas horribles.

—Tranquilo, no le conviene lastimarse —la voz suave le envolvió, calmándole, y eso que no tenía la menor idea de quién se podría tratar.

Porque desde luego que Zoe no era.

¿Entonces quién?

Debido al movimiento involuntario apreció un terrible dolor que le dejó sin respiración, por consiguiente volvió a tumbarse y la extrañeza se hizo palpable en cuanto se dio cuenta del lugar en el que se encontraba.

¿Qué hacía tumbado sobre el duro suelo de lo que parecía una habitación en ruinas?

—Tome, beba un poco de agua.

La misma voz le alentó a ello, acercándole un vaso desde atrás y él obedeció sin rechistar.

Tenía sed y bebió despacio.

Una vez que terminó llevó la mano a la zona del costado y apreció una venda.

Estaba herido y no recordaba el por qué.

—Lleva cuatro días inconsciente —le aclaró la joven posicionándose frente a él.

Zac desvió la atención hacia la mujer que hablaba, la observó, y de pronto se acordó de todo lo acontecido.

—¿Cuatro días?

—Así es —afirmó Amara, acomodando una manta roída sobre el cuerpo masculino—, durante ese tiempo ha estado delirando. La herida se infectó y la fiebre le ha dejado más exhausto de lo que ya estaba.

Zac se quedó callado durante unos segundos.

—¿Ha estado cuidando de mí estos días?

—Sí, junto a una mujer que ha tenido la amabilidad de auxiliarnos.

—Explíquese, por favor.

El viento frío soplaba en el interior de la habitación, colándose por los ventanales rotos, y Amara se reajustó la manta que quedaba sobre su cuerpo destemplado.

—Cuando llegamos aquí le hice caso y esperé a que amaneciera. Por fortuna el dinero que

llevaba encima ha sido suficiente para conseguir que no muriera desangrado. La mujer de la que le hablo le cosió la herida, me proporcionó un par de mantas, algo de alimento y la medicina que precisaba para curar la infección.

—Gracias.

Zac pronunció su agradecimiento con el corazón en la mano, sin dejar de mirarla, y admirando el rostro tan bello que tenía a escasos centímetros, puesto que con anterioridad no tuvo la oportunidad de hacerlo tal y como hacía en esos instantes.

Y oiga, él otra cosa no, pero los ojos de la cara los tenía para deleitarse con las vistas.

Que es lo que hacía.

Quedó maravillado con la tez pálida de su piel, la cual contrastaba con sus ojos y cabellos color azabache en una sincronía única. A continuación pasó a disfrutar de los rasgos delicados de un rostro que confería una imagen que se asemejaba a la de un ángel, y para finalizar se encaprichó de cada movimiento femenino y exquisito.

El conjunto en general a Zac le llevó a una clarificación evidente. La joven que tenía delante pertenecía a una familia acomodada y, ni siquiera los ropajes inapropiados que le dieron para subastarla al mejor postor, consiguieron una imagen indecente sobre su persona. Al contrario, sus rasgos delicados y estudiados eclipsaban por sí solos cualquier atuendo que en ningún caso iba con una dama de esas características.

Incluso el desaliño de sus cabellos parecía colocado a conciencia.

¡Vaya!

Zac fue descortés, tanto, que Amara carraspeó incómoda debido al análisis de él, entendiendo el descaro empleado.

El rubor acudió a sus mejillas por lo inapropiado del escrutinio y la vergüenza la engulló.

¿Acaso aquel comportamiento indecente podría ser a causa del efecto del medicamento?

Con toda probabilidad así sería, aunque no estaba de más aclarar ciertos puntos con respecto a las relaciones sociales que ella debía manejar con firmeza.

Y recordó que una señorita de su posición, dadas las circunstancias lamentables en las que se encontraba, nunca debería alentar ningún tipo de conversación con un hombre al que no conocía. Tampoco ningún acercamiento indecoroso. Y mucho menos dejarse llevar por la debilidad de una situación en particular, tal y como le acababa de suceder al posicionar su mano sobre el pecho masculino para que no se moviese, y arropándolo con suavidad; aunque, por supuesto, su caso resultó ser una auténtica excepción de principio a fin, y es que, la extrañeza de que una dama pudiese verse envuelta en un escándalo de aquella índole era abismal, desafortunadamente le tocó a ella y poco podía hacer, así que, ¿qué diantres importaba si conversaban o no?

El lado aventurero que la predecía no tardó en revelarse, tomando el control y optando por entablar una charla para que le explicase los motivos del por qué consideraba oportuno mostrarle su agradecimiento.

Y le alentó a que se lo contase después de tantas horas de soledad.

—¿Por qué me da las gracias?

Zac cerró los ojos unos segundos, la respuesta era fácil, pero el cansancio obraba en su contra.

—Por creerme cuando le dije que solo quería ayudarla. De no ser por vos y su obstinación habría muerto en ese callejón. Sois una mujer muy valiente.

—Eso ahora no importa —susurró un tanto avergonzada ante el cariz de la confesión.

Amara no acostumbraba a tratar con varones, menos aún en la cercanía impuesta durante los cuatro interminables días que llevaban allí, y poco importó si él yacía dormido o no.

Bueno, no era del todo cierto, y lo sabía.

«¿Cómo podrían comportarse a partir de ahora? La situación pasaría de embarazosa a indiscreta e inconveniente».

Menudo apuro. Una mujer de bien nunca podía rebajarse a una vivencia así; el honor y respetabilidad eran reglas de oro, y dormir a su lado daba al traste con la educación asignada.

Los derroteros de sus pensamientos obraron a que el rubor en sus mejillas se intensificase, delatándola en extremo, y siendo capaz de cortar cualquier atisbo de lo que, al parecer, se asemejaba a una conversación indecorosa por completo.

Aunque, por otra parte, y después del infierno vivido, tampoco debería de ser tan dura consigo misma, ¿no?

¿Qué importaba el honor cuando su propia vida es la que estaba en juego?

«Por Dios, Amara, céntrate», se regañó ante la irresponsabilidad de unos pensamientos que bajo ningún concepto le convenían.

«No, si al final la esposa de mi padre tenía razón al compararme con una desvergonzada. ¿Cómo que qué importa el honor?», volvió a regañarse, torciendo el gesto al acordarse de su madrastra.

La tensión se apoderó de la joven al momento, cortando de raíz cualquier acercamiento inadecuado, y se centró con respecto a las obligaciones marcadas desde que esa mujer entró en sus vidas.

Y fue consciente de lo que le esperaba en casa cuando regresase, y el desánimo se apoderó de su rostro sin apenas darse cuenta.

—No hable más y descanse —sentenció dando por finalizada la charla—. Le queda una larga recuperación por delante y cuanto antes sea mejor.

Zac frunció el ceño confundido.

¿Era tristeza lo que esos ojos tan característicos mostraban de repente?

Algo había cambiado en décimas de segundos, o al menos es lo que intuyó, y le gustaría saber a qué sería debido.

—Tiene razón —aseguró sin apartar la mirada de ella, empecinado en descubrir si su apreciación podría ser a causa de su estado febril.

Amara bajó el mentón y se dispuso a alejarse todo cuanto pudo, solo que se quedó quieta al escucharle tomar la palabra.

—Por cierto, yo soy Zac. ¿Le importaría decirme cómo se llama? Después de que me haya salvado la vida lo menos que puedo hacer por vos es llamarla por su nombre, ¿no le parece?

¿Decirle su nombre? Quizá dándosele crearía un vínculo de cierta confianza y...

—Me llamo Amara —soltó atropelladamente, antes de arrepentirse.

Su vida antes del secuestro se limitaba a medir cada gesto, cada palabra, cada mirada... Oh, Dios, el hartazgo era su pan de cada día, comenzó desde el fatídico instante en el que esa mujer entró en sus vidas y se negaba en rotundo a perder la poca dignidad que le quedaba.

Apartó los pensamientos amargos con una celeridad sorprendente, total, su madrastra no podía enterarse de su comportamiento, así fuese adecuado o no, y casi que se alegró de encontrarse a tantísima distancia.

Regresó a la actualidad al escuchar la voz de Zac.

—Amara —degustó su nombre con lentitud—, me gusta.

—Gracias.

Una vez más Zac la miró y, una vez más, ella bajó el mentón aprisa, dando a entender que si le sostenía la mirada cometía un pecado mortal.

Nuevas suposiciones que bien podrían ser erróneas, o no, y Zac lo dejó estar. Los ojos se le cerraban de cansancio.

La noche empezó a caer sobre ellos y ahora sí Amara se alejó. En su haber poseía una vela que utilizaba lo menos posible. Por nada del mundo se arriesgaría a que alguien encontrase el escondite en el que se resguardaban o nuevos problemas verían la luz.

Y ella ya tenía bastantes.

Una vez acomodada sobre el suelo se tapó bien y dejó que su mente vagara hacia cualquier lugar. El intenso frío cubría cada poro de su piel y mucho se temía que tendría que prepararse para pasar otra noche congelada.

Cerró los ojos y después de un rato desistió.

Por si no tuviese ya bastante con el frío, le seguía resultando de lo más incómodo dormir a escasa distancia de un hombre robusto, y de nada le servía ser conocedora de su estado malherido. Ella misma descubrió de lo que eran capaces los nobles aquellos con jóvenes inocentes e indefensas, tuvo la desgracia de contemplar la depravación con sus propios ojos y, a consecuencia de ello, un estado de alerta general sobrevolaba sin tregua alguna dificultándole el descanso.

La Amara comedida en ningún caso permitiría ser una ingenua. No, ese adjetivo ya no iba con ella, alguien se encargó de hacerlo trizas y ni siquiera le daría el beneficio de la duda al que se había convertido en su acompañante, por mucha palabrería que se empeñara en decir acerca de sus buenas intenciones.

Y apartó a un lado el amor que ese hombre procesaba a su hermana con solo nombrarla, porque sí, era amor incondicional lo que desprendían sus ojos cada vez que pronunciaba el nombre de Zoe.

Les envidió de nuevo. Ojalá ella tuviese en su día a día a la persona que tanto necesitaba.

Los pensamientos melancólicos obraron a que unas lágrimas amargas surcaran su bonito rostro. Entonces, Amara, cerró los ojos con fuerza.

Lloró en silencio hasta lograr quedarse dormida.

Zac llevaba despierto desde hacía demasiado tiempo, el castañear de sus dientes dejaban en evidencia el frío que tenía encima y lo peor es que no podía hacer nada para remediarlo.

De seguir así moriría de una pulmonía y no de la puñalada a traición que Henry le propinó.

Más repiqueteo de dientes, lo que equivalía a más ruido, y Amara también se despertó envuelta en un gélido viento que entumecía sus huesos.

—¿Duerme? —tuvo el atrevimiento de preguntar tras los ruidos ocasionados.

—No —respondió Zac temblando.

Amara se incorporó sobre uno de los codos con la intención de examinarle.

De inmediato se percató de la tiritona que lo sacudía y divisó el color azulado en sus labios.

Temió por él y no lo pensó.

—Espere, le ayudaré.

Ni corta ni perezosa Amara apartó la manta, la cogió en la mano y se acercó. Después la tendió sobre el cuerpo de Zac.

—¿Se puede saber qué hace?

—Ya se lo he dicho, ayudarle —susurró Amara cubriéndose con el chal que la mujer que iba dos veces al día le ofreció.

Al menos era algo.

—Por el amor de Dios —la enfrentó con ojos incrédulos—, no puede desatender sus necesidades por atender las mías —balbuceó aterido de frío.

El tono serio a Amara le hizo apreciar algo inaudito, pues la confusión dio paso a plantearse una pregunta.

¿En verdad se preocupaba por ella o solo se trataba de un mero engaño?

Con una rapidez apremiante quitó importancia a su gesto bondadoso.

—Usted necesita abrigarse más que yo para su pronta recuperación. No se preocupe por mí, al menos en mis condiciones puedo moverme y así entrar en calor.

Zac agradeció el gesto cortés y admiró a la muchacha que, al igual que él, tiritaba de mala manera.

—Entenderá que no puedo aceptar sus atenciones, ¿verdad?

—Oh, vamos. Claro que puede.

La falta de costumbre ocasionó que Amara no diera crédito a su insistencia, realmente su preocupación parecía sincera, aunque prefirió ignorarla.

—Se lo suplico, quíteme la manta y abríguese con ella. Está temblando y un caballero de mi condición no puede aceptar su bienestar si es a costa de alguien como vos.

Tal afirmación provocó que el corazón de Amara latiese más rápido de lo normal y retrocedió un paso por el impacto causado.

—Estaré bien, no se preocupe —titubeó ruborizada.

Ella no acostumbraba a que tuviesen en cuenta su bienestar, mucho menos un extraño, y buscó la lógica a su planteamiento.

La fiebre y la debilidad habrían mermado sus facultades y de ahí ese comportamiento.

¿No?

Dudó, en su estado era poco probable que pudiese interpretar el papel de un caballero justo y servicial.

¿Para qué?

—Amara, no sea testaruda y hágame caso —insistió.

Pum. El corazón se descontroló del todo ante lo bien que sonaba su nombre en aquellos labios y torció el gesto.

¿Por qué permitía que un trato cordial ablandase su alma?

La respuesta a esa pregunta en concreto tenía fácil solución. Y es que, precisamente el que alguien la tratase con un mínimo de gentileza era suficiente para ablandarla.

Y no debería permitirlo.

—Ya le he dicho que estaré bien —confirió seria, marcando las distancias.

A su entender debían afianzarse a pesar de que las intenciones de ese hombre fuesen sinceras, o pareciesen.

Y sin ton ni son comenzó a caminar por la estrecha estancia. Ya había amanecido y no podía arriesgarse a bajar, lo que significaba que ya podía ir olvidándose de permanecer alejada de... Zac.

Zac.

Su nombre era agradable.

El ruido de la puerta de abajo cortó de raíz sus pensamientos y la alerta surgió de inmediato.

—Soy yo —anunció una voz conocida.

La cara de Zac se tensionó y Amara se dio cuenta.

—Tranquilo, es la mujer de la que le he hablado.

Sin más cogió la escalera y con cuidado la fue bajando poco a poco.

—Vaya, qué frío hace aquí —afirmó la mujer una vez arriba—, por lo que veo el enfermo ha despertado, ¿cómo se encuentra?

—Despertó anoche y no ha tenido ningún delirio —informó Amara.

—Eso está bien, veamos la herida.

Zac no protestó y se dejó curar.

—Quisiera agradecerle lo que está haciendo por nosotros —le dijo Zac una vez acabado.

—No lo haga, le puedo asegurar que no ha sido por gratitud —respondió la mujer con franqueza, dejando ver su lado interesado—, aquí se malvive como se puede y supongo que su amante le habrá contado que me pagó por mantener mi silencio y por prestarles algo de ayuda, ¿verdad?

¿Amante?

¿Cómo podía soltar tan a la ligera una insinuación tan grave?

La estupefacción en Amara la hizo palidecer, después se dio la vuelta y la vergüenza se apoderó de su persona ante un delirio así.

Y lo peor de todo es que Zac no la corrigió.

—Lo sé. Anoche me lo dijo —aceptó sin mostrar emoción alguna—, por cierto, ¿no dispondrá de algún sitio mejor que este? Tardaré en curarme algún día más y como comprenderá mi deber es velar por la comodidad de la señorita que me acompaña.

Roja, la cara de Amara estaba roja como un tomate.

—Pues, ahora que lo dice en mi casa podría hacerles un hueco en el desván. Hablaré con mi esposo para...

—Tengo más dinero.

—Perfecto —se apresuró a contestar complacida—. Esperen a que los hombres de esta calle emprendan el camino hacia los trabajos, después vendré a buscarles. No tardaré.

Bajó por la escalera y Amara procedió a esconderla en cuanto pudo. Una vez a solas retrocedió hasta la pared más alejada, se sentó sobre el suelo, le dio la espalda intencionadamente y comenzó a contar para sí.

Uno.

Dos.

Tres.

Y ya.

No pudo morderse la lengua durante un segundo más.

—¿Por qué ha consentido una injuria así? —soltó envalentonada.

Zac observó con sorpresa el rictus erguido de su cuello e intuyó a lo que se refería.

No había que ser muy listo.

A continuación se empleó a fondo y tardó un tiempo considerable en levantarse.

En un principio se mareó un poco, pero después comenzó a caminar con una única

pretensión.

Acercarse al cuerpo que seguía temblando.

Amara se sobresaltó al escuchar los pasos tras de sí, aun así no se movió y la sorprendida terminó siendo ella al sentir sobre sus hombros las mantas que él acomodaba para taparla.

—Créame si le digo que a esa mujer poco le importa la relación que usted y yo podamos tener. Cuanto menos sepan de nosotros, mejor.

—Está bien —claudicó esforzándose en mostrar desinterés tras el gesto que en realidad la acababa de dejar atónita—, le creo, ¿y ahora me puede decir el por qué se empeña en ser tan servicial conmigo?

—¿Servicial? —Frunció el ceño un tanto incrédulo—. Ya le he dicho que mi deber hacia vos no es otro que...

—No, mejor déjelo —le espetó levantándose de malas maneras—. Tome su manta y yo me quedaré con la mía, ¿estamos? No me debe nada.

Zac no entendió su proceder y prefirió actuar con cautela.

—Amara, ¿se encuentra bien? —preguntó preocupado, con signos evidentes de no entenderla.

¿Qué le sucedía?

Ella se limitó a asentir mientras se tragaba las lágrimas que pugnaban por salir.

Lo consiguió a duras penas y, una nueva pregunta irrumpió con todo su esplendor, arrasando con una joven herida en cuanto a emociones se trataba.

¿Por qué el empeño de seguir manifestando interés hacia alguien a la que no conocía en absoluto después de estar a salvo?

Otra:

¿Para qué molestarse a favor de una extraña destinada a ser subastada al mejor postor?

Y otra más:

¿O puede que Zac la quisiera para él sin pagar una sola libra y por eso terminó a golpes con el que lo apuñaló?

Los interrogantes parecían no tener fin, lo que propició que el pavor se acrecentara y no le venía nada bien a su mente perturbada.

Bueno, al menos sabía qué hacer. Desde hace bastante acostumbraba a refugiarse en la coraza que la protegía del exterior, así que se agarró a ella a la par que actuaba en consecuencia.

¿Que qué es lo que hizo?

Huir, dando indicios inequívocos de que la conversación acababa de finalizar, e interponiendo la distancia que podía dado el lugar en el que se encontraban.

Zac supo estar a la altura de las circunstancias, respetó su decisión y se limitó a darle el espacio que parecía necesitar.

CAPÍTULO X

—Bien, aquí podrán quedarse unos días. El dinero —exigió la mujer extendiendo la palma de la mano hacia arriba.

Zac se apartó del agarre de Amara. De no ser por ella no habría dado más que unos pasos, seguía muy débil y precisó de su amparo para llegar. Una vez que recuperó el aliento rebuscó en el bolsillo estratégicamente cosido en el interior de los pantalones, sacó los billetes que le quedaban y se los entregó.

—Es todo lo que tengo.

—Servirá —aceptó, haciéndose a un lado para que entrasen.

Los dos pasaron al interior y echaron un vistazo a cuanto les rodeaba.

El calor de la chimenea fue lo primero que les reconfortó, posicionándoles en un escenario idílico tras el gélido frío que dejaron atrás. A posteriori les llamó la atención la estrechez del desván, advirtiéndoles cómo del techo colgaban carnes de animales sacrificados ahumándose para el consumo y, por último, en una esquina, la extensión de la suficiente paja que aguardaba para dormir; sobre ella varias mantas, al lado una palangana vieja, una jofaina oxidada y ropa limpia para los dos.

Sin más.

—Espero que todo esté de su agrado y pueda acomodarse como debe —se dirigió a Zac—, y ahora, si me lo permite, aprovecharé para tomarme la libertad de hacer una última petición.

Ambos se giraron a la par con la desconfianza plasmada en la cara.

¿Una última petición?

¿A qué se refería?

—Su amante no está herida, es joven y por tanto estimo conveniente que me ayude en los quehaceres diarios hasta que usted esté recuperado y puedan marcharse.

La mandíbula de Zac se tensionó al escucharla.

—Disculpe, eso no será posible —alegó contrariado.

—Por supuesto que lo será —aseguró sin achantarse—, no creerá que les dejaré aquí haciéndose carantoñas con todo lo que tengo que hacer, ¿verdad?

Las mejillas de Amara se tornaron enrojecidas desde el instante en el que escuchó palabras tan malsonantes.

—Señora, le digo que mi acompañante no se someterá a ningún trabajo que no sea acorde a su posición —recalcó con la frente perlada de sudor a consecuencia del esfuerzo.

—¿A su posición? —se carcajeó sin contemplaciones—, ¿acaso me ha tomado por una estúpida? Si es así permítame que le ponga en antecedentes —aseguró con los brazos en jarras—. En lo que se refiere a su acompañante intuyo que es una campesina cualquiera a la que le han echado el lazo para complacer los bajos instintos de gente como usted. —Acercó su cuerpo inmutable y le increpó con el dedo sobre el pecho con una ira esclarecedora—. Sé lo que los hombres desalmados y corrompidos son capaces de hacer en esas subastas, sé que usted se ha encaprichado de ella, sé por sus ropajes y su dinero que es uno de los depravados esos, sé que escaparon de la policía cuando hicieron la redada, y, ante todo, sé que con alzar la voz esta casa se llenará de gente sin escrúpulos dispuestos a sacar beneficio a costa de lo que sea. ¿He hablado con la suficiente claridad o quiere que se lo muestre? Piénselo bien antes de que le arrebaten a su

fulana particular.

La cara de Zac se tornó en una máscara de hielo.

La de Amara, en cambio, palideció de horror.

—Por supuesto que la ayudaré —pronunció la joven con rapidez.

O calmaba el escenario o se verían en una situación dantesca del todo. Algo que evitaría si estaba en sus manos, pues la principal perjudicada sería ella misma.

Además, si era franca, debía admitir que las palabras dichas en cuanto al depravado que podría ser calaron en su interior. Lo había definido a la perfección y lo que menos deseaba era permanecer en su única compañía.

«Oh, Dios, ¿qué demonios estoy diciendo?».

Los remordimientos no tardaron en aparecer por su apreciación. Cierto era que no se conocían, pero cada gesto hacia ella le hizo presuponer que no acostumbraba a dañar a las mujeres.

No era justa.

Lo sabía.

Y aun así prefirió mantenerse en sus trece.

—Amara —secundó el caballero con una mirada nada amigable—, ¿está segura de lo que hace?

Ella asintió.

—Vamos, muchacha, a trabajar.

Zac no pudo impedirlo y se quedó inmerso en una soledad absoluta.

Anochece cuando Amara entró en el desván con una pose de derrota absoluta. El esfuerzo físico desempeñado en el transcurso del día resultó una agonía constante y, como premio, recibió un mísero cuenco de sopa humeante y un trozo de pan duro, que es lo que llevaba en las manos.

Al entrar en el desván lo primero en lo que se fijó fue en Zac paseando y no pudo por menos que preocuparse.

Así lo expresó.

—No debería estar en pie, sigue bastante débil.

Zac alzó el rostro, le había pillado de improviso, y avanzó hacia ella con el semblante serio.

—No voy a quedarme tumbado todo el día mientras se aprovechan de vos —alegó con decisión—, además, si empiezo a moverme recuperaré las fuerzas y podremos abandonar este maldito lugar cuanto antes.

Ella se limitó a mirarle, no efectuó ningún otro comentario y a Zac le pareció extraño.

—¿Está bien? —preguntó con la preocupación dibujada en su rostro.

Amara se limitó a asentir.

—Amara, ¿está segura? —insistió tras percatarse del cariz desesperanzado en su semblante.

Ella volvió a asentir sin sostenerle la mirada.

Y claro, Zac no la creyó.

—Déjeme comprobarlo —advirtió, pidiendo su permiso.

Le quitó lo que llevaba y lo dejó en el suelo, después extendió las manos con la intención

de coger las suyas.

Amara las apartó de inmediato.

—¿Qué hace? —preguntó atónita.

—Ya se lo he dicho, comprobar algo —respondió sin darse por vencido—, por favor, permítame.

Zac aprovechó la confusión y actuó con rapidez. Cogió sus manos y las giró antes de que le diese tiempo a reaccionar.

Amara se sumergió en una especie de trance al sentir el cálido tacto de su piel, se sonrojó y...

Y las apartó avergonzada.

—Esto no es conveniente —pronunció apurada.

Zac suspiró con pesar.

Había visto suficiente, confirmando que sus peores presagios acababan de cumplirse, y tomó una bocanada de aire para serenarse. De no hacerlo saldrían muy mal parados, puesto que las ganas de ajustar cuentas con los habitantes de esa maldita casa no le serviría más que para posicionar a la joven en una tesitura peor de la que ya se hallaba.

Y no podía permitirlo.

—Amara —la llamó, yendo tras sus pasos.

Se le encogió el corazón al verla plantarse frente a la chimenea. La intención era clara; permanecer de espaldas ante la evidencia de que no podía ir a ninguna otra parte.

Con su pose, sin ella saberlo, dio a entender el grado de humillación a la que tuvo que enfrentarse durante el día, y Zac ejerció sobre sí mismo un control estricto y exigente con la intención de calmarse.

Inhaló otra bocanada de aire.

Por nada del mundo mostraría la rabia que lo carcomía por dentro. No cuando la evidencia gritaba que en esos momentos su acompañante era lo último que precisaba.

Saltaba a la vista.

—Amara, ¿puede hacer el favor de mirarme? —pronunció con un deje de voz suave, convirtiéndose en una auténtica súplica.

Ella no se giró.

Y él no se dio por vencido.

—Amara, tiene las palmas en carne viva y ese detalle me dice lo que ya suponía.

La muchacha se apoyó sobre la repisa y sus hombros se encogieron.

Aun así no se giró.

—Está bien —suspiró Zac, pasándose la mano por el cabello al borde de que la locura le invadiese por dentro—. Voy a hacerle unas preguntas y quisiera que las contestase, ¿está de acuerdo?

Nada.

A Zac no le importó.

—Usted no es ninguna campesina, ¿me equivoco?

Sorprendentemente contestó, negando con la cabeza.

Bueno, al menos era algo.

Y continuó:

—Viene de una casa de bien, ¿me equivoco?

Negó otra vez.

—Nunca se ha sometido a ninguna tarea doméstica, ¿me equivoco?

Más de lo mismo.

Y de pronto:

—Está avergonzada porque he visto lo que esa desalmada ha provocado en sus manos, ¿me equivoco?

Otra negación.

Zac sintió sobre su pecho el peso de la culpa mientras el silencio les engulló, a menos hasta que él abrió la boca con la convicción de que cumpliría a raja tabla lo que diría a continuación.

—Amara, si le prometo que cueste lo que cueste la sacaré de aquí en cuanto recupere un poco las fuerzas, ¿me cree?

La respuesta cambió a un encogimiento de hombros.

—Amara —susurró a escasos centímetros—, y si le prometo que haré cuanto esté en mis manos para devolverla sana y salva a su casa, ¿me cree?

Esta vez negó con la cabeza y Zac no supo cómo continuar.

Le costó bastante recuperarse, una vez conseguido habló con claridad.

—¿De verdad alberga dudas acerca de lo que dijo esa mujer después de lo que le confesé acerca de mi hermana? —preguntó dolido, exigiendo una respuesta que no sabía si le gustaría o no.

La contestación que obtuvo se limitó a un mutismo absoluto, y el joven volvió a la carga.

Lo hizo con toda la artillería a su alcance.

—Amara, quiero que sea conocedora de que nunca sería capaz de aprovecharme de vos y, por supuesto, que jamás de los jamases consentiría convertirla en mi amante, por lo tanto ni se le ocurra imaginar que su bienestar no me preocupa, ¿estamos? Su futuro más inmediato se ha convertido en mi razón de ser. El destino así lo quiso desde el instante en el que asistí a esa subasta deleznable para acompañar al que supuse mi amigo. Gracias a ello se me ha brindado la oportunidad de protegerla, que es lo que voy a hacer, y si es preciso y así se requiere lo haré con los ojos cerrados.

A la muchacha se le olvidó respirar por el impacto de un compromiso que significaba tanto, y no pudo más.

Zac se percató de lo que sucedía con el corazón encogido, torturándose ante la imagen de los hombros femeninos comenzando a temblar, y supo lo que vendría a continuación.

No se equivocó, de seguido el sonido de los primeros sollozos escaparon por la boca de Amara y llegaron a sus oídos.

¡Maldición!

Una vez más supo estar a la altura de las circunstancias y le importó bien poco rebasar el límite del decoro. Ella precisaba de apoyo y él estaba más que dispuesto a brindárselo una y mil veces.

Faltaría más.

Tomó otra bocanada de aire, esta vez para infundirse de las fuerzas necesarias para llevar a cabo lo que deseaba con fervor, y algo nervioso avanzó el paso que los separaba, situó la mano sobre su hombro menudo y la ayudó a volverse.

¿Cómo reaccionaría?

Lo que menos pretendía era asustarla.

No lo hizo y la conmoción arrasó con todo, pues una Amara desbordada no luchó contra él.

No tenía fuerzas.

—No está sola, Amara —susurró con templanza—, ¿lo entiende? Me tiene a mí y aquí estoy.

Con delicadeza la acercó, la estrechó contra su pecho y ella se rompió del todo, dejándose hacer sin que tuviese en cuenta si sus actos eran indecentes o no.

¿Qué importancia tenía?

—Shhh, estoy aquí, Amara. Llore cuanto tenga que llorar, le hará bien.

La pobre muchacha se agarró a la camisa con desesperación, apretó con fuerza y dejó que la tensión acumulada de tantos y tantos días saliese de su cuerpo a través de unas lágrimas amargas como la hiel.

Lloró y lloró, y ni tan siquiera pudo percatarse de que empezaron a moverse.

Zac la condujo hasta el lugar en el que dormirían y, una vez allí, la ayudó a tumbarse sin soltarla ni un ápice.

Después la acompañó.

En ningún momento la pretensión de la dama fue la de apartarse de su contacto, pues continuaba llorando sobre su pecho, a la vez que él la abrazaba con ternura y le murmuraba al oído palabras suaves afanado en calmarla.

Era de vital importancia.

El llanto y la desesperanza poco a poco fueron cesando, dando paso a la serenidad, y sin apenas percatarse se quedó dormida de puro agotamiento entre los brazos del primer hombre que le dio cierta confianza a pesar de no conocerse de nada.

Increíble pero cierto, y el acto en sí fue liberador.

Mucho después, Zac también se quedó dormido. Lo hizo sin soltarla en ningún momento, y lo sorprendente de la situación fue que se encontró cómodo con su cercanía.

Demasiado de hecho. Algo que nunca antes le había sucedido, ni siquiera con las damas, y no tan damas, con las que se acostaba día sí y día también.

¿Quizá por ese motivo era diferente?

No le dio importancia.

Antes de cerrar los ojos se devanó los sesos en busca de una solución que le ayudase a cumplir la promesa que salió de sus labios, era primordial, y se maldijo por la tardanza en recuperarse de la herida que Henry le provocó a traición.

CAPÍTULO XI

Amara despertó con una percepción extraña que se semejaba a...

¿A qué?

Ni tan siquiera podía definirlo. Hacía demasiado tiempo que nadie la abrazaba mientras dormía, y se estremeció al sentir que el agarre se profundizaba.

Fuera el que fuese quien la sostenía no parecía dispuesto a soltarla. El gesto en sí la perturbó sobremanera, mas no se movió. Imposible, en tanto degustó la sensación de protección que alguien se esmeraba en mostrar a...

¿A quién?

Las imágenes de lo sucedido el día anterior fueron apareciendo una a una, lo que propició a que la vergüenza tensionara cada parte de su cuerpo y, también, a que la indecencia arrasara con ella al percatarse del hombre que la sostenía con una firmeza esclarecedora.

La pose de Zac confirmó sus peores presagios; el muy bribón se había limitado a esperar con ahínco un momento de debilidad para aprovecharlo a su favor y ahí estaba la prueba, tratándola como si fuese de su propiedad, y el corazón de Amara languideció de dolor. La había engañado. Él solo pretendía convertirla en su amante y lo acababa de corroborar.

Su orgullo malherido no tardó en tomar el control, trató de zafarse de esos brazos posesivos y...

—Schhh —susurró Zac a su oído con una voz tensa que la otra parte no entendió—. Por lo que más quiera, Amara, confíe en mí y no se le ocurra moverse. Alguien nos observa.

¿Cómo?

La confusión frenó el impulso de pelear contra aquel agarre indecoroso y obedeció.

¿Qué otra opción le quedaba?

—Ahora voy a acariciarle el brazo —continuó avisándola mediante susurros—, tranquila, no debe asustarse. Anoche le dejé clara mis intenciones y siguen siendo las mismas. Usted solo haga como que sigue durmiendo, ¿sí?

Zac notó la rigidez en el cuerpo menudo y rezó para que le hiciese caso.

¿Lo haría?

Mejor que nadie era conocedor de lo que pedía, pero no tenían otra opción; de tenerla ni se le ocurriría ponerla en un aprieto de semejantes características, eso seguro.

Y respiró con algo de tranquilidad al ser consciente de su quietud, tal y como le pidió, para después cerrar los ojos de nuevo.

En ese instante no pudo por menos que enorgullecerse de su actitud, puesto que la complejidad de la situación debía de ser un auténtico tormento para una dama como ella, mientras una Amara desbordada por cuanto acontecía decidió acatar la petición y ponerse en sus manos.

¿De qué otra persona iba a fiarse si no?

Después, simplemente, apartó el decoro a un lado y se dejó llevar, entre tanto Zac se centraba en su cometido; dar alarde de su posesión aun a sabiendas de que podría existir la posibilidad de equivocarse, solo que no podía actuar de ninguna otra forma.

Pasó las yemas de los dedos por el brazo de Amara empleando una suavidad que a ella le erizó los pelos de la nuca, siguió hacia arriba y, al llegar a sus cabellos, enredó un mechón entre

uno de sus dedos y lo llevó hasta la nariz.

Inhaló y ahora fue él el que cerró los ojos.

Cuando los abrió, el sujeto que los observaba desde hacía un rato, ya no estaba. Había desaparecido, permitiendo que Zac analizara lo que acababa de suceder con la suficiente sangre fría.

Solo entonces la soltó y la apartó con delicadeza.

—Ya se ha ido.

—¿Qué? —preguntó Amara con un alarde de confusión tras la intimidad compartida.

El raciocinio la catapultó a la cruda realidad y se asustó.

¡Maldición!

¿Por qué de repente sentía un vacío desolador?

¿Acaso tendría que ver con el detalle de que él la hubiese apartado para cortar el contacto estrecho entre sus cuerpos?

Amara tosió con incomodidad y el rubor tiñó sus mejillas como la grana. Algo que se estaba convirtiendo en demasiado habitual, mal que le pesara.

—Disculpe mis formas, Amara —se pronunció un Zac inmerso en los nuevos problemas que les acechaban, viendo oportuno dejar de lado lo que no le convenía—. Un hombre nos expiaba desde la entrada, llevaba un buen rato y mucho me temo que sus intenciones no eran honestas, es por ello que he actuado de forma posesiva con vos. Mi pretensión era simple, hacerle conocedor de que a usted nadie la toca salvo yo, que es mía y que...

—Por el amor de Dios, no añada ninguna palabra —le interrumpió con una voz nerviosa, bajando el mentón avergonzada—, lo entiendo y no hace falta alguna —murmuró levantándose a toda prisa con un apuro difícil de superar.

Interpuso la distancia que pudo, aunque con lo que no contó fue con que él la seguiría.

Y se giró nerviosa al escuchar sus pasos.

—¿Qué hace? —alzó la voz consternada.

La disparidad de emociones en tan poco tiempo la tenía en un estado casi enajenado y su mayor temor era que fuesen en aumento.

Que era lo que parecía.

Zac puso en marcha las suposiciones pertinentes y entendió su estado histérico, de ahí su empeño por serenarla.

—Fácil, tratar de dar normalidad a lo que ha sucedido —sentenció convencido—, ande, vuelva a acostarse y descanse.

El rol había cambiado y ahora era él el que marcaba los tiempos, dando a entender que se encontraba mucho mejor.

—Pero...

—No me contradiga y hágame caso, Amara.

Cada vez que escuchaba su nombre a través de los labios de Zac se regañaba a sí misma.

Le gustaba y no debería de ser así.

¿Podría existir la posibilidad de que la indecencia se empezase a apoderar de ella?

La cara de su madrastra apareció de la nada y palideció.

Zac, mientras, cogió del suelo el cuenco de sopa fría y el mendrugo de pan duro de la noche anterior.

—¿Todavía sigue ahí? Vamos, descanse y tómese esto. Debe de estar hambrienta.

Tenía razón y no lo contradijo.

Desanduvo los pasos y cumplió cuanto Zac le aconsejó. Una vez que acabó, el hombre se posicionó en cuclillas a su altura y le pidió:

—Bien, es el momento de mostrarme sus heridas.

—¿Qué?

—Vamos, Amara, ¿va a debatir todo cuanto le diga? —preguntó con el ceño fruncido y una mueca divertida que buscaba destensar lo acontecido minutos antes.

La mueca dio el resultado esperado y a Amara se le escapó una tímida sonrisa que, a Zac, le pareció demasiado bonita.

—Está bien, usted gana... por esta vez.

—Así me gusta.

Amara tendió las manos y puso las palmas hacia arriba.

—No tienen buen aspecto, ¿duelen?

Asintió con la cabeza.

—Veamos qué puedo hacer.

Cogió el ungüento que la mujer de aquella casa dejó para que se curara y actuó sin pensar, poniéndose una cantidad generosa en los dedos.

—Le molestará un poco, pero le hará bien.

Amara protestó en cuanto se dio cuenta de sus intenciones.

—Puedo hacerlo yo.

—Lo sé —aseveró sin dar su brazo a torcer.

—Pues démelo.

—No.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque se lo debo después de la confianza que acaba de mostrarme en un momento tan delicado, Amara.

Sus ojos se encontraron, la dama dejó de respirar y Zac se percató de la turbación que despertaba en ella.

Era tan evidente...

Y fue benévolo.

—Tome, solo bromeaba —mintió sobre la marcha—. Vos os aplicáis la crema y yo la ayudo únicamente si me lo pide, ¿le parece más adecuado?

Amara asintió, volvió al lecho de paja y se dispuso a poner en calma a un corazón que, según su apreciación, iba por libre a consecuencia del hombre que llenaba la estancia de manera gloriosa.

Por enésima vez se regañó. Definitivamente el secuestro daba signos evidentes de la disposición a cambiar una parte que debería de ser intachable y no lo podía permitir.

De nuevo, la visión de su madrastra fue suficiente para volver al redil.

Así, sin más.

De pronto, el sonido de unos pasos acercándose les sacó a cada uno de sus pensamientos, alarmándoles por igual hasta que vieron de quién se trataba.

Por la cara que traía, Zac supo que la dichosa mujer sería portadora de malas noticias.

¿Se equivocaría?

Ojalá.

—¡Tú! Hoy te quedarás aquí —ordenó a Amara de malas maneras, señalándola con el dedo acusador y analizándola de arriba abajo con un odio visceral—, mi marido no ha ido a trabajar y no quiero que repare demasiado en una joven de tu calaña.

Un Zac iracundo no pudo dar crédito a la maldad en sus palabras y saltó de inmediato:

—Oiga, no le voy a consentir...

—Chhhh, usted a callar —le cortó sin contemplaciones, enfrentándose a él—. ¿O prefiere que deje a su fulana a la vista, con él hurgando por aquí? Créame que si en algo la estima no se lo aconsejo.

Zac, en un principio, tensó la mandíbula, de seguido no le quedó otra que claudicar y contenerse. La apreciación de aquella malnacida, insultando a Amara, le exigía que diese la cara por ella. Un detalle que le era imposible al estar atado de pies y manos.

Y lo odiaba, vaya si lo odiaba, y es que, si había una víctima en toda la historia que los envolvía, sin ninguna duda era la dama que no tenía la culpa de nada en absoluto.

¡Un momento!

Quizá la oportunidad para escapar se la acababa de brindar aquel esbirro de mujer y él no iba a desaprovecharla. Vaya que no.

Y soltó:

—Tarde.

—¿Tarde? —preguntó sin entenderle—. ¿A qué se refiere?

—A que su esposo ya ha estado aquí —soltó a la ligera.

La cara de la mujer se contrajo a causa de una rabia que no trató de ocultar, y Zac supo lo acertado del comentario que acababa de soltar por su boca.

—¿Qué ha dicho? —preguntó de malas formas.

—Lo que ha oído —se dispuso a esclarecer—, de momento se ha resignado con fisgonear algo, aunque tanto usted como yo sabemos que no se conformará, ¿me equivoco?

Un silencio, y después:

—Esta noche sin falta deberán marcharse de aquí —pronunció de manera arisca y visceral. Zac no se amedrentó ante la amenaza.

—Créame si le digo que nada nos complacería más que ausentarnos de este lugar para siempre.

La otra parte sopesó las consecuencias que acarrearía el que una muchacha como aquella continuase bajo su techo. Mejor que nadie sabía la personalidad de su esposo y debía buscar su propio beneficio.

Como era de esperar, la decisión acudió de inmediato al no existir alternativa posible.

—Está bien —claudicó—, veré lo que está en mis manos para ayudarles. Cuando tenga noticias se lo haré saber. —Se limitó a decir antes de alejarse por donde había venido.

Zac soltó el aire que retenía en los pulmones y consideró la buena nueva como si se tratase de un milagro, aunque, por supuesto, era sabedor de que faltaba la peor parte; que no era otra más que mantener alejado al indeseable esposo de la criatura que yacía tumbada, echa un ovillo, por cuanto se vio obligada a escuchar sobre su persona.

Se puso en su lugar y la compadeció.

Atardecía cuando la dueña de la casa les llevó en una bandeja dos cuencos humeantes, dos

mendrugos de pan y un poco de vino.

—¿Y bien? —la interrogó Zac sin tregua alguna al ver que se trataba de ella.

—Esta mañana he salido a las afueras del barrio aprovechando que mi esposo tenía que ausentarse un momento, pero no he logrado convencer a nadie para alquilar un coche de caballos. Por esta zona escasean y no están dispuestos a llevar a cabo ningún trabajo a no ser que se les pague por adelantado —susurró mirando hacia atrás con precaución.

Temía que sus pasos hubiesen sido seguidos por el hombre de la casa, no era ninguna estúpida y su deber le inducía a actuar con sigilo. Si él intuía que su pretensión era la de facilitarles la huida lo pagaría demasiado caro y no estaba dispuesta a correr el riesgo, de ahí a que actuara con esa preocupación y con ese sigilo. Si medía bien su actuación lograría desviar la atención, nunca sospecharía de ella y todos tan contentos.

Zac contrajo la mandíbula tras las malas noticias.

—Maldición. Todo mi dinero se lo he entregado a usted y no puedo pagar por adelantado. Estoy sin un mísero penique —maldijo mesándose el pelo nervioso.

—Lo intuía —respondió la mujer con acritud.

Zac la analizó al milímetro, vio el rencor en sus ojos y comentó:

—Si en verdad quiere mantenerlo alejado de este desván deberá poner más de su parte.

—¿Acaso no ve que es lo que hago? —protestó con un convencimiento que caló en la otra parte.

El joven presupuso que no mentía, aunque parecía ocultar algo.

¿Estaría equivocado?

—¿Y entonces? —preguntó esperanzado.

—Les podría facilitar un caballo, es todo lo que puedo ofrecer.

—Nos servirá —aseveró convenciéndose a sí mismo.

Menos era nada.

—Como entenderá tampoco será una opción fácil —se aventuró a decir con el rictus serio—. Nadie puede asegurarme que lo devolverán, y por lo tanto...

—Déjese de excusas, le acabo de decir que no dispongo de más dinero —la cortó Zac sin miramientos.

La codicia de aquella mujer era insaciable y carecía de escrúpulos.

—Me bastará con algo de valor que posea —soltó tan pancha—, si estoy dispuesta a robar un caballo deberé ser recompensada. En el caso de que lleguen a descubrirme, el cuello que estoy ofreciendo en bandeja es el mío, así que húrtese bien en los bolsillos porque el favor no es gratis, milord.

Lo dicho, la codicia no tenía límites, estaba dispuesta a sacar tajada como fuese, y a Zac se le encogió el corazón al saber lo que tendría que llevar a cabo.

—Está bien —bufó desolado.

No le quedó otro remedio que sacar del bolsillo interior del chaleco el bien máspreciado que siempre le acompañaba, se lo tendió con un rictus de auténtica ira y añadió:

—Jamás pensé que tendría que deshacerme de él, es un regalo muy especial aunque, a alguien como vos, poco deben de importarle los sentimientos que provocan en mí un objeto como este, ¿me equivoco?

—Pues no. No se equivoca en absoluto —sentenció alargando la mano para quitárselo con verdadera ansia.

Contempló sorprendida el reloj de bolsillo y sonrió.

—Esto paga con creces el que me exponga ante el peligro.

De seguido lo ocultó en el escote y se dispuso a contarles el plan ideado.

—En cuanto anochezca el caballo les esperará atado en la esquina de la calle. Deben de permanecer alerta, la puerta por la que entraron está abierta y solo tendrán una oportunidad. Mi esposo sale al anochece a la taberna y cierra con la única llave que tenemos, lo que significa que si no están fuera antes de que él se vaya los planes trazados no servirán. ¿Entendido?

—¿Y por qué hemos de esperar a que anochezca? —preguntó Zac oponiéndose a esperar tanto.

—Sencillo. Por estas calles siempre hay gente deambulando y no creo que sea tan insensato como para correr el riesgo de terminar en una situación peor de la que ya están, usted mismo, sigue malherido y no podrá auxiliar a la muchacha por mucho empeño que le ponga —le informó encogiéndose de hombros—. Además, no soy tan insensible como parezco, con su dinero y este obsequio tendré para sobrevivir durante una buena temporada y mi deber es mostrarles algún tipo de agradecimiento. Es por ello que deseo ponerles en conocimiento de lo que sucederá en cuanto pongan un pie fuera de aquí, ¿debo seguir o ya se hace a la idea de lo que le insinúo?

—No. No siga, por favor —suplicó con el objetivo de evitarle el mal trago a Amara.

—Bien, me complace saber que es un hombre inteligente —se burló sin misericordia—, y supongo que también está de más contarle que cuando mi esposo regrese lo hará algo ebrio, ¿verdad? Hasta ahora he logrado mantenerle alejado, algo que no podré seguir garantizándoles por mucho tiempo. Ahora sí, ¿todo entendido?

—Sí —asintió con la cabeza.

—Pues buena suerte.

Tal y como vino se marchó, dejándoles a solas, pero con la diferencia de que parapetado en su escote se hallaba un auténtico botín.

CAPÍTULO XII

Las horas transcurrían con una lentitud estremecedora. El halo de inquietud asolaba a los ocupantes del desván, los cuales se limitaban a deambular como almas en pena por los escasos metros, mientras el nerviosismo florecía debido a la acuciante necesidad de que llegase la noche sin contratiempos.

¿Lograrían el propósito marcado de ponerse a salvo?

Las dudas en Zac le exigían posicionarse en un estado de alerta máxima. Desconfiaba y temía al malnacido que esa mañana devoró a Amara con unos ojos sucios a la par que depravados, siendo conocedor de que era cuestión de tiempo el que subiese con el propósito de satisfacer su lascivia más primaria.

Y él lo evitaría a costa de su propia vida, eso seguro.

—Era de su hermana, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Amara tras un silencio demasiado tenso y embarazoso entre los dos.

Comenzaba a anochecer, por consiguiente permanecía a la espera del momento oportuno para huir y el desaliento atenazaba cada poro de su piel, limitándose a frotarse las manos con frenesí.

—¿Qué?

Zac seguía inmerso en sus pensamientos y se giró con un gesto dubitativo en el rostro.

Tan centrado estaba que no escuchó la pregunta lanzada al aire.

—Me refiero a que el reloj era un regalo de su hermana, ¿verdad?

Los ojos de Zac despejaron la incógnita sin necesidad de palabras, estos mostraban un dolor tan real, que Amara sintió un estremecimiento en todo su cuerpo y odió ser la causa.

—Sí, así es.

—Lo lamento —susurró conmovida, apartándose hacia una de las esquinas tras su afirmación.

La respuesta caló hondo en el caballero y dejó de lado cualquier nimiedad, deparando en su reacción desmedida.

—¿Qué es lo que lamenta con exactitud? —preguntó algo confuso.

A lo que Amara se sinceró.

—Lamento ser la causante de que le hayan despojado de un bien tan preciado —se disculpó avergonzada.

La voz le terminó jugando una mala pasada. Delató su estado emocional y no pudo evitarlo, situándola de lleno en un escenario difícil de afrontar tras la desconfianza orquestada hacia un hombre cuyo único afán era mostrarle una y otra vez su protección sin que, al parecer, le importase el mero hecho de que se tratara de una auténtica desconocida, aumentando el sentimiento de culpa por cada uno de los pensamientos ingratos dirigidos hacia el que acababa de entregar uno de sus objetos más valiosos para, una vez más, protegerla a toda costa.

¿Acaso seguía tan ciega como para precisar de alguna otra demostración añadida antes de fiarse por completo de él?

La presión orquestada en torno a una Amara al borde de la histeria obró en su contra e hizo que no pudiese afrontar los nuevos contratiempos. No podía más. Y se dejó caer de rodillas frente a la chimenea, limpió con el dorso de la mano las primeras lágrimas que caían sobre sus

bonitas mejillas y se derrumbó.

Zac enmudeció al percibir su aflicción, cogió aire con lentitud y lo soltó apesadumbrado, todo sin dejar que su mirada se apartase del cuerpo menudo que sollozaba frente a sí, y tuvo que contener las ganas de abrazarla contra su pecho, de acariciar esos cabellos enredados y también de susurrarle palabras sosegadas al oído.

Bien sabía Dios que haría cuanto estuviese al alcance de sus manos con tal de borrarle esa pesadumbre que llevaba inmersa en sus ojos. Lo ansiaba de verdad, empero no podía permitirse asustarla conociendo su estado de desaliento.

—Amara, —se dirigió a ella con suavidad—, ¿por qué se culpabiliza de lo ocurrido?

Trató de comprender el porqué de su desdicha, mas no pudo.

El crepitar de las llamas envolvió la estancia, dando por sentado que ella no iba a contestar a la pregunta emitida y Zac insistió.

—¿Amara? —la llamó con el ceño fruncido a la espera de una respuesta que se temía que no llegaría.

¿O sí?

Acortó la distancia entre ellos y continuó con la ardua tarea de contener sus impulsos compasivos.

—Amara, le ruego que me haga conocedor de su pesar, créame si le digo que favorecerá a desprenderse de la carga que lleva sobre sus hombros como si se tratase de una enorme losa.

Ella negó con la cabeza, escondió la cabeza entre las rodillas, se abrazó a sí misma y los sollozos fueron en aumento.

Fue suficiente para que la contención de Zac sucumbiera. No soportaba verla así.

¿Y qué hizo entonces? Pues se acercó, arrodillándose a su vera y...

Zac abrió los ojos con estupor y reparó en el rechazo de una dama que se resistía con una fuerza inusitada desde el instante en el que percibió el contacto cálido de sus manos masculinas, cuando lo que él imploraba a gritos era algo tan sencillo como que alzara el mentón para que se diera cuenta de que no se encontraba sola, de que él seguiría a su lado, preocupándose de su bienestar tanto físico como psíquico, y que así seguiría siendo hasta dejarla en el lugar que le correspondiera.

Fuera el que fuese.

—Amara, por favor, no me aparte de vos —suplicó con la voz ronca a escasos centímetros—, sigo aquí, a su lado, para lo que considere oportuno, ¿acaso no se da cuenta de mis intenciones honestas?

Amara palideció ante su comentario esclarecedor.

Si en verdad mantenía la boca cerrada él podría interpretar que no se fiaba de él, así que continuó negando con la cabeza, solo que esta vez consideró oportuno pronunciarse.

Se lo debía.

—No, no —negó también con la voz. El desconsuelo procedía de su alma desgarrada y vio conveniente dar un paso de valiente y sincerarse, que es lo que hizo—, no merezco su compasión, Zac, no después de cada pensamiento en contra de usted, situándolo como un villano cruel e interesado y no como el caballero que es en realidad.

Zac la escuchó con el corazón en un puño y se obligó a mostrar un rostro inquebrantable. La disposición a actuar con algo de vehemencia le indicaba que ni loco debía dejar que viera lo mucho que le había afectado lo que acababa de decir, o la distancia entre los dos se agrandaría.

Y fulminó de su mente a los verdaderos culpables de que aquella dama se encontrase en

una situación tan delicada y comprometida, para después volver a la carga.

La obstinación por calmarla se agudizó hasta límites insospechados, empleando su ímpetu para sujetar esos brazos que luchaban contra él, convencidos de no merecer su clemencia, y aceptando que el rechazo le afectaba sobremanera.

—Amara, no luche contra mí. No le servirá de nada —aseguró una vez que su fuerza obtuvo el resultado que buscaba.

Posicionó dos dedos sobre su barbilla y presionó hacia arriba con una delicadeza extrema. Él la única intención que tenía era la de que alzara el mentón para perderse en esos ojos fascinantes, y Amara no pudo impedirlo.

El aspecto apenado de su rostro le confirió a la otra parte una ternura infinita.

—No vuelva a decir que no merece mi compasión —la reprendió con amabilidad, limpiando ensimismado una a una las lágrimas que seguían cayendo—, sois una mujer admirable y nadie puede rebatir eso, ¿estamos?

—Pero...

—Shhh, cada pensamiento en mi contra está más que justificado. Lo entiendo, de estar en su lugar hubiese pensado lo mismo y tan solo le pido que deje los prejuicios a un lado, ¿podrá hacerlo?

Amara fue capaz de sostenerle la mirada a pesar del momento tan intenso que compartían y asintió con la cabeza.

Los ojos de Zac revelaban una verdad absoluta, y claro, de ahí a que los celos quedasen fulminados fue coser y cantar, dando un paso de gigante al tiempo que se agarraba con uñas y dientes a la esperanza que le tendía un hombre al que dejó de temer de inmediato.

¡Vaya! Al final iba a resultar que el caprichoso destino le tendía la oportunidad para que alguien bondadoso se cruzase en su vida, que falta le hacía a una pobre muchacha vilipendiada por los que deberían de velar por su seguridad y protegerla de verdad.

Su propia familia.

—Así me gusta, tranquila —susurró midiendo sus pasos hasta terminar estrechándola entre sus brazos tal y como anhelaba.

Amara no protestó, lloró sobre su pecho y no le extrañó el poder que ejercía sobre ella, calmándola por segunda vez desde que se conocieron entre palabras sosegadas, la cercanía de su cuerpo y el agarre que la sujetaba como si su vida dependiese de ello.

—Shhh, mi hombro siempre estará disponible para vos, Amara. Llore cuanto necesite.

—Es demasiado bueno conmigo —lloriqueó con el convencimiento de que no había estado a la altura.

—Le debo la vida, ¿no lo recuerda?

—Y yo el que me liberara. De no ser por usted a saber cómo habría acabado.

—Basta, deje de atormentarse —la regañó apartándose un poco para mirarla.

Eso sí, sin soltarla del agarre de sus manos.

Imposible.

Sus cuerpos continuaban rozándose, los ojos se encontraron y Zac sucumbió a los encantos de una dama que comenzaba a fascinarle de manera poco apropiada.

De pronto deseaba besar esos labios y ni podía ni debía hacerlo.

¡Maldición!

Un ruido a su espalda lo alertó, bajando de sopetón el ardor de su ingle, y la espantosa realidad se magnificó al percatarse de quién entraba en el desván con la lujuria dibujada en la

cara.

—Vaya, vaya, percibo que su fulana precisa de las atenciones de un hombre de verdad y sus condiciones no se lo permiten. Parece que he llegado a tiempo.

Zac se incorporó y mantuvo a Amara protegida tras su cuerpo.

—No la tocará —aseveró con ojos demoníacos.

—¿Y quién va a impedírmelo? ¿Usted? —Se carcajeó en su cara.

—Por supuesto, no lo dude.

Una Amara sobrepasada por cuanto sucedía se agarró a su brazo y apretó rota de dolor. La obviedad gritaba a los cuatro vientos que ni de lejos contaban con la misma igualdad de condiciones, temiéndose lo peor, y ella no podía consentir que Zac pagara con su vida algo que inevitablemente sucedería, viéndose acopada a saciar los instintos más bajos de aquel demente sí o sí.

—Zac, no cometa ninguna locura. Mal que le pese no puede hacer nada para impedir lo que va a suceder aquí y lo sabe. No arriesgue su vida en vano, se lo suplico.

—Vaya —volvió a burlarse el tipo sin escrúpulos—, si al final resulta que se tienen aprecio de verdad y todo. Increíble.

Avanzó un paso, Zac lo retrocedió, y Amara trató de zafarse de su agarre para sacrificarse a cambio de que a él lo dejara en paz.

No lo consiguió, Zac la sujetó con más fuerza y la mantuvo en la misma posición; pegada a su espalda.

—Seré comprensivo y no lo mataré, quiero que sea testigo de los gritos que le arrancaré a su fulana particular mientras la monto una y otra vez. Me saciaré de ella y después la venderé al mejor postor.

—Por encima de mi cadáver —masculló endemoniado.

La tensión que manaba de su cuerpo a Amara le hizo saber que hablaba completamente en serio.

Y el histerismo se apoderó de ella.

—Zac, Zac —gritó como una loca para hacerse oír—, si usted muere nunca podré perdonármelo.

A él le dieron igual sus palabras.

—Entonces estamos a la par, Amara. Si no defiendo su honor el que no podré perdonarme nunca seré yo mismo.

—Qué desperdicio —intervino el malnacido antes de perder la paciencia.

Y se desató la locura.

La lucha cuerpo a cuerpo abrió la herida del costado de Zac y la sangre comenzó a manar debilitándolo en extremo. Aun así no se rindió, mientras Amara permanecía en *shock*, tapándose los oídos y cerrando los ojos.

Pasado un tiempo indeterminado los ruidos cesaron y los peores presagios se cumplieron, fue entonces cuando Amara perdió el dominio sobre sí misma y comenzó a gritar con histeria, notando cómo la arrojaban contra el suelo sin delicadeza alguna.

Aquel era el fin.

Echó un último vistazo al hombre que la había defendido de manera acérrima, y el infierno se terminó de desatar al sentir el repugnante peso del infame sobre su cuerpo en busca de su bien más preciado.

Su virtud.

—Vamos, preciosa, no te resistas o tendré que hacerte daño de verdad —siseó manoseando el interior de sus muslos con una brutalidad bestial.

Alzó el vestido hasta la cintura, desgarró la parte superior y dejó los pechos al descubierto, a la vez que se bajaba los pantalones consumido por la lujuria.

Y de pronto...

Pum.

El hombre perdió el conocimiento y el peso cayó sobre ella, ahogándola.

Como pudo se deshizo del contacto que la asqueaba y vislumbró lo ocurrido.

La esposa, sartén en mano, fue la encargada de salvarla de la violación tras propinarle un golpe en la cabeza.

—¡Largo de aquí! —exclamó mediante un grito desgarrador—, antes de que despierte deberán haber abandonado mi casa o seré yo misma la que les mate con mis propias manos. ¡Fuera!

No supo cómo, pero Zac colaboró a pesar de su mal estado y consiguieron llegar a la esquina. El lugar en el que un caballo les esperaba, tal y como acordaron.

—Amara —balbuceó Zac al borde del desmayo—, no podré subir al lomo, hágalo usted y aléjese de este sitio inmundado.

Y sin tiempo que perder le dio las señas de la mansión de su cuñado.

—Zac, si piensa que voy a dejarle abandonado aquí es que todavía no me conoce ni una pizca. No me iré sin usted.

Zac elevó los ojos al cielo.

—Por Dios, ¿quiere dejar de ser tan testaruda y hacerme caso? —imploró al límite de su cordura.

La respuesta fue fácil.

—No, no voy a hacerlo —sentenció convencida como nunca antes en la vida. Jamás se le ocurriría abandonarlo a su suerte, y menos tras las muestras de preocupación hacia su persona. No, no se lo merecía, y ella obraría tal y como le dictaba el corazón, eso seguro. Y añadió—: Vamos, si consigue poner el pie en el estribo le empujaré con la fuerza suficiente para conseguir nuestro objetivo.

Zac apretó la herida, la miró con admiración y susurró:

—No me dejará aquí diga lo que diga, ¿verdad?

—Verdad —afirmó con el convencimiento por bandera.

Y no le quedó otra que claudicar.

Si el malnacido despertaba del golpe propiciado por su propia esposa no habría segundas oportunidades para ellos.

—Está bien, lo intentaré.

—Eso ya me gusta más —suspiró con un amago de sonrisa—. Vamos.

Desfallecido, y casi desangrado, cumplió y se dejó caer sobre el lomo del caballo como si se tratase de un saco de patatas, de seguido, Amara siguió sus pasos y salió escopetada de allí.

El propósito era firme, llegar hasta Zoe antes de que fuese demasiado tarde.

¿Lo lograrían?

CAPÍTULO XIII

Resultó un auténtico milagro que Zac no perdiera la consciencia y pudiera indicarle a Amara el camino hasta la mansión Hackins, también que los dioses se aliaran con los jóvenes, contribuyendo a dejar la neblina atrás y por lo tanto a que la noche despejada, acompañada de la luz que propiciaba la luna llena, aportaran su granito de arena como ayuda extra.

La situación de vida o muerte lo merecía.

—Aguante, Zac, aguante —sollozaba Amara sintiendo el líquido caliente extendiéndose por el lomo del animal hasta llegar a su pierna derecha, empapándolo todo a su paso.

La sangre de la herida manaba a chorro, el trotar del caballo no le hacía ningún bien y su respiración se debilitaba por momentos, apagándose poco a poco, mientras la vida de Zac se escapaba de un cuerpo al borde de la agonía.

Ella lo sabía, en cambio se negó a que existiese una mínima posibilidad de que ese hombre admirable dejase este mundo. Amara nunca se podría perdonar que el caballero fiel y honorable al que agarraba la mano en modo desesperado terminase perdiendo la vida por protegerla.

Y también se negó a quedarse sola.

Lo necesitaba tanto...

El vínculo creado entre los dos, en apenas unos días, a Amara le bastó para agarrarse a él con uñas y dientes.

—Zac, no se mueva —susurró presa de la esperanza una vez que llegaron al destino indicado—. Traeré ayuda en la mayor brevedad posible.

Amara saltó, bajándose del caballo y corrió hacia la puerta de entrada. Una vez allí la golpeó con los puños apretados, empleando las fuerzas que le quedaban, y a gritar como una loca histérica desgañitándose en el intento.

Alguien la escucharía, estaba convencida y no cejaría en el empeño aunque fuese lo último que hiciese en su mísera vida.

Una luz al otro lado la reconfortó, la puerta se abrió y el que debía de ser el mayordomo de la casa la miró expectante a la par que somnoliento. La evidencia de que Amara lo acababa de sacar de la cama debido a su perseverancia lo corroboró al verle abotonarse la chaqueta un tanto apurado.

—Señorita, ¿qué escándalo es este?, ¿qué desea? —pronunció con atropello, escandalizado al percatarse de la mancha de sangre que ensuciaba su vestido y el desaliño en general.

Amara en un primer momento dudó, ¿y si no la creía?

—Se lo suplico —alzó la voz con un dolor palpable a simple vista—, necesito ayuda. Zac está muy malherido y...

En cuanto escuchó el nombre de Zac se puso en estado de alerta de manera inmediata.

—¿Sabe dónde está el señor Evanson? —la interrumpió sin miramientos, despertándose del todo y prestando la atención que se precisaba de él.

—Sí —asintió señalando un lugar en concreto—, está ahí fuera. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—Dios, bendito. —Se santiguó debido a la negatividad que transmitían aquellas palabras.

Amara limpió las lágrimas que caían sobre su rostro y se puso a disposición de aquel hombre. Después de la tensión acumulada no podía más, el vaivén de emociones comenzó a

pasarle factura y no lograba quitarse de la cabeza la terrible situación de Zac.

El único caballero que dio muestras de interés hacia su bienestar y persona.

Y comprendió lo querido que debía de ser hasta para el personal del servicio, aunque tampoco le extrañó, quedándose ensimismada ante la eficacia del mayordomo, el cual se dispuso a alzar la voz por primera vez en su vida.

Al instante, el ama de llaves hizo acto de presencia envuelta en una bata de algodón. Los pelos los llevaba enmarañados y el rostro delataba el estado de perplejidad y de intranquilidad que llevaba a cuestas.

¿A quién se le podía ocurrir presentarse a esas horas intempestivas ante la puerta de los duques?

—Harry, ¿qué sucede? —preguntó alarmada, analizando con desconfianza a la joven desconocida.

Harry fue directo al grano.

—Avisa a los señores, ¡el señor Evanson nos necesita a todos!

El ama de llaves abrió los ojos con optimismo y no preguntó nada más, echó a correr hacia la escalera y subió los peldaños de dos en dos.

—Lléveme hasta él, señorita —pronunció Harry con la inquietud dibujada en sus ojos.

—Eso haré.

—¿Y dice que está muy malherido?

—Mucho me temo que sí —respondió asolada por la pena.

Las luces de la planta de arriba se encendieron con celeridad, después no tardaron en escucharse las primeras palabras de desconcierto, seguidas del sonido de las pisadas descalzas del matrimonio Hackins, para acabar con una carrera a contrarreloj, volando literalmente sin que el embarazo de Zoe dificultara la agilidad en un momento tan delicado.

La hora tardía le indicó, sin necesidad de palabra alguna, que la situación en la que su hermano habría regresado, a la que siempre sería su casa, no debía de ser nada halagüeña, por consiguiente no vio apropiado acomodar sus pasos a un ritmo adecuado para su estado de gestación.

No. Imposible.

Y salieron a la calle en paños menores, sin importarles un ápice, al tiempo que el caos se apoderó del exterior y del interior de la mansión ante el panorama desolador al que irrevocablemente tuvieron que enfrentarse.

Una semana más tarde

Los primeros siete e interminables días se convirtieron en una pesadilla infernal, sin duda fueron los más difíciles y temieron por él varias veces, es por ello que Zoe tomó la determinación de no apartarse de la cabecera de su cama desde el instante en el que atravesó el umbral inconsciente y casi desangrado en brazos de su esposo. Y claro, ni siquiera él pudo hacerla entrar en razón, por más que insistió, y no le importó que se enfadara, tampoco que perdiera los nervios a consecuencia de su avanzado estado, y ni se inmutó cuando acabó gritándole.

Nada importaba excepto su hermano y por nada del mundo se apartaría de él, por ese motivo la ansiedad del duque se agrandó, dejándose ver a través de unas ojeras marcadas

alrededor de sus ojos al entender que no le quedaba otra opción que claudicar.

Nick se dio por vencido al tercer día, mejor que nadie era conocedor de la testarudez de su esposa y, aunque llegó a barajar la posibilidad de arrancarla de su lado a la fuerza, no tuvo la sangre fría ni el valor suficiente de llevarlo a cabo.

Bastante tenían como para añadir otro problema que dinamitaría la relación entre ellos.

Mientras, Amara se limitó a deambular por la mansión como si se tratase de un alma en pena. Cada una de sus necesidades estaban cubiertas, el servicio se esmeraba en que así fuera, solo que no se daba cuenta de ello al faltarle lo más importante.

Estar al lado de Zac.

Sí, hasta ese punto lo necesitaba, y dio gracias al cielo por la compañía de las pequeñas de la casa, las cuales, al verse apartadas del cuidado de su madre, optaron por no separarse de la nueva ocupante de la mansión, haciéndole un poco más agradable la estancia, pues la desolación formaba parte en la totalidad de las horas, minutos y segundos de sus interminables días.

La tristeza embargaba a la mansión en general, Zac seguía sin despertar a pesar de los cuidados intensivos de los mejores médicos de Londres, y aquel detalle la estaba matando de pena por dentro y por fuera.

Una semana y dos días más tarde

Amara contempló el exquisito desayuno con apatía y suspiró, apenas si tenía apetito y eso que el ama de llaves, en consonancia con la cocinera, la agasajaban con los mejores manjares. Un detalle que poco importaba, puesto que cada día que pasaba continuaba perdiendo peso y, la verdad, ni siquiera era consciente de ello. ¿El motivo? Obvio, tenía otras cuestiones en las que pensar.

Bueno, no era del todo cierto, pues más bien se ceñía a una sola y esta seguía siendo Zac.

Jugueteó con el tenedor, removiendo el interior del plato mientras los rayos de sol atravesaban la cristalera y se posaban con delicadeza sobre su rostro. La sensación era en sumo comfortable y agradeció al ama de llaves por conseguir persuadirla a que desayunase en una de las terrazas. El día amaneció con un sol radiante y la mujer convino que le haría bien para la palidez de su rostro.

Acertó.

Y ahí seguía, ensimismada en los huevos revueltos, cuando la aparición de Zoe invadió la estancia.

Su cara era el reflejo del alma y, aunque las profundas ojeras y el rostro demacrado hablaban por sí solos, supo reconocer un gesto que le caló muy adentro.

¿En verdad estaba sonriendo?

Pues sí, y sin duda sería debido a una noticia que todos ansiaban por igual.

—Buenos días, Amara, te estaba buscando —saludó risueña.

La aludida apartó la servilleta a un lado y se levantó para practicar una ligera inclinación de cuello, simulando una reverencia.

Amara no albergaba la menor idea de cómo debía de actuar ante una persona con un título nobiliario tan importante, pues aparte del primer día no volvió a cruzarse con ella, tras su insistencia de permanecer al lado de su hermano, limitándose a verla en contadas ocasiones de

lejos.

—Buenos días, duquesa.

Zoe amplió aún más la sonrisa y la miró con un gesto divertido.

—¿Duquesa? Ah, no. Para ti soy Zoe, sin más. Anda, vuelve a sentarte, por favor. —Y se acomodó frente a ella, dispuesta a servirse un té.

Amara la observó sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Señora! —El ama de llaves pasaba por allí de casualidad y la regañó sin dilación—, ¿cuántas veces he de decirle que no es conveniente que una dama de su rango se sirva su propio té?

Zoe se mostró impasible y movió la mano quitándole importancia.

—Qué horror, Mary. De la que me libré negándome a asistir a esas aburridísimas clases del decoro, además, ¿cuántas veces he de decirte yo a ti que los convencionalismos no van conmigo? —contraatacó con fervor, desviando la atención hacia Amara y poniendo los ojos en blanco antes de explicarle—: nada, que no hay manera con ellos y eso que llevo aquí años.

—El señor nunca ha aprobado su rebeldía en estos menesteres —continuó con énfasis el ama de llaves aprovechando su turno de réplica—, y de sobra es conocedora de que continúa instándonos para que entre todos consigamos convertirla en la duquesa que debe de ser, ¿acaso quiere meternos en un problema si se da cuenta que sigue en sus trece?

Amara se tapó la boca con la servilleta completamente consternada.

¿Cómo osaba aquella mujer hablarle así a su señora?

Inaudito, aquello era inaudito.

—Mary —continuó Zoe sin inmutarse, a la vez que con un movimiento rápido se le adelantaba y cogía la jarra de la leche para dejar clara su postura—, de sobra sabes que a mi querido esposo nunca se le ocurriría tomar represalias en vuestra contra o tendría que atenerse a las consecuencias. Soy un caso perdido y en el fondo todos lo adoráis, incluida tú. Admítelo de una vez, lo sé desde hace demasiado tiempo.

El ama de llaves sonrió complacida y a Amara casi se le salen los ojos de las órbitas.

De verdad que era incapaz de dar crédito a una situación tan rocambolesca.

—Señora, creo que estamos escandalizando a su invitada —informó Mary ante la cara descompuesta de Amara.

Zoe cogió del plato una tostada, terminó de untarla con mantequilla y sin dilación la mordisqueó hambrienta. Llevaba días malcomiendo a la fuerza para que su esposo no estallara, y por fin el apetito parecía dispuesto a regresar.

—Se acostumbrará a nuestras formas —alegó sorbiendo un poco de té—, ahora bien, ¿ninguna os preguntáis el por qué estoy aquí y no arriba?

Amara estaba tan impresionada por la personalidad arrolladora de Zoe que se limitó a asentir.

Mary, en cambio, juntó las manos como si estuviese rezando una plegaria y preguntó exaltada:

—¿De veras ha despertado?

A Amara se le aceleró el corazón esperando una respuesta que intuyó de inmediato. La hermana de Zac lo gritaba a los cuatro vientos a través del semblante relajado, la sonrisa y el brillo especial en unos ojos que habían dejado de estar tristes y melancólicos.

Al fin.

Y sucedió algo curioso, pues a las tres mujeres, al mismo tiempo, se les empañaron los

ojos con unas lágrimas repletas de alivio.

—Sí, Mary, Zac está despierto —anunció a su ama de llaves resplandeciente—, el doctor se ha quedado con él y lo está reconociendo.

—¿Cuándo podré verlo? —preguntó con auténtica devoción.

Amara fue consciente de que no se equivocó un ápice cuando pensó que el servicio le debía de tener en estima y aprecio.

Aunque claro, tras lo visto tampoco era de extrañar.

Envidió a todos y cada uno de los que pertenecían a esa familia tan poco común, incluidos el propio servicio, y la piel se le erizó de espanto al recordar lo diferente que era en comparación a su mísera existencia.

Una existencia en la que no cabía la esperanza, la alegría, el respeto o una pizca de humildad o incluso de humanidad.

Tal cual.

—Tendrás que esperar —respondió a Mary buscando su complicidad—, de momento solo ha preguntado por una persona y estoy más que encantada de cumplir con su petición.

Las conjeturas en la cabeza de Amara se dispararon, fueron por libre y no tardaron en aparecer.

«¿Quizá se trata del supuesto amigo que le apuñaló a traición o por el contrario se refiere a una posible prometida?», se preguntó desconocedora de cualquier detalle que pudiese estar relacionado con la vida íntima del caballero que antepuso su integridad con tal de salvaguardarla del mal.

Y entristeció de repente. Si era realista debía de admitir que el vínculo creado entre los dos bien podría tratarse de una mera ilusión que ella se encargó de agrandar a lo largo de la semana, cuando la obviedad de que tan solo eran unos auténticos desconocidos clamaba al cielo, y por ello de su añoranza.

Sintió un pellizco dentro del alma y le costó respirar, aun así decidió esperar comedida a la respuesta que Zoe pudiese darles.

—¿Y bien? ¿No os pica la curiosidad por saber de quién estoy hablando? —soltó Zoe analizando la reacción de la apocada joven.

Mary fue avispada y lo captó a la primera, entonces la sonrisa se amplió en su cara y no pudo morderse la lengua.

Imposible.

—Una servidora ya lo sabe, y puedo atestiguar que la persona de la que habla se refiere a una dama, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

A continuación le guiñó un ojo y ambas desviaron la atención hacia Amara, la cual se ruborizó considerablemente por el escrutinio.

—¿Por qué me miran a mí? Desconozco el entorno de Zac, es más, nos conocemos de hace apenas unos días en la que una situación lamentable unió nuestros caminos de manera inesperada, y por lo tanto... —trató de excusarse tras un análisis que no entendía.

Tardó poco en hacerlo.

—Amara, ni sé ni me importa el cómo os hayáis conocido, es parte de vuestra privacidad y no tienes que compartirla a menos que así lo desees, pero créeme si te digo que para mi hermano eres una persona importante.

—¿Cómo? —pronunció atónita e incluso un poco perdida—, Duquesa...

—Duquesa, no. Zoe.

—Eeee, Zoe —rectificó sobre la marcha tal y como le pidió—, continuó sin entender la suposición acerca de que sea yo, precisamente, la que pudiese ser conocedora de la persona por la que ha preguntado en cuanto ha despertado, de veras, tal y como le he dicho antes...

—Amara —la regañó con cariño—, de tú, por favor. Háblame de tú o me harás sentir incómoda.

—Está bien, pues como te iba diciendo...

Zoe terminó con su suplicio, no pudo ni quiso contenerse ni un segundo más y añadió encantada:

—Por ti, Amara, en cuanto ha despertado por la primera persona que ha preguntado ha sido por ti.

El ama de llaves y Zoe intercambiaron una mirada muy significativa, repleta de intenciones, al tiempo que una Amara con los sentimientos a flor de piel se levantaba de la silla a toda prisa.

No tenía tiempo que perder.

—Disculpad —fue cuanto dijo excusándose.

Y la joven educada para saber comportarse en cualquier momento y escenario dejó atrás las formalidades, olvidándose de ellas, antes de salir corriendo en busca de complacer el requerimiento de Zac.

Era lo único que importaba.

CAPÍTULO XIV

Amara golpeó la puerta con suavidad y se alisó el vestido a la espera de una señal que le indicara que podía pasar.

¿Estaría acorde a lo que Zac esperaba encontrarse?

Por decisión propia su vestuario se limitaba a la ropa más sencilla de Zoe, antes de sus embarazos, pues no consintió en que le hicieran uno nuevo, y ahora dudó. Estaba tan delgada que todos le quedaban demasiado anchos y quería estar a la altura de las circunstancias.

Apartó los pensamientos cuando la puerta se abrió, el doctor salía en ese momento.

—Buenos días, milady.

—Buenos días, doctor.

—Supongo que usted es Amara, ¿verdad?

Ella asintió con los nervios revoloteando en torno a su estómago.

—Pase, la está esperando.

—Doctor, ¿cómo se encuentra? —preguntó con el reflejo de la preocupación dibujado en su rostro.

—Todavía débil, pero es un joven sano y pronto podrá levantarse de la cama. Lo peor ya ha pasado.

Un suspiro de alivio se le escapó sin tan siquiera percatarse.

—Que tenga un buen día, milady. ¡Ah! Y procure que no se fatigue demasiado, aún es pronto y debe permanecer tranquilo. Lo dejo en sus manos.

—Lo tendré en cuenta, gracias, doctor.

Amara empujó la puerta y se adentró en el interior de la alcoba con pasos tímidos e inseguros.

—¿Zac? Soy yo, Amara.

—Reconocería esa voz incluso con los ojos cerrados, Amara. Acérquese, por favor.

La voz masculina se escuchó a través de un susurro ronco, que a ella le atravesó el corazón tras las penurias de los últimos días, y el rubor le tiñó las mejillas.

Poco a poco fue acercándose a la cama, donde yacía el herido entre almohadones, y un sentimiento desconocido se apoderó de su ser al atestiguar que la recibía con una sonrisa de bienvenida.

Le encantó y, tal y como le sucediera con anterioridad, estar a su lado le confirió una paz arrolladora.

Sí, ya era hora de admitirlo.

—Vaya, tiene un buen aspecto —sonrió a su vez con los ojos empañados de la emoción.

Se alegraba tanto de verlo...

—Miente muy mal, Amara.

Totalmente cierto, la palidez y el rostro demacrado daban a entender la debilidad y el estado enfermizo aconteciendo por cada poro de su piel.

—¿Cómo está?

—Todo lo bien que puedo después de lo sucedido. El doctor me ha dicho que soy un hombre afortunado, me he salvado de milagro.

Amara retrocedió un paso debido a la culpabilidad que le ocasionaron sus palabras.

—Lo siento, Zac. De no ser por mí usted no estaría postrado en esta cama —lamentó con un nudo en la garganta que se empeñó en ocultar para no echarse a llorar.

Lo menos que deseaba era dar pena.

Zac la escuchó, entrecerró los ojos y no tardó en replicar:

—No, Amara, se equivoca. De no ser por usted el que no hubiese llegado hasta aquí sería yo, así que ni se le ocurra echarse la culpa de nada, que ya nos vamos conociendo un poco — volvió a susurrar, empleando una energía que escaseaba, dándose cuenta de que el agotamiento ganaba la batalla contra sus ganas de hablarle.

Amara supo interpretarlo y se recriminó a sí misma un comportamiento tan poco adecuado.

Zac debía descansar y no agotarse por mantener una conversación con ella, ¿acaso no lo veía?

Y se dispuso a solucionarlo.

—Shsss, no hable —suplicó condescendiente—. Según las recomendaciones del doctor no debe fatigarse.

—Entonces no lo haré —aceptó a la primera, sin rechistar, y le sostuvo la mirada transmitiéndole lo mucho que se alegraba de verla allí, en su terreno, y lo que resultaba más significativo.

Con él.

La intensidad de sus ojos obraron el poder de desconcertar a una Amara vacilante e insegura y el desasosiego propició a que se retorciera las manos, manteniendo una pose incómoda, antes de anteponer la cordura necesaria en un escenario tan sumamente íntimo cuando era consciente del lugar que debería de ocupar.

Y desde luego que no era en la alcoba de un joven soltero.

«Por el amor de Dios, ¿dónde ha quedado mi moralidad?, ¿a qué estoy jugando?».

Su pensamiento la bajó de las nubes, precipitándola contra el suelo, y la situó a varias millas de allí, entonces optó por seguir el camino adecuado y se esforzó en deshacer el magnetismo tan especial que compartían, a riesgo de salir muy mal parada si no lo llevaba a cabo.

—Zac, será mejor que le deje descansar —pronunció algo exaltada, conteniendo las profundas ganas de llorar que la embargaron de repente. A continuación cogió aire, con la intención de serenarse, y se mantuvo bien erguida terminando de explicarse—: regresaré cuando Zoe esté presente y usted quiera concertar una nueva visita, ¿le parece bien? No quiero incomodarle.

—No.

La rotundidad empleada a Amara la pilló desprevenida.

—¿No? —Se extrañó ante su negativa mientras sintió un ligero temblor en las rodillas—. ¿Qué quiere decir con no?

A Zac no le pasó inadvertida la turbación de ella, lo reflejaba con una transparencia innata y lo supo leer a la perfección, viéndose obligado a reconsiderar lo que se esperaba de un caballero como él, en un mundo inmerso de ridículas normas que odiaba, cuando...

«A la mierda».

—No quiero que se marche, Amara —aseveró con una sinceridad brutal, recalcando bien cada palabra mediante una petición que a ella la terminó de descolocar por completo, aunque poco le importó. Fuera formalismos, fuera reglas de caballerosidad y fuera todo lo que no tuviese que ver con los momentos compartidos por dos almas en pena que se necesitaban por igual, o al

menos era su sincera apreciación—, se lo ruego, quédese.

Amara dio un paso hacia atrás y tropezó, de manera involuntaria, tras la súplica enmascarada.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿En su alcoba?

—Sí.

—¿Sin ninguna carabina?

—Sí. Aquí. En mi alcoba. Sin carabina y con la única compañía de nosotros dos. Aunque le resulte difícil de procesar le aseguro que es lo único que necesito en estos momentos, Amara.

—Una pausa y, a continuación—: ¿Y bien? ¿Qué contesta? Aceptaré su respuesta, sea la que sea, y solo le pido que haga lo que le dicte el corazón y que no piense en las estúpidas normas de cortesía por una vez en su vida, ¿está dispuesta?

—Pero...

—Sé lo que le estoy pidiendo, sé que es una indecencia y sé que una dama como usted debería de negarse con rotundidad, pero, por favor, déjese de conjeturas extrañas pues no le pido más que se quede, me siento en paz con vos y para mí es importante saber que en verdad confía en alguien como yo.

Amara tembló de emoción al escucharle.

—Por supuesto que confío en usted, Zac —afirmó con el mentón bien alto—. Tardé en hacerlo y soy consciente del error que cometí.

—Me alegra saberlo —y volvió a sonreír despertando en la otra parte sentimientos que deberían de estar re-que-te-pro-hi-bi-dos—, ¿y entonces?, ¿puedo saber qué es lo que su corazón, y no su cabeza, dice?

El silencio se alargó durante unos segundos, que a Zac le parecieron eternos, aunque, después, la sorpresa vino a través de una mujer valiente que contestó sin dilación:

—Puede, claro que puede, Zac.

—¿Y es? —preguntó esperanzado.

—Usted mismo lo verá —aseguró sin añadir nada más.

La turbación le imposibilitaba a que pudiese continuar haciéndolo, así que se dedicó a dejarse llevar y a mostrarle la decisión que acababa de tomar y, la verdad es que resultó tan fácil, que no tuvo ni que pensarlo, dejando que sus emociones tomaran el control, mientras se sentaba en el sillón que Zoe había ocupado todo ese tiempo y que estaba situado al lado de la cama.

Acompasó la respiración hasta sosegarla un poco y, al ver un libro sobre la mesilla, preguntó con una naturalidad que a la otra parte le asombró:

—¿Quiere que le lea un rato?

Aquella mujer le pareció increíble y, simplemente, contestó con una sonrisa encantadora:

—Con tal de que se quede puede hacer lo que quiera.

Amara sonrió con timidez, bajó el mentón apurada para que no se diese cuenta de su turbación, y después cogió el libro entre las manos dispuesta a empezar con el relato.

Zac cerró los ojos y se dejó envolver por una voz aterciopelada, acogedora y en sumo agradable, degustando con verdadera devoción la compañía, la lectura y, ante todo, la tranquilidad que le daba tener la estimable certeza de que Amara se encontraba a salvo de gente ruin y deleznable en la que era su casa, bajo el manto de protección de los suyos.

Ya, cuando se encontrase mejor, indagaría en el por qué una dama como ella acabó en

aquel local de mala muerte siendo subastada al mejor postor, al igual que ya tendría tiempo de denunciar al que supuso era su mejor amigo, convencido de que lo aclararía en cuanto tuviese la fortaleza necesaria como para mantener una conversación con su querido cuñado, puesto que lo primordial seguía siendo recuperarse en el menor tiempo posible.

Al cabo de un rato la somnolencia se apoderó de él y cayó en brazos de Morfeo, eso sí, lo hizo con el rostro relajado por primera vez en demasiados meses.

¿Casualidad?

Amara se dio cuenta de que dormía cuando levantó la vista del libro y ahí se quedó, observándolo con devoción al estar al tanto de que no podría descubrirla.

Pasados unos minutos suspiró y dejó el libro sobre la mesilla.

Solo abandonó la habitación cuando se percató de que su salvador dormía profundamente y por lo tanto no la echaría en falta.

Salió de la alcoba con la premonición equivocada de que Zoe pudiese estar molesta por apoderarse del lugar que le correspondía como hermana. Es por ello que bajó a la planta de abajo con la pretensión de buscarla. Por nada del mundo permitiría que hubiese ningún malentendido después de lo hospitalarios y atentos que eran con ella, y para que no ocurriese debían mantener una conversación lo antes posible.

La encontró en la biblioteca, siguiendo las indicaciones del ama de llaves, y no pudo evitar que los nervios se presentaran, arrasando tal cual torbellino.

—Zoe, ¿puedo pasar? —preguntó con un hilo de voz.

Zoe bordaba afanosa, sin perder de vista a sus hijas, cuando vio interrumpida su tarea.

Lo agradeció.

—¡Ah, querida! Pasa, pasa, estás en tu casa —la invitó a la vez que recolocaba su postura debido al dolor de espalda. El abultado vientre empezaba a ser una complicación de las buenas, y dio una palmadita a su lado del sillón para que la acompañara.

Amara se acomodó y de inmediato procedió a alisar unas arrugas inexistentes en el vestido. No sabía cómo empezar.

Zoe la miró de reojo, intuyendo su incomodidad, y dejó el bordado apartado encima de la mesa.

—¿Te apetece un té? —ofreció cordial.

—Eeee, no, gracias —titubeó empeñada en desgastar el vestido.

A la duquesa le bastó un asentimiento de cabeza para que su doncella se llevara a las niñas al cuarto de juegos.

—¿No ha ido bien la visita con mi hermano?

Y ahí fue Zoe, directa al grano como era costumbre en ella en cuanto se quedaron a solas.

—Eeee —volvió a titubear insegura—, no, no. Todo ha ido bien.

—Demasiado, diría yo, ¿no?

Amara se movió inquieta, dejó de sobar el vestido y se llevó las manos a la cara para ocultar la vergüenza que la asolaba.

—Zoe, no pretendo molestarla —comenzó vacilante—, y si es lo que he hecho ocupando el puesto que a usted le corresponde, yo...

—¿Qué? —alzó la voz atónita—. Vamos a ver, Amara, en primer lugar, has vuelto a

tratarme de usted, y ya sabes que no me gusta.

—Lo siento.

—En segundo lugar, no tienes que disculparte, hasta ahí podíamos llegar.

—Yo...

—Chhhh, y, en tercer lugar, ni se te ocurra pensar que estoy molesta contigo por haberte quedado con Zac. Él ha preguntado por ti, y si has pasado tiempo con él será porque así lo habéis convenido los dos, ¿no te parece?

¡Vaya!

—Pero, ¿ni siquiera le parece una indecencia el que hayamos estado solos en su alcoba?

Zoe movió las manos con unos aspavientos exagerados.

—Ufff, ¿también tú con esas? No empecemos con lo que está bien o mal, ¿eh? Ya deberías de saber que no va conmigo y lo entenderás del todo cuando te cuente la historia de Nick y mía.

—Pero...

—Chhhh —volvió a chistarla para que se callara—, no sé dónde os habéis conocido, no sé el tipo de relación que tenéis, tampoco el por qué estás instalada aquí, pero lo que sí sé es que mi hermano ha estado al borde de la muerte y que por la primera persona por la que ha preguntado eres tú. Suficiente como para apartar los códigos de moralidad esos, y suficiente como para saber apartarme a un lado si lo que necesitáis es estar juntos.

Amara abrió la boca con la intención de hablar y Zoe tampoco se lo permitió.

—Y, sí, —continuó mientras cogía sus manos para infundirle una tranquilidad que parecía faltarle—, contáis con mi apoyo, aunque sea a costa de levantar un sinfín de habladurías en torno al servicio por cometer el horrible crimen de permanecer sin carabina en un lugar tan indecente como la alcoba de un soltero convaleciente.

La duquesa consiguió su propósito, que no era otro que sacarle una tímida sonrisa a Amara, destensando la situación y confiriendo una complicidad entre ellas que no había hecho más que comenzar.

—Ahora lo entiendo —afirmó una Amara orgullosa con el rostro relajado.

—¿El qué entiendes?

—El que Zac hable de ti con una devoción y amor absoluto.

—Más le vale —se burló mediante una mueca—, soy su hermana mayor.

—¿Sabes que cuando me habló de ti os envidié? El amor que os procesáis es tan real que es imposible dudar, y me alegro por los dos —se sinceró emocionada—. De donde yo vengo esos sentimientos brillan por su ausencia y la hostilidad es el pan de cada día.

—No importa —se apresuró en contestar—, ahora estás aquí, con nosotros.

Ese «nosotros» a Amara le pellizcó el corazón, y lo hizo, de tal manera, que no puso ningún tipo de impedimento a que la mujer que un día fue resurgiera de las cenizas, sintiendo la necesidad de un poco de misericordia por la gran mujer que tenía a su lado, acercándose a ella en busca de un poco de estima.

Por supuesto que Zoe no la defraudó y la estrechó entre sus brazos, infundiéndole un cariño y una energía sincera, al tiempo que la arrullaba como si se tratase de una niña pequeña.

El grito de auxilio era tan palpable que la duquesa enmudeció de dolor y lloró junto a ella.

Minutos después Zoe tomó las riendas y quiso darle el lugar que se merecía. Le bastó desde el instante en el que vio a su hermano con la ilusión reflejada en sus ojos, cuando preguntó por ella, convirtiéndose en un motivo más que suficiente como para saber que Amara era especial, y ya, lo que tuviese que pasar, o no, era cuestión de ellos.

—Acompáñame a la cocina, este embarazo me tiene hambrienta la mayor parte del día y, activa también, me apetece un trozo de tarta y después amasar para hacer un pastel.

En cuanto supo que iba a replicar, de nuevo, la cortó:

—Sí, has oído bien, a la cocina, y sí, a servirme yo misma la tarta y a hacer el pastel también yo misma. Verás con tus propios ojos la cara de estupor de Anne, la cocinera. Otra que está encantada con mi manera de ser, aunque jamás lo reconocerá.

—Eres increíble.

—Bah —se encogió de hombros—. Mientras amaso también te contaré la historia de los hermanos Evanson, me apetece que estés al tanto de nuestras vidas y te ayudará a comprender mi manera de actuar y de entender la vida.

—Yo no he amasado nunca.

—Pues ya es hora de que empieces —rio.

Se cogieron del brazo y salieron con sendas sonrisas en la cara.

CAPÍTULO XV

Los siguientes días pasaron con celeridad y la amistad entre Zac y Amara se fue profundizando al mismo ritmo que su ansiada recuperación, convirtiéndose en habitual encontrarla en la alcoba del señor Evanson a cualquier hora del día y, si no, en la compañía de su anfitriona, aunque su debilidad era obvia y se decantaba por buscar cualquier excusa para visitar a su salvador. Es por ello que una mañana se tomó la valentía de proponer ser ella misma la encargada de llevarle el desayuno a primera hora del día y, tal y como era de esperar, tanto el ama de llaves como la cocinera no tardaron en poner el grito en el cielo, otra vez, negándose en rotundo y poniendo especial ahínco en que las formas libertinas de Zoe no engullesen a una joven dama abocada a destrozarse su reputación, aunque de sobra eran conocedoras de que la batalla la tenían perdida incluso antes de que comenzase siquiera.

Pues no era testaruda ni nada la noble en cuestión.

Nada, tal y como vaticinaron no hubo manera y desistieron al poco, dando a la muchacha por un caso perdido al estar bajo la protección de la duquesa rebelde a la que adoraban, aceptando la derrota ante el convencimiento de que nadie podría establecer la cordura suficiente en esa casa que por momentos parecía de locos y, así fue cómo, progresivamente, empezó a ser «normal» y asiduo el comportamiento poco adecuado de una joven que en muy poco tiempo se dejó querer y consiguió el cariño del servicio al completo. Y claro, estos decidieron recompensarla y cerrar filas en torno a ella, tomando la decisión de protegerla de posibles habladurías malintencionadas.

¿Cómo lo llevaron a cabo? Pues fácil, dejaron los pormenores de lo que sucedía en el interior de los muros de la mansión a buen resguardo, y los rumores se limitaron a que una muchacha, de la que apenas se sabía gran cosa, había sido salvada por el joven y valiente señor Evanson de un barrio de mala muerte.

Se acabó, el tema de las subastas era tabú y nadie se atrevió a dar más veracidad de la que no convenía a la clase alta y noble de la ciudad, al igual que nadie se preguntó qué podría estar haciendo Zac en un barrio de esas características.

Sí, en efecto, por esa época a los hombres no se les cuestionaba nada en absoluto, en cambio a las mujeres...

En fin, que la disposición a cualquier petición por parte de Zac se convirtió en una sanación para el alma melancólica y triste de Amara, cada visita surtía un efecto repleto de emociones varias y ella se limitaba a leerle, a conversar de aspectos triviales, a escucharle hablar de su Wyoming querido o de la traición del que supuso su amigo, el cual terminó suicidándose antes de que los acreedores diesen con él, a la vez que ella le mostraba la progresión de una muchacha que a su lado perdía los miedos, dejaba atrás las temidas inseguridades y, por encima de todo, se olvidaba de su vida de antes, esa de la que se negaba a hablar y a la que debería de regresar por mucho que no quisiera ahondar en el tema.

Y Zac, que de ingenuo tenía poco, supo interpretar que no se trataba de una mera casualidad el que nunca precisase la conveniencia de conversar de su existencia antes de que el destino los situara en el mismo camino. En ese aspecto se cerraba a cal y canto, no le apetecía soltar por su boca nada relacionado con ello y por supuesto él no insistió.

¿Quién era para hacerlo?

Nadie, él no era nadie en su vida, y si llegaba el día en el que considerase estar dispuesta a sincerarse, desde luego que él estaría allí para escucharla, y quién sabe si para algo más. Mientras tanto seguiría contando con su estimable presencia y amistad, se conformaba con ello y esa particularidad era algo realmente curioso.

En apenas unas semanas aquella chiquilla se había convertido en alguien demasiado imprescindible, y debía reconocer que tampoco es que le hiciera especial gracia el considerar que estaba de paso y que desaparecería tras verse en la obligación de cumplir la promesa que le realizó.

Llevarla de regreso a donde perteneciera, fuera el lugar que fuese, sana y salva.

Eso sí, infinidad de veces se recriminó el efectuar semejante promesa, comprendiendo que debería dejarla marchar en cuanto ella se lo pidiera y así lo quisiera, propiciando a que, a medida que pasaban los días, fuera consciente de que el temido momento llegaría más pronto que tarde, asumiendo un sentimiento de soledad que se agrandaba por momentos y que lo asolaba por dentro y por fuera.

Tal cual.

Esa mañana, Zac permanecía tumbado sobre la cama en un estado de dejadez absoluta, estaba aburrido, apático y también malhumorado.

¿El motivo? Amara no se había dignado en presentarse con el desayuno, por el contrario se lo llevó una doncella que debía de llevar poco tiempo allí, pues no le sonaba de nada, y la inquietud de Zac aumentó a la misma velocidad que el ruido del tic tac de la aguja del reloj al que no dejaba de observar.

Era la primera vez que su estimada amiga se ausentaba y echaba en falta sus buenos días y una sonrisa que le calentaba el alma, y aquello suscitó a que apenas probase bocado o bebiese un poco de zumo.

¿Habría sucedido algo?

Dejó el tenedor sobre el plato, movió la bandeja y se olvidó de las indicaciones del doctor, apartando la manta a un lado con la decisión reflejada en su cara sin que le importase un ápice si era demasiado pronto para levantarse.

En cuanto se incorporó tuvo que sujetarse al poste de la cama, un mareo repentino apareció de la nada y se vio en la tesitura de tomárselo con calma.

Esperó unos segundos a que el cuerpo se entonara y a que la palidez abandonase su rostro, una vez que se sintió mejor, cogió el batín de encima de la silla y se dispuso a ponérselo, a continuación salió al exterior en busca de cualquier noticia que obrara el poder de sosegar unos nervios brutales, omitiendo si con su acto precipitado parecía en exceso preocupado o controlador.

No le importó en absoluto y comenzó a dar pasos cortos, empeñado en invertir el menor vigor posible, presto a recorrer la mansión al completo si era preciso hasta dar con ella.

Zac lo único que anhelaba era ser conocedor del motivo de que su despertar se hubiese visto mermado de la parte favorita del día, esa que se había convertido en única y que más le gustaba, que no era otra que los buenos días y la sonrisa de Amara, o más bien ella y solo ella.

Sí, así estaban las cosas y lo que no haría, bajo ningún concepto, sería negarse algo tan obvio.

Cerró la puerta al salir.

Zac terminó de bajar la escalera con la frente perlada en sudor. El esfuerzo físico le empezaba a pasar factura, solo que él no desistiría así como así.

Vaya que no.

Un ruido extraño le alertó, procedía de la biblioteca y allí que se dirigió, giró el pomo y...

La estampa con la que se encontró le confirió un cariz de lo más extraño y la alarma le invadió los cinco sentidos.

Abrió los ojos como platos y las preguntas se agolparon en su cabeza de manera estrepitosa.

Empezó por:

¿Qué diantres hacía un colchón acoplado sobre la alfombra que debía de costar una auténtica fortuna?

Y lo que era más desconcertante todavía:

¿Qué hacía su hermana tumbada en dicho colchón con una cara resplandeciente, el pelo alborotado y con los ojos anegados en lágrimas?

Y ahí iba otra pregunta que lo terminó de descuadrar por completo:

¿Qué demonios hacía su cuñado de rodillas, besando el rostro de Zoe con un amor único?

La escena era para no creérsela, desde luego, y así lo transmitió.

—¿Os habéis vuelto locos de repente o qué? —preguntó atónito y perplejo—, ¿se puede saber qué demonios hacéis?

El matrimonio desvió la mirada y Zoe palideció de horror en cuanto se percató de la persona que les acababa de formular esa pregunta.

Y claro, no tardó en replicar.

Imposible.

—Zac Evanson —gruñó bajo el manto protector de su esposo apoyándose sobre uno de los codos—, ¿se puede saber qué diablos haces tú aquí? El doctor fue muy claro con respecto a tu recuperación y en ningún momento te ha dado permiso para levantarte. Sigues convaleciente y...

Y se calló al ver a la persona que entraba en la biblioteca, cambiando el rictus de la cara en milésimas de segundos.

Zac temió de verdad por la cordura de su hermana, al permanecer de espaldas a la puerta y por lo tanto no ver lo que ellos sí hacían, sin lograr entender qué es lo que sucedía delante de sus narices, pues lo que menos le preocupaba en esos delicados instantes era su estado o agotamiento, la verdad.

De seguido se dedicó a analizar a Nick, este continuaba arrodillado, cogido a la mano de su esposa y mirando hacia el mismo lugar que ella con... ¿lágrimas en los ojos?

¡Un momento!

¿Por qué él también lloraba?

—Buenos días, Zac —escuchó tras de sí la voz emocionada de la persona a la que buscaba con ahínco—, siento no haberle llevado el desayuno, hemos estado bastante ocupados aquí abajo.

—¿Qué...?

Zac se dio la vuelta y se le conmovió el corazón al encontrarse con la imagen más bonita y tierna que jamás hubiese imaginado.

Y esta era a su querida Amara con el futuro duque de Hackins en brazos.

Enternecedor, simplemente enternecedor.

Amara se acercó repleta de felicidad y turbación.

—Le presento a Zac, su sobrino.

Las lágrimas acudieron también a los ojos del aludido y tembló de emoción ante el milagro que tenía frente a sí.

Una vez superada la primera impresión no pudo evitar que su lado socarrón saliese a la luz, miró a su hermana y dijo:

—No sé de qué me extraño, solo a ti se te ocurriría alumbrar a tu hijo en la biblioteca.

—Oh, Zac, cállate —rió a su vez—, este hombrecito al parecer tenía mucha prisa por venir al mundo y me negué en rotundo a subir a mi alcoba.

Zac reparó en el detalle del nombre y esta vez centró la atención en su cuñado.

—Nick, ¿no se supone que el hijo varón de un duque debería llevar su mismo nombre?

Nick soltó una maldición, y después:

—Oh, Zac, cállate —emuló a su esposa, levantándose para acoger entre los brazos a su hijo varón recién nacido—, ¿acaso no sabes ya que tu querida hermana dispone a su verdadero antojo sin que le importe que me convierta en el hazmerreír de la nobleza en general?

Oh, oh, se avecinaba tormenta y de las buenas.

—Querido, cuando te lo propuse aceptaste a la primera.

—¿Eso hice?

—Ajá.

—Pues debe de ser porque los Evanson sois demasiado especiales si hasta un duque como yo cae rendido a vuestros pies —bromeó encantado.

Aquellos dos no tenían remedio, no, no lo tenían, y tanto Amara como Zac entendieron que allí sobraban.

El matrimonio feliz bien se merecía unos momentos a solas después de lo acontecido.

—Vamos, Zac, le acompañaré hasta arriba. No ha debido salir de la cama, tiene que seguir descansando hasta que el doctor así lo diga.

—¿Me está regañando? —preguntó enarcando una ceja divertido.

Ella bajó el mentón al instante.

—Yo... solo...

—Amara, si lo hace es porque se preocupa por mí, así que puede hacerlo las veces que considere oportuno.

Amara tragó con dificultad, no sabía dónde meterse.

—¿Ha desayunado ya? —se interesó Zac al percatarse de su turbación.

—No, estábamos bastante ocupados.

—¿Y le importaría que desayunásemos juntos en la terraza del ala oeste?

—Pero...

—Amara, me ha costado, pero ya que estoy aquí nada me agradaría más que compartir un desayuno con usted. Es más, si le soy sincero no he podido probar bocado antes.

—¿Le sucede algo? —se apresuró a interesarse.

—Sí.

Amara alzó el mentón al instante y, la preocupación por él, a Zac le gustó en demasía.

Lo reconoció.

—¿Le duele algo? ¿Se le ha abierto la herida? ¿Está mareado? ¿Tiene fiebre o por el

contrario se encuentra indispuerto?

El sinfín de posibilidades en referencia a no haber probado bocado no hizo más que alarmar a una mujer con el ceño fruncido y los nervios a flor de piel.

No pudo evitarlo.

—Me encuentro mejor que nunca, Amara —la tranquilizó mirándola en profundidad.

—¿Y entonces?

—Y entonces se lo aclararé mientras desayunamos, ¿le parece bien?

Ella se limitó a asentir, se encaminaron despacio hacia la terraza y, una vez que se acomodaron, una doncella les llevó en una bandeja de plata los bollos recién horneados que a Zac le encantaban, huevos revueltos, tostadas, zumo recién exprimido, una tetera con el té preferido de Amara, café, leche y el último bizcocho que Zoe pudo hornear antes de alumbrar a su hijo.

Tanto Amara como Zac dieron cuenta del hambre que tenían y se sirvieron generosas raciones de los manjares con los que la cocinera quiso agasajarles en un día tan especial, y ambos se dispusieron a disfrutar de la compañía mutua rodeados de una temperatura inusual.

El particular día amaneció con un sol radiante y los rayos de sol atravesaban las cristaleras de los ventanales, armonizando la sensación de entusiasmo que les embargaba por igual.

—Podría acostumbrarme a desayunar con vos todas las mañanas, Amara —soltó Zac, de sopetón, con una verdad tan grande como una catedral—. De hecho, ahora que por fin he dejado de estar postrado en la cama podríamos añadir esta rutina al día a día, ¿no le parece?

Amara servía el té en una exquisita taza de porcelana cuando escuchó tal proposición y lo derramó.

La simple petición le agradó en demasía, como todo lo relacionado con él, y consideró que no podría posponer durante mucho más tiempo el deber de enfrentarse a su verdadero destino. La recuperación de Zac avanzaba según lo previsto y en cuanto pudiese la llevaría al hogar al que pertenecía.

Un vacío desolador la engulló, no quiso que trascendiera y se dedicó a limpiar el líquido derramado con la servilleta.

Bastante apuro tenía encima como para dar muestras de ello.

—¿He dicho algo que la haya molestado? —se apresuró en preguntar ante el nerviosismo que gritaba por sí solo por más que se empeñara en ocultarlo.

—No... no... —titubeó afanada en mantener las manos ocupadas y así evitar mirarle.

Cada vez le resultaba más difícil.

Y precisó que la relación que se fue fraguando entre ellos resultó mucho más fácil al principio, cuando él yacía postrado sobre la cama con la debilidad apremiante que le causaba la herida y no ahora, asumiendo que cada vez se le hacía más complicado enfrentarse a esos ojos que la analizaban con descaro y que parecían empeñados en desnudar su interior sin ningún tipo de pudor, ocasionando que los latidos del corazón se aceleraran de mala manera y no podía remediarlo de ningún modo.

Qué lejos quedaba el aprendizaje de adaptación, cuando optó por seguir los designios de su alma y donde poco a poco fue acostumbrándose a compartir tiempo con él, dejándole de importar el lugar en el que lo hacían, aunque se tratase en el interior de un ambiente por completo indecente, cuando en estos instantes languidecía de perturbación a consecuencia de una apreciación que sonaba demasiado bien.

Y rememoró cada una de las palabras que le removieron por dentro.

«Podría acostumbrarme a desayunar con vos todas las mañanas, Amara. De hecho, ahora que por fin he dejado de estar postrado en la cama podríamos añadir esta rutina al día a día, ¿no le parece?».

El rubor ascendió hasta la raíz de sus cabellos, un escalofrío la sacudió y todo sin que pudiera remediarlo.

Su cuerpo al parecer iba por libre.

¿Quizá podría hacer más el ridículo?

De nuevo tragó con dificultad, terminó de servir el té y se vio abocada a dar veracidad a una cuestión que no confesaría ni aunque la torturasen y que llevaba días rumiando, y esta era que comenzaba a albergar sentimientos profundos hacia Zac, unos sentimientos que nunca antes tuvo el placer de experimentar y que la azoraban sobremanera.

¿A qué serían debidos? ¿Quizá el convertirse en su rescatador obró a facilitar que su corazón palpitase de manera descontrolada? O, ¿puede que el preocuparse por ella fuese el causante del estado de confusión que cada vez era más extenso?

El lío en el que se sumergía no hacía más que crecer y crecer, y lo peor de todo es que ni siquiera sabía si deseaba cortar un vínculo que le daba la vida por momentos.

Bueno, mentía.

¿Qué conseguiría anteponiendo una distancia obligada hacia la única persona que lograba que sonriera de felicidad y también que permaneciera ajena a cualquier tipo de problema?

Nada, es por ello que continuaría dejándose llevar por la mano que él le tendía en un mundo tan diferente al suyo, aunque los remordimientos hicieran mella en su mente una vez que se quedaba a solas, lapidando el estado de ánimo en más de una ocasión y eso que la certeza de que jamás se le ocurriría cruzar la línea roja era tan palpable como que ella se debía a las exigencias de su madrastra si quería conservar lo que más apreciaba.

—Amara, ¿de veras se encuentra bien?

Volvió a la realidad y dejó atrás cualquier conjetura que, visto lo visto, no le serviría de gran cosa.

—Sí, sí —contestó dejando apartados unos pensamientos que lo único que hacían era dañarla—, ¿le sirvo un poco de té?

—Sí es tan amable.

Centrada se dispuso a ello, esta vez no derramó ni una gota y se obligó a ejercer la contención necesaria para no destapar ningún tipo de sentimiento. La sensatez hablaba por sí sola y le decía que deberían quedar guardados bajo llave por los restos de los restos.

Y aceptó que la confusión no era más que eso, una simple confusión que la podría llevar a un escenario irreal que de ningún modo podía permitirse, así que se decidió por desviar la atención hacia otros derroteros que podrían salvaguardarla de cometer una imprudencia de las grandes si él descubría lo que en realidad le sucedía, y fue tan fácil como pedirle:

—Por favor, Zac, hábleme de su tierra natal. Me apasiona la manera en cómo la describe y en el sentimiento que transmite cuando lo hace.

Lo consiguió, desviando la atención sin levantar sospechas, pues de sobra era conocedora de lo mucho que añoraba su país y, si conversaban acerca de ello, podría seguir ocultando lo que su traicionero cuerpo parecía empeñado en gritar a los cuatro vientos.

Cuando terminaron de desayunar, rauda y veloz, sintió la imperiosa necesidad de escabullirse, que fue lo que hizo al tener la excusa perfecta para desaparecer, haciéndole saber que Zoe podría requerir algún tipo de ayuda por su parte.

Ni siquiera esperó ni tampoco le dio tiempo a réplica alguna, lo soltó por la boca tal cual y de seguido se marchó a toda prisa.

Sin más.

A partir de ese desayuno vinieron muchos más, eso sí, la relación entre ellos cambió, ya que Amara dejó de visitarle en su alcoba y se limitó a hacerlo cuando no se encontraban a solas. Siempre buscaba la excusa perfecta para que las niñas, Zoe o cualquiera del servicio estuviesen presentes, interponiendo una carabina necesaria, mientras presentía que los días en la mansión Hackins estaban contados.

Se acercaba la hora de regresar a casa ahora que Zac estaba casi recuperado.

Y Zac, que percibió el cambio obrado en ella, bastante molesto, prefirió no comentarlo, guardandoselo para él... de momento.

CAPÍTULO XVI

Condado de Durham

La condesa de Somerset desayunaba de forma apacible mientras leía distraída la columna de acontecimientos importantes en el periódico matutino. Echó un vistazo general al sinfín de noticias, cuando un titular en particular le llamó poderosamente la atención.

¡Vaya!

Por lo visto la llegada al mundo de Zac Hackins Evanson, heredero del ducado Hackins, había propiciado a que sus padres quisieran organizar una fiesta épica, colosal y de envergadura nacional, invitando a la mismísima reina de Inglaterra y a cualquier noble que precisara acudir a un evento social tan importante.

Releyó la noticia una y otra vez y un disparate cruzó por su mente a toda velocidad. A consecuencia de ello, su cara cambió de manera drástica.

¿Y si aceptaban la invitación? Al fin y al cabo el periódico no hacía ningún tipo de alusión en lo referente a la obligatoriedad de que el título nobiliario en cuestión tuviese que ser heredado desde la cuna, algo que ellos no ostentaban, puesto que fue la propia reina Victoria la que se lo concedió a su segundo esposo, lo que significaba que como la condesa de Somerset podría acudir a la cita y así aprovechar la oportunidad de codearse con gente de semejantes características, alcurnia y poderío.

El pensamiento la obnubiló, de principio a fin, y continuó creciendo y creciendo a una velocidad de vértigo.

Quién sabía, quizá, con un poco de suerte, incluso su hijo conseguiría hacerse un hueco entre alguna de las debutantes que asistirían, estando en plena temporada como estaban, y lograría contar con la oportunidad de cortejar a una dama con un título nobiliario adecuado a sus aspiraciones de grandeza. Sin duda una pretensión muy acertada, pues ya iba siendo hora de que dejase atrás su larga soltería y comenzase a fraguarse un futuro prometedor si consideraba oportuno desplegar sus encantos en el momento adecuado.

Los planes se magnificaron en cuestión de segundos y, ni corta ni perezosa, apartó el plato a un lado y se olvidó del desayuno. De pronto acababa de quedarse sin apetito y emprendió la marcha de manera apresurada hacia los establos, el lugar en el que encontraría a su querido hijo.

Lo hizo con la esperanza dibujada en su cara y con una sonrisa de lado a lado, a la vez que su cabeza no paraba de maquinar.

Había tanto por hacer...

Y se dispuso a enumerar:

En primer lugar deberían buscar un alojamiento adecuado en Londres, si todo salía según lo esperado la cortesía de los asistentes a tal evento les invitarían a más fiestas de postín y ellos las aceptarían sin dilación. En segundo lugar, acudiría a visitar a la modista para encargarle algún que otro vestido con las mejores telas de las que dispusiera, también deberían de comprar los billetes de ferrocarril, pues solo de pensar en los días que tardarían en efectuar el viaje si elegían el carruaje como medio de transporte el cuerpo se le indisponía y, por último, debería de dar las órdenes precisas al ama de llaves y al mayordomo para que preparasen el equipaje con los elementos más indispensables.

La emoción la embargó y se dirigió hacia la parte de atrás de las caballerizas, allí encontró a la persona que buscaba y no dio lugar a alargar la cuestión que la había catapultado hasta allí, contándole los planes que se cernían en torno a ellos debido a una casualidad del destino.

Así, sin más.

El hijo de la condesa escuchó la importante noticia con interés y no dudó en ningún momento de las buenas intenciones de su madre, poniéndose a su disposición para ayudarla a planear cualquier detalle que precisara.

E, igual que a ella, la idea de asistir a uno de los bailes más majestuosos, en pleno corazón de Londres, le terminó deslumbrando. La suerte bien podría acompañarles, otorgándoles la buenaventura de facilitarles la llave para incorporarse a una nueva aventura que con toda seguridad estaría repleta de riquezas, influencias y demás.

¿Quién sabía? Desde luego que no perdían nada por intentarlo.

Le tendió el brazo a su madre y ambos regresaron con las mismas aspiraciones en mente.

Zac estaba que se subía por las paredes. Desde el fatídico día en el que salió de su alcoba, en busca de Amara, todo, absolutamente todo, había cambiado entre ellos y no lo soportaba.

Imposible.

En un primer momento creyó oportuno darle el espacio que parecía necesitar, no entendía su manera de actuar con respecto a él y aun así no insistió demasiado y lo hizo.

¿Qué consiguió a cambio?

Nada que no fuera una distancia impuesta a la fuerza, después de pasarse los días enteros en el interior de su alcoba acompañándole en su recuperación, sin que le pareciera dar importancia a lo que en verdad sí la tenía.

¿Por qué entonces actuaba de la noche al día con esa frialdad?

Por más empeño que puso no fue capaz de entenderlo, y eso lo estaba matando por dentro y por fuera.

Tal cual. El estar alejados no le suponía ningún bien, sino todo lo contrario, y trató en varias ocasiones de hablar con ella en busca de una explicación acerca de lo que le sucedía, pero nada. Más de lo mismo. El empeño de Amara pasaba por alejarse de todo lo que estuviese relacionado con él y se pasaba las horas en compañía de su hermana, de sus sobrinas o del recién venido a este mundo, y envidió a cada uno de ellos.

Aquella chiquilla que tanto desconfió de él, al principio, había hecho mella en su corazón y, por primera vez en su vida, supo con certeza lo que se sentía al estar enamorado de otra persona, al igual que supo lo mal que se pasaba al no ser correspondido.

Sí, en efecto, la estima que sentía hacia ella no podía ser más que amor y le dolía en el alma que ella no supiera verlo o interpretarlo, y comprendió, demasiado tarde, que nunca estaría preparado para cumplir la odiosa promesa que con tanto ahínco le hizo, cuando lo que anhelaba con todo el ardor de su corazón era tenerla a su lado para siempre.

¿Locura? Puede, pero era la simple realidad.

Y apartó de su torturada mente la posibilidad de que ese día podría llegar en cualquier momento.

—Zoe, ¿dónde está Amara? —preguntó al entrar en la terraza donde su hermana desayunaba con una paz apabullante.

Algo en sumo extraño, pues Amara pasó de acompañarle a él, en esos desayunos matutinos, a convertirse en la sombra de su hermana de un día para otro.

Y de nuevo se formuló la misma pregunta de siempre:

¿Por qué ese empeño desesperado de huir de él a toda costa?

—Buenos días a ti también, hermano.

Pillado.

—Lo siento, Zoe —rectificó apurado—. Buenos días.

—Por tus ojeras presiento que Amara sigue sin contarte qué es lo que le aflige, ¿me equivoco?

Zac dejó escapar el aire.

—No, no te equivocas —reconoció mientras cogía la jarra del café, iba a necesitar uno bien cargado para espabilarse.

Al igual que su hermana prefería servirse él y Mary ya ni protestaba, dejándolos por imposible y ya ni se acercaba una vez puesto el servicio.

¿Para qué? Aquellos dos eran un caso perdido.

—Anda, come algo —le animó, acercándole la fuente de los huevos revueltos—, estás perdiendo peso y no te conviene.

—Zoe.

—¿Sí?

—Jamás se me ocurriría pedirte esto, pero...

—Ya lo he intentado —le interrumpió leyéndole el pensamiento mientras acariciaba su mano—, y créeme, por más que he insistido no me ha servido de nada. Sé lo mismo que tú.

—Que es lo mismo que nada.

—Lo siento, Zac. Lo único que me ha dicho es que después de la fiesta te pedirá que la laves de vuelta a casa.

—¿A casa? —terminó perdiendo los nervios—, ¿a qué casa?, ¿a esa que no echa de menos?, ¿a esa a la que no quiere volver?

—Zac, no sabemos si...

—Lo presiento, Zoe. Si de verdad echara de menos a su familia hace demasiado que me hubiese pedido regresar, y lo sabes.

Zoe bajó el mentón con pesar.

—Tienes razón, aun así deberás hacer lo que debes.

—¿Y según tú, es?

—Dejarla ir.

Zac la miró con una pena infinita. Entre ellos nunca hubo ningún secreto y sabían en todo momento lo que pensaba el otro.

Y esta vez no fue menos.

—¿Y si no puedo?

Zoe apretó más su mano y dijo con la voz afligida:

—Deberás hacerlo, Zac. Lo sabes.

El aludido tiró la servilleta de malas maneras y retiró la silla con un sonoro ruido.

—¡Diablos! Se me ha quitado el apetito.

El ruido de un carruaje llamó la atención de ambos y, dado el lugar en el que estaban, dieron cuenta de los invitados que acababan de llegar.

Una sonrisa inmensa acaparó el rostro de Zoe, el de Zac también, y olvidaron el pesar de

hacía tan solo unos segundos.

No era para menos.

—¡Por fin han llegado!

Mientras, en el mismo instante en el que Amara bajaba la escalera, el mayordomo abrió la puerta de entrada para dar la bienvenida a las personas recién llegadas, llamándole la atención el hombre de dos metros que entraba como si estuviese en su casa, con una confianza apabullante y una indumentaria nada apropiada, fijándose en el ridículo sombrero de vaquero que llevaba puesto.

Se detuvo de la impresión y le vio alzar la vista, reparando en ella con unos ojos que daban miedo, a la vez que la revisaba de arriba abajo mostrando unos modales que bien podrían asemejarse a los de un auténtico cavernícola.

«Ay Dios, ¿pero qué hace?».

Amara retrocedió un paso consternada, se llevó las manos a la boca de la impresión, y no pudo silenciar un grito de auxilio al reparar en que aquel demonio, raudo y veloz, subía los peldaños en su busca.

Languideció de horror, dio media vuelta y...

—Vaya, vaya, tú debes de ser Amara.

El terror se intensificó al plantarse delante de ella y otro grito salió de su garganta.

De tratarse de cualquier otra dama muy posiblemente habría caído desmayada sobre el mármol del escalón, en cambio ella estiró la mano con la intención de apartar a esa bestia inmundada de su lado.

—Trueno, ¿quieres hacer el favor de dejar de asustar a la dama?^[2]

Una voz menuda, y también desconocida, se escuchó desde la entrada regañándole. Al parecer la visita no se limitaba a ese ser y la curiosidad provocó que girase el cuello para observarla.

¿Quizá llevaría un sombrero a juego con su acompañante?

—Eso digo yo —escuchó ahora la voz entusiasmada de Zac.

¡Un momento!

«¿Acaso ni siquiera él se daba cuenta de que ese indio la estaba intimidando sobremanera?», pensó con estupor.

Amara seguía presa de un miedo infinito y nadie parecía darse cuenta. Tampoco Zoe, la cual lloraba de alegría y se abrazaba a la menuda joven con un vientre un poco abultado, y ni tan siquiera un Nick eufórico, el cual salió de la biblioteca con la expresión de la felicidad como bandera impregnada en cada parte de su ser.

Y aprovechó el momento de descuido, del indio aquel, para esquivarle y correr sin mirar atrás, situándose detrás de Zac al tiempo que se agarraba a su cintura en modo desesperado, percibiendo la sensación conocida y confortable de que a su lado estaba a salvo.

Tal y como sucedía cuando surgían los problemas.

A Zac la reacción le pareció desproporcionada, aun así la degustó de principio a fin y agradeció a Trueno su adorada impulsividad.

—Shhh, tranquila, no debe temerle —susurró girando el cuello y ejerciendo el rol de protector que tanto le agradaba tratándose de ella.

El contacto de su agarre propició a que el calor invadiera el cuerpo masculino y tuvo que ejercer una contención absoluta para no abrazarla contra su pecho.

Lo que daría por hacerlo...

—¿Quién es?

Estaban tan cerca que los labios de Amara rozaron su camisa, a la altura del hombro, y Zac languideció de placer.

—Ya lo ha oído —susurró con la voz enronquecida—, es Trueno.

—Vaya —alegó avergonzada al recordar la historia que le contó Zoe no hace demasiadas semanas, ¿cómo no había caído antes? Y añadió—: así que ella es April, la hermana de Nick.

—Así es.

—Y él es el hombre que le abrió las puertas de su poblado indio, ¿verdad?

—Verdad.

Se tranquilizó de inmediato, al hacerlo reparó en que permanecía pegada a la espalda de él y agarrada a su cintura.

«Dios del amor hermoso, qué calor hace de repente».

El rubor se intensificó de principio a fin sobre su rostro y se apartó con un apuro extremo.

Vaya actitud tan comprometida...

Zac sintió la lejanía como una puñalada en lo más hondo de su corazón, aun así se recompuso como pudo y se acercó a Trueno, dando buena cuenta del abrazo que se dieron, alegando lo mucho que se habían echado de menos.

Una vez más, Amara envidió a cada uno de ellos. El amor que se respiraba en la estancia era realmente embriagador, la familia al completo se volvía a reunir y lloró por cada muestra de afecto entre ellos. Sobre todo ante el abrazo de Nick y Trueno, asemejándose a dos buenos hermanos sin que por sus venas hiciese falta que corriera la misma sangre.

Qué diferente sería su vida con una familia así.

Un nudo en la garganta presagió lo inevitable y se apartó a un lado con disimulo, dispuesta a no llamar la atención.

Ella lo único que quería era desaparecer sin que se diesen cuenta y optó por salir al jardín, mientras las primeras lágrimas humedecían su rostro.

Hubo una sola persona que se dio cuenta de lo que sucedía y, después de abrazarles a todos, se excusó y siguió sus pasos.

April la encontró sentada en un banco. Se acercó hasta ella y sin pedir permiso se posicionó a su lado.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Amara, Zoe me ha hablado mucho de ti en sus cartas.

Amara, tras verse descubierta, limpió con rapidez las lágrimas de su cara y notó sobre su persona un peso que le atenazó la razón.

Debía recomponerse y no podría dado al vaivén de emociones que asolaban su interior.

—No lo hagas.

—¿El qué? —preguntó Amara sin entenderla.

—No dejes de llorar si lo necesitas, te hará bien, créeme.

A Amara la dejó desubicada por completo, aun así logró respirar con algo de normalidad.

—¿Por qué me dice algo así?

—Tutéame, por favor —pidió en primer lugar, a continuación la miró y Amara encontró en su mirada una paz que anhelaba como el comer—. Querida, espero no incomodarte y que no me

tomes por una entrometida cuando acabas de conocerme, pero mejor que nadie sé lo que es ser una infeliz, por consiguiente me veo capacitada para aconsejarte que llores cuanto tengas que llorar. Me ha bastado mirarte a los ojos para comprender que hay algo en ti que se asemeja a lo que yo viví en su momento, y no me preguntes cómo lo sé, porque ni yo misma puedo responderte. ¿Me equivoco?

Una Amara embargada por la emoción negó con la cabeza y nuevas lágrimas acudieron en acto de presencia.

April suspiró y decidió seguir su instinto para calmarla.

—Querida, debes saber que te pase lo que te pase no estás sola, aquí no lo estás —la reconfortó como ella sabía.

Y la abrazó con ternura, sin importar el que se acabasen de conocer.

—Supongo que Zoe te habrá hablado de mí, ¿no?

Ella asintió.

—¿Y te ha contado mi infierno particular cuando estuve en el internado?

Negó con estupor y se apartó del abrazo tan reconfortante para contemplarla.

—¿Estuviste en un internado?

—Así es, en él viví los momentos más terribles que nadie podría imaginar siquiera. Verás, te contaré mi historia...

Y lo hizo, sabía que la ayudaría y ella haría cuanto estuviese en sus manos para tenderle la mano.

Lo que fuera.

April se abrió en canal y le contó la historia de luces y sombras que formaban parte de su vida, explicándole que todo valía la pena siempre y cuando fuese en la compañía adecuada, y Amara sintió un vínculo especial con ella desde el primer minuto, resultándole curioso que, sin contarle nada, su nueva amiga pareciera intuir lo que le sucedía.

¿Cómo era posible?

Y llegados hasta este punto convino que, antes de que regresase a su hogar, tanto Zoe como ella podrían ser conocedoras de su secreto.

Se lo habían ganado con creces.

CAPÍTULO XVII

La convivencia con los nuevos habitantes a Amara le pareció enriquecedora y repleta de momentos inigualables, catapultándola hacia una única dirección por mucho que se empeñara en ocultar lo notorio.

Qué verdad manifestó April cuando se refirió a que cualquier penuria del pasado no importaba si terminabas en la compañía adecuada, y es que el amor del que supuso un indio, con unos modales de cavernícola, resultó tal que despertó en ella sentimientos que se juró que guardaría bajo llave.

Sí, exacto, se refería a Zac y a las mariposas que revoloteaban en torno a su estómago cada vez que percibía su presencia o pensaba en él, por más ímpetu que ponía para apartarle de su cabeza, provocándose un daño tan profundo que languidecía de dolor por el castigo impuesto por ella misma ante la negativa férrea a darle el lugar que se merecía y que él buscaba a cada instante.

¿O puede que solo se trataran de meras especulaciones tuyas?

Cada vez tenía más dudas, la confusión se incrementaba y no le ayudaba en absoluto, más bien todo lo contrario cuando existía la posibilidad de que las suposiciones no fuesen acertadas, pues en ese caso el escenario sería diferente y la pregunta también.

Esta sería:

¿Cuándo se cansaría Zac de un trato que de ningún modo le correspondía ni se merecía?

Dicha pregunta escocía demasiado y casi que prefería obviarla.

¿Cómo lo hizo? Fácil, regresando de su ensoñación hasta el lugar en el que se encontraba en esos momentos.

—Vaya, estás bellísima, Amara. Sé de uno que se va a quedar boquiabierto cuando te vea —aseguró Zoe, guiñando un ojo a April.

Las tres habían acudido a la tienda de la mejor modista de Londres con la intención de que Amara saliese un poco de casa. Desde su llegada, casi dos meses atrás, se negó en rotundo a asistir a ningún acontecimiento social o de entretenimiento; bien fuese a la ópera, a un baile o a acompañar a la duquesa en alguna de las invitaciones a tomar el té, negándose en un principio por la preocupación por Zac, y después, por la desgana continua a raíz de la decisión tomada.

Eso sí, con la ayuda estimable y providencial de April, poco a poco empezaron a conseguir que disfrutara un poco de la oportunidad que se le ofrecía durante el tiempo que considerase oportuno quedarse con ellos, aunque lo que la joven desconocía, precisamente, era que ambas no habían tardado en ponerse de acuerdo, tejiendo una alianza inquebrantable con tal de propiciar un acercamiento entre los dos jóvenes que a la vista estaba que se atraían demasiado.

—Y tanto que se va a quedar boquiabierto —aseveró April, mirando a la aludida de reojo.

—¿Qué insinuáis? —preguntó algo turbada, cayendo cual inocente en las redes del entramado orquestado a conciencia por las damas experimentadas en cuanto a amoríos se refería.

Eran auténticas expertas.

—Bah, ni que no lo supieras —le respondió Zoe sin darle ninguna importancia, tratando de sonar natural cuando lo que buscaba era que no se sintiera más incómoda de lo que ya parecía estar, y no precisamente a causa del estrecho corsé—, creo que en la fiesta estarás muy solicitada, tu carnet de baile se llenará con rapidez y a mi hermano no le agrada verte en mitad

del salón bailando entre los distintos brazos de los caballeros que esperarán impacientes su turno. El cuerpo de Amara se tensionó ante tal comentario y el rostro se volvió del color de la grana en un instante.

—A Zac no le molestará —contestó precipitada, delatándose ella misma—, estará bastante ocupado después de todo el tiempo que ha permanecido convaleciente y ni se dará cuenta de con quien bailo o no.

—Yo no estaría tan segura —dejó caer April como si nada—. ¿Verdad, Zoe?

—Verdad. Desde que has llegado ni siquiera se ha molestado en recuperar el tipo de vida que llevaba antes de conocerte, y fíjate que es raro, dado a que acostumbraba a pasar varios días fuera de casa.

—Las dos os equivocáis —volvió a la carga con el convencimiento de lo que decía—, ¿no os habéis parado a pensar en que si no ha retomado esa vida es porque el que creía su amigo ya no está para acompañarle?

—Ni de broma, Amara. La actitud de mi hermano se debe únicamente a ti y a su interés por permanecer todo el tiempo que pueda a tu lado... —en ese punto decidió quedarse callada, aportando una intencionalidad incuestionable durante unos segundos que resultaron demasiado largos, para terminar asentando un final apoteósico añadiendo—: por mucho que trates de evitarlo.

Amara enmudeció de repente y se llevó las manos a la cara con la intención de tapársela a consecuencia de la vergüenza.

—Ay, Dios mío, ¿tan evidente es?

—Sí —tomó esta vez la palabra April, mientras le bajaba un poco la tela del vestido que se estaba probando—, Zoe, ¿no te parece más acertado un escote más pronunciado?

—¿Qué? —preguntó con un timbre de alarma en su voz, bajando las manos de inmediato—, así ya es lo bastante pronunciado.

Zoe reparó en lo que su cuñada le decía y se puso de su parte.

—No, no lo es. Esa noche estarás deslumbrante y vestirás acorde a tu edad. Lo que te digo, boquiabierto va a ser poco. April, acompáñame mientras que a Amara le hacen los últimos arreglos, la señora Jones me ha comentado que ha recibido unos abanicos muy estrafalarios y me gustaría echarles un vistazo.

—Claro, vamos.

Ambas decidieron darle una tregua y dejaron de presionarla al contemplar lo envarada que estaba, total, lo que querían ya lo habían conseguido, que no era otra cuestión que generarle dudas, y ahora tocaba esperar a ver cuál sería su respuesta.

Porque la habría, ¿no?

Al menos eso es lo que esperaban, preguntándose:

¿Seguiría interponiendo aquella distancia obligada o por el contrario se armaría de valor y aceptaría lo que era un secreto a voces?

Ya se vería, ya.

Esa misma noche el comportamiento de los comensales en torno a la mesa distó mucho de parecer normal, al menos en lo que se refería a dos personas en concreto, empezando por una Amara que permaneció casi toda la cena distraída y en silencio, y terminando por Zac, el cual no

le quitaba los ojos de encima.

Intuía que algo le ocurría, pero empezaba a estar harto de sus distancias, de sus conversaciones triviales y de su empeño por mostrarse como la mujer que no era, al menos con él, aceptando que más que nunca se asemejaba a una desconocida y que el empeño por adaptarse a la nueva situación resultaba una auténtica tortura. Debido a ello contempló, por primera vez desde su llegada, que puede que hubiese llegado el momento de volver a salir a la vida libertina que acostumbraba antes de todo lo sucedido.

Los dos matrimonios, en cambio, se limitaron a compartir lo que ya se trataba de una rutina emocionante a la par que emotiva, que no era otra que disfrutar de risas, andanzas y añoranzas de tiempos pasados. Saint Louis, la ciudad en la que vivían Trueno y April estaba demasiado lejos de Londres, y claro, cada vez que podían, tanto una familia como la otra hacían el equipaje y emprendían un viaje al otro continente. Todo valía con tal de reunirse, exprimiendo al máximo las semanas que estaban juntos, y más ahora, cuando en unos meses la familia volvería a aumentar por parte de la familia acomodada en suelo estadounidense.

Una vez que acabaron el postre, Amara respiró de alivio y no dudó en abandonar la estancia con tal de refugiarse en la intimidad de su alcoba, huyendo de nuevo ante la necesidad de serenar unos nervios acuciantes debidos a la dichosa conversación mantenida en la tienda de la modista. Una conversación que caló con una profundidad abismal en su alma hasta llegar a reconsiderar la remota posibilidad de que, en efecto, Zac también pudiera albergar sentimientos más profundos hacia ella que una simple amistad.

¿O no?

Se iba a volver loca, de veras que sí.

—Si me disculpáis, me retiro a leer un rato antes de acostarme.

April frunció el ceño con un gesto contrariado, de seguido se dedicó a echar una mirada a su cómplice en cuestión y el entendimiento entre ambas no tardó en producirse.

—Espera, Amara —la llamó Zoe con rapidez—, hay algunos detalles del baile que quería compartir con vosotros y queda muy poco. Vayamos a la biblioteca y tomemos un licor allí, ¿te parece bien?

Por supuesto no pudo negarse, nunca se atrevería a ser tan desconsiderada con su anfitriona y acompañó a las damas hasta el lugar indicado.

Los hombres las siguieron, Zac incluido, con el placentero propósito de fumarse unos puros con una buena copa de brandy, ajenos por completo a la trama organizada por las esposas.

Nick fue el encargado de servir los licores para las damas y después el brandy para ellos, acompañados por tres buenos habanos. Una vez servidos se acomodó al lado de su esposa, frente a la chimenea, y ni siquiera pudo dar cuenta del exquisito alcohol ya que, justo cuando iba a hacerlo, Zoe se levantó de un salto.

—Anda, se me ha olvidado que le he prometido a las niñas que hoy le contaréis una historia de la tribu.

—¿Qué?

—Sí, tú y tú.

Se refería, cómo no, a su esposo y a Trueno.

—Vamos, no las hagamos esperar o se plantarán aquí.

—Pero... —comenzó a protestar Nick.

—Pero nada, vamos. April, ¿te apetecería acompañarnos?

—Uy, nada me agradaría más.

—Pero... —esta vez el que comenzó a protestar fue Trueno.

—Pero nada, quiero ver con mis propios ojos lo que le espera a nuestro hijo cuando venga a este mundo —le cortó su hábil esposa acariciando el vientre abultado.

Tal cual corderitos, tanto Nick como Trueno dejaron las copas y se levantaron, dejando a Amara ojiplática por el poder de convicción que tenían esas dos mujeres.

Vaya. Impresionante.

Mientras, April y Zoe continuaron con el plan orquestado con una rapidez extrema y se dirigieron sin dilación hacia la puerta de salida, lo hicieron con sendas sonrisas, creyéndose que se salían con la suya, cuando...

—Esperad, yo también voy —se escuchó la voz acelerada de Amara al darse cuenta que de no hacerlo se quedaría a solas con Zac.

Vaya, el plan acababa de torcerse a base de bien, y Zoe no disimuló su contrariedad.

¿Para qué?

Y se limitó a decir:

—No, demasiada gente y no quiero que se exciten demasiado. Vosotros quedaros aquí y no dejéis que se apague la chimenea. Volveremos enseguida.

—¿Qué? —preguntó con estupor al afrontar la realidad, percatándose de la encerrona a la que les querían someter a la fuerza.

Tarde, la puerta se acababa de cerrar y ellos dos, por primera vez en casi una semana, se quedaron con la única compañía del crepitar de las llamas.

Bueno, no era del todo cierto, puesto que había que añadir a esa compañía el enfado descomunal y desproporcionado de un Zac a punto de explotar, y todo a raíz de darse cuenta de las verdaderas intenciones de Amara... una vez más.

Y desde luego que escuchar un cuento por boca de Nick y Trueno no era, no.

¡Diablos!

Ras. El contenido entero de la copa de brandy bajó por la garganta del joven al tiempo que observaba la espalda rígida de Amara. Lo hizo con unos ojos que empezaban a escupir sapos y culebras, y no pudo contenerse durante un segundo más.

No, no pudo, así que abrió la boca y terminó diciendo con toda la mal intencionalidad que pudo:

—Adelante, no hace falta que busque una excusa, puede irse —sentenció con un tono de frialdad absoluto que a Amara le dolió en extremo, sorprendiéndole al ser la primera vez que lo utilizaba con ella.

Aunque claro, ¿qué se esperaba?, ¿qué encima le hablase con delicadeza después de delatarse y dejar a las claras las intenciones de que bajo ningún modo deseaba permanecer a su lado sin ninguna otra compañía?

¡Maldición!

Apretó los puños, cerró los ojos, tragó con dificultad y con un esfuerzo terrible dio media vuelta.

El corazón le latía a una velocidad infernal.

—Ya me ha oído —volvió a insistir ante el silencio de ella, acercándose hasta la botella de licor para servirse otro—. Si le repulsa tanto estar a solas conmigo no pierda el tiempo, señorita.

No supo qué le dolió más, si el comentario en sí o que la tratase con ese formalismo y no con su nombre, tal y como era costumbre entre los dos.

Bajó el mentón y se quedó callada, soportando la ira de Zac pues se la merecía a base de

bien.

Fue entonces cuando el joven perdió los pocos nervios de los que disponía ante su mutismo.

Ras. Otra vez bebió el brandy de un trago y se dirigió hacia la puerta con unas zancadas enormes. Una vez allí la abrió de par en par y alzó el tono sin pararse a pensar en si sus palabras hirientes le causaban daño o no.

A la mierda.

—¡Vamos! ¡Márchese de mi compañía ingrata de una maldita vez!

Amara continuó en la misma posición de derrota y eso ayudaba a que pudiese pasar inadvertida la posibilidad de que estuviese llorando. Algo que a la otra parte no le importó, sino todo lo contrario, puesto que la ira que lo consumía asumió el control sobre su cuerpo y su única pretensión era dañarla a toda costa.

Sí, por incomprensible que pareciera su propósito era hacerla sufrir. ¿No era lo mismo que ella le hacía?

Quién sabía, puede que así fuera posible que se pusiera en su pellejo y se diera cuenta de lo mucho que la echaba de menos, de lo muy enfadado que estaba por negarle su compañía y, ante todo, que se diera cuenta de una maldita vez que con su actitud distante lo estaba matando.

¿Acaso estaba ciega o por el contrario se negaba a verlo?

Nada, ella continuó parada en mitad de la biblioteca y sin dejar que viese su rostro.

¡Se acabó!

—Está bien, se lo pondré fácil, señorita —recalcó el apelativo con retintín, mientras que con cada palabra que añadía a Amara le causaba un dolor más y más profundo, aunque aun así prefirió ocultarlo junto a la cara anegada de amargas lágrimas—. Seré yo el que se marche y así pueda disfrutar de la compañía que precise. Buenas noches.

Y así fue cómo, por primera vez, Zac salió en busca de perderse entre la diversión y juerga de la conocida noche londinense, al tiempo que una Amara superada por las circunstancias lloraba rota de dolor sobre su cama.

El lugar en el que se refugió en cuanto se quedó a solas.

A Amara le resultó imposible pegar ojo en toda la noche y, después del sofocón en la alcoba, se dedicó a dar paseos por la planta baja de la mansión, esperando con ansia a que regresara. Algo que no hizo y ya, cuando quedaba poco para que empezase a amanecer, desistió y subió hasta su habitación con la desolación reflejada en la cara.

Dio vueltas y más vueltas y nada. No había manera. Los remordimientos tampoco le dejaban dormir, de modo que no se asustó al escuchar un ruido procedente del pasillo a esas horas de la madrugada.

Qué raro.

¿Quizá se trataba de alguna de las niñas?

Apartó la manta a un lado, se dispuso a ponerse la bata y, justo cuando iba a hacerlo, la puerta de su alcoba se abrió de par en par y la pilló desprevenida con el camisón como única prenda a la vista.

—Pero ¿qué...?

La sorpresa al descubrir quién era la persona que se apoyaba en el marco de la puerta

silenció la pregunta que quiso salir de su boca.

«Ay, Dios, esto no puede estar sucediendo», pensó una mujer que llegó a creer que estaba soñando.

Pues no, de sueño nada de nada y, durante varios segundos, Zac se dedicó a admirar el cuerpo de Amara gracias a la luz de la lámpara, la cual le permitió que no dejara nada a la imaginación ya que al trasluz se adivinaba cada curva de un cuerpo exquisito, insinuante y perfecto para pecar.

El deseo por ella lo cegó y fue directo a su entrepierna.

—Vaya —silbó un Zac ebrio por todo el alcohol ingerido a lo largo de la noche—, está bellísima con esa prenda de dormir.

Tras escuchar un lenguaje tan poco apropiado la dama fue capaz de reaccionar, entonces se ajustó la bata y las manos le temblaron al terminar de atársela, debido en gran parte a la mirada lasciva de un hombre con el atrevimiento a plantarse en su alcoba sin ser invitado.

—¿Sucede algo? —preguntó una vez que la sorpresa inicial pasó, barajando la posibilidad de que en efecto hubiese sido así.

Zac inclinó la cabeza a un lado y mostró una cara de canalla total mientras evaluaba la posible respuesta.

Y se decantó por un simple:

—Puede.

—¿Cómo que puede? No le entiendo —aseveró extrañada por la situación, por su estado, por presentarse en su alcoba, por... todo.

—Pues eso, que puede que sí que suceda algo esta noche, aquí y ahora —sentenció claro y directo.

Tanto que asustó a una muchacha al percatarse de que cerraba la puerta a su espalda y comenzaba a andar en su dirección, eso sí, dando pasos cortos para no caerse.

Estaba completamente ebrio.

—Zac, ¿se puede saber qué es lo que está haciendo? —pronunció nerviosa, dando un paso hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿De veras quiere saberlo? No pretendo asustarla.

Amara dio otro paso hacia atrás y hubo un momento en el que no pudo seguir retrocediendo. La pared se lo impedía.

—Zac, ¿ha bebido?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Por su culpa.

Un último paso y la tuvo acorralada entre la pared y un cuerpo que se descontrolaba por momentos.

—¿Por mi culpa?

Zac afirmó con la cabeza y posicionó dos de sus dedos sobre la barbilla femenina con la pretensión de que le mantuviese la mirada, obligándola a hacerlo y fijándose en sus ojos tristes.

—¿Ha estado llorando, Amara?

—¿Ya no se dirige a mí como señorita? —le respondió envalentonada con otra pregunta, pero al mismo tiempo saboreando lo bien que volvía a sonar su nombre en sus labios.

—Nunca más, Amara, solo lo hice para lastimarla —susurró empapándose de cada una de sus facciones al tenerla tan cerca.

Y tuvo que contenerse para no apoderarse de esos labios que parecían incitarle con alevosía... de momento, solo de momento.

¿Hasta cuándo podría resistirlo?

—Pues enhorabuena, Zac, lo hizo muy bien.

—Lo siento, ¿podrá perdonarme?

La cercanía de sus manos, de su boca, de todo él a Amara le pareció una tentación que debería de rechazar, y se vio en la obligación de hacerlo puesto que la otra parte no estaba en sus plenas facultades.

O mejor dicho en ninguna.

—¿Qué le parece si bajamos y le preparo un vaso de leche?

—No ha respondido a mi pregunta, Amara —susurró más cerca de sus labios, reparando en un mechón que le caía sobre la frente.

No pudo luchar contra él, así que lo cogió entre los dedos, lo llevó hasta su nariz, aspiró el olor a lavanda y su virilidad se vio afectada de mala manera.

—Se lo suplico, diga que sí.

—¿Qué? —se escandalizó al interpretarle erróneamente.

—Diga que me perdona.

Posó la frente sobre la suya y cerró los ojos a la espera de la única respuesta que podría reconfortarle después de saber lo mucho que la había herido.

—Le perdono, Zac.

Aquellas palabras obraron el poder de que recuperase un poco de cordura y, también, de un poco de control que escaseaba por momentos, y al darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer retrocedió alarmado.

La deseaba tanto que si no se apartaba la haría suya bajo los efectos del alcohol y de ningún modo podía permitirlo.

No, así no, y menos con ella. Con su Amara del alma.

—Amara.

—¿Sí?

—Prométame que nunca más se opondrá a que estemos así.

—¿Así cómo?

—A solas.

—Zac...

—Solo usted y yo, vamos, prométamelo.

—Zac, yo...

—¿Sabe lo desdichado que he sido desde que ha considerado por su cuenta apartarme a un lado? —reconoció gracias a la valentía que le daba el líquido ambarino.

Silencio.

—¿Sabe que no duermo por las noches, que no como, que no vivo por su lejanía impuesta?

Más silencio.

—Pues ahora ya lo sabe, Amara, así que prométame que no volverá a hacerlo, prométame que sigo siendo especial para usted, y prométame que me reservará un baile pasado mañana.

Un rubor fascinante acudió a esas mejillas que tanto le gustaban, las bebió con ensoñación y tuvo que retroceder otro paso o la acogería entre los brazos, la seduciría y terminarían yaciendo juntos sobre el colchón.

—Por supuesto que le reservaré un baile, Zac.

—¿Y qué pasa con las demás peticiones? —la presionó sin tregua alguna.

Amara fue valiente y supo que era el momento de hacerle conocedor de sus planes.

Y lo manifestó con un hondo pesar.

—En la medida en la que me sea posible se lo concederé, Zac, y si se lo digo así es porque ha llegado el momento de regresar a casa, he tomado una decisión y quiero que sea llevada a cabo después de la fiesta de Zoe.

Pum. El impacto fue mucho mayor por boca de ella que la de su hermana, ocasionando que las copas ingeridas en los clubs de siempre se le bajaran de sopetón.

Tanto fue así que cortó sin dilación la escena tan sumamente ridícula que él mismo propició.

¿Se podía caer más bajo?

Lo dudaba.

—Está bien, será como vos desee. Buenas noches.

La conmoción derivada de sus palabras lo dejaron sin recursos, sin ganas de seguir luchando y sin ilusiones de ningún tipo. Era la hora de la retirada y se acabó.

Y, por la otra parte, una Amara más infeliz que nunca se limitó a hacer lo correcto.

¿Que qué era lo correcto? Fácil, muy fácil.

Dejó que se marchara.

Zac permaneció desaparecido durante todo el día y Amara no tuvo el valor suficiente de preguntar por él.

Mientras, Zoe y April empezaron a ser conscientes de que el tiempo se les acababa y que no volverían a saber nada de una muchacha que les había conquistado el corazón por completo.

CAPÍTULO XVIII

Y llegó la noche del baile

El majestuoso salón destinado a un evento de esas características lucía resplandeciente entre unos invitados que no quisieron perderse una celebración en sumo relevante, dado a la importancia y popularidad del matrimonio anfitrión, y sin contar el frenesí al advertir que la mismísima reina acudiría a la fiesta en honor al futuro duque de Hackins, asegurando un éxito ya de por sí rotundo a la par que esplendoroso.

Los engalanados invitados lucían sus mejores sonrisas y las damas sus mejores vestidos y joyas, mientras se deleitaban entre la variedad de posibilidades que les ofrecía la especial noche; estas pasaban desde degustar el exquisito *champagne* que los camareros, bandeja en mano, ofrecían por toda la sala acompañadas de canapés varios, hasta por los grupos en los que el denominador común era dar rienda suelta a las malas lenguas con los últimos chismorreos (estos últimos no podían evitar quitar los ojos del matrimonio orquestado por el indio de Wyoming y la hermana del duque, por el que más de una damisela suspiraba con disimulo, y seguían con la muchacha acogida bajo el manto de los Hackins), aunque la nota predominante se encontraba en la pista de baile, el lugar en el que una multitud de parejas bailaban con una sincronía perfecta y en el que varias miradas indiscretas, mayoritariamente de jóvenes solteros, prestaban atención a esa muchacha mencionada con anterioridad.

Sí, hablamos de Amara, la cual lucía bellísima y se dejaba llevar por los acordes de la música y del acompañante número cinco, pues tal y como predijo Zoe, su carnet de baile se completó con una brevedad asombrosa, aunque dejó el último en blanco y todavía no entendía muy bien para qué.

Zac ni siquiera se había dignado a acudir a la fiesta y, para colmo de males, no lo veía desde la fatídica noche en la que se presentó ebrio en su alcoba.

¿Dónde estaría?

La preocupación por él dificultaba a que pudiese disfrutar de una oportunidad tan interesante, es más, si era franca llegaría a admitir que, si aparecía de repente, la noche se convertiría en mágica.

Y se dejó llevar por una ensoñación que le causaba un daño perverso...

Lo que daría por compartir una noche así con él, y más tras saber que muy pronto ese mundo tan lleno de vida y sentimientos terminaría para siempre.

Sí, tenía el convencimiento de que dejarían las diferencias de los últimos días y se dedicarían a acompañarse mutuamente. Quién sabe, quizá incluso podrían pasear por el jardín con la luna llena como único testigo, ¿verdad?

«Basta, deja de soñar con imposibles y dedícate a la compañía que se esmera en agradarte», se regañó a sí misma, volviendo la atención hacia el caballero que la conducía por la pista de baile con una maestría calculada.

—Si le apetece podríamos dar un paseo por los jardines, señorita Amara —le decía el sujeto en ese momento con intenciones ocultas, invitándola con la esperanza de robarle algún que otro beso y esperando una respuesta afirmativa.

El comentario le afectó en demasía y no para bien, ya que el paseo lo preferiría llevar a

cabo con Zac, solo con Zac, al igual que contempló lo mal que sonaba su nombre en boca de un extraño, desagradándole más de lo que debería.

Empezó a sentirse indispuesta y la incomodidad se apoderó de todo su ser. La culpa la tenía cada uno de los sentimientos que luchaban por dejar en evidencia lo que sabía desde hace semanas, y de pronto le costó seguir el ritmo adecuado ante el único pensamiento que le robaba la razón.

Estaba loca e irremediablemente enamorada de Zac.

¿Cómo demonios dejó que sucediese?

La música le dio una tregua y dejó de sonar en el instante preciso.

—Lo siento, mejor lo dejamos para otro día —declinó la petición, disculpándose apurada antes de coger el bajo del vestido y salir del salón.

Contuvo las ganas de alejarse corriendo, como pudo, y se ocultó en la biblioteca en busca de un poco de sosiego, ocultándose del hombre al que le correspondía la siguiente pieza de baile, pues no lo resistiría.

En cuanto cerró la puerta a su espalda dejó escapar el aire que retenía en los pulmones y los ojos se le llenaron de lágrimas de añoranza y tristeza.

«Zac, ¿dónde estás? Te necesito», gritó en su interior, dejando que su cuerpo se apoyara sobre la puerta debido a que sus rodillas temblaban demasiado y no sabía si podrían sostenerla.

Zoe conversaba fluidamente con una pareja de invitados cuando se percató de lo que sucedía en la pista de baile, observando el rostro pálido e indispuerto de Amara.

—Si me disculpan, voy a seguir saludando o terminará la fiesta y no habré dado la bienvenida a todos, me entienden ¿verdad? Pásenlo bien.

Con discreción se apartó a un lado y siguió con la mirada cada paso de la que terminó siendo su protegida. Una vez que la perdió de vista tomó una decisión y, sin importarles las posibles habladurías, se ausentó de la sala con un único propósito en mente.

«Se iba a enterar».

Ni corta, ni perezosa, subió hasta la planta de arriba con la cara envarada y se acercó a una puerta en concreto, una vez allí ni se molestó en llamar y entró directamente.

—Te quiero abajo ya —soltó a su hermano con resquemor y sin contemplaciones de ningún tipo.

Un Zac acostado sobre la cama ni se inmutó.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar?

—No estoy para bromas, Zac, te aviso.

—Ni yo, así que da gracias a que siga aquí y no en cualquier club emborrachándome —replicó de mal humor.

—No empecemos, ¿eh? Hoy no es el día para dejarte ver en ningún otro lugar que no sea en la fiesta de homenaje a tu sobrino, y tú lo sabes. De momento el que ha preguntado por ti se ha creído que estás indispuerto y así deberá seguir siendo.

—¿Por qué entonces vienes a decirme que baje ya?

Zoe puso los brazos en jarra y alzó la voz enfadada como nunca antes:

—Porque posiblemente es la última oportunidad que tienes para estar con Amara, porque ella debería estar pasándoselo como nunca en un baile como este y no lo está haciendo, porque te

vas a arrepentir si no lo intentas una última vez y, sobre todo, porque a mis oídos ha llegado que el último baile lo ha dejado en blanco —avanzó de carrerilla, sin respirar, y apostilló con un interrogante—: ¿Sabes lo que significa eso, Zac?

—Ni lo sé ni me importa —contestó el aludido en plan despreocupado total.

Una Zoe al borde de la histeria avanzó con los ojos como platos y le golpeó en el pecho con fuerza.

—Mientes, y para que lo sepas lo ha dejado en blanco por ti, o mejor dicho para ti. ¿Lo oyes? El último vals está reservado por si se te ocurre aparecer y creo que es un detalle bastante significativo, puesto que debe de ser la única a la que a sus oídos no ha llegado la gran mentira de que no te encuentras bien.

Zac continuó impassible y se quedó callado.

Zoe, en cambio, volvió a golpearle con más fuerza todavía, esta vez con el puño cerrado y sin que le importara el daño que se podía causar.

—Bufff —bufó enloquecida por la reacción de su hermano—, ¿acaso quieres que me crea que prefieres quedarte aquí compadeciéndote tú solo? Mira, Zac, a mí no puedes engañarme y sé que lo que más deseas es bajar ahí abajo y pasar lo que resta de noche haciendo lo que más te gusta.

—¿Y qué sabes tú de eso? —La enfrentó de mal humor.

—Más de lo que crees, hasta un ciego se daría cuenta de que los dos estáis enamorados y si no bajas te arrepentirás el resto de tu vida, ¿es lo que quieres? Porque si es así te doy mi palabra de que respetaré tu decisión por mucho que me duela.

Sus palabras consiguieron remover algo en su interior y dejó atrás la impassibilidad.

¿Y si su hermana tenía razón?

—¿Por qué dices que hasta un ciego se daría cuenta de que estamos enamorados?

—Vamos, Zac, es más que evidente, lo malo es que Amara es la única que parece no darse cuenta o puede que prefiera mantener sus sentimientos en silencio, eso ya no lo sé.

—No dirías eso después de nuestro último encuentro, Zoe.

—¡Basta! —exclamó mediante un grito, harta de las palabras de su hermano—, ten la decencia de bajar ahora mismo y comprueba por ti mismo el estado de melancolía en el que se encuentra, habla con ella y averigua si lo que sospechamos April y yo es cierto, aunque ya te voy avanzando que lo es.

—¿Y si os equivocáis?

—¿Y si no bajas y mañana mismo se va? Entonces, ¿qué harás, Zac? O mejor dicho, ¿de qué te arrepentirás, Zac?

Las palabras de su hermana obtuvieron el resultado esperado y, esta vez fue él el que tomó una decisión, levantándose de la cama y dirigiéndose al armario, a la vez que Zoe miraba al cielo y dejaba atrás la cara avinagrada para cambiarla por otra más acorde a su personalidad.

—Veo que por fin entras en razón y te aseguro que no lo lamentarás.

—Eso espero.

—Te espero abajo. ¡Ah! Y no te asustes si no la encuentras entre la multitud.

Él la miró con un gesto interrogante.

—Ha salido del salón bastante indispuesta y Mary me ha dicho que está encerrada en la biblioteca.

—Gracias.

Dejó el traje sobre la cama y se acercó a besar la mejilla de Zoe, entendiendo que si en

efecto no bajaba se arrepentiría el resto de su vida.

E incluso logró olvidarse de la dichosa petición que los últimos días lo tenía en un sin vivir. Total, ¿qué importaba ahora? Lo que tendría que suceder «o no» a la mañana siguiente ya se vería, mientras desplegaría cada uno de sus encantos para tratar de que se quedara allí, con él, por el resto de los restos.

¿Locura?

Posiblemente, ¿y qué?

Él lo único a lo que aspiraba era a cumplir sus deseos.

¿Lo lograría?

Bueno, ya se vería.

El primer lugar al que accedió, una vez que estuvo listo, fue a la biblioteca, pero allí ya no estaba y supo a dónde dirigirse.

No se esperó tal multitud de gente, y aceptó que no le iba a resultar fácil encontrarla al verse rodeado de un sinfín de personas que se preocupaban por su malestar momentáneo.

¡Diablos! Le estaba bien empleado, por mentir.

Despachó uno a uno como pudo y se dedicó a buscarla por el amplio salón, mostrándose como un auténtico grosero al pasar de largo por un goteo incesante de jóvenes que aspiraban a ser saludadas o a que él les pidiese completar el carnet de baile.

Algo que con anterioridad no hubiese tardado en practicar, echando mano de su galantería para seducir a alguna de ellas, mas no ahora.

Todas y cada una de las jóvenes habían pasado a un segundo plano, ninguna le agradaba y mucho se temía que estaba en las manos de una joven que desaparecería de su vida en breve.

Menudo panorama.

Siguió avanzando y prestó atención a las parejas que bailaban. Tardó en encontrarla y, una vez que lo hizo, los celos pellizcaron una parte de sus entrañas tras verla en la pista de baile guiada por uno de los caballeros que la miraba embobado... y no era para menos.

¡Vaya!

La belleza de Amara lo embrujó, de tal manera, que tuvo que contenerse para no acudir a su encuentro y arrancarla, literalmente, de los brazos de ese tipejo al que odió de principio a fin.

—Vaya, el hijo pródigo se ha dignado a bajar —escuchó una voz conocida a su espalda.

Se giró y se encontró con un Trueno cruzado de brazos a su lado.

—¿Con ganas de bromear, Trueno?

—No, con ganas de que muevas el culo y hagas lo que debes —sentenció guiñándole un ojo.

—¿Y según tú es...?

—Y según yo es armar un escándalo de los gordos y saltarte las estúpidas reglas que ni a ti ni a mí nos representan.

—Pero mira que eres bruto —se escuchó ahora la voz de April—, ni se te ocurra montar ningún escándalo, ella es una dama y podría dañar su reputación.

—Y yo podría echarte a patadas si lo haces.

Venga, y ahora el que hablaba era Nick.

¿Qué demonios hacían todos en torno a un Zac que no daba crédito a lo que sucedía?

—Esto es el colmo. ¿Desde cuando alguien os ha pedido que os entrometáis en mi vida privada?

—Vamos, Zac —la que faltaba, y ahí estaba Zoe, cerrando el círculo de entrometidos. El joven no se lo podía creer y se limitó a escuchar, esta vez, a su hermana la metomentodo—, nos metemos en tu vida privada porque te queremos y porque ninguno estábamos dispuestos a que se te pasara por la cabeza la idea de rendirte.

—Debéis de estar mal de la cabeza para pasáros de la raya como lo estáis haciendo, de verdad que sí —anunció Zac poniendo los ojos en blanco.

—No, de pasarnos nada de nada, esto es una familia que te quiere, tu familia —aseveró Nick convencido—, y por lo tanto nos vemos obligados a actuar por tu propio bien, y ahora haz el favor de dejar de perder el tiempo de una buena vez y ve a por ella. ¿A qué esperas?

—¿Y qué pasa con su carnet de baile?

—Se puede ir al carajo —continuó Nick contradiciéndose a sí mismo—, yo me encargo.

—¿Cómo dices?

—Lo que estás oyendo, Zac —continuó Nick alzando las manos—, miranos a nosotros, ninguno siguió las normas de protocolo y gracias a ello somos así de felices, ¿o prefieres esperar mientras los celos te consumen por pasar de los brazos de un caballero a otro delante de tus narices? Para que lo sepas varios de ellos ya nos han pedido permiso para venir mañana a tomar el té, por lo tanto no te recomiendo que esperes.

—Ni yo —secundó Trueno—, vamos, Zac, espabila y lucha por lo que sientes por ella, al menos debe de saberlo, y después que decida, no antes.

Miró a cada uno de ellos y se enorgulleció de tenerles en su vida.

—Os haré caso, familia.

Y sin más se dispuso a esperar a que terminase la música para después dejarse llevar por lo que en realidad deseaba.

No tuvo que hacerlo por mucho tiempo.

—¿Me concede este vals? Amara.

Esa voz...

No, no podía ser.

¿O sí?

Poco a poco se giró y se encontró con la sonrisa arrebatadora del que se había convertido en el dueño y señor de su corazón. Un corazón que palpitaba descontrolado al verle ofreciendo su mano para guiarla al centro del salón.

Y se olvidó del que debería de ser su próximo acompañante, cómo no.

—Me encantaría —susurró con la voz emocionada y con un ligero rubor en las mejillas.

El revoloteo de mariposas se intensificó en cuanto sus manos se tocaron y sintió que alcanzaba la felicidad con la punta de los dedos, a la vez que los primeros acordes empezaron a sonar. Zac entonces estrechó el cerco cuanto pudo y ejerció un agarre sobre su cintura que podría confundirse con un instinto arraigado de posesión, aunque él sabía muy bien lo que se hacía.

Amara interpretó sus intenciones y no protestó.

Al contrario, le encantó.

—¿Le ha dicho alguien que está bellísima?

—Sí, varias veces.

—Pues es cierto, Amara. Está deslumbrante.

—¿Pretende que me ruborice?

—Sí —aseguró con una mirada escrutadora—, de hecho me encanta cuando lo hace, como ahora.

Sonrió con timidez y bajó el mentón apurada.

—Amara, no lo haga, por favor —pidió con una súplica apabullante.

—¿Qué? —preguntó sorprendida volviendo a esos ojos que despertaban sensaciones desconocidas.

—Me refiero a que no me prive de sus bonitos ojos, ¿cree que será capaz de complacerme? Nada me gustaría más que observarlos a cada momento.

Los nervios a la joven le hicieron perder el paso y el hábil compañero de baile no tardó en que recuperase el ritmo.

—¿Nerviosa, Amara?

Su nombre pronunciado por esa boca conseguía el poder de desestabilizarla al completo, él lo sabía y a consecuencia de ello el muy bribón jugaba con ventaja.

—Sí —afirmó con valentía.

—Vaya, ¿y ha estado igual de nerviosa con sus anteriores acompañantes?

—No.

Zac continuó con su juego y siguió con la trayectoria marcada, conduciéndola con disimulo hasta uno de los enormes ventanales que daban al jardín.

—Por su cara presiento que está disfrutando de nuestro primer baile, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Y ha disfrutado en igual medida con los que me han precedido?

Ahí no pudo contestar y negó con la cabeza.

A Zac se le hinchó el pecho de orgullo.

—¿No? —prosiguió poniéndola contra las cuerdas el muy infame—, ¿por qué no?

Una Amara con la cara como un tomate en ningún momento bajó la mirada, y se atrevió a confesar:

—Porque ninguno era usted.

—Oh, Amara —pronunció con una voz enronquecida por la emoción—, ni se imagina lo mucho que me agrada su respuesta, ¿quizá quiere decir que me considera una persona especial?

—Lo es, Zac, no le quepa la menor duda —confesó con la verdad por delante, cansada de ocultar sus sentimientos.

Zac sintió su pecho expandiéndose de júbilo y dio de nuevo las gracias a su hermana. De no ser por ella se hubiese perdido los momentos únicos e irrepetibles que saboreaba con deleite... y faltaba la mejor parte.

—Amara, usted también lo es para mí, lo fue desde la primera vez que la vi en aquel tugurio de mala muerte asustada y a merced de tipos sin escrúpulos, pero eso es parte del pasado y preferiría no ahondar en él, no cuando esta noche es tan especial, posiblemente la última en la que estemos juntos, y por lo tanto debe permitirme el atrevimiento de hacerle una pregunta. ¿Puedo?

—Hágala —rogó emocionada con un nudo en la garganta.

Zac le tomó la palabra.

—Lo haré, —se tomó un tiempo y pronunció—: ¿le parecería apropiado dejar atrás nuestro

último encuentro y ceñirnos a disfrutar de la compañía mutua?

Esta vez Amara se adelantó en el compás y pisó el pie de su acompañante.

—¿Sigue nerviosa?

—Mucho, no quiero mentirle.

—Vaya —profirió admirando la valentía de la gran mujer que tenía a su lado, y decidió presionarla un poco más—, ¿y sería tan amable de explicarme los motivos?

—Usted mismo lo acaba de decir. Puede que sea nuestra última noche juntos, así que por mi parte deseo aprovecharla.

La confesión a Zac le dejó sin recursos, perdió el control sobre su cuerpo y el que terminó perdiendo el paso, esta vez, fue él.

¡Vaya par!

—¿Está segura? —Zac fue generoso y le brindó la oportunidad para que se lo pensara bien. Por nada del mundo se perdonaría que por presionarla en demasía ella se terminara arrepintiéndose.

Y lo consideró así puesto que, una vez que estuviesen fuera no habría marcha atrás, o más bien él no podría dar marcha atrás.

No tuvo que esperar demasiado. La respuesta de su adorada Amara salió por aquellos labios que ardía en deseos de probar, y lo hizo con el convencimiento de lo que quería en esos instantes tan maravillosos, descolocando al joven en cuestión.

Las palabras exactas fueron:

—Más que nada en mi vida.

Los brazos de Zac sostuvieron el cuerpo menudo que comenzaba a temblar y retuvo en la mente la determinación de una dama con la decisión reflejada en unos ojos que transmitían lo mismo que los suyos.

La hubiese besado allí mismo, pero en el caso de hacerlo sería su perdición, puesto que no podría parar.

Y volvió a ejercer el control férreo que escaseaba por momentos o el escándalo sería de órdago.

—Tu destino está marcado y tu deseo será concedido, bella mía —la tuteó por primera vez extasiado.

En un visto y no visto, y sin que la dama sospechase las verdaderas intenciones de un hombre casi al límite, salieron por el ventanal y se encontraron con el aire frío, un aire necesario después de lo acalorados que ambos estaban tras la conversación, las miradas, los roces del cuerpo a cuerpo...

Y un Zac, con demasiadas prisas, cogió su mano con rapidez y tiró de ella hacia la oscuridad que les brindaría la intimidad que anhelaba, continuando con la ventaja de saberse al dedillo cada rincón o recoveco del jardín.

CAPÍTULO XIX

—Aquí nadie nos encontrará —se apresuró a decir, arrastrándola hasta un banco apartado de difícil acceso.

El viento sopló con menos intensidad en el recoveco aquel y la niebla ayudó a conferir un escenario de ensueño, cumpliendo la ilusión de Amara acerca de dar un paseo juntos por el jardín.

¿Quién lo hubiese supuesto con lo mal que empezó la noche?

Zac, cual caballero, no dudó en quitarse la chaqueta y la colocó sobre los hombros descubiertos de ella, a continuación se sentó sobre el banco y tiró de la mano enguantada para acogerla sobre sus rodillas.

—Mmmm, querida. Ya creí que este momento no se produciría nunca, de no ser por Zoe seguiría en mi habitación fingiendo estar indispuesto al saber que no podría soportar permanecer alejado de ti, y encima ser testigo de cómo bailabas entre los brazos de hombres diferentes.

—¿Zoe?

—Sí, Zoe, te ha visto abandonar el salón y ha subido a mi alcoba con la intención de darme el sermón del siglo.

—Y ha conseguido que acudieras a rescatarme —sonrió con vacilación, aventurándose a apoyar las manos sobre sus hombros y disfrutando del placer que le otorgaba dirigirse a él con la misma familiaridad, en igualdad de condiciones.

—Ajá, cuando te he visto bailando con el marqués casi monto un escándalo. No soportaba que tuviese sus asquerosas manos sobre ti.

—Solo bailábamos.

—Lo sé.

—Con la distancia que marca el protocolo.

—Lo sé.

—Y rodeados de una multitud de parejas.

—Lo sé.

—¿Por qué entonces no lo soportabas?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó estrechando la distancia entre sus labios y los suyos.

—Sí, de verdad —titubeó con los nervios a flor de piel.

—Está bien, pues que así sea —antes de hacerlo primero besó su mejilla izquierda, tomándose un tiempo que a Amara la enloqueció—, querida, no lo soportaba porque los celos han aparecido de repente y con ellos un instinto de posesión que desconocía.

—¿Has tenido celos?

—Demasiados.

—¿Por verme muerta del aburrimiento bailando a la fuerza?

—Sí, no cambia nada el saber que no lo estuvieras disfrutando.

—Vaya, es en sumo interesante —logró decir muerta de la vergüenza, pero atreviéndose a dar un paso más acercando las manos hasta el nacimiento de su pelo para acariciarlo.

—¿Qué es lo que te parece interesante?

—El que declares que estabas celoso, así, como si nada, con lo que ello conlleva.

—¿Y para que negarte lo obvio? —Esta vez besó su mejilla derecha y acarició su espalda con una lentitud que a la otra parte la desestabilizó emocionalmente.

Amara caía y caía en las redes del caballero y no tenía ninguna intención de que nadie la salvara. Es más, si había un lugar en el mundo en el que ella pudiese sentirse así de segura, sin ningún tipo de duda sería allí, sobre sus rodillas y abrazada por unos brazos que lo eran todo para ella, por lo tanto era concededora y consentidora de lo que allí sucedería, puesto que esa noche no le negaría nada en absoluto.

Nada.

—Pero, eso quiere decir...

—Eso quiere decir que mientras estés en esta casa, aquí y ahora, nadie aparte de mí te tocará —mientras hablaba iba depositando besos por toda su cara; ojos, frente, barbilla, nariz... —, ni bailarás conmigo, ni te dirigirá la palabra, ni por supuesto creerán que tienen el derecho de venir mañana a tomar el té para cortejarte. No, de ningún modo, me niego en rotundo.

—Oh, Zac —susurró rendida a cada uno de los besos dados con una adoración infinita.

—¿Debo presuponer que te gustan mis atenciones?

—Mucho —afirmó temblando entre sus brazos.

—¿Y debo presuponer que quieres que te bese de otra manera?

—¿De otra manera?

—Sí, como hacen los amantes.

A Amara el vello se le erizó y de sus labios se escapó un gemido que a Zac lo enloqueció.

—¿Nunca te han dado un beso de verdad?

Negó con la cabeza.

—¿Y me concederías el honor de ser el primero?

Amara cerró los ojos, se empapó de ese momento mágico y se dejó llevar por lo que ambos sentían, diciendo con un alma que le pertenecía desde hace tiempo sin que él lo supiera:

—Y el último, Zac. Desearía que fueses el primero y el último.

—Por Dios, Amara, vas a matarme.

Su declaración acababa de aniquilar la contención y los modales, de sopetón, y no pudo resistirse durante un segundo más. Bajó hasta sus labios y se apoderó de ellos con suavidad, pretendiendo no asustarla, y sucedió algo increíble. Siendo él el que finalmente caía en las redes de la inexperta amante.

Delicioso, su bella Amara tenía un sabor delicioso y nunca podría saciarse de él, estaba convencido.

Continuó besándola con delicadeza para que se adaptara a sus peticiones y, cuando creyó oportuno, empujó suavemente con la lengua, encontrando el mayor de los tesoros al percibir que ella atendía a sus súplicas y abría la boca.

El beso se profundizó y los gemidos de ambos escaparon extasiados por el placer, dando rienda suelta a la pasión que florecía, a la vez que Amara volvía a dar otro paso y se lanzaba a introducir los dedos entre los mechones de su cabello.

Zac ronroneó extasiado por su atrevimiento, se dedicó a explorar con deleite el delicioso néctar que le ofrecía y de repente dejó de respirar, temiendo por su cordura y volviéndose loco al notar su tímida lengua avanzando en busca de la suya.

—Oh, Amara, amor mío...

Acudió a su encuentro y se enredaron en una sincronización perfecta, degustándose mutuamente con un hambre voraz e insaciable que a esas alturas resultaba imposible detener.

Algo que ninguno deseaba, por supuesto.

Amara notó bajo su trasero un bulto duro que engrandecía por momentos y se asustó.

Zac no tardó en calmarla.

—Shhh, tranquila, no sucede nada. Lo que sientes es mi deseo por ti, amor mío. Nada más.

—¿Yo te provoqué... eso? —secundó boquiabierta.

—Sí, amor mío, tú sola eres capaz de provocar que mi cuerpo entero languidezca de deseo por ti, solo por ti.

—¿Y puedo hacer algo para calmarte?

Zac echó la cabeza hacia atrás y una carcajada salió de su boca.

—Ay, Amara, Amara, mejor no quieras que te lo explique con palabras o saldrás huyendo de mis brazos.

—¿Te hace gracia mi inexperiencia en este menester? —preguntó con un mohín que al hombre le resultó demasiado provocativo.

—No —negó depositando besos húmedos por todo su cuello—, más bien todo lo contrario. Me fascina.

—¿Y por qué te ríes entonces? —susurró embriagándose de los nuevos placeres que le otorgaba al cuello.

—Porque ninguna dama sin experiencia se atrevería a formular una pregunta tan indecente.

—¿Ahora soy una indecente? —volvió a protestar sin apartarse.

Ni loca iba a negarse el placer que le daba. Ni loca.

—Para mí puedes ser todo lo indecente y atrevida que desees, así aliviarás en parte lo que mi cuerpo busca en ti.

—No te entiendo.

—Lo harás —sentenció bajando la boca esta vez por el escote pronunciado—, pero no aquí.

Amara no pudo contestar, y eso que no entendió lo que acababa de decir, y no pudo por la sencilla razón de que el experto amante no tardó en deslizar la tela del vestido hacia abajo, dando libertad a unos pechos que exploraba con la lengua a la vez que los gemidos de ella cobraban intensidad.

—Shhh, no hagas tanto ruido o terminarán descubriéndonos.

Su querida Amara no pudo hacerle caso y Zac se dedicó con maestría a darle placer en aquella zona tan sumamente erótica, contemplando la posibilidad de que sus pantalones terminasen estallando.

—¿Confías en mí?

—¿Qué? —preguntó perdida en el instante en el que dejó de besarla en ese lugar que jamás creyó que podría gustarle tanto.

—Te pregunto que si confías en mí, Amara.

—Siempre —se apresuró en contestar.

—Así me gusta.

Extasiado por lo receptiva que estaba bajó la mano con la intención de desabrocharle el vestido.

A ella no se le ocurrió protestar en ningún momento y él vio vía libre para seguir con el objetivo marcado.

Darle placer.

—¿Zac? —se manifestó de pronto al notar que avanzaba con la mano introduciéndola en el

interior de los pololos.

—Shhh, has dicho que confías en mí.

—Y lo hago, pero...

—Shhh —la calló con suavidad lanzándose a devorar su boca con un hambre voraz.

Y menos mal que lo hizo, pues en cuanto llegó al centro de su deseo Amara gimió tan fuerte que algún amante escondido los hubiese sorprendido, en cambio él se lo tragó a la vez que movió los dedos en busca de la liberación de su preciosa dama.

La humedad entre sus muslos estuvo a punto de robarle la entereza y la cordura.

A punto.

—Zac, Zac...

—¿Sí? —Se apartó para mirarla, sabedor de que alcanzaría el clímax en cualquier instante, y él quería empaparse de su rostro entregado, de su mirada ida por el deseo y de su dedicación total a él y solo a él.

—Zac, no sé...

—Vamos, amor mío, dame tu placer y hazme el hombre más feliz del mundo.

Amara tocó el cielo, las estrellas, la luna y todos los planetas juntos mientras caía desmadejada sobre el pecho del hombre que le acababa de proporcionar su primera experiencia sexual.

Entonces lloró, sintiéndose plena como mujer al tiempo que el hombre de su vida la acunaba con un amor inmenso, venerándola de pies a cabeza y rindiéndose a sus pies entre palabras que rezumaban amor por los cuatro costados.

—Amor mío, gracias por tu confianza, por dejarme ser el primero en darte placer y por permitirme compartir mi deseo por ti de esta manera. Y ahora dime que no lloras porque te he hecho sentir violenta o porque te han desagradado mis caricias, te lo suplico.

—¿Qué? —Alzó el rostro compungida y sin que le importara que la viese llorar—, mi emoción se debe a lo que acaba de suceder, jamás creí que podría sentir tanto placer, y ahora me gustaría recompensártelo, te lo debo, aunque no sé muy bien qué es lo que esperas de mí.

—Querida, de ningún modo podría arrebatarte la virginidad en un lugar como este, te mereces un lecho lleno de velas y flores, y esperaré el tiempo que sea necesario para dártelo.

—Puedo acariciarte —se le ocurrió de repente, tratando de levantarse de su regazo—, solo dime cómo debo hacerlo.

Zac sonrió y la miró embelesado sin permitirle que se alejara.

—Si me acaricias no podré controlarme, Amara.

—Pues no lo hagas.

—Vaya con la damisela, ¿de repente se nos ha vuelto una atrevida indomable?

Bajó el mentón de inmediato y se acurrucó contra su pecho.

—No, no me he vuelto lo que tú dices, es solo que quiero recompensarte de alguna manera.

—Ya lo haces.

—¿Cómo?

—Dejándote amar como lo has hecho, dejando que entre en tu corazón y, sobre todo, permitiendo que pueda seguir abrazándote.

—Te dije que lo que más deseaba en este mundo era compartir el tiempo contigo y era verdad.

—Lo sé.

—Y ahora me arrepiento de esconder mis sentimientos por ti, Zac, parece que nos hemos

dedicado a perder el tiempo cuando hay tantas cosas que tienes que enseñarme.

—Oh, Amara, no me lo pongas más difícil de lo que ya es y volvamos a la fiesta. Aquí corres un grave peligro.

—No, te equivocas. Aquí, el lugar al que cualquier dama debería temer si está en la compañía del hombre inadecuado, acaba de convertirse en mi lugar favorito y es gracias a ti.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y no podré olvidar jamás lo delicado que has sido conmigo.

—No hables como si no fuésemos a volver a vernos, te lo prohíbo.

—Eres un poco mandón, ¿no? —bromeó tratando de quitar importancia al tema tabú entre ellos.

—¿Tú crees? —le siguió la broma encantado—, anda, te ayudaré a recomponerte. Como entres así, en ese salón repleto de arpías, mañana saldremos en las noticias de todos los periódicos matutinos de la sociedad londinense.

Depositó un suave beso en los labios inflamados a consecuencia de lo inexpertos que eran, y la instó a que se levantara, después lo hizo él y uno a uno fue abrochando los botones del vestido que antes desabrochó con deleite.

—Lista, ¿preparada para seguir con la fiesta?

—No.

—¿No?

—Estoy helada, pero me quedaría aquí, contigo, lo que resta de mi vida.

Zac la estrechó de nuevo entre los brazos y besó su cabellera henchido de satisfacción.

—Puedes hacerlo, solo tienes que decirme que quieres quedarte y así será.

—No es tan fácil, Zac, de veras que no lo es.

—Entonces deberás explicármelo, tengo el derecho a saber qué es lo que te aflige y el por qué quieres regresar a un hogar al que por tu actitud desde el primer día no quieres regresar.

—Lo haré, antes de irme lo haré.

Zac tensionó la mandíbula y la abrazó con desesperación.

—No, esa no es la respuesta.

—¿Y cuál es según tú?

—Fácil, mañana me dirás lo que sucede en tu vida para que quieras regresar a un mundo que te hace infeliz y después hallaremos una solución conjunta. Tiene que haberla y estaremos juntos en esto, ¿de acuerdo? Mientras nos dedicaremos a seguir disfrutando de la maravillosa noche que tenemos por delante.

Y al notar que ella cogía aire para contradecirle no la dejó.

—Mañana hablaremos, ¿vale?

—Vale —la convenció.

—Así me gusta, y ahora volvamos, un pajarito me ha comentado que soy el afortunado de cerrar el baile contigo. Gracias por reservármelo.

Cogió su mano y se encaminaron hacia la mansión con disparidad de opiniones.

Mientras la de Zac pasaba por el atrevimiento de asaltarla en su alcoba esa misma noche, la de Amara, en cambio, entristecía el momento único que acababan de vivir, siendo consciente de que no todo era tan fácil como Zac pretendía hacerla entender.

Ojalá.

Eso sí, los dos coincidieron en la importancia de seguir exprimiendo la adorada cercanía que los volvía locos de emoción, sentimientos y atracción desenfrenada.

El calor del salón los acogió segundos después y las lenguas indiscretas comenzaron a dar rienda suelta de lo que presenciaron, escandalizándose por la apariencia de una joven algo despeinada y por un hombre que se empeñó en situarse a su lado como si se tratase de su más preciada posesión.

Lo bueno de todo es que a los aludidos les dio igual, y como era de esperar, a Zoe y a Nick también, disimulando como buenos anfitriones, aunque sabedores de lo que habría sucedido en el interior de sus jardines.

Se echaron una mirada cómplice y continuaron bailando como si nada.

La condesa de Somerset y su hijo dedicaron toda la noche a establecer diferentes estrategias entre los invitados, mostrando el afán de ampliar el círculo entre la sociedad londinense, dispuestos a aprovechar la situación y compartiendo confidencias acerca de lo conseguido.

Un baile, un paseo por Hyde Park y una invitación a la ópera es lo que Bradley tenía atado hasta ahora. El título de conde, la buena planta y un rostro atractivo le bastó para que alguna madre apostara por el buen partido que podría ser, a la vez que alguna que otra viuda le lanzó señales inequívocas a través del lenguaje en clave del abanico.

La condesa, por el contrario, alabó cuanto pudo a su hijo en todas y cada una de las conversaciones a las que pudo acceder sin parecer una maleducada o interesada. De ellas sacó en claro las prisas y el apuro de algunas damas por acoplar a alguna de sus hijas casaderas en el menor tiempo posible, debido a que alguna llevaba ya tres temporadas y evidenciaba un desenlace que ninguna quería contemplar: la soltería. Dispuestas a pagar una considerable dote con tal de que no se produjera tan nefasto deshonor.

En un mundo de reglas, convencionalismos, dimes y diretes todo valía, todo excepto dar voz a las que se consideraban las verdaderas damnificadas, así de triste y trágico.

—¿Ves como no estaba equivocada? —departían en un rincón, lejos de oídos indiscretos —, de momento tenemos compromisos varios para un par de semanas y después ya veremos. Con un poco de fortuna podremos elegir a una esposa que sea adecuada para ti y nuestros propósitos.

—Lo sé, madre, pero no quiero ni pensar en las solteronas nada agraciadas si siguen sin contraer matrimonio tres temporadas después.

—¡Bah! No te preocupes, esas las dejaremos como última opción, tú preocúpate de desplegar tu galantería y escogeremos a la que más interese. El dinero se acaba y debemos hallar una solución en la mayor brevedad posible.

—Madre, la que no ha de preocuparse es usted, elegiremos bien y, si no me gusta, la apartaré a un lado y me resarciré con amantes, ¿qué importancia puede tener un matrimonio aparte del dinero y la riqueza?

—Veo que te he criado bien, hijo —se enorgulleció convencida—. Los placeres de la alcoba ya te los buscarás tú fuera.

—Exacto.

Un murmullo del grupo de al lado acaparó el interés de la condesa y esta acercó el oído con disimulo.

—Qué escándalo, y ahí están, bailando tan tranquilos.

La curiosidad provocó que adelantase un paso y desviase la mirada, llamándole

poderosamente la atención un detalle.

¿Por qué la inmensa mayoría ojeaba la pista de baile con caras de estupor?

¿Qué sucedía?

Y allá que dirigió, también, el par de ojos que tenía.

Una pareja bailando.

Otra.

Otra.

Otra más.

Y otra.

Bufff, ¿a quién miraban con ese resquemor, estupor o resentimiento?

El centro del salón acaparaba a un tropel de parejas y, como ellos eran unos auténticos desconocidos en aquel lugar, desistió a seguir indagando.

Total, ¿para qué?

Antes de girarse, unos tirabuzones, un color de pelo y una silueta le resultaron misteriosamente familiares, tanto fue así que por un instante hasta creyó que se estaba volviendo loca, forzando la vista para centrar la atención en la pareja que bailaba con sendas sonrisas en la cara, dando muestras de lo bien que lo pasaban, cuando...

No.

No podía ser.

Imposible.

¿O sí?

Y es que allí, acaparando las miradas de casi todos los invitados de los duques de Hackins, se encontraba su hijastra.

¿Cómo era posible?

CAPÍTULO XX

La condesa respiró con dificultad, perdió el color de la cara y casi se desvanece a consecuencia de la realidad que tenía frente a sus ojos.

¿Cómo diantres era posible el escenario en el que se encontraba?

A veces el mundo parecía tan pequeño...

—Madre, ¿se encuentra bien? Está pálida —reparó Bradley con una rapidez asombrosa.

—Sí, sí —titubeó indecisa a la par que retiraba la mirada de la pareja a la que todo el salón observaba con asombro. Debía de ser ágil y pensar a toda velocidad.

«¿Qué se supone que debería de hacer ahora?», se preguntó la mujer un tanto aturdida al principio.

Un inoportuno dolor en las sienes empezó a manifestarse y no era el momento de distracciones, así que se dispuso a aislar el malestar para, en cambio, centrarse en contemplar las posibles acciones que más se adecuaban a sus intereses; resultaba primordial, por lo que sin dilación se dispuso a llevarlas a cabo.

Y empezó, en primer lugar, por tratar de apartar a su hijo del hallazgo que acababa de realizar, en segundo lugar, y para que ese detalle no se produjera, por retirarse de la fiesta sin levantar sospechas y, en tercer lugar, lo que debería de hacer, sin ninguna duda, sería...

—No puede ser cierto lo que ven mis ojos, madre —escuchó la voz masculina con un tono repleto de emociones de diferentes tipos.

¡Tarde!

Los propósitos de la condesa se quedaron en el olvido en cuanto se percató de la realidad, y esta pasaba porque su hijo acababa de reparar en «ella», aunque claro, ¿cómo no hacerlo tras el bochornoso espectáculo que ambos daban en mitad de la pista de baile a la vista de todos?

Aquel comportamiento era inaceptable e indecente, aun así optó por hacerse la distraída, actuando como si no hubiese descubierto una aparición tan sorprendente que se acababa de manifestar, de la nada, y de repente.

—¿A qué te refieres, hijo?

Bradley observó con minucia a la condesa y el rictus de la cara le cambió en cuestión de décimas de segundos, pasando de ser cordial a otro más significativo, convirtiéndose en frío y distante a la vez que aseveraba:

—Miente muy mal, madre. Usted ya la había visto, ¿no es cierto? La palidez de su rostro la delata por sí sola.

—Tienes razón —confesó apurada—, es solo que me ha sorprendido tanto que no sé ni lo que hago, hijo. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

La preocupación de Bradley distaba mucho de la de su madre, tratándose por completo de manera diferente, y así lo hizo saber.

—No doy crédito a lo que tengo delante, ¿por qué mantiene esa posición indecente con un auténtico desconocido? —fue la pregunta de un hombre al borde de la demencia al presenciar una imagen tan rocambolesca.

La condesa convino atajar el problema cuanto antes; si lo dejaba en manos de su hijo cualquier escenario sería posible y bajo ningún concepto podía permitirlo.

Ambos deberían seguir afanados en sus intereses mutuos.

—Vamos, averigüémoslo.

En ese momento el compás de la música cesó y Zac aprovechó para coger la mano enguantada de Amara, de seguido tiró de ella y se dispuso a buscar algún lugar más tranquilo dentro de la atestada sala.

Cómo no, los murmullos continuaron magnificándose por el majestuoso salón engalanado para la ocasión.

—Por todos los santos, Zac, ¿qué haces? —preguntó una apurada dama con el rubor tiñendo sus mejillas, siguiendo sus pasos, pero con la convicción de no estar dispuesta a apartarse de su agarre posesivo por muy inadecuado que pareciese a ojos de los demás—, no puedes actuar así.

—¿Así cómo? —le respondió echando la mirada atrás para guiñarle un ojo que no pasó inadvertido a la gente que los escrutaba con mala intencionalidad—, ¿como si me hubiese convertido de repente en tu prometido?

—¡Zac! No te burles de mí —le regañó—, estoy hablando en serio, ¿no ves cómo nos miran?

—Bah, pues que lo sigan haciendo, porque no pienso soltarte así me maten —pronunció con una seguridad incuestionable—. Por cierto, no has dicho nada con referencia a lo de ser tu prometido, ¿te gustaría? —continuó diciendo por encima de su hombro para que ella lo escuchase.

Amara parecía inmersa en un cuento de hadas, una fábula de esas en las que no creía, y le dio exactamente igual las personas que la rodeaban.

¿Qué más daba si estaba con el amor de su vida a su vera?

Por ella las habladurías se podían ir al mismísimo infierno...

—En el caso de que pudiese no habría nada más que me hiciese tan feliz —fue su única apreciación.

—Respuesta equivocada, nuevamente —secundó Zac de inmediato, volviendo la atención hacia ella mientras seguía tirando de su mano.

—¿Ah, sí? Y según tú, ¿cuál sería la adecuada? —bromeó juguetona adaptándose a cada una de las peticiones de un hombre que conseguía robarle el aliento y cada uno de sus sentidos.

—Pues la única posible, Amara —la apartó a un lado, escondiéndose detrás de una columna, y se posicionó frente a ella para decir nervioso—: La respuesta adecuada es la afirmación de que me acabo de convertir en tu prometido, que por supuesto doy por hecho que aceptas a que lo sea y, por supuesto, que deseas contraer matrimonio conmigo lo antes posible para así convertirte en la señora Evanson. ¿Ves qué fácil era?

Amara dejó de respirar ante el impacto de cada una de sus palabras, pronunciadas con un amor desbordante, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿De verdad te casarías conmigo?

Zac alzó una ceja y se deleitó con lo bonita que era por dentro y por fuera.

Así era ella.

—¿Acaso lo dudas, amor mío? Mira, te diré algo, en el caso de que aceptaras conozco una iglesia pequeña en la que podríamos hacerlo esta misma noche. Créeme, me harías el hombre más afortunado del mundo si consintieras en darme el «sí quiero».

Definitivamente no podía quererlo más de lo que ya lo hacía.

No, no señor.

—¿Y dónde viviríamos? —Le siguió el juego con un brillo especial en los ojos.

La palabra felicidad estaba impregnada en cada uno de ellos.

—Si tú quisieras en el racho de mis padres.

—¿En Wyoming? —preguntó y eso que no le extrañó en absoluto.

Al contrario.

—Sí, en Wyoming, siempre y cuando tú estuvieras dispuesta a acompañarme.

—¿Y si no quisiera? —lo retó con un aleteo de pestañas que a Zac lo volvió loco del todo.

Y se centró en la respuesta que le daría a esa pregunta en concreto.

Era tan fácil...

—Entonces me quedaría en donde tú eligieses. —Poco a poco la acorraló contra la pared y su cuerpo, cual depredador con su presa, y confesó con el alma entera—: amor mío, mi vida sin ti no tiene sentido, ya no, y debes creerme cuando te digo que sería capaz de lo que sea con tal de retenerte a mi lado, para siempre, el resto de nuestras vidas, ¿qué más da que sea en Wyoming, aquí en Londres, en África o en la misma India? Me importas tú y solo tú.

—Oh, Zac —susurró conmovida.

El corazón de Amara latía desenfrenado, el calor invadía cada parte de su cuerpo y, una dama acostumbrada a actuar como lo que era, de repente, y únicamente, era capaz de pensar en actos indecorosos, repletos de lujuria, convencida de que su único deseo pasaba por quedarse a solas entre unos brazos que lo eran todo para ella, dispuesta a entregarle su bien más preciado.

Su virginidad todavía intacta.

—Zac, ¿puedo pedirte algo?

El caballero cerró los ojos extasiado; empezaba a conocerla, tan bien, que su cara delataba cada uno de sus pensamientos y adoraba que eso sucediera.

—¿Acaso no lo sabes ya?

Y una Amara decidida, además de valiente, fue capaz de dar un paso hacia adelante, acortando la casi inexistente distancia entre ellos, para mirarle con una expresión de seguridad apabullante.

—¿Y si te digo que deseo que nos retiremos a un lugar cualquiera para que termines lo que empezaste ahí fuera?

Zac dejó escapar el aire de los pulmones y tuvo que echar mano de un control férreo para no cargarla sobre su hombro y largarse de allí de inmediato. Su cuerpo entero se descontrolaba por momentos, y más si rememoraba lo sucedido esa noche en uno de los bancos del jardín.

Inevitablemente una parte de su anatomía despertó de golpe y ocupó su centro de atención.

—¿Y si soy yo el que te digo que nada me complacería más? —se pronunció con una voz ronca repleta de deseo e intenciones sin enmascarar—, marchémonos antes de que esta gente asista a lo que es un verdadero escándalo. Me muero por volver a probar tus labios, tus pechos, en definitiva toda tú, y me muero por poseerte como el hombre con derecho en el que me has convertido, ¿vamos?

—Vamos —susurró colorada como un tomate.

No pudieron hacerlo, antes de que diesen un paso, siquiera, fueron interceptados por dos de las personas que Amara no hubiese querido ver ni en pintura, al menos en un escenario como en el que se encontraban, y se quedó paralizada por el horror.

—Amara, ¿te encuentras bien?

Zac se percató de que algo sucedía, su semblante consternado lo evidenciaba con una claridad pasmosa y no entendió a qué podría ser debido.

—¿Amara?

En ese instante, Zac tuvo que sujetarla o hubiese caído de bruces, pues de repente las piernas femeninas parecían como si no pudiesen sostenerla, es más, toda ella temblaba de...

¿De qué?

—No, no puede ser —gimió al fin perpleja, desbordada por los acontecimientos mientras se hacía a la idea de la pesadilla en la que se sumergía sin fin.

—¿Qué es lo que no puede ser? ¿Qué sucede, Amara?

Ante su silencio, Zac alzó el mentón y fue entonces cuando prestó atención a las dos personas que se acercaban. Las dos observaban a su vez a Amara, y lo hacían con un semblante atónito, como si se tratase de un fantasma, y él no tenía la menor idea de a qué sería debido.

No los conocía de nada.

—¿Amara? —volvió a preguntar con el ceño fruncido.

La preocupación por ella aumentó y temió por su salud. La cara descompuesta y el temblor de su cuerpo hablaban por sí solos.

Y, antes de que la pareja desconocida llegase a su altura, escuchó una última frase demoledora por boca de ella.

Esta fue:

—Por lo que más quieras, no te alejes de mi lado.

Zac enmudeció.

¿A qué venía esa petición?

—Nunca, amor mío, ¿lo has oído? Nunca.

Cogió su mano y la apretó con cariño, después esperó a saber qué demonios estaba sucediendo.

—¿Ves lo que yo veo, April?

La cara de Zoe irradiaba una felicidad deslumbrante al fijarse en la pareja que formaban su hermano y Amara, algo raro dado a que era la anfitriona de la fiesta, con lo que ello conllevaba, ya que los rumores desde que entraron desde uno de los ventanales que daba al jardín evidenciaban lo que habían estado haciendo ahí fuera.

Los cabellos de Amara daban cuenta de lo sucedido en la intimidad que les habría ofrecido algún lugar recóndito y, si existía algún indicio que pudiese llevar a algún tipo de equívoco, ahí estaba su hermano, dispuesto a dinamitarlo con una expresión y unas formas de posesión incuestionables hacia la dama a la que se empeñaba en agarrar de la mano.

—Lo veo yo y el salón entero, Zoe.

Los maridos de ambas llegaron y se posicionaron al lado de ellas, Nick lo hizo con un rostro preocupado.

—Bien, el escándalo está servido —afirmó Trueno besando la mejilla de April—, el muchacho tiene coraje, sí señor.

—¿Y en qué posición nos deja eso a nosotros? —preguntó el duque consternado—, querida, puede que debamos intervenir, a los siguientes que escrutan con la mirada es a ti y a mí esperando una posible reacción.

—Bah, pues que esperen sentados —aseveró Zoe sonriente, quitándole importancia al asunto en cuestión—, por fin ha ocurrido, ¿no lo veis? La reputación de Amara está más que en evidencia y eso le da a mi hermano el poder que buscaba sin descanso. Déjalos que hablen,

murmuren y cuchicheen, querido, mañana mismo haremos oficial el compromiso y ya se cansarán de especular. Total, lo que queríamos lo hemos conseguido, ¿qué más da lo demás?

—Vaya, al muy truhan parecen no haberle satisfecho sus andanzas hasta ahora —añadió un Trueno encantado por lo que presenciaba a escasos metros de donde estaban las dos parejas.

—¿A qué te refieres?

—A eso —señaló con un movimiento de cabeza—, por lo visto no le ha bastado con exhibirse descaradamente sobre la pista de baile, según parece, en este preciso instante busca algo de intimidad entre las columnas, y solo espero que no se atreva a dejarse llevar por la pasión delante de toda esta gente o habrá algún que otro ataque al corazón —se carcajeó Trueno—, este Zac es mi héroe. Ni siquiera yo me habría atrevido a tanto en un lugar como este, y ya es decir.

—No me extraña, ha tenido a los mejores maestros —confirmó una orgullosa Zoe, dando la espalda a lo que se esperaba de una mujer con un título nobiliario de esa envergadura.

Y de pronto:

—Un momento...

Los tres no tardaron en cerrar filas en torno a April, la cual fue la primera que intuyó que algo grave sucedía.

—¿Qué pasa?

—No lo sé pero, mirad a esos dos que se acercan a ellos, y mirad la cara descompuesta de Amara. Parece como si se conocieran.

—Es verdad —asintieron los tres a la vez.

—¿Qué hacemos? —se pronunció un Nick indeciso de repente.

—Fácil —contestó su hábil esposa rauda y veloz—, ya estamos tardando en averiguarlo. ¿Quién me acompaña?

Ninguno se propuso a pararle los pies, y es que cuando a Zoe se le metía una idea entre ceja y ceja, a estas alturas ya sabéis que nadie, absolutamente nadie, podía hacer nada para evitarlo.

Así era ella.

Siguieron los pasos de la duquesa y se acercaron justo en el instante en el que se produjo una escena que los dejó a todos ojipláticos.

—Hija, ¿de verdad eres tú?

La voz de la condesa transmitió una preocupación innata, ejerciendo el papel que le correspondía en ese momento.

Era una experta consumada en hacerlo.

Zac se tensionó al escuchar aquella pregunta, entendiendo el por qué Amara se encontraba casi en *shock*, y es que, desde el primer día, sin pretenderlo, su actitud le indicó la animadversión que sentía hacia su familia, una familia que ahora tenía de frente, costándole una barbaridad presenciar el encuentro entre su madre y la persona que le acompañaba.

¿De quién se trataría?

Y barajó distintas posibilidades.

¿Sería un hermano?

¿Quizá un primo?

O peor:

¿Podría ser que se tratase de su prometido?

No, imposible, en el caso de estar comprometida Amara se lo hubiese dicho, estaba convencido de ello.

—Querida, cuando desapareciste tu hermano y yo te buscamos por todo el condado sin descanso alguno y casi enloquecimos de preocupación por ti. De un día para otro te desvaneciste sin más y ya no volvimos a saber nada de nada acerca de tu persona, ¿estás bien?, ¿qué te sucedió?, ¿por qué estás aquí?

Preguntas y más preguntas, mientras continuaba con su papel estelar y se abalanzaba sobre su hijastra para estrecharla entre unos brazos que parecían alegrarse por haberla encontrado al fin.

A Amara no se le ocurrió protestar y no le quedó otro remedio que claudicar ante esa demostración falsa de afecto, manteniendo la espalda erguida y por supuesto reacia a corresponder a ese abrazo envenenado.

Porque lo era.

Zac observó la escena con interés y le pareció todo sobreactuado.

Si daba valor a lo vivido, y también a lo escuchado por boca de Zoe y April, entonces le sobraban las razones para ser conoedor de que ese gesto cariñoso no albergaba ningún tipo de sentimiento.

No, ninguno.

«Bueno, al menos sé que ese hombre es su hermano», pensó ojeando el panorama con el corazón encogido y haciéndose una nueva pregunta.

¿Qué es lo que sucedía entre ellos en realidad?

Una rabia incontrolable, e imposible de definir, acudió a él en cuanto se percató de que el hombre aquel daba un paso hacia adelante para actuar de la misma manera que su madre, estrechando a Amara entre sus brazos con un gesto de posesión que no le gustó nada, al contrario, notó una desazón interior difícil de catalogar y sintió repugnancia al consentirlo.

¿Por qué?

Lo supo en cuanto reparó en su querida Amara, la cual mantenía la compostura como podía y bien sabía Dios que le estaba costando la vida entera, se le notaba a la legua.

—Hermanita, no sabes lo feliz que estoy por haberte encontrado —susurró para que solo ella le escuchara a la vez que le rozaba el lóbulo de la oreja intencionadamente, a sabiendas de que a la otra parte le debería de estar resultando una auténtica agonía y disfrutando como un demente al ser consciente del poder que ejercía sobre su adorada hermanastra, la cual no pudo permitirse el lujo de rechazarlo—, removí cielo y tierra y no fui capaz de encontrarte, y ahora, gracias a una maravillosa casualidad del destino podré llevarte de regreso a casa, el lugar al que perteneces.

Ese «a casa» a Amara le produjo un estremecimiento de horror absoluto y no pudo seguir soportando la cercanía de ese infame, tampoco el agarre de esa mano sobre el talle de su cintura, provocándole un asco absoluto y...

Y casi se desplomó sobre el suelo, algo que no hizo puesto que Zac actuó en consecuencia, impidiendo con un empujón a que el otro se permitiera el lujo de sostenerla entre sus brazos.

—Apártese —ordenó en plan protector absoluto, despertando la inconformidad del supuesto hermano de Amara.

Algo que Zac entendió, aunque le importó bien poco, la verdad sea dicha.

La cogió y la acurrucó contra su pecho en lo que se convirtió en una declaración de

intenciones en toda regla, dando muestras de lo mucho que le importaba aquella muchachita, mientras abandonaba el salón entre murmullos y miradas repletas de estupefacción, siendo seguido por su familia y «esos dos individuos» a los que ya odiaba sin conocerlos siquiera.

¿Estaría siendo injusto?

Mucho se temía que no, y la prueba la tenía allí mismo.

Su querida Amara se había desmayado de la impresión al ver a la que se suponía era su auténtica familia.

¿O no?

Y en el caso de ser así:

¿A qué sería debido?

Nuevas preguntas abordaron su castigada mente, entendiendo que daría lo que fuese con tal de obtener las respuestas que buscaba, al tiempo que la voz y las órdenes de su hermana le devolvían a la cruda realidad.

—Zac, llévala a la biblioteca y déjala en uno de los sillones, April, dile a alguna de las doncellas que te dé las sales aromáticas, debemos conseguir que Amara vuelva en sí para poder conversar y así aclarar qué es lo que ha sucedido para que haya reaccionado de esta manera tan desproporcionada —ordenó sin dilación a unos y a otros, asumiendo el férreo control de la situación, mientras daba paso al disgusto y a la preocupación derivadas por tan dantesco escenario—, ustedes, vengan con nosotros —se dirigió en último momento a la que se suponía era «la familia de Amara».

A ninguno se le ocurrió protestar y obedecieron sin rechistar.

CAPÍTULO XXI

La cabeza de Amara descansaba sobre las piernas de Zoe y esta acercó el botecito de las sales a su nariz. El efecto fue instantáneo y poco a poco volvió en sí; abrió los ojos y la confusión se apoderó de ella.

«¿Qué hacía tumbada sobre el sillón de la biblioteca?».

Al ir a incorporarse, una mano menuda no la dejó, entonces se inclinó un poco y descubrió a la persona que le hablaba con sosiego, era la misma que no le permitía levantarse y también en la que estaba apoyada.

Se trataba de Zoe.

—Tranquila, querida, todo está bien.

No. No lo estaba, y precisamente fue ella la que en un primer lugar se lo evidenció. El rictus preocupado de su cara así lo indicaba, y buscó las posibles respuestas a una situación que no lograba entender.

Amplió el campo de visión, sus ojos se toparon con los de April y fue entonces cuando volvió a sentir que la magnitud del problema resultaba demasiado grande. El semblante triste y serio acaparó toda su atención y de ahí pasó a Trueno, a Nick, y a un Zac que la contemplaba con una mirada que se asemejaba a la de un guerrero dispuesto a luchar por lo que era suyo.

¿Por qué?

Un carraspeo a su derecha le dio las respuestas que no hallaba, y quiso morirse al comprender la relevancia de lo que en realidad sucedía.

«Claro, de la impresión he debido de indisponerme, es por ello que no recordaba a mi madrastra y a Bradley», se dijo presa de unos nervios acuciantes.

¿Y ahora qué?

—Querida —alardeó la condesa utilizando el apelativo cariñoso, acercándose con una preocupación interpretada a la perfección—, ¿estás bien? Debes de haberte llevado una buena impresión para desmayarte al vernos, y no es para menos. A mí casi me sucede lo mismo.

Amara se limitó a asentir, la familia Hackins a contener el aliento y, en cambio, su hermanastro a lo que se limitó fue a observarla con un tipo de adoración que no pasó inadvertida para el resto, revolviendo el delicado estómago de Amara tras las emociones varias y los recuerdos que se empecinaban en enturbiar su delicada mente.

—Amara, hija mía, ¿qué te pasó para que desaparecieras sin dejar rastro?

Y ahí fue la condesa, directa al grano para no perder el tiempo, propiciando a que la dama se viese en la obligación de manifestarse.

Algo que hizo.

—Un hombre me secuestró cuando paseaba con mi yegua, después me obligó a subir a un barco y, una vez que llegamos a Londres, trataron de subastarme al mejor postor.

Clara, concisa y sin rodeos.

La condesa sofocó con la mano un grito de espanto, el cual resultó, también, ensayado al dedillo.

—Por Dios, querida, cuanto debes de haber sufrido en todos estos meses —gimió compasiva, limpiándose con el pañuelo unas lágrimas inexistentes e imaginarias.

Bradley, al escuchar aquello, avanzó un par de pasos y se situó a su lado, hincando la

rodilla sobre el suelo con la intención de acercarse, para terminar preguntándole:

—Pobre hermanita —la consoló con verdadero fervor, apretando una de sus manos mientras Amara contenía una arcada, siendo consciente del cambio obrado en esos ojos que de repente se oscurecieron hasta darle un toque maquiavélico y demencial, lanzándole una pregunta envenenada—: Y dime, en ese tiempo, ¿alguien osó tocarte?

La pregunta formulada dejó a las claras a lo que se refería, y Zac se interpuso en medio como si fuese un león protegiendo a su cría.

—No creo que sea el momento oportuno para que reviva lo sucedido, ¿no le parece? —pronunció con una voz helada, fría como el hielo, empecinado en que aquel fulano apartase sus sucias manos de la joven de la que estaba enamorado, y por lo tanto mantuviese las distancias cuanto le fuese posible. De seguido cambió el tono, de manera radical, y se centró en lo único que de verdad era importante. Amara—. Ven, te ayudaré a incorporarte.

Y así lo hizo, pasando por alto la mirada de advertencia que su hermana le echó, y todo por no poder soportar ver a ese tipo cerca de ella.

¿Acaso los demás no se daban cuenta del grado de incomodidad de Amara desde la inesperada presencia de esos dos?

De ser así deberían de estar ciegos.

Amara agarró la mano de Zac y, una vez que estuvo levantada, se quedó a su lado en lo que se convirtió en toda una declaración de intenciones, prefiriendo mantenerse bajo el manto de protección de Zac y en silencio.

«No pensaba contestar a la pregunta de Bradley».

—Hija, y pensar que de no ser por la providencial invitación en el periódico debido al nacimiento del heredero Hackins, jamás te hubiésemos encontrado... —se apresuró a intervenir la madrastra, posicionándose al lado de su hijo mientras se agarraba a su brazo en un intento de que se calmara. Desde el principio supo interpretar el papel del muchacho aquel, dando a entender que Amara y él eran más que amigos, y si no intervenía Bradley sería capaz de cualquier locura. Un detalle que podría obrar en su contra y ella no lo permitiría—, parece que el bendito destino nos ha ayudado a hacerlo y ahora tan solo hemos de regresar a casa como la familia que siempre hemos sido.

Zoe cerró los ojos apesadumbrada.

April palideció de pronto.

Nick y Trueno miraron a Zac.

Amara permaneció con un rictus consumido por la desesperanza.

Y Zac...

Zac entrelazó los dedos con los de Amara, dejando que fuesen sus actos los que hablasen por él.

El gesto en sí desató la ira endemoniada de Bradley.

—¿Quién se cree para establecer este tipo de confianza con mi hermana a la vista de todos? Esto es una indecencia.

Zac apretó la mandíbula contrariado y se enfrentó al hombre que se soltó del agarre de su madre, para dar un paso hacia adelante.

El ambiente se caldeaba por momentos.

—Pues, simplemente me creo el hombre con derecho a hacerlo. Para su información ha de saber que fui yo el que la rescató de ser subastada, el que la trajo hasta mi hogar y el que mañana mismo les visitará con una proposición formal bajo el brazo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la condesa, volviendo a agarrarse al brazo de su hijo antes de que fuese demasiado tarde.

—Quiero decir que estoy dispuesto a mostrarle mis intenciones y desearía pedirle, formalmente, la mano de su hija, señora.

El silencio se apoderó de la biblioteca, y Zoe y April intercambiaron una mirada repleta de esperanza.

¿Podría existir la posibilidad de que el asunto que se traían entre manos resultase tan fácil para la pareja enamorada?

Ojalá.

—Bueno, bueno —secundó la condesa haciendo aspavientos con la mano libre—, mejor este asunto lo debatiremos mañana en el hotel en el que estamos hospedados. Deben de entender que para ninguno de nosotros resulta fácil que en solo unos meses el futuro de Amara haya cambiado tanto, y debemos asegurarnos de que no está coaccionada por nadie.

—¿Qué trata de decir?

—Uy, no se lo tomen a mal, es solo que debemos ponernos al día de todo cuanto ha acontecido, después charlaremos con tranquilidad. Les daré la dirección del hotel y estaremos encantados de concertar una cita para tomar el té, ¿le parece bien, milord?

A Zac le disgustó que a la persona a la que se dirigía se tratase de Nick, como el duque por derecho que era, y no a él. El verdadero protagonista de la historia.

—Por supuesto —afirmó Nick sin dilación en un intento de calmar los ánimos—, con mucho gusto acudiremos a su invitación, señora. Será un placer conocer más de cerca a la familia de Amara. En esta casa la tenemos en gran estima.

—Bien —intervino Bradley con un tono seco—, pues ahora, si nos disculpan, nosotros aprovecharemos para retirarnos. Tenemos muchos asuntos de los que conversar, ¿no te parece, hermana?

Amara tragó con dificultad y bajó el mentón consternada.

—Ella puede seguir quedándose aquí —se apresuró a intervenir Zoe con la esperanza de que no se la llevarsen—, Amara ha vivido en esta casa y si así lo considera puede seguir haciéndolo, para nosotros sería un honor... ¿verdad Nick? —terminó diciendo al comprobar que el hombre la miraba por encima del hombro, dándole a entender que como la simple mujer que era no podía tomar ningún tipo de decisión en presencia de su esposo.

Y como castigo se permitió el lujo de analizar su porte con un brillo malicioso en los ojos.

El breve escrutinio, de apenas un par de segundos, a Zoe le provocó que se le erizasen los pelos de la nuca y le bastó para darse cuenta de la maldad que habitaba en ese ser, agradeciendo la presencia de los hombres de la casa.

—No será necesario, pero gracias por el ofrecimiento —contestó Bradley enmascarando una cordialidad que distaba mucho de sentir.

La respuesta no fue del agrado de ninguno de los cinco, y Nick, que se había dado cuenta del menosprecio hacia Zoe, no dudó en pronunciarse en un tono cortante y seco.

—Disculpe, milord, mi esposa tiene razón e insisto en que me gustaría ofrecerle a Amara la posibilidad de quedarse.

—Lo lamento, mas no puedo aceptar su ofrecimiento —sentenció Bradley con una mueca socarrona—, mi decisión está tomada y es la única válida. En mi caso no consiento que ninguna mujer se entrometa en lo que no debe.

La crispación aumentó ante un comentario tan poco afortunado.

—¿Está insinuando algo?

—Oh, por favor, no se me ocurriría.

—Entonces sea generoso y permítale a ella que decida —lo acorraló sin miramientos.

Bradley tuvo que tragarse el orgullo y continuó escondiéndose tras la fachada fingida, midiendo bien sus pasos y actuando como se esperaba de él.

—Lo seré, milord —giró el rostro y se dirigió a ella con una amabilidad encubierta—, Amara, querida, puedes tomar la decisión que creas más oportuna, aunque doy por supuesto que querrás acompañarnos para preguntar por tus amistades más cercanas, ¿o me equivoco?

A ninguno le pasó por alto que en aquella frase iba un mensaje oculto, y lo corroboraron ante la reacción de Amara, la cual no tardó en producirse, dejando a Zac perplejo al soltarse de su mano para situarse al lado de Bradley.

—No, no te equivocas —fue cuanto dijo mediante un susurro lastimero.

Un Bradley eufórico se zafó del agarre de su madre y ofreció el brazo a su hermanastra, lo hizo con una sonrisa de triunfo y se limitó a esperar.

No tuvo que hacerlo por mucho tiempo, de inmediato Amara se agarró a él y no fue capaz de enfrentarse a la mirada de incompreensión de Zac.

—Bien, ¿nos vamos, madre?

—Sí, sí, buenas noches.

Nadie contestó, limitándose a observar cómo Amara abandonaba la estancia con los hombros caídos, en una posición de derrota absoluta, ejerciendo una personalidad que chocaba de lleno con la muchacha alegre y risueña a la que estaban acostumbrados.

Segundos después, Zac pudo reaccionar y salió escopetado tras sus pasos, siendo seguido por el resto de la familia.

—¡Amara! —gritó para hacerse oír.

Un Bradley envarado detuvo sus pasos y, antes de permitirle que se girara, susurró con voz sibilina:

—Espero que sigas estando a la altura, hermanita, tanto tú como yo sabemos quién lo pagará en el caso de no hacerlo.

Mientras ese comentario salía por la boca de Bradley, Zac se acercó con cautela y se pronunció con desesperación:

—Amara, ¿de verdad quieres irte?

La muchacha alzó el mentón y él languideció de dolor al ver la expresión de tristeza en torno a unos ojos que, de repente, habían dejado de brillar.

¿Cómo era posible después de lo vivido esa maravillosa noche?

—Zac, por favor, respeta mi decisión. Quiero irme con.... ellos.

Ni siquiera pudo pronunciar la palabra familia.

¿Cómo hacerlo si no los consideraba como tal?

—¿Estás segura?

—Sí, Zac, estoy segura.

—¿Contento? —se burló Bradley sin compasión, entrometiéndose en la conversación. Estaba disfrutando como un niño pequeño y no lo ocultó, al contrario—, vamos, Amara.

Y la condujo hasta la puerta de salida, mientras que a Zac no le quedó otro remedio que asistir a su marcha.

La desolación en las caras de los demás resultó abismal.

A la tarde siguiente

—¿Quieres tranquilizarte de una vez?

La que habló fue Zoe, la cual se removió inquieta sobre la silla, mientras que su hermano paseaba de un lado a otro del comedor del hotel en el que la noche anterior se concertó la cita para el té.

—No debí dejarla que viniera.

—¿Y qué otra cosa podías hacer? —preguntó Nick sentado junto a su esposa.

—No lo sé, obligarla a quedarse, por ejemplo.

—Vamos, Zac, deja de decir sandeces. Amara fue la que aceptó a acompañarles, ¿no te acuerdas?

Zac soltó un exabrupto.

—Maldición, ya lo hablamos ayer y todos estuvimos de acuerdo en que Amara aceptó por algún motivo que nosotros desconocemos.

Ante su alegato, ni Zoe ni tampoco Nick pudieron contradecirle.

—Vamos, siéntate y esperemos. Tiene que haber alguna explicación al respecto y creo que Amara no tardará en confesarnos sus temores. En cuanto tengamos la oportunidad y nos quedemos a solas aprovecharemos la ocasión para hablar.

—Eso espero.

Justo cuando se sentó, pegó un brinco, levantándose de nuevo al verla aparecer agarrada al brazo de ese ser al que odiaba con todas sus fuerzas.

—Buenas tardes, señores.

Zac lo ignoró y se apresuró a acercarse a ella.

—Amara, ¿estás bien?

—Sí, lo estoy —se limitó a decir antes de aceptar el asiento que Bradley le ofrecía.

El joven trató de sentarse a su lado, algo que no le permitieron, puesto que la condesa y su hijo fueron hábiles y se posicionaron a cada lado de Amara con el objetivo de ejercer un control absoluto hacia ella, y claro, a Zac no le quedó otro remedio que ocupar la silla que quedaba libre.

«Bueno, al menos desde aquí podré analizar cada una de sus reacciones», pensó un equivocado Zac, ya que la otra parte se mantuvo ocupada en cualquier cosa menos en devolverle la mirada.

—¿Y bien? ¿Han pensado en mi petición formal acerca de desposar a Amara?

Directo, así se manifestó Zac ante la pesadumbre que lo consumía por entero, y es que necesitaba cualquier aliciente para encauzar un futuro que parecía empeñado en que no estuviesen juntos, y no lo iba a consentir. Lucharía con uñas y dientes por ella, y no le importó mostrarse ante esa calaña a corazón descubierto.

—Señor Evanson, debe de ser consciente de los meses en los que hemos estado apartados de ella —se pronunció con templanza la condesa—, la desesperanza al no tener ninguna noticia acerca de su paradero consumió cada una de nuestras energías y, después de debatirlo con tranquilidad, hemos llegado a una conclusión. Amara regresará a casa y, una vez que esté segura de sus verdaderos sentimientos, haremos oficial el compromiso, no antes.

—¿Qué?

El cuerpo envarado de Zac resurgió de inmediato.

¿Qué barbaridades decía esa mujer?

¿Cómo se atrevía a insinuar que su querida Amara podría dudar del amor que se procesaban?

Aquello era un disparate de los gordos.

—Ya ha oído a mi madre, señor Evanson —recalcó el nombre con cierto desprecio que ni se molestó en ocultar—, mi hermana ha pasado por una experiencia traumática y debe sanar sus heridas en el entorno familiar. Reconsiderará su petición y, cuando esté segura, les haremos llegar su decisión.

Los tres invitados no daban crédito a lo que escuchaban, aun así no se dieron por vencidos y buscaron la posible reacción de Amara.

Una reacción que no llegó.

—¿Amara? —susurró Zac con una voz que delataba el grado de dolor que llevaba dentro.

Nada, silencio absoluto.

—Amara, ¿acaso dudas de mis intenciones hacia ti? He sido claro desde el principio y no puedo creerme...

—Basta —lo silenció Bradley empleando un tono autoritario—, ¿qué pretende? Mi hermana está confundida y no necesita que usted le amplíe ese grado de confusión, ¿no cree? Así que no haga un drama y, si de verdad la quiere, dele el espacio que necesita.

Zac se levantó como una fiera, la silla cayó sobre el suelo y el salón de té entero desvió la atención hacia ellos.

Le importó un carajo.

—Zac, haz el favor de sentarte, por favor —dijo Zoe mediante una orden concisa, enfrentándose a la cruda realidad.

Zac miró a su hermana con estupor.

¿Cómo podían ser cómplices de lo que estaba ocurriendo? ¿Acaso seguían ciegos?

Su querida Amara seguía descompuesta, incapaz de mirarles a cualquiera de ellos, y con su posición de sumisión total no hacía falta que se pronunciara. Su porte, silencio y conformidad hablaban por sí solas.

¿Acaso no lo apreciaban? Porque no había que ser muy listos para darse cuenta de que la muchacha que tenían de frente no se parecía ni de lejos a la que convivió con ellos durante varios meses, y el simple hecho resultaba bastante significativo.

Al menos sí para él, lo que le condujo al único escenario posible.

¿Con qué demonios la estaban extorsionando?

En el último instante consiguió templar los nervios, sabiendo leer entre líneas y optando por obedecer a su hermana, la cual parecía empeñada en decirle algo a través de la mirada y, aunque no tenía la menor idea de qué podría ser, comprendió que la familia Hackins al completo no dudaría en posicionarse a su favor, ¿cómo osaba dudar de ellos? Es más, Amara les había robado el corazón a cada uno de los integrantes de la mansión, y la seguridad de que Zoe tenía un plan en mente fue la consecuente de que recolocara la silla en su sitio y se sentara de nuevo, lo que Zoe aprovechó para romper el incómodo silencio.

—Disculpen a mi hermano —comenzó diciendo en son de paz—, he de reconocer que estamos todos un poco nerviosos debido a los acontecimientos, aunque lo que debatimos aquí está claro. Cada uno de nosotros tenemos algo en común, y corríjanme si me equivoco, pero se trata de Amara y de su felicidad, ¿no es así?

—Claro, claro —secundó la condesa tras un momento tan violento.

—Pues en ese caso déjenme que les haga una propuesta —avanzó en tono amistoso asumiendo el peso de la conversación—, ya que han viajado hasta aquí desde algún lugar de Inglaterra podrían aprovechar la ocasión para disfrutar de los placeres de esta gran ciudad. Permítanme que tanto mi esposo como yo les ofrezcamos la posibilidad de asistir a cualquier evento importante, codéense con la alta esfera de la nobleza londinense y después, si así lo prefieren, pueden marcharse a su hogar. ¿Qué les parece?

A Zac la reacción de su hermana no le pilló de sorpresa y se sintió culpable.

«Pues claro, ¿cómo es posible que haya llegado a culpabilizar a Zoe y a mi cuñado por no ser capaces de darse cuenta de que algo sumamente raro estaba sucediendo aquí?».

Y es que, lo único que pretendía la avispada de la hermana era conseguir tiempo, y ese órdago podría servirles sin que le importara que tuviese que aliarse con el que, al parecer, era el férreo enemigo.

Zac contuvo la respiración sin tan siquiera ser consciente de lo que hacía y se dedicó a esperar la posible respuesta de la otra parte, a la vez que la madre y el hijo intercambiaron una mirada significativa.

Al parecer, el plan ideado podría contar con la oportunidad de salir adelante, y todo gracias a la magnífica ocasión de establecer dos metas bien diferenciadas. Por un lado, se les brindaba la certeza de poder concertar un matrimonio provechoso para Bradley, y por el otro la importancia de rodearse, esta vez sí, de las personas más influyentes para la condesa, convirtiéndose en un sueño que podría hacerse realidad puesto que las invitaciones de la noche anterior se limitaban a gente de bajo rango, si los comparaban con la influencia y el entorno de los duques de Hackins, los cuales contaron con la asistencia de la mismísima reina a su fiesta.

¿Cómo negarse?

La codicia cegó a la condesa en cuestión de segundos y, cuando iba a aceptar el trato, su hijo se le adelantó:

—Gracias por la invitación, milady, pero debemos cerrar filas en torno a Amara y para ello lo mejor es que regresemos cuanto antes. Una vez que se recupere de la angustia que ha debido de pasar estaremos encantados de aceptar una oportunidad como la que nos acaban de ofrecer, entiéndanos, la felicidad de ella es lo único que de verdad nos importa y actuaremos en consecuencia.

Después de tal alegación, por parte de ese mentecato, Zoe se vio en la obligación de morderse la lengua. En el caso de no hacerlo hubiese soltado por esa boca lo que pensaba en realidad, y por nada del mundo debía contemplar la posibilidad si lo que quería era el bien de la pobre Amara, ya que, por mucha influencia que tuviesen, era su familia la que mandaba y ellos, de momento, no podían hacer nada para impedir lo que ese ser odioso quería a toda costa, que no era más que alejarla y llevarla consigo bien lejos.

—Y ahora, si nos disculpan —continuó Bradley levantándose sin tocar el té siquiera—, debemos marcharnos. Mañana a primera hora sale el ferrocarril y tenemos varios asuntos que atender. Señores...

La reverencia que les hizo fue una auténtica provocación, al menos Zac así lo interpretó, y protestó al percatarse de que Amara se levantaba con la intención de marcharse sin dirigirles la palabra.

—¿Acaso piensas irte sin despedirte? —terminó echándole en cara, pretendiendo herirla con tal de que se manifestase de la forma que fuera.

Algo que siguió sin hacer, continuando con el empeño de no mirarle, afanada en ocultarle

el dolor que reflejaban sus ojos, o Zac sería capaz de meterse en un verdadero lío.

Y ella no lo iba a consentir.

—Por el amor de Dios, Amara, ¿quieres hablarme de una maldita vez? Soy yo, ¿acaso ya no confías en mí después de todo lo que hemos vivido? —suplicó un pobre hombre al borde de la desesperanza.

A la dama se le hizo un nudo en la garganta, el dolor y la desesperación eran tan grandes que su alma afligida optó por tener la decencia de al menos agradecerle la protección ejercida hacia ella, una protección que debía de dejar atrás para en cambio enfrentarse a la cruda realidad.

Así de simple.

—Amara —intervino Bradley harto de lo que presenciaba—, vámonos.

Ella se limitó a asentir y obedeció, agarrándose al brazo que su hermanastro ya le ofrecía.

Y antes de abandonar la sala, en el último momento, decidió pronunciar tres simples palabras que a la otra parte le desgarraron por dentro.

Estas fueron:

—Gracias por todo —susurró consumida por la pena.

Tal y como vinieron se marcharon, mientras las personas que se quedaron en el salón no daban crédito a la reunión a la que acababan de asistir.

CAPÍTULO XXII

Esa misma noche

—Zac, Zac.

Nada, el joven no atendía a razones y salió disparado hacia la puerta.

Llevaban debatiendo varias horas acerca de las posibilidades que tendrían para evitar que se llevasen a Amara y no conseguían acercar posturas. Estaban atados de pies y manos, y lo que querían evitar, a toda costa, era que Zac terminara cometiendo alguna locura, pues estaba dispuesto a plantarse en el hotel, llevarse a la fuerza a su querida Amara y después desposarla en la pequeña iglesia de un pueblo cercano a costa de despertar al sacerdote si era preciso.

¿Qué importaba? Porque era eso o matar a sus parientes...

—Déjalo, Zoe, yo en su lugar actuaría del mismo modo.

La duquesa se llevó las manos a la cara y su esposo la abrazó, mientras April y Trueno se acercaron con los semblantes consumidos por la preocupación.

Lo siguiente que se escuchó fue el portazo que dio Zac al salir.

—Tranquilos, iré tras él —dijo Trueno.

—No va a servir de nada, Trueno, tú mismo has visto el estado en el que se encuentra.

—Sí, pero al menos evitaré que se meta en algún aprieto considerable, porque como tenga la contrariedad de toparse con el sujeto en cuestión le propinará un porrazo sin contemplaciones y depende dónde y cómo lo haga puede acabar muy mal parado.

—Te acompaño —Nick besó la cabeza de su esposa y se dispusieron a marcharse.

—Vamos, preparemos té —la animó April una vez que se quedaron solas—, mucho me temo que va a ser una noche muy larga.

—Si habéis venido para estorbar ya os podéis marchar —soltó Zac, de malos modos, al comprobar que Nick y Trueno seguían sus pasos y subían al carruaje que lo conduciría hasta el centro de Londres.

—Anda, cállate, ¿acaso pensabas que te íbamos a dejar solo en esto? Porque de ser así es que no nos conoces lo suficiente.

—¿Sabes lo que te juegas? —preguntó a su cuñado con el semblante serio.

—No, no te equivoques, Zac. No puedes comprometerme, así que ya puedes comportarte como es debido. Entiendo tu postura, incluso yo haría lo mismo, pero debes mantener la cabeza fría. Nada de problemas y nada de concertar duelos al amanecer, ¿estamos?

—No puedo prometértelo, Nick —confesó con el tesón reflejado en la cara—, haré cuanto esté en mis manos para que permanezca a mi lado y no me importarán las consecuencias, de modo que piénsalo bien, pues quizá debas quedarte.

—Me temía una contestación así —suspiró con pesar, aceptando la respuesta.

A continuación le dio la indicación al cochero, de que estaban listos, y los tres se mantuvieron en silencio, a la vez que el coche de caballos avanzaba entre las sombrías calles casi vacías debido al frío y a la espesa niebla que los rodeaba.

—¿Cuál es el plan? —Trueno fue el primero que habló una vez que llegaron al destino indicado.

—Tenemos que averiguar el número de habitación en el que está hospedada —avanzó Zac con decisión—, una vez logrado treparé por la fachada y me introduciré por su ventana. Tengo que conseguir, de la manera que sea, conversar con ella a solas y para que suceda no puedo arriesgarme a que me descubran.

—Está bien, yo me encargo —secundó Nick de inmediato—, Trueno, tú vigila por si observas algo extraño, aunque con la noche que hace no creo que tengamos ningún contratiempo. Zac los miró atónito.

—¿Así de fácil? —Se sorprendió por la buena disposición de ambos—, ¿no vais a poner ningún tipo de traba?

—¿Acaso nos ibas a escuchar?

—No.

—Pues eso, ahora regreso.

—¿Y si te encuentras con alguno de los dos?

—Ya me inventaré algo, tranquilo.

Nick se dirigió hacia la entrada del hotel y le perdieron la pista en cuanto cruzó la puerta.

Ahora les tocaba esperar.

Cinco minutos después salía con una sonrisa en la cara.

—Listo, habitación número ocho.

—¿Y cómo sabré de cuál se trata?

—Fácil, le he dicho a la persona que me ha recibido quién soy, al instante me ha indicado el número de la habitación que buscaba y he aprovechado para subir, he contado las puertas que hay y por la posición me ha quedado claro que la ventana da al callejón interior. No te resultará difícil acceder hasta ella.

—Sabes que mañana a primera hora correrá de boca en boca el rumor de que el duque de Hackins ha venido hasta aquí para reunirse con una posible amante, ¿verdad?

Nick se limitó a encogerse de hombros.

—Nunca podré agradecerte lo que acabas de hacer, hermano.

—Deja la palabrería y actúa con prontitud. No hay tiempo que perder.

Zac asintió y se dirigió al callejón trasero, Trueno se mantuvo en una de las esquinas y Nick en la otra, y allí se quedaron, a la espera de los posibles acontecimientos que estuviesen por venir.

Amara no probó bocado en toda la cena y se limitó a comportarse como era costumbre en su vida de siempre; de manera dócil, parca en palabras y evitando contrariar a alguno de los dos.

La lección la tenía bien aprendida.

Una vez que terminaron, se excusó y se retiró a la habitación que habían contratado para ella. El lugar en el que seguía, tirada sobre la cama, llorando sin consuelo.

Toc, toc.

El corazón de Amara aceleró sus latidos en cuanto escuchó los golpes en la puerta.

Sabía quién estaba detrás y lo peor, que debería disponerse a abrir.

Lo hizo.

—Hola, querida, ¿puedo pasar? —Escuchó la voz de su hermanastro.

Ella se hizo a un lado y Bradley pasó al interior. Una vez dentro cerró la puerta, se acercó y con dos de sus dedos la obligó a que alzase el mentón para contemplarla a su antojo.

—Vaya —avanzó chasqueando la lengua—, te noto afligida, ¿has estado llorando?

Amara trató de zafarse de su agarre y no pudo.

—Querida, no debe de importarte mostrarme tu aflicción, ya sabes lo mucho que me atrae, pues gracias a ella soy el amo y señor de tu vida.

Amara era conocedora de lo mucho que disfrutaba con su desdicha, es por ello que nunca le permitía que la viese llorar, aunque esta vez no pudo evitarlo y una lágrima traicionera cayó sobre su mejilla.

Bradley la limpió con uno de sus dedos de manera embelesada.

—Me apena comprobar que sigues en la misma tesitura con respecto a mí, cuando tan solo te han bastado unos meses para dejar que otro te tutee, te toque, te saque a bailar... Ay, Amara, Amara, me has decepcionado tanto que alguien tendrá que pagar por ello.

—Me portaré bien —se apresuró a decir, claudicando con una ansiedad terrible.

—¿Ah, sí? —Bajó las manos a su cintura y empujó el talle contra su cuerpo, abrazándola con un ansia demoledor—, Amara, eres tan importante para mí... ya creí que te había perdido para siempre.

Posó la nariz sobre su pelo y aspiró con fuerza.

—Hueles tan bien.

—¿Sabe su madre que está aquí?

—Por supuesto que no, mejor que nadie eres conocedora de que ella no aprueba mis sentimientos por ti y me ha costado engañarla. Tranquila, no nos molestará.

—¿Qué ha hecho? —preguntó aterrada.

—Dormiré plácidamente durante toda la noche, no debes preocuparte, además, si he actuado así es porque me he visto en la obligación de hacerlo; desde que te encontramos no se ha separado de ti y odio que ejerza de tu guardiana cuando ese papel me toca a mí —justificó contrariado—. Y ahora siéntate, deseo cepillarte el pelo mientras te hago partícipe de los planes que tengo con respecto a nosotros.

Un estremecimiento de horror recorrió el cuerpo de la muchacha al completo.

—Ven, permíteme que contemple tu cabello suelto.

Obedeció y se vio obligada a tragarse las arcadas que le producían sus sucias manos deshaciendo el moño que llevaba.

—Te contaré algo ahora que estamos a solas —contempló relajado—, ¿a ti no te pareció extraño que el mismo día que regresé a casa del internado en el que me obligaron a asistir durante años tú desaparecieras? En un principio hasta creí que habías huido, aunque claro, tu bondadoso corazón no te lo habría permitido.

—¿Qué insinúa? —preguntó desconfiada.

—Creo que fue mi madre la que propició que te secuestraran, Amara, sí, ya sé que son solo suposiciones mías, pero, ¿de verdad que a ti no se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de que mis pensamientos sean acertados? Demasiada casualidad, diría yo.

—¿Y qué importa lo que yo crea, mi señor?

—Ohhh, me complace averiguar que no has olvidado lo mucho que me gusta que te

refieras a mí en esos términos, querida. Seré benevolente con quien tú sabes si continúas agradándome así.

—Lo haré, mi señor.

Y cerró los ojos ante la imposibilidad de seguir dando cuenta del esmero que él dedicaba en desenredar mechón a mechón su pelo con el cepillo, asemejándose al mayor de los placeres que alguien con la mente perturbada como la de él podría degustar.

—Pues bien, como te decía tengo planes para nosotros, querida. Mi madre cumplió mi deseo de no comprometerte con nadie, sí, sé que es debido a la negación a pagar ninguna dote por ti, aun así se lo agradeceré siempre. Gracias a su avaricia podré elegir a la mejor esposa que me convenga, al mismo tiempo que dispondré de ti cuando lo considere oportuno para que calientes mi colchón.

Apretó uno de sus mechones con una fuerza imprevista y respiró con dificultad al imaginarse la escena.

—Por favor, mi señor, me gustaría descansar.

—Shsss, tranquila, no has de temerme, cuando llegue el momento seré compasivo, a cambio solo te pediré que seas capaz de amarme como yo te amo a ti, Amara.

Dolor, rabia, ira... la mezcla de sentimientos atenazaba un corazón y un alma en pena debido a la imposibilidad de no tener derecho a aspirar a una vida tranquila.

Tampoco pedía tanto, ¿verdad?

En ese instante de flaqueza, la imagen del rostro de Zac acudió a su mente y consiguió desestabilizarla por completo.

¿Cómo iba a renunciar a un hombre tan especial? Lo necesitaba tanto como el respirar, en cambio ahí estaba, alejándose de ese amor incondicional para adentrarse en la boca del lobo.

No albergaba otra opción.

—Oh, Amara, he de irme o cometeré una locura —confesó apartándose con un gesto avergonzado.

Desanduvo los pasos hacia la puerta, sin apartar los ojos de los de ella, y ocultó con las manos el origen de su vergüenza.

Cada vez que su virilidad se veía afectada «por ella» se maldecía una y mil veces al no tener la capacidad suficiente como para controlarla. Un detalle que le hacía sentir la debilidad más indecorosa en cuanto a la hombría de la que se vanagloriaba, pues cada vez que le sucedía únicamente encontraba consuelo acudiendo a cualquier prostíbulo y eligiendo a una mujer con las facciones parecidas a las de su adorada Amara.

«En fin, tendré que seguir conteniéndome y buscar consuelo entre los muslos de alguna furcia, no debo precipitarme después de lo mucho que he esperado, y no enturbiaré un momento tan especial cuando tenemos toda la vida por delante ahora que he dejado atrás ese infernal internado», se dijo un hombre al borde de la locura.

Cerró la puerta tras de sí y, en cuanto Amara se quedó sola, dejó caer el cuerpo en el suelo, se hizo un ovillo sobre sí misma y dejó que unas lágrimas amargas como la hiel empaparan sus mejillas.

Para la joven dama no había consuelo posible.

No. No lo había.

Zac escaló con dificultad el último tramo de fachada y llegó a su objetivo, al asomarse se percató de que la habitación estaba a oscuras.

¿Estaría dormida?

Empujó el cristal con cuidado y se encontró con lo que temía.

Cerrado.

Esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad y fijó la vista en el interior.

Nada.

Volvió a empujar el cristal y notó un ligero clic.

¿De verdad podría tener tanta suerte?

Pues sí, según parecía la ventana no encajaba del todo y con su siguiente empujón logró abrirla.

Sin dilación entró en el interior y se dio de bruces con la cruda realidad.

—¿Amara?

Los sollozos llegaron hasta sus oídos, rompiéndole el alma, y se acercó con un cuidado extremo.

Seguía sin verla.

Unos segundos después atisbó lo que parecía un bulto sobre el suelo.

—Dios mío, pequeña, ¿qué haces ahí?

Rápidamente la cogió en brazos, se sentó sobre la cama y la acunó sobre su pecho con un amor infinito.

—Shsss, tranquila, amor mío, estoy aquí, estoy aquí.

Amara pasó los brazos alrededor de su cintura y se dedicó a lo único que podía hacer en esos trágicos momentos.

Llorar y llorar.

CAPÍTULO XXIII

—Mi padre nunca me perdonó que su esposa falleciera alumbrándome, era su primer parto y no lo resistió. Tras mi nacimiento él se dedicó a beber, a las mujeres de dudosa reputación y a permanecer alejado de mí todo cuanto le era posible, y así fue como se olvidó de que existía siquiera, aunque lo cierto es que debo de agradecerle el que me dejara en las mejores manos. Mi nana.

»El amor que siempre me dio fue suficiente para adaptarme a una vida sin el cariño de mi progenitor, y todo iba más o menos bien hasta que mi pesadilla dio comienzo. Lo hizo cuando contaba con once años y él decidió contraer segundas nupcias con una mujer despampanante que le robó la razón.

—¿Entonces la condesa y Bradley no son tu madre y tu hermano?

—No, no lo son. Son mi madrastra y hermanastro.

Después de la interrupción tomó aire y continuó con el relato de lo que era su vida:

—Desde el primer momento en el que los vi ninguno me agradó, ella nunca se molestó en ocultar la animadversión que me tenía, y él... él despertó en mí mis miedos más terroríficos desde el primer encuentro. En cuestión de semanas dejé la infancia atrás y me dediqué a sobrevivir, mientras sufría por lo que más quería.

»Primero mató al cachorro que mi nana me regaló, después me obligó a presenciar lo mucho que disfrutaba maltratando a cualquier animal, también fui víctima de su mente perturbada, puesto que cada vez que podía me lastimaba, y para colmo de males se encargó de culpabilizarme de su sin fin de tropelías, ganándome castigos crueles que mermaron mi razón de ser, hasta terminar por mostrarme su peor cara.

»El día que intentó forzarme...

—¿Qué? —preguntó Zac horrorizado, tensando la mandíbula con espanto.

Amara ni siquiera se dio cuenta de la interrupción, su mente se hallaba bien lejos de allí y continuó con su alegato:

—El día que intentó forzarme yo contaba con catorce años y dio la bendita casualidad de que mi padre lo descubrió, montó en cólera y lo envió de cabeza a un internado. La condesa nunca se lo perdonó, aunque me culpabilizó a mí de lo ocurrido y se encargó de tomar el relevo de su hijo para hacerme la vida imposible.

»Me prohibió salir de casa, me privó de comportarme como una persona normal y se empeñó en convertirme en la mujer que soy hoy. Una mujer frágil, sumisa, insegura y atada de pies y manos con respecto a ellos. Bien se encargaron de conseguirlo.

»Un año después, Bradley regresó, era el primer permiso que le concedieron, y mi nana tardó en recibir la orden expresa de no perderme de vista ni de día ni de noche. Por aquel entonces tenía quince años y Bradley dieciséis, y le resultó imposible acceder a mí... de la manera que él deseaba. Por lo visto la obsesión que sentía hacia mi persona no es que hubiese menguado, sino todo lo contrario, aumentando de manera obsesiva a la par que enfermiza y, a través de unas cartas que deslizaba por debajo de la puerta de mi alcoba, quiso hacérmelo llegar. Mi nana fue la primera en descubrirlas, pues el tiempo que ese demente estaba de visita, mi ángel de la guarda también se acostaba conmigo.

«No tardó en enseñárselas a mi padre. El contenido debía de ser terrible, puesto que bajo

ningún concepto la persona que siempre me ha querido y protegido permitió que las leyera nunca, y Bradley fue obligado a adelantar la marcha hacia el internado, la condesa volvió a culpabilizarme y, entre los dos, fijaron su maldad en lo único que de verdad me importaba y me quedaba, eso sí, para llevarlo a cabo antes debían deshacerse de la persona que, aunque fuese de lejos velaba por mi seguridad, y esa persona no era otra que mi padre.

»Cuando comenzó a indisponerse ninguna de las dos pudo suponer lo que sucedía en realidad, ¿cómo podríamos hacerlo? Y cuando empezamos a sospechar ya era tarde, demasiado tarde.

»Mi padre murió envenenado un año después y mi protección se la llevó a la tumba.

»Desde el mismo día en el que le dimos sepultura temíamos que antes o después Bradley regresaría a la que se había convertido en su casa por derecho, y empezamos a hacer planes para intentar huir, pero claro, ¿cómo se huye si no dispones de nada? Mi madrastra se encargó de dilapidar la fortuna familiar y empezó a vanagloriarse de que concertaría un matrimonio que se adecuara a mí. Por aquel entonces tenía diecisiete años y sus palabras textuales fueron:

«—Querida, hoy vendrá a tomar el té un hombre que está interesado en ti, fíjate si es así que ha aceptado a renunciar a tu dote y en cambio pagarme una indecencia por conseguirte. Lo malo es que los cotilleos dan cuenta de lo larga que tiene la mano, de lo mezquino que es y de lo poco agraciado de su cara y cuerpo a sus casi sesenta años, oh, vamos, no pongas esa cara de estupor, querida. Ahora no está tu papaito y pagarás a base de dolor y sufrimiento el haberme privado de la cercanía de mi hijo.

»Hoy he descubierto que mentía, tan solo trataba de dañarme moralmente, puesto que le prometió a su hijo que no le pertenecería a nadie que no fuese él mismo. Mi destino estaba sellado, a disposición de un hombre sin escrúpulos, enfermo de mente y obsesionado con hacerme suya.

»Hoy también he descubierto que la condesa finalmente fue capaz de engañar a su propio hijo, al ser ella la que me vendió al capitán del barco que viajaba desde tu país de origen y que paró por casualidad en suelo inglés antes de atracar en el puerto de Londres, y por lo tanto fue ella la que propició con su maldad a que tú y yo nos pudiésemos conocer en aquel lugar que ambos preferimos ni nombrar.

Zac hacía un esfuerzo titánico por tratar de procesar tanta información junta, mientras la sujetaba sobre su regazo.

Y admiró la fortaleza y la valentía de una Amara que, desde el mismo instante en el que abrió la boca, consideró oportuno dejar las lágrimas atrás para dar salida a todo cuanto llevaba dentro desde hacía demasiado tiempo.

—Hay algo que sigo sin entender, amor mío —susurró besando sus cabellos.

Amara supo a lo que se refería y alzó el mentón, acarició su rostro con un amor infinito y dejó que de sus labios saliesen unas últimas palabras.

—Lo harás —susurró con el corazón partido por la mitad—, después de lo que te he contado, ¿acaso no ves lo que es obvio? Estaría encantada de ser tu esposa, de pertenecer a una familia tan especial como la tuya, de pasar toda la vida juntos en tu Wyoming querido, de darte hijos, de..., en definitiva empezar a vivir... mas no puedo hacerlo, Zac.

—Sí, sí que puedes, ahora estás conmigo, y los dos...

—Tienen a mi nana, Zac —lo interrumpió con nuevas lágrimas asomando—. La tienen en su poder y ni siquiera sé el lugar, las pocas veces que la he visto ha sido en diferentes sitios, y por ella seguiré sacrificándome el resto de mi vida. Se lo debo a ella y a mí misma.

La cara de Zac se ensombreció por la conmoción de sus palabras.

«Ahora lo entiendo todo».

Y, en vez de salir de la habitación, para matar con sus propias manos a la escoria que estaría tan tranquilo durmiendo, consiguió templar los ánimos.

Debía de hacerlo, porque por nada del mundo pensaba fallar a la que era el amor de su vida.

No, ni de lejos, aunque fuese a costa de tragarse la ira que se descontrolaba por cada poro de su piel y las ganas de causar daño a la maldita condesa y al demente de su hijo.

Que Dios lo ayudase, porque no sabía cuánto tiempo aguantaría.

CAPÍTULO XXIV

Amara advirtió, por primera vez, que el peso que llevaba siempre a cuestas desaparecía un poco.

Contar la verdad le hizo bien y entendió a qué era debido.

Zac, ¿cómo no?

Y tomó una decisión.

—Zac, sabes que tienes que dejarme ir, ¿verdad?

El joven se removió inquieto con ella sobre su regazo.

—¿Zac?

—No me pidas un imposible, Amara —aseveró con la cara contraída por la impotencia—, por supuesto que no dejaré que te vayas, no sé cómo lo haremos, pero te prometo que juntos encontraremos una solución.

—No, ¡escúchame! —alzó la voz cogiéndole la cara entre sus manos—, lo nuestro es un imposible.

—Amara...

—Déjame terminar, Zac, te lo suplico —de seguido llevó las manos a su nuca y entrelazó los dedos en sus cabellos, adoraba esa sensación—. Si él llega a sospechar de mí, mi nana morirá, y siento decirte que no hay nadie por encima de ella. Nadie, Zac, ni siquiera tú.

—Amara...

—Shsss, y ahora que eres partícipe de lo que sucede me costará menos decirte lo que deseo que pase aquí, ahora, pues estoy dispuesta a rogártelo si es preciso. Solo te pido que no me juzgues, ¿lo harás?

—Nunca sería capaz de juzgarte, bella mía.

—Bien, pues entonces quiero hacerte conocedor de algo, y es que, si he de vivir un infierno para salvar a la única persona que nunca me ha dado la espalda, así será, pero me gustaría, si me lo concedes, llevarme para siempre el mejor recuerdo que solo tú puedes darme y que atesoraré como el mejor de los tesoros por el resto de mi vida.

—¿A qué te refieres?

El rubor de su cara le dio un indicio y los nervios aparecieron de la nada.

—Zac —susurró emocionada—, desearía más que nada en este mundo compartir esta noche contigo.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Ahora?

Ambos sonrieron con timidez y retrocedieron hacia el pasado, un pasado en el que rememoraron aquella vez en la que la conversación fue muy parecida el día en el que Zac pidió verla, en cuanto recuperó la consciencia en la mansión Hackins, para después suplicarle que se quedara.

La gran diferencia radicaba en que, en esta ocasión, era Amara la que contestó:

—Sí. Aquí. Ahora. Solos tú y yo, ¿me concederías ese favor?

—Oh, pequeña, ¿cómo negarme a hacerte mía?

Y omitió una información de vital importancia, pues antes muerto que dejarla en las manos demoníacas y perversas de un ser sin sentimientos de ningún tipo.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —Se sinceró Zac besando la punta de su nariz.

Ella asintió.

—Sabes que no podría vivir sin ti, ¿verdad? —Y besó la comisura de sus labios.

Amara volvió a asentir.

—Y sabes que lucharé por ti, ¿verdad? —Antes de que pudiese protestar se apoderó de sus labios y se dedicó a besarla en profundidad.

Amara se olvidó de todo, menos de él, y se dispuso a corresponder a cada beso, a cada caricia, a cada una de las atenciones del hombre al que amaba más que a su vida, y se limitó a disfrutar.

Resultaba tan reconfortante y embriagador...

Y Zac, incomprensiblemente, dudó de sí mismo. Parecía que también era su primera vez debido a la importancia de la mujer que tenía entre sus brazos, y su deber pasaba por ser tierno, cariñoso, paciente y, lo que era más difícil, por controlar el deseo que sentía hacia ella.

¿Lograría estar a la altura de las circunstancias?

—Me vuelves loco, Amara, si supieras lo que he soñado con este día...

Uno a uno desabrochó los botones del vestido y gimió de placer a medida que iba descubriendo su cuerpo.

—Eres tan hermosa...

Recorrió la clavícula hasta sus pechos y lo hizo a base de besos húmedos que arrancaron gemidos incontrolables por la boca de su amada.

—Y serás mía para siempre, no lo dudes —añadió con un instinto de posesión absoluto.

Amara ni siquiera escuchaba lo que él decía, el grado de placer nublabla su razón y se dedicó a corresponderle con una pasión que no entendía de vergüenza, de formalismos o de actos indecorosos.

No con él.

—Oh, déjame verte —pronunció extasiado mientras la ayudaba a levantarse.

El vestido y los demás ropajes cayeron al suelo y Zac se derritió al contemplarla desnuda.

—Te prometo ser delicado, te prometo ser tierno y te prometo que veneraré tu cuerpo pensando únicamente en ti, amor mío —avanzó, secundando tranquilizarla.

Ella no se quedó atrás.

—Y yo te prometo llevarte en mi corazón el resto de mi existencia, amor mío.

Zac la depositó sobre la cama y a continuación se deshizo a toda prisa de sus ropas. Una vez desnudo la cubrió con su cuerpo y se apoyó sobre sus codos para no aplastarla.

Resultaba paradójico, pero estaba tan nervioso o más que ella.

¿Cómo era posible?

Y le preguntó:

—¿Confías en mí?

—Siempre.

Se enorgulleció de su confianza, volvió a sus labios y los devoró con frenesí.

Amara acudió en su busca y entrelazó la lengua con la suya, destapando la lujuria que comenzaba a exigir más y más, y deleitándose con el roce de sus cuerpos desnudos, ávidos de la atención del otro.

Entonces la contención de Zac comenzó a flaquear, estaba al límite y actuó en consecuencia.

¿Cómo lo hizo? Pues separándole los muslos, con una de sus piernas, a medida que se le

escapaba un suspiro contenido al acercarse con su miembro erecto, el cual no entendía de razones de ningún tipo.

—Te amo, pequeña.

Empujó con extrema delicadeza y Amara se movió inquieta.

—Shsss, todo está bien, confía en mí.

Y volvió a besarla mientras empujaba un poco más.

La contención en un hombre acostumbrado a disfrutar, sin más, le resultó un auténtico calvario, y se concentró en ella.

Era lo único que importaba.

—Mírame, amor mío.

Un último embiste y la barrera de su virginidad se rompió, provocando que una asustada Amara sollozase dolorida.

A Zac le costó la vida, pero fue capaz de ejercer un control férreo y se quedó sumergido en su interior, sin moverse, mientras adoraba su cara con una multitud de besos.

—Ya pasó, pequeña, ya pasó. Ahora solo disfrútalo.

Los ojos de ella dieron su aprobación y Zac salió de su interior para dar una nueva acometida.

Y tocó el cielo al sentir que acudía en su busca.

—Lo sientes, ¿verdad?

—Oh, Zac.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

Una nueva embestida y Amara cerró los ojos. Un gemido se le escapó y posó sus manos en los glúteos de su amado. Después apretó con descaro.

—Vaya, vaya, la señorita es una caja de sorpresas, ¿no? —jadeó sobre su oído—, no sé qué es lo que me haces, pero me vuelves loco.

—Zac, oh, Zac —gritó con pasión.

—Vamos, pequeña, déjate llevar y siente mi amor por ti.

Lo hizo, dejando caer los brazos sobre la cama, desmadejados, mientras saboreaba la magia de lo que acaba de suceder entre ellos.

Zac gruñó extasiado, alcanzó el clímax y dejó su simiente en el interior de su vientre sintiéndose el hombre más afortunado de la tierra.

Sí, así es como se sentía.

La abrazó contra su pecho y dejó que llorase, aquellas lágrimas no eran de dolor, sino que eran la manera de darle las gracias por amarla con esa sensibilidad que no podría olvidar nunca.

—Ahora duerme, pequeña, debes de estar agotada.

—¿Te quedarás un rato?

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

—Entonces lo haré.

La abrazó más fuerte y solo la soltó cuando se quedó dormida.

—Por Dios, ¿por qué has tardado tanto? —le recriminó Nick en cuanto le vio.

—Digamos que he estado bastante ocupado.

—Será bribón...

La complicidad entre ellos se cortó, de manera radical, en cuanto Zac les hizo partícipe de la confesión que había tenido lugar en la primera planta del hotel aquel.

—¿Y qué vas a hacer? Esto es más gordo de lo que pensábamos, Zac.

—Lo sé, aun así no puedo dejar que se marche, lo siento.

—Sabes que ella no te perdonará en el caso de que a su nana le suceda algo, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Y aun así estás dispuesto a no dejarla marchar?

—¿Tú que crees?

—Me lo temía. Está bien, ¿qué vas a hacer ahora?

—No voy a dejarla sola.

—¿Y qué significa eso?

—Que volveré a subir ahí arriba y pasaré la noche con ella. Mañana ya veré qué es lo que hago.

—Tú mismo —intervino Trueno—, en cuanto amanezca estaremos aquí. No la lées antes, que nos conocemos.

—Lo intentaré.

Y así fue cómo los caminos de los tres se separaron, el de Nick y Trueno en busca de compartir las novedades con sus esposas, y el de Zac de vuelta a la fachada, ansioso por volver a escalarla para compartir el lecho con su Amara querida.

Tal y como vaticinó April, la noche en la mansión Hackins se alargó en el tiempo, mientras cada uno de los ocupantes se devanaba los sesos en busca de la mejor solución, en el caso de que existiese, para el enredo en el que estaban metidos.

¿Llegarían a alguna?

Lo tenían en extremo complicado, todo había que decirlo, y eran concedores de ello.

CAPÍTULO XXV

A la mañana siguiente, a ojos de Zac, todo, absolutamente todo fue de mal en peor, y empezó desde que Amara despertó y se lo encontró en su cama, abrazado a ella.

—Zac, Zac.

El joven despertó desorientado.

—¿Qué pasa?

—Debes irte, si te ven salir de aquí...

—No voy a dejarte sola, Amara.

La desolación en la cara de la dama habló por sí sola y comprendió el error cometido al abrirse a él.

—Esto no es ninguna negociación, Zac. Debes irte.

—No insistas.

Amara perdió la paciencia, envolvió su cuerpo con la sábana y se levantó de un salto.

—Por el amor de Dios, si en verdad me quieres debes marcharte, ¿acaso no lo entiendes?
—confirió presa del desánimo.

—Pero...

—Te lo suplico, no puedes hacerme esto.

—Amara...

—No. Te aviso, Zac, si le ocurre algo a mi nana no te lo perdonaré en la vida y hablo con el corazón en la mano, créeme.

A Zac no le importó.

—Te lo dije anoche y te lo digo ahora —insistió incansable—, juntos encontraremos una solución.

—No. No quiero ninguna solución, solo que te vayas y que lo hagas ya.

Podían tirarse así la mañana entera y no avanzarían en ningún sentido, por tanto supo que la batalla la tenía perdida y por el momento prefirió retirarse.

Solo de momento.

—Está bien, será como tú dices.

Herido en su orgullo, Zac se vistió a toda prisa y se marchó por donde había venido, antes de hacerlo dijo:

—No olvides que has sido tú la que me ha obligado a marcharme.

—Vete, por favor, no lo compliques más —suplicó llorando con el corazón encogido.

Una última mirada, repleta de intenciones, y después:

—Te amo.

—Y yo.

Abrió la ventana, se descolgó por la fachada y dejó de verlo.

Amara, entonces, languideció de dolor.

Toc, toc.

Amara alisó su vestido y se dispuso a abrir con la angustia apoderándose de cada parte de

su cuerpo.

Una desconocida la esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Es usted Amara?

—Sí, soy yo —titubeó sorprendida.

¿Qué querría?

—Tome, esto es para usted.

Miró hacia los lados, corroborando que no la veía nadie, y después sacó una carta del bolsito que llevaba en la mano.

—Pero, ¿qué...?

No obtuvo ninguna respuesta, al contrario, la mujer desconocida dio media vuelta y se apresuró a marcharse.

Amara cerró la puerta y se dispuso a leer esa carta con una incertidumbre única.

¿De quién sería?

No tardó en averiguarlo.

Desayunaron los tres entre un silencio absoluto. La cara de la condesa era un poema y según indicó le dolía la cabeza.

¿Qué le habría echado Bradley en el té?

A saber.

Una vez que terminaron esperaron a que el carruaje alquilado llegase.

—¿Preparada para nuestra nueva vida juntos? —susurró Bradley en el oído de Amara—, estoy ansioso por emprender el camino y abandonar esta ciudad, querida.

—Bradley.

—¿Sí?

—¿Cuándo podré verla?

—Si te portas bien pronto.

—Gracias, mi señor.

—Vamos, el carruaje ha llegado.

Le ofreció el brazo y ella se limitó a obedecer.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Salieron al exterior, Amara echó un vistazo general a todo cuanto la rodeaba y rezó una plegaria interna para que Zac no se encontrase por allí.

¿Habría seguido sus indicaciones?

Ojalá fuese así.

Su tez se volvió pálida al descubrirlo apostado en el edificio de enfrente.

«Oh, no», tembló de conmoción.

Y apresuró el paso con la intención de subirse al carruaje antes de que alguno de ellos deparara en él.

Tarde.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos ahí —escuchó la voz contrariada de Bradley, el cual se quedó apostado en la mitad.

Y ella actuó todo lo rápido que pudo.

—Mi señor, ignórelo y marchémonos ya, si perdemos el ferrocarril...

Bradley giró el cuello y le echó una mirada desaprobatoria.

—Oh, Amara, con tu actitud acabas de aclarar que ese fulano te importa, y bien sabes que no te conviene molestarme. ¡Sube al carruaje!

Una vez más obedeció, tal cual corderito, mientras sucedía algo en sumo extraño al otro lado de la acera.

Zac echaba chispas a través de los ojos, la visión de presenciar cómo la tocaba le nubló la razón por entero y se dispuso a impedirlo.

Amara solo le pertenecía a él, lo que significaba que nadie más podía tocarla.

¡Nadie!

—¿Dónde se supone que vas?

—¿Qué?

Zac desvió la atención. De repente Nick se comportaba de una forma un tanto extraña y lo agarraba del brazo.

Él no tardó en revelarse.

—¿Qué se supone que estás haciendo? Suéltame de inmediato —alzó la voz aniquilándole con la mirada.

—Ni lo sueñes.

Zac frunció el ceño, confundido, y ahora se percató de que Trueno se posicionaba a su lado derecho y con la misma intención.

Sujetarlo.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —se desgañitó a voz en grito a la vez que trataba de zafarse de la fuerza de los dos.

—Tú no te mueves de aquí.

Luchó, forcejeó y nada. Indudablemente no podía contra el cuerpo fornido de ambos y los odió.

Aunque, la peor parte estaba por venir, asistiendo con impotencia a la marcha del carruaje en el que se encontraba Amara.

—¡Soltadme!, ¡soltadme! —gritó poseído por la rabia.

Ninguno de los dos le hizo caso, ni siquiera cuando el carruaje dobló la esquina, y esperaron a retenerlo durante unos minutos más.

Pasado el tiempo que creyeron conveniente decidieron soltarle... y Zac se revolvió contra ellos.

Zas.

Zas.

Primero uno, y después al otro, les propinó un puñetazo con todas sus fuerzas en mitad de la mandíbula, a continuación, sin un minuto que perder, subió al caballo que le habían llevado y salió galopando como un demonio.

Los golpeados tocaron sus rostros magullados, sonrieron y, al igual que Zac, subieron a sus monturas, dedicándose a seguir los pasos del caballo a cierta distancia.

Zac galopaba como un loco. Su única obsesión era llegar hasta ella, rescatarla y después ya encontrarían la fórmula de dar con su nana, aunque para que eso ocurriera tuviese que sacarle a golpes dicha información al indeseable de turno.

«Bueno, para ser francos lo estoy deseando, no voy a mentir», se dijo con el gesto contrariado.

Avanzaba y avanzaba, emperrado en darles alcance, cuando de pronto descubrió el objetivo que perseguía, aunque...

¿Qué demonios estaba sucediendo? No daba crédito a lo que sus ojos presenciaban, y es que, el carruaje en el que viajaban, acababa de ser asaltado por varios bandidos sobre uno de los puentes que cruzaban el río Támesis.

¿Se podría tener peor suerte?

Espoleó al animal con saña y salió disparado con el afán de protegerla a costa de lo que fuera.

No le sirvió de nada, de absolutamente nada, mientras asistía a una escena dantesca y espeluznante que le heló el corazón.

No. No podía ser verdad.

Los asaltantes, en un principio, pretendían robarles, solo que en el último momento cambiaron de parecer.

Y todo debido a la hermosa mujer que había en el interior.

—Vaya, vaya, mirad lo que tenemos aquí.

Uno de ellos se asomó y admiró lo que su compañero les indicaba.

—Dejémosles que sigan su camino... aunque lo harán con una persona menos.

Amara pataleó, gritó y luchó como una gata salvaje, pero no pudo impedir que la sacaran a la fuerza, en volandas, para a continuación subirla a la grupa del caballo del que al parecer era el que mandaba.

Y mientras sucedía, un Bradley loco por arrebatarse su bien máspreciado, no pudo ni moverse. La hoja de una navaja de considerables dimensiones ejercía presión sobre su cuello, imposibilitándole acudir en su ayuda.

—Vamos, abajo —ordenó el malhechor antes de emprender el camino hacia los bandidos que huían a toda prisa.

La condesa y su hijo obedecieron y, justo cuando se apearon del carruaje, se dieron cuenta de la terrible escena que ocurriría a continuación.

—Nooo —gritó Bradley perdiendo la cordura.

Zac llegó a la altura del carruaje y lo hizo con lágrimas en los ojos, gritando la misma palabra que Bradley.

—Nooo.

Estaba en *shock*, debido a la imagen que quedó grabada en sus retinas, y que mucho se temía que no olvidaría jamás.

Imposible.

Y esta era la imagen de Amara, siendo arrojada al río desde el puente, sin contemplaciones.

Los recuerdos de Zac iban y venían, el trauma al que se enfrentaba lo tenía en un estado de estupor total y perdía la razón por momentos.

En un instante de cordura miró a su alrededor y frunció el ceño. ¿Qué hacía en el interior de una celda?

Un fogonazo apareció en su mente y lo supo.

Tras presenciar cómo asesinaban al amor de su vida decidió pagarlo con Bradley. Él tenía la culpa de todo, y también recordó al par de policías que no tardaron en llegar, llevándose a la fuerza entre gritos desesperados.

De no haber llegado a tiempo habría matado a ese hijo de perra a puñetazos, lamentablemente no pudo llevarlo a cabo.

¿Y qué decir de Nick y de Trueno? Ellos sí que eran los verdaderos culpables de lo sucedido. Si lo hubiesen dejado marcharse nada de esto estaría ocurriendo y su adorada Amara seguiría entre ellos.

Y supo que no volvería a ver a su hermana; sintiéndolo mucho no le quedaba otra opción que renegar de su familia, puesto que ni muerto volvería a la casa del traidor que le terminó arrebatando a lo que más quería.

CAPÍTULO XXVI

Casi dos meses después

—Eres un hombre afortunado, al fin han venido a por ti —le dijo uno de los carceleros, abriendo la reja de la celda en la que estaba.

Zac abrió los ojos y dejó que se acostumbrasen a la oscuridad reinante. Una vez conseguido, dio un brinco y se abalanzó sobre el hombre conocido que lo esperaba fuera.

Era la última persona a la que querría ver.

—¡Maldito bastardo! ¡Maldito! —soltó reconcomido por la ira—. Tú tienes la culpa de lo que pasó y acabaré con tu vida.

De una manera salvaje se abalanzó sobre Nick, y este, que previó con antelación lo que haría, dio un paso hacia atrás.

No fue suficiente.

Finalmente, los policías también hicieron acto de presencia y se empeñaron a fondo para apartar, las manos de Zac, del cuello de su cuñado.

De no hacerlo lo habría asfixiado.

—¡Basta!

Consiguieron reducirlo, no sin dificultad, puesto que el pobre muchacho no tenía nada que perder y su intención era vengar la muerte de su amada.

—¿Cómo te atreves a estar aquí, frente a mí? —escupió Zac con una mirada fiera que daba miedo—. Para mí has muerto.

Nick le lanzó una mirada lastimera, y después:

—Sentimos el dolor insufrible por el que has tenido que pasar este tiempo, hermano.

—¡Yo no soy tu hermano! —chilló llevándose las manos a los oídos para no atender a las mentiras que soltaba con impunidad—. Así que no te atrevas a mencionarlo si quiera.

—Zac...

—¡Vete! —exclamó con lágrimas de impotencia en los ojos y un odio incuestionable—. ¿Qué parte no entiendes? No quiero volver a verte nunca.

Suficiente. El dolor de Zac era tan palpable que llegó a plantearse si sus métodos habían sido los acertados, y se maldijo por ser el causante de tanto sufrimiento.

Aunque claro, cada uno de los movimientos orquestados, ese día, fueron dirigidos por los integrantes de su familia al completo, a sabiendas de lo que provocarían, aunque dispuestos a llevarlo a cabo por un bien común.

Y por fin, después de varias semanas esperando, había llegado el ansiado momento y se lo haría ver así tardase el día entero.

¿Qué importaba?

—Zac, ¿quieres hacer el favor de prestarme atención? Tengo noticias que darte —alzó la voz con ímpetu para que lo atendiese.

—No, no deseo oír nada por tu maldita boca, en cambio lo que sí quiero es que te marches y que te olvides de mí. Justo lo que yo he hecho con vosotros.

—Si tu hermana te escuchase...

—¡No la metas en esto! —gritó consternado, al borde de perder la poca cordura de la que

disponía después de tantos agravios—. Gracias a ti y a tus formas no volveré a verla nunca, estarás contento, ¿no?

—Vamos, Zac, deja de decir sandeces y escucha lo que tengo que decirte. Es de vital importancia.

—Por mí como si...

—Nada de lo que viste ese día es lo que parece —soltó sin más, interrumpiéndolo con una mirada firme dedicada a él, en lo que se convirtió en toda una declaración de intenciones.

Y consiguió lo que buscaba.

Que lo escuchara.

—¿Qué? —preguntó limpiándose unas lágrimas amargas como la hiel.

Nick se acercó al joven que se hallaba consumido por la pena, aun a riesgo de que lo golpease, y tocó su hombro de manera amistosa.

—Zac, soy yo, ¿de verdad que se te llegó a pasar por la cabeza la posibilidad de que te impedí llegar hasta Amara por capricho? ¿De verdad has creído que te dejé solo en un momento tan importante de tu vida? Vamos, hermano, sabes lo importante que eres para mí.

Zac abrió los ojos, sorprendido, y dejó atrás las intenciones de luchar contra él.

Era curioso, pero dos simples preguntas acababan de ser suficientes como para sembrar la duda, tanto fue así, que el Zac de siempre vio oportuno borrar el rencor y el odio acumulado a lo largo de los insufribles días que llevaba allí encerrado, para dar paso, como un tropel, a una esperanza mal disimulada y que se expandía a la velocidad del rayo por cada parte de su cuerpo.

¿Se estaría confundiendo?

—No te entiendo —se expresó dubitativo, con unos nervios acuciantes que no le permitían pensar con la claridad que debería.

—Lo harás —pronunció Nick con énfasis—, cada uno de nuestros pasos fue por un único objetivo en común, y lo hicimos por consideración a ti y a Amara.

—¿Qué? —le increpó llorando como un niño, a medida que le apartaba la mano de su hombro y retrocedía a la espeluznante imagen que no lo dejaba descansar ni de día ni de noche.

Y entonces recreó, por enésima vez, la escena de ser arrojada por el puente hasta perderse entre las aguas turbias del Támesis y, con un instinto de protección hacia él mismo, cambió de parecer, prefiriendo no albergar ningún tipo de ilusiones ni esperanzas que únicamente lo conducirían a más dolor, ampliando la coraza con respecto a su cuñado.

Su única defensa pasó por darle la espalda, susurrando en un estado abatido:

—Amara está muerta, yo mismo presencié su final.

—No, no lo está.

Con anterioridad fueron suficientes dos simples preguntas, y ahora, en cambio, lo eran cuatro simples palabras que provocaron que Zac diese media vuelta y...

Un segundo le bastó y le sobró para descifrar la verdad a través de los ojos de Nick; y estos eran los de un hombre preocupándose por su hermano pequeño.

Así, sin más.

Y de nuevo, y en cuestión de unas décimas de segundos, la historia pareció cambiar, de forma radical, y Zac solo tuvo fuerzas para bajar el mentón y proferir un grito esperanzador.

De lo demás ya se ocupó Nick, cerrando filas en torno a un joven herido de muerte, a medida que lo estrechaba entre sus brazos con un amor infinito.

Él no se apartó.

—Volvamos a casa. Allí te contaremos lo que sucedió realmente.

—Entonces... —Zac inhaló una bocanada de aire y le costó pronunciar la siguiente frase, temiendo que solo se tratase de un sueño—, ¿Amara está viva?

—Así es, hermano, y lo que es mejor, está a salvo —se vanaglorió henchido de orgullo.

Zac enmudeció, debido a la emoción, y se recriminó cada uno de los pensamientos asesinos contra la persona que tenía delante.

¿Cómo osó dudar de una de las personas más importantes de su vida?

Y se rindió ante él, abrazándolo a su vez, mientras los dos lloraron de alegría.

Zoe se negó a apartarse de los brazos reconfortantes de su hermano. La angustia al saber, lo mucho que habría sufrido, la tuvo en un sin vivir las agónicas semanas en las que debieron de actuar con toda la cautela del mundo.

Y por fin cosechaban los frutos, agarrándose a él como si fuese su salvavidas, tal y como sucedía siempre entre ellos, y es que la relación que mantenían estaba por encima de cualquier contratiempo, eventualidad o lo que se terciara.

Así era la familia Evanson.

—Perdona, Zac, perdónanos por el daño que te hemos causado.

Su hermano la besó en la frente y la estrujó un poco más contra sí.

Cómo la había echado de menos, y pensar que hasta se le pasó por la cabeza que no volvería a verla...

—Vamos, cariño —dijo Nick apartándola un poco—, tu hermano se merece una explicación a lo que vio y ha llegado el momento de hacerlo, ¿no crees?

—Sí, por fin ha llegado.

La conmoción de todo lo vivido propició que a Zac se le pasase un detalle demasiado importante por alto, y por fin, ahora que estaba en casa, se dio cuenta de la ausencia notable de dos personas igual de relevantes que Nick y su hermana.

—Un momento, ¿dónde están Trueno y April?

El encargado de aclararle ese punto fue Nick.

—En su casa. La misma mañana en la que se sucedieron los hechos embarcaron hacia Saint Louis.

La expresión en el joven no dio lugar a ningún tipo de duda, evidenciando la sorpresa que se acababa de llevar.

—¿A casa? —preguntó con perplejidad.

—Ajá, enviaron un telegrama diciendo que ya estaban en suelo norteamericano, vamos, siéntate y te lo explicaremos desde el principio.

Zac obedeció y se dispuso a escuchar.

—Fue tu hermana, junto con April, las que trazaron el plan que te voy a detallar a continuación.

»Después de lo que nos contaste acerca de Bradley, sus intenciones, y la persona que tenía retenida a la fuerza, estaba claro que Amara siempre le pertenecería, así que llegaron a la conclusión de que solo asesinandola delante de sus propias narices serviría para que se olvidara de ella para siempre, y con todo el dolor de nuestro corazón nos vimos en la obligación de que tú

pensases lo mismo. No nos podíamos arriesgar a que lo estropearas con lo mucho que había en juego.

»Para llevar a cabo lo que idearon tuvimos que traspasar la línea en lo referente a la seguridad de su nana, intuyendo que, una vez ocurrido el falso asesinato, no tendría motivos para dañarla y por lo tanto la liberaría del lugar en el que la tuviese retenida a la fuerza o podría llevarnos hasta ella. Aunque claro, con un perturbado de esas características nunca se sabía...

»Ese mismo día, tanto April como Trueno embarcaron en uno de mis barcos, lo hicieron junto a la compañía de Amara, empecinados en ponerla a salvo todo lo lejos que pudieran.

»Debes saber que, desde que nos hiciste conocedores de la situación de tu amada, contraté a varias personas y estas se dedicaron a asuntos dispares y por completo diferentes.

»En primer lugar, los bandidos que viste en el puente no son tales. Les pagué una suma considerable de libras para que os hicieran creer, a Bradley, a la condesa y a ti, que la arrojaban por el puente.

»En segundo lugar, pedí un par de favores para retenerte en el calabozo el tiempo que fuese necesario. No me fiaba de Bradley e hice bien. Sin tú saberlo fue varias veces a verte; ese ser despreciable parecía intuir nuestros planes y se dedicó a husmear a tu alrededor, semanas enteras, antes de decidir marcharse junto a su madre. Por fin el ansiado día llegó, debió de cansarse y es cuando dio por real lo sucedido y regresó al condado de Somerset; el lugar en el que varias de las personas a las que contraté seguían cada paso que daba.

»El muy desconfiado tardó días en acudir al lugar en el que tenía retenida a la nana de Amara, por cierto, lamento decirte que en circunstancia lamentables, y mis hombres no desaprovecharon la oportunidad.

»Afortunadamente todo salió bien, la liberaron y desde entonces vive con nosotros.

»Y, para terminar de ponerte al día, decirte que los responsables de lo sucedido están en prisión.

Zac se sentó en el sillón y apoyó la cabeza sobre sus manos.

Tanta información junta, después de las semanas insufribles en la celda, le hicieron derrumbarse.

¿Entonces era verdad que nada de lo que vio fue real?

Al momento su hermana yacía sentada junto a sus pies, dándole todo su apoyo.

—Sé lo que te aflige.

—¿Ah, sí?

—Sí, piensas en lo mal que tuvo que pasarlo Amara al creer que su vida estaba en peligro, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Pues ya puedes olvidarte, puesto que ella conocía cada uno de nuestros pasos antes de que se produjeran siquiera.

—¿Cómo es posible? —la interrogó con sorpresa.

—Le escribí una carta en la que le indiqué cuáles serían nuestros movimientos, debía saberlo para así poder interpretar el papel estelar de una dama en apuros. Algo que llevó a cabo de maravilla.

—Pero entonces, ¿es cierto que ella está en Saint Louis? —preguntó recapitulando la información dada.

Una parte de él permanecía en *shock*, no sabía de qué forma asimilar las noticias tan excelentes, y la respuesta de su hermana lo terminó de confundir del todo.

Esta fue:

—No, exactamente.

—¿Cómo que no, exactamente? ¿Qué quieres decir?

—Eso lo tendrás que averiguar tú solito, aunque no creo que tardes en hacerlo. Antes de marcharse dejó algo para ti.

Zoe se levantó del suelo y fue hasta el armario. De él sacó un sobre con el nombre de su hermano escrito con tinta.

—Te dejaremos solo, hermano —secundó Nick, dándole una palmada en el hombro—, ah, y bienvenido a la que siempre será tu casa. Te hemos echado terriblemente de menos, que lo sepas.

Zac se limitó a asentir, después del vaivén de emociones, y sonrió de felicidad al verles abandonar el salón abrazados.

«Dios, cómo los quería».

Una vez solo abrió el sobre con manos temblorosas y, de seguido, una lágrima se deslizó por su mejilla al tener conocimiento de lo que su amada le había dejado.

Un reloj de bolsillo.

Y retrocedió en el tiempo, hasta aquel maldito lugar que los terminó uniendo para siempre, y en el que tuvo que deshacerse de uno de sus bienes más preciados.

Sí, en efecto, se trataba del reloj que su hermana le regaló años atrás, y del que se vio obligado a prescindir a cambio de poner a salvo a la mujer a la que amaba.

Con el corazón encogido se dispuso a abrir la tapa, y de sus labios escapó un sollozo esperanzador, mientras que los latidos del pecho latían acelerados ante el significado que guardaba en su interior.

Dentro de él cuatro únicas frases que le calentaron el alma.

Decía así:

Ya sabes dónde buscarme.

Te espero impaciente para iniciar nuestro nuevo comienzo.

Tuya, por siempre:

Amara

A Zac no hizo falta que nadie le dijese dónde buscarla. Lo sabía, pero antes tenía que hacer una visita.

«Bueno, no era del todo cierto, puesto que más bien serían dos».

CAPÍTULO XXVII

Prisión perteneciente al condado de Somerset

Esa misma tarde, Zac cogió el ferrocarril y se dirigió al centro penitenciario, ardía en deseos de hacer un par de visitas.

Empezó por el ala destinada a las mujeres.

—Buenas tardes, oficial. Tengo en mis manos un permiso que me otorga hacer un par de visitas a dos presos recluidos aquí.

La influencia del duque de Hackins le sobró y le bastó, abriéndole la puerta que necesitaba para olvidarse de una parte de su vida para siempre, antes de emprender el viaje que lo llevaría a reunirse con Amara.

Y como no podía ser de otra forma, Nick accedió encantado en cuanto Zac le propuso su última petición, también a acompañarlo, aunque este último prefirió hacerlo solo.

Esperó a que el oficial leyera la autorización y de inmediato se propuso a complacerlo.

—Acompañeme, por favor.

Bajaron por un entramado de escaleras, en las que la oscuridad era la parte reinante, y siguió los pasos del carcelero con extremo cuidado.

Por nada del mundo quería tropezar y romperse el cuello en un lugar así, menos con el futuro prometedor que lo esperaba en cuanto saliese de aquel lugar lúgubre y tétrico.

Una vez en la parte de abajo, lo condujo a través del camino que se perdía hacia la derecha, el lugar en el que se empezaron a ver las celdas.

El olor era nauseabundo.

—Aquí es, ¿necesita algo más? —ofreció servicial.

—No, gracias.

El hombre no pronunció palabra alguna y lo dejó allí, dándole la intimidad que buscaba.

Zac no perdió el tiempo.

—Buenas tardes, condesa.

—¿Quién está ahí? —se escuchó la voz débil de una mujer, acercándose a la luz de la antorcha.

—¿No me recuerda?

La mujer agarró los barrotes y la cercanía la ayudó a hacerlo.

—Usted...

—Sí, soy yo.

—¿Cómo ha salido de la cárcel? Casi mató a mi querido hijo.

—Señora, no sabe lo que hubiese disfrutado haciéndolo, aunque ahora que percibo con mis propios ojos sus excelentes aposentos, doy las gracias a que la policía me lo impidiera —replicó con sarcasmo, antes de taladrarla con una mirada impregnada de odio y permitiéndose el lujo de juzgarla él mismo—. No le quepa la menor duda de que pagaré, al igual que vos, cada sufrimiento causado a Amara y a su nana, sin contar lo que le hicieron a su padre. Van a pudrirse aquí.

—¡Maldito!

—Por cierto, no le he preguntado, ¿es de su agrado el lugar en el que la han hospedado? Mi

cuñado se encargó personalmente de que así fuera.

—¡Maldito!, ¡maldito!

—Bueno, señora, solo quería ver con mis propios ojos el castigo que le espera hasta el mismo día de su muerte, ah, se me olvidaba, antes de irme he de darle las gracias, mal que me pese.

—¿Las gracias? —preguntó la mujer mugrienta al borde de la locura.

—Sí, señora, gracias a usted, y a la providencial idea de vender a Amara al capitán de ese barco pude conocerla, así que yo, que soy un hombre educado y de bien, le digo que le estaré eternamente agradecido por otorgarme ese gran favor sin ser conocedora, siquiera.

La carcajada de la otra parte a Zac le puso los pelos de punta.

—¿Y de qué le sirve darme las gracias cuando debe de estar pudriéndose en el fondo del río? Ya no debe de quedar nada de su cuerpo, los peces se habrán dado un auténtico festín —se vanaglorió consumida por la rabia.

Y Zac se hizo el disimulado.

—¿Ella? No se referirá a Amara, ¿verdad?

—¿Y a quién me iba a referir si no?

—Ah, pues para su información he de decirle que está sana y salva. Todo lo que vieron no fue real y ella está viva, esperando a que la despose y a que la convierta en la mujer más feliz de este mundo, porque le puedo jurar que es a lo que me dedicaré en cuerpo y alma el resto de mi vida.

—¡Miente!

—¿Usted lo cree? Mire mi cara de felicidad, con eso debe de bastarle. Y ahora, si me disculpa, he de hacer otra visita, ¿quiere que le comunique algo a su querido hijo? Estoy deseando ver su cara cuando le informe de las novedades que le traigo.

—Ojalá se pudra en el infierno, ¡bastardo!

—Ah, no, eso mejor se lo dejo para usted. Que tenga un buen día, condesa.

Desanduvo los pasos por los que había venido mientras los gritos de la mujer se escucharon de fondo.

«Bien, pues la hora de hacer la siguiente visita ha llegado», se dijo un Zac repleto de sosiego, tras comprobar la justicia que se hacía en aquel lugar en concreto.

—Es aquí, le rogaría que no se acerque demasiado. En cuestión de días parece que ha perdido la cordura y se pasa el día entero pronunciando un nombre de mujer.

—Amara, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Tranquilo, sabré manejarlo.

—Está bien.

Y el mismo hombre de antes no lo dudó y lo dejó a solas, enfrente de la celda en la que dormitaba Bradley.

—¿Bradley? ¿Estás ahí? —se burló sin compasión, dejando los formalismos de lado.

Un cuerpo delgado, acompañado de un rostro perturbado se acercó a los barrotes y sus miradas se encontraron.

—Vaya, al parecer tengo visita.

—Sí, así es. ¿No me vas a dar las gracias por ello?

—Solo si te acercas —lo retó.

Zac lo hizo, desoyendo el consejo del guardián.

—Vaya, en verdad eres tú. ¿Qué te trae por aquí? Lo último que supe de ti es que estabas en las mismas condiciones en las que yo me encuentro ahora.

—Sí, algo me han comentado acerca del interés que despertaba en ti, aunque lo que me sorprende es el por qué ninguna de las veces que fuiste a verme diste la cara.

—Solo iba de paso.

—Lo sé, buscabas una posible pista que te indicara que todo lo que viste ese día fue orquestado, ¿no es así?

—Puede —confesó agarrando los barrotes en un intento de acercarse cuanto le era posible.

—Pues he de decirte que eres un hombre muy inteligente.

Algo cambió en el rictus de su rostro y Zac lo evidenció al momento.

—¿Qué tratas de decirme?

—Lo que tú ya sabes, Bradley.

Y ahora los ojos se oscurecieron, dándole un aspecto maquiavélico que a Zac no le impresionó, manteniéndose todo lo cerca que le era posible con el fin de provocarle.

—Los dos vimos cómo caía al agua —confirmó convencido.

—Sí, en efecto, los dos vimos cómo «algo» caía al agua —rectificó sin apartar los ojos de los suyos.

—No, no —comenzó a negar con la cabeza—, Amara ya no está entre nosotros y ni tú ni yo podremos...

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre en mi presencia, cerdo. —Y fue Zac el que lo cogió por el cuello y le estampó la cara contra los barrotes.

Bradley chilló de dolor y trató de zafarse de su agarre, mas no pudo.

—Acabo de ver a tu querida madre y me da recuerdos para ti —continuó Zac con la intención de herirle cuanto pudiese, se lo merecía tanto—. Para que lo sepas está igual de cómoda que tú, y me enorgullece el poder decírtelo en persona.

Al nombrar a su madre la fuerza se multiplicó y sacó el odio que llevaba dentro. Las tornas cambiaron y Bradley consiguió soltarse, atacando sin misericordia a pesar de que los barrotes se lo dificultaban.

—Te mataré, no saldrás de esta pocilga con vida.

—¿Tú crees?

Zac se revolvió y se apartó, la condición física con la que ambos contaban no era equiparable, dándole una gran ventaja que no dudó en aprovechar.

A continuación sus miradas se dedicaron a retarse, mutuamente, y fue el instante que Zac aprovechó para dar rienda suelta a todo lo que llevaba dentro.

Lo hizo del tirón.

—Punto número uno, el que no saldrá con vida de aquí serás tú y tu mamaíta.

»Punto número dos, lo que tú y yo vimos caer al Támesis no fue el cuerpo de Amara, ¿qué?, ¿cómo te quedas? Pues todavía no he acabado —aseguró disfrutando del momento que vivía.

»Punto número tres, la persona que tenías retenida fue liberada por los hombres de Nick y en estos instantes vive en su mansión.

»Punto número cuatro, tanto Amara como ella han testificado y os pudriréis en esta cárcel.

»Punto número cinco, gracias a mi familia, y a lo que estuvieron dispuestos a hacer por mí, hoy puedo decirte, con una inmensa felicidad, que Amara y yo no tardaremos en contraer matrimonio.

»Y, punto número seis, al igual que a tu madre te doy las gracias. Sin vosotros nunca hubiese conocido al amor de mi vida, así que es justo agradeceros la oportunidad que me brindasteis desde el primer momento en el que la vi, pues ya desde entonces supe que era especial y no me equivoqué.

»Y ahora solo me queda decir adiós. No puedo seguir perdiendo un tiempo que solo quiero invertir en mi querida Amara. Buena suerte, indeseable. Mucho me temo que aquí la vas a necesitar... aunque poco podrás hacer, también te digo.

Bradley se quedó mudo tras escucharle y se sumergió en sí mismo ante la posibilidad de que Amara fuese a compartir su vida con ese hombre y no con él.

Lo último que escuchó Zac, antes de salir, fueron los gritos agónicos del malnacido que dejó atrás, incapaz de aceptar que Amara compartiría la vida con otro.

Esa misma tarde regresó a Londres, empacó lo que necesitaba y esperó impaciente a que amaneciera.

No pudo pegar ojo en toda la noche, la perspectiva de que debía coger un barco que lo llevaría hasta su próximo destino lo mantuvo inquieto, nervioso y expectante.

¿Qué cuál era dicho destino?

Fácil, la que siempre fue y sería su casa, y lo que era mejor, la que compartiría junto al amor de su vida por los restos de los restos.

EPÍLOGO

Estado de Wyoming

Un nudo se formó en la garganta de Zac cuando, a lomos de un caballo alquilado, entró en sus tierras después de tantos años.

De manera irremediable retrocedió en el tiempo, y se vio a sí mismo galopando como un diablo, por el mismo sendero, pero con la gran diferencia de que, por aquel entonces, iba en busca de su hermana. Su único empeño no era otro que huir de su propiedad con tal de salvar a Zoe de las garras de un indeseable, dispuesto a desposarla a la fuerza y a quedarse con el rancho Evanson.

Cómo había cambiado todo, ahora, por el contrario, galopaba veloz como el viento, con la diferencia de que lo hacía para quedarse y no venía solo, siendo acompañado por otro jinete que galopaba con el mismo ímpetu, ante las ganas de ver a la persona a la que amaba más que a su vida.

Sí, en efecto, Zac regresaba con la mujer que crió a Amara, y una pregunta acudió a su mente:

¿Serían capaces de adaptarse a la dura vida de un rancho en el oeste americano?

«Bah, ¿y qué importancia tiene? Tal y como le dije, una vez, la seguiré allá donde quiera ir», se dijo, seguro de que lo haría con los ojos cerrados.

Dios, solo de pensar en que su amada se encontraba a escasos metros lo debilitaba en todos los sentidos, y pegó un grito eufórico al vislumbrar el tejado del rancho, azuzando más al caballo por el ansia de verla, abrazarla, besarla...

Una vez que llegó, la sorpresa lo embargó, apreciando el cambio significativo en toda la propiedad.

¿Qué había pasado allí en su ausencia?

Bajó de un brinco, ató al animal y se encontró con la cara familiar de su amigo Trueno, el cual salió del interior de la edificación tras escuchar los cascos de caballo.

Lo recibió con una amplia sonrisa.

—Bienvenido a casa, hermano.

—Gracias —pronunció Zac mientras estrechaban sus manos, terminando en un abrazo afectuoso—, te presento a Mary, la nana de Amara —le dijo mientras corría a su lado para ayudarla a bajar de la montura.

—Es un placer saludarla en persona, señora.

—Lo mismo digo, hijo. Sé que usted y su esposa fueron los que pusieron a salvo a mi querida niña, y les estaré eternamente agradecida.

—No tiene que darnos las gracias, Amara forma parte de esta familia y cada uno de nosotros se ha limitado a hacer lo que debe, nada más.

April se asomó a la ventana, al escucharles, y la felicidad la embargó, saliendo a saludarlos con la cara resplandeciente y un vientre muy abultado.

—Zac, qué alegría —pronunció dándole un abrazo antes de girarse hacia la otra persona—, usted debe de ser la nana de Amara, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Bienvenida a casa, Amara me ha hablado tanto de usted que parece que la conociera de toda la vida —y se abalanzó a sus brazos, despertando en la otra parte sentimientos guardados bajo llave, ante la imposición de todos esos años en los que nadie se preocupó por ella—, venga conmigo, debe de estar cansada con el viaje a caballo y un té le vendrá bien.

—Gracias, hija.

Las dos mujeres entraron y Zac no tardó en preguntar:

—¿Qué demonios es todo esto? —interrogó extendiendo los brazos, refiriéndose a todos los cambios presentes.

—Digamos que es un regalo de Nick, sus palabras textuales fueron: «invierte cuanto sea necesario para que Zac y Amara empiecen la nueva vida que tanto se merecen», y yo me he propuesto llevarlo a cabo, personalmente.

—Vaya —silbó anonadado—. Ni de lejos me esperaba este recibimiento.

Y ojeó todo a su alrededor, sin prisas, siendo consciente de cada cambio significativo; empezando por la fachada recién pintada, confirmando un aspecto hogareño, y siguiendo por la valla del cercado, la cual lucía intacta y sin rotura alguna. En su interior una multitud de cabezas de ganado lo sorprendió.

La cantidad, a simple vista, triplicaba a la que sus padres tuvieron en vida.

También se fijó en un pequeño huerto cuidado con mimo, el cual comenzaba a dar sus frutos, en el ruido del gallinero evidenciando que no estarían faltos de huevos, en el pozo terminado de construir, además de contemplar las tierras de siembra listas para desempeñar su función, y terminando por un barracón recién remodelado.

Habían pensado hasta en los vaqueros que tendría que contratar para poder llevar a cabo la siembra venidera además del cuidado del ganado y, tanto esfuerzo y dedicación, consiguieron que los ojos se le empañaran de la emoción y agradecimiento.

—Esto es demasiado, gracias.

—Esto y más es lo que los dos os merecéis, hermano —confirió seguro de cuanto decía—. Y ahora que por fin has venido nos retiraremos a Saint Louis, April quiere que nuestro hijo nazca allí y ya queda poco.

—¿Vivís aquí?

—¿Acaso supusiste que la íbamos a dejar sola? Pues claro que vivimos aquí, Zac, aunque como acabo de decirte ya no será necesario, además, Nick también insistió en que contratara a una cocinera y a una doncella, por nada del mundo quería que Amara se asustara ante el cambio de vida que le esperaba, aunque te informo que es igual de tozuda que Zoe. Trabaja tanto o más que los contratados.

Zac asintió y se enorgulleció de la que muy pronto sería su esposa, cualquier otra, en su caso, habría salido corriendo dado a la costumbre de ejercer como la dama que era y no a practicar ninguna tarea doméstica.

Y preguntó con el corazón encogido:

—¿Dónde está?

—En la parte trasera. Se le ha hecho muy largo el tiempo que ha estado esperándote.

—A mí también, pero ahora tenemos toda la vida por delante.

—Te mereces ser feliz y sé que lo serás, no podías haber elegido mejor compañera de viaje —dijo emocionado, recolocándose el sombrero de ala ancha—. Bueno, si necesitas algo ya sabes dónde encontrarnos.

—Nunca podré daros las gracias como se merecen, Trueno.

—Y no hace falta, tú por nosotros hubieses hecho lo mismo.

—No lo dudes.

Sin más, Trueno entró en la casa, dispuesto a empacar sus pertenencias, y así darles el espacio que se merecían después de tantas penurias acontecidas en el pasado.

Zac contuvo la respiración al verla. Amara tendía las sábanas recién lavadas y estaba de espaldas, centrada en la tarea que tenía por delante.

Sin pensarlo avanzó hacia ella, con pasos silenciosos, e inhaló por la nariz, aspirando su olor característico gracias a una ráfaga de viento.

«Dios, ¡qué bien olía!».

Cuando estuvo todo lo cerca que pudo, sin delatarse, la miró en profundidad antes de susurrar embargado por la emoción:

—Hola, pequeña.

La joven pegó un brinco y dejó caer la sábana que sostenía entre las manos.

«¿Era la voz de su amado, o por el contrario se trataba de un sueño?», se preguntó una Amara melancólica.

Se giró y...

De inmediato su cara cambió, contemplando que en efecto el esperado día había llegado.

¡Por fin!

—¿De verdad eres tú? —preguntó alargando la mano hasta depositarla en su mejilla, donde una barba incipiente crecía.

Zac cerró los ojos ante su caricia y creyó que moriría de placer.

—Amara, oh, Amara. Cuanto he pensado en este momento.

—Y yo —susurró con lágrimas de anhelo en los ojos.

Zac se apartó, para verla mejor, y su mirada evidenció lo sorprendido que acababa de quedarse.

¿Podría ser cierto lo que contemplaba con sus propios ojos?

—Amor mío, ¿estás...?

Amara correspondió a su turbación con una maravillosa sonrisa, y después.

—Sí, Zac, estoy embarazada.

—Oh, Dios santo, ven aquí —susurró temblando, abrazándola con un cuidado extremo—. ¿Sabes que me acabas de convertir en el hombre más feliz de la tierra?

—Estaba deseando que llegaras para poder decírtelo.

—Pues se ha acabado la espera, por fin estoy aquí, contigo, y en casa.

—Sí, amor mío, por fin estamos en nuestra casa.

Sus labios sellaron el amor que se tenían, confirmando el futuro prometedor que les esperaba, y Zac, ávido de demostrarle cuánto la amaba, la cogió en brazos y se perdió en el interior de la edificación.

—Ven, pequeña, he traído conmigo una sorpresa. Hay alguien que quiere verte.

—¿La has traído? —preguntó mientras nuevas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Por supuesto que la he traído, ¿qué esperabas? Aquí hay trabajo para todos, y ahora, que pronto habrá un pequeño correteando por aquí, ¿quién mejor que tu nana para echarnos una mano?

—¿Te he dicho ya que te amo?

—No.

—Pues te amo, Zac, y quiero que sepas que, cada una de las penurias por las que he pasado, han merecido la pena.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto, y es gracias a ti. Jamás supuse que existiría un hombre tan maravilloso como tú y existe, vaya si existe.

—¿Pretendes que me ruborice?

—No, pretendo que me ames el resto de tu vida, ¿podrás hacerlo?

—Siempre, pequeña, siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Bueno, pues una vez más logro poner la palabra FIN, y los sentimientos encontrados aquí están, como ocurre siempre. Por una parte, siento la satisfacción de terminar una historia tan especial como Zac y, por la otra, una gran tristeza me embarga. Siempre es así, siempre, y es que me da tanta pena dejar atrás a los protagonistas de mis historias...

En fin, seguro que se me pasa con rapidez, en cuanto les diga adiós otros personajes invadirán mi cabeza, gritando alto y fuerte para que cuente su historia, y estaré deseando hacerlo.

Zac (Huida desesperada 3) es la duodécima novela que escribo, me sigue dando vértigo sólo de pensarlo, y se ha convertido en una de mis novelas especiales (con permiso de LA APUESTA y TÚ Y TUS ESTÚPIDAS ZAPATILLAS, claro). Y os digo esto porque es la primera que le dedico a mi hijo. Pobre, ha tenido que esperar un montón para tener su novela dedicada pero, es tan bueno que me lo perdona todo.

Y como debe de ser, en este apartado no pueden faltar dos personas increíbles, las cuales siguen tendiéndome la mano sin nada a cambio. Sois la leche, chicas, y me refiero a mis lectoras cero, Laura Duque y Nani Mesa. ¿Qué decir de vosotras? Sabéis lo importantes que sois para mí y me hacéis inmensamente feliz por tener en mi vida a personas como vosotras. Os quiero con todo mi corazón y nunca me cansaré de daros las gracias.

¿Y qué decir de los lectores que me siguen desde el primer día? Todavía sigo alucinada por la excelente acogida que están teniendo mis novelas, siempre os lo digo, y me doy por satisfecha si he logrado o logro que alguien se evada de sus preocupaciones del día a día.

En este apartado no me puedo olvidar de los nuevos lectores. Bienvenidos a este maravilloso mundo de las letras, las emociones, y sobre todo el amor. Sin duda alguna es lo que mueve el mundo y hoy, más que nunca, lo necesitamos para solventar cada uno de los problemas en los que nos hemos visto inmersos.

Llegados hasta aquí, debo admitir que sigo disfrutando de este sueño maravilloso, y es algo único e irrepetible. Un sueño que se cumplió a finales del 2016 y que sigue agrandándose gracias a vosotros, es por ello que os muestro mi agradecimiento desde el alma. Gracias, gracias y gracias. Sabina Rogado no existiría sin vosotros. Estoy convencida de ello.

Mil gracias a mi familia por seguir apoyándome, sin ellos tampoco sería nada y me dan fuerzas para seguir haciendo lo que tanto me gusta.

Mil gracias a cada uno de mis lectores dispuestos a darle una oportunidad a lo que escribo con y desde el corazón.

Mil gracias por seguirme en las redes sociales, por compartir mis publicaciones, por dar un me gusta y por estar ahí.

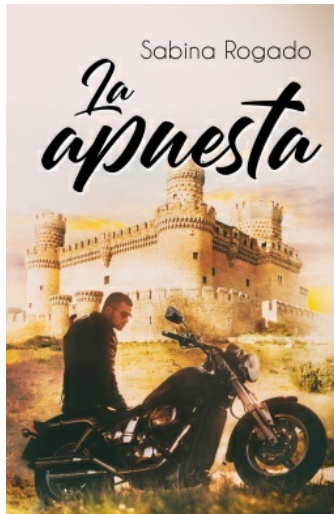
Y, sobre todo, MIL GRACIAS A TI por llegar hasta el final.

Si os ha gustado ZAC y queréis, os animo a que pongáis un comentario en Amazon. Con

ello conseguiréis hacerme un poquito más visible.

Gracias, gracias y graciassssssss.

OTROS TÍTULOS



Érika, vive recluida en su apartamento de Dublín, a causa de una agresión que la ha convertido en una joven sin ganas de vivir y con un miedo atroz.

Hugo, un rompecorazones cuyo lema en la vida es: su moto y no esperar por ninguna mujer más de cinco minutos. Vive en la sierra de Madrid.

Una oferta de trabajo, inesperada, que llevará a Érika a reencontrarse consigo misma, pero también con lo que quiere olvidar...

Y una apuesta, que empezó como un juego, y que será la artífice de que todo pueda cambiar... ¿O no?

Sumérgete entre las líneas de esta apasionante historia y déjate llevar a un mundo lleno de sensaciones en las que, la ternura, el enfado, la intriga, la pasión, y sobre todo el amor, te llegarán al corazón.

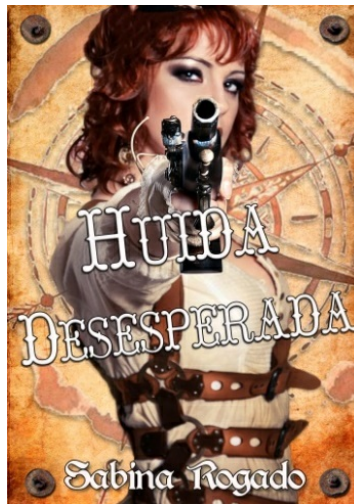
¿Te atreves con LA APUESTA?

<https://amzn.to/2GBikiv>



Aby es una chica normal que debe abandonar sus estudios para cuidar de su madre enferma. Antes de su muerte le hace una promesa y se ve obligada a aceptar que su padre, el cual supuestamente estaba muerto, le pague la Universidad para así terminar su carrera. Se traslada a Madrid a vivir junto con sus dos mejores amigos y, a raíz de este cambio, su vida se verá alterada por la presencia insistente y diaria de Alexander, alias señor Capullo. Compromisos por un lado, necesidad de mantener sus principios por otro, hacen que tanto Aby como Alex se encuentren en la obligación de conocerse a pesar de no soportarse. ¿Lograrán acercar posturas en algún momento?

<https://amzn.to/34j36rp>



Zoe está acostumbrada a llevar las riendas de su vida y decide rechazar a todos los hombres que acuden al rancho familiar con una petición de compromiso.

El convencimiento de no contraer matrimonio si no alberga sentimientos hacia la otra persona es inquebrantable... Al menos hasta que sus padres fallecen. Entonces, los hermanos Evanson se ven obligados a tomar una decisión. Doblegarse ante los deseos de un ser mezquino y cruel, o huir en busca de la única persona que puede ayudarles. ¿Qué hacer?

La vida de los hermanos cambia drásticamente y emprenden un viaje repleto de peligros.

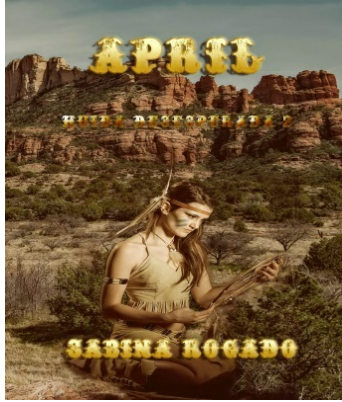
Una posada en mitad de la nada.

Unos desalmados dispuestos a mancillar el honor de una mujer indefensa.

La aparición de un hombre mitad indio, mitad noble.

Y una historia que conseguirá robarte el corazón.

<https://amzn.to/33MEffe>



April pertenece a una de las familias más antiguas de Inglaterra y su carácter rebelde trae de cabeza a su familia. Es propensa a meterse en problemas y con la última locura desata la ira de todos. Entonces, ante su osadía, deciden darle un escarmiento ejemplar tras posicionar al amigo de su hermano en una situación muy comprometida.

Lo que nadie sospecha es que ha actuado así porque está enamorada de él desde la primera vez que le vio, en Saint Louis, cuando todavía era una niña que llevaba trenzas.

Una boda.

Un asalto.

Y un viaje que cambiará la vida de ambos.

<https://amzn.to/2GNBce7>



En tus manos tienes la historia de doña Tacones, Taki o Eustaquia, sí, soy la misma, aunque si quieres que te conteste mejor omite el último nombre.

¿Qué os encontraréis en el interior?

Una abuela a la que adorarás, unos amigos con los que te desternillarás de la risa y un tío que se empeña en poner mi mundo del revés.

Hasta aquí bien, ¿verdad? Pues no, también hallarás una serie de sucesos "un tanto macabros" que te dejarán con el alma en vilo.

¿Preparad@ para conocerme un poco más?

<https://amzn.to/3dA047d>



Lady Catherine cuenta la historia entre una dama, que es obligada a contraer matrimonio, y Jasón, un criador de caballos que no es lo que parece ser.

Un secuestro entre medias...

Un amor inesperado...

Y un gran secreto que envolverá a los protagonistas en una historia llena de pasión, intriga y amor.

¡¡ATRÉVETE A LEERLA!!

<https://amzn.to/3ly4coN>



¿Qué sucede cuando decides ROMPER CON LA RUTINA de siete años y coges un camino diferente para llegar a tu puesto de trabajo?

Así empieza la historia de Patrick, un hombre metódico y organizado que verá cómo su vida se vuelve del revés.

Un atropello...

Una casualidad entre un millón...

La idea descabellada de actuar como un buen samaritano...

Y la persecución, a contrarreloj, con una mujer que esconde un sorprendente enigma...

Acción, pasión, intriga, sorpresas y amor te están esperando.

¿Te atreves a ROMPER CON LA RUTINA?

<https://amzn.to/30SEHqe>

Bilogías



En la búsqueda de una vida mejor, Jenny se embarca en un viaje que la llevará a pocas millas de Kansas. El lugar en el que termina trabajando en una cantina y en el que conoce al hombre de sus sueños. Un hombre atento, amable y atractivo, pero también un hombre inalcanzable. ¿El motivo? Está casado. Es por ello que cuando su esposa muere, en circunstancias extrañas, el carácter afable del cowboy se torna diferente convirtiéndose en un hombre huraño, tosco, y frío, a causa de un secreto que le persigue, aunque a Jenny no parece importarle el día que Jim se presenta para proponerle matrimonio, convencida de que será feliz, y cometiendo el error de olvidarse de las condiciones que su futuro marido impone. Unas condiciones que se manifiestan, desde la noche de bodas, y que consiguen romper las ilusiones de una muchacha que no tarda en hacerse a la idea de que él está dispuesto a mantenerse firme en su decisión, sin que le importe alejarse, irremediablemente, el uno del otro... ¿Podrá Jenny derribar las barreras que su esposo se empeña en agrandar entre ellos y rescatar al antiguo Jimmy? ¿Cuál es ese misterioso secreto que planea sobre sus vidas? Y lo que es más importante, ¿qué sucederá cuando Jenny sepa la espantosa realidad que le ha ocultado?

Si quieres saber las respuestas, búscalas en el interior de esta apasionante historia ambientada en el oeste americano. ROMANCE, MISTERIO Y PASIÓN.

<https://amzn.to/2GTM9uo>



Cuando Alexia (una chica tímida e introvertida) descubre al único chico que ha pasado por su vida, liado con otro, su mundo se viene abajo y, si por un instante cree que ahí se acaban los contratiempos, está muy equivocada, porque todo parece complicarse hasta que, de repente, una invitación completamente casual, hace que su vida de un giro inesperado en el momento en que termina en una discoteca donde tiene el privilegio de conocer al actor de moda y del que el mundo entero habla. El guapísimo Robert Brownn (un hombre atormentado que acaba de grabar su primera película de género erótico), provocando que todo cambie a partir de conocerse y es que: por una parte, Alexia, no dejará que la hagan más daño, y por la otra, un Robert desubicado por la reacción desmesurada de ella, al conocerle, hace que sienta, irremediamente, una enorme curiosidad hacia una chica dispuesta a pasar desapercibida ante todo y todos. Incluido él. Algo que le va a costar bastante después de aparecer en la portada de una revista entre los brazos del atractivo y guapo actor...

<https://amzn.to/3devk9B>

[1] Si quieres saber la historia completa del amor verdadero entre Zoe y Nick lee HUIDA DESESPERADA.

<https://amzn.to/33MEffe>

[2] Si quieres saber la historia de amor entre April y Trueno lee APRIL (Huida desesperada 2).

<https://amzn.to/2GNBce7>